

ESCOLA DE HUMANIDADES
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM LETRAS
MESTRADO EM ESCRITA CRIATIVA

MARÍA ELENA MORÁN ATENCIO

LOS CONTINENTES DEL ADENTRO

Porto Alegre

2018

PÓS-GRADUAÇÃO - *STRICTO SENSU*



Pontifícia Universidade Católica
do Rio Grande do Sul

MARÍA ELENA MORÁN ATENCIO

LOS CONTINENTES DEL ADENTRO

Dissertação de mestrado apresentada como requisito parcial para obtenção do título de Mestre em Escrita Criativa pelo Programa de Pós-Graduação em Letras da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.

Orientador: Prof. Dr. Luiz Antonio de Assis Brasil

Porto Alegre

2018

Ficha Catalográfica

A864 Atencio, María Elena Morán

Los Continentes del Adentro / María Elena Morán Atencio . –
2018.
205 f.
Dissertação (Mestrado) – Programa de Pós-Graduação em
Letras, PUCRS.

Orientador: Prof. Dr. Luis Antonio de Assis Brasil.

1. Romance. 2. Processo Criativo. 3. Loucura. 4. Fuga. 5. Redenção.
I. Brasil, Luis Antonio de Assis. II. Título.

Elaborada pelo Sistema de Geração Automática de Ficha Catalográfica da PUCRS
com os dados fornecidos pelo(a) autor(a).

AGRADECIMENTOS

A mi papá, Rodolfo, sorriso rodeado de homem, por me ensinar a amar os livros e a literatura. A culpa é tua. *Sé que me estáis leyendo desde el Adentro.*

A Rafael, meu amor, pela torcida incessante, as leituras críticas e os muitos beijos e mimos que fizeram do trabalho um percurso infinitamente mais leve e feliz. Por ter me empurrado a fazer, num 2013 agora distante, as oficinas literárias que desencadearam todo esse caos maravilhoso de me aventurar na literatura. A culpa é um pouco tua, também.

A meu professor e orientador, o terceiro dos culpados, Luiz Antonio de Assis Brasil, por ter acreditado no meu talento e ter me estimulado a dar-lhe vazão. Pela disponibilidade, a confiança e a generosidade, serei para sempre grata.

A mis amadas mujeres, Marisela e Oriana, por, além de mãe, irmã e leitoras atentas, serem *leitmotiv*, personagens, diálogos possíveis. Sei que sabem se encontrar comigo nas entrelinhas.

A Camila, André, Celso, Ciro, Juliana, Taiane, Annie e Davi, meus queridos amigos da pós-graduação, por estimular minhas “fúrias” e, com suas inteligências e empatias tão diversas, me manter sempre alerta nas minhas escolhas.

Aos colegas e professores do mestrado, pelas ricas discussões, encontros e até pelos desencontros, que sempre levam a melhores lugares intelectuais e humanos.

Ao CNPq, pelo inestimável apoio financeiro, sem o qual este Mestrado não teria sido possível.

Aos mulherões Alejandra Pizarnik, Maura Lopes Cançado, Geena Rowlands e Nina Simone, pela sede contagiante.

RESUMO

Este projeto de dissertação, pertencente à área de concentração de Escrita Criativa, é constituído por dois volumes; o romance *Los Continentes del Adentro* e um ensaio crítico sobre o desenvolvimento do mesmo. Entendendo o processo criativo como uma viagem que não respeita cronologias e cujas descobertas chegam ao autor em forma de constelação, o ensaio tenta refazer o percurso de escrita do romance, que trata sobre a loucura como fuga e o caráter ficcional do delírio. Numa reconstrução genético-afetiva do processo criativo, reflito sobre os desafios que enfrentei durante a construção das personagens e de suas jornadas em busca da redenção, assim como também no desenho do espaço e nas decisões sobre as vozes narrativas e a estrutura da história. A partir dos materiais dispersos produzidos antes e durante a escrita, abordo aspectos como os movimentos internos de criação, as ferramentas e as fases do processo. O ensaio se propõe, também, oferecer uma aproximação íntima ao mundo referencial teórico, prático e emotivo que serviu de substrato para a desenvolvimento do projeto.

Palavras-chave: Romance. Processo Criativo. Loucura. Fuga. Redenção.

RESUMEN

Este proyecto de disertación está constituido por dos volúmenes: la novela *Los Continentes del Adentro* y un ensayo crítico sobre el desarrollo de la misma. Entendiendo el proceso creativo como un viaje que no respeta cronologías y cuyos descubrimientos llegan al autor en forma de constelación, el ensayo intenta rehacer el recorrido de la escritura de la novela, que trata sobre locura como fuga y el carácter ficcional del delirio. En una reconstrucción genético-afectiva del proceso creativo, reflexiono sobre los desafíos que enfrenté durante la construcción de los personajes y de sus jornadas en búsqueda de redención, así como también en el diseño del espacio y en las decisiones sobre las voces narrativas y la estructura de la historia. A partir de los materiales dispersos producidos antes y durante la escritura, abordo aspectos como los movimientos internos de creación, las herramientas y las fases del proceso. El ensayo se propone, también, ofrecer una aproximación íntima al mundo referencial teórico, práctico y emotivo que sirvió de sustrato para el desarrollo del proyecto.

Palabras claves: Novela. Proceso Creativo. Locura. Fuga. Redención.

LISTA DE ILUSTRAÇÕES

Figuras 1 e 2: Estruturação a partir da palavra-tema Fuga.....	154
Figura 3. Primeiras anotações, julho de 2013.....	156
Figura 4. Nascimento da ilha habitada por mulheres.....	157
Figura 5. Aparece pela primeira vez o hospício.....	158
Figura 6. Aparecem <i>Las muchachas</i>	159
Figura 7. Primeira anotação de Sofia como personagem do delírio de Aída.....	159
Figura 8. Esquema estrutural #3.....	160
Figura 9. Trabalho no Scrivener.....	162
Figura 10. Fotografia de Juan Rulfo.....	166
Figura 11. Retrato de Alejandra Pizarnik por Anatole Saderman.....	167
Figura 12. Retrato por Richard Avedon.....	167
Figura 13. Fotografia de Raymond Depardon.....	168
Figura 14. Fotografia de Juan Mabromata.....	169
Figura 15. Mapa 1, finais de 2013 - inícios de 2014.....	170
Figura 16. Mapa 2, agosto de 2014.....	170
Figura 17. Mapa 3, 2016.....	170
Figura 18. Fotografia de Raymond Depardon.....	171
Figura 19. Salão do Hospital Colônia Itapuã.....	172
Figura 20. Pavilhões do Hospital Colônia Itapuã.....	173
Figura 21. Cadeiras do auditório do Hospital Colônia Itapuã.....	173
Figura 22. Dúvidas sobre personagem de Sofia.....	176
Figura 23. O nascimento do delírio de Aída: <i>El Adentro y El Afuera</i>	184
Figura 24. Sobre a escrita marginal de Aída.....	189
Figura 25. Esquema estrutural #6.....	191
Figura 26. Esquema estrutural #7.....	192
Figura 27. Linha do tempo da versão atual.....	193
Figura 28. Divagações sobre a cronologia.....	194
Figura 29. Divagações sobre as vozes narrativas.....	197

SUMÁRIO

PARTE I

<i>Los Continentes del Adentro</i>	8
--	---

PARTE II

<i>Los Continentes del Adentro</i> — Ensaio Crítico.....	148
Prólogo.....	150
1. As obsessões.....	153
2. As ferramentas.....	155
3. Os contrabandos.....	162
4. Os egos.....	173
5. As jornadas de transformação.....	181
6. <i>El Adentro</i> e os corredores sussurrantes da mente.....	184
7. A arquitetura.....	190
8. Os gritos, as vozes.....	194
Epílogo.....	199
Referências.....	201

LOS CONTINENTES DEL ADETRO

1.

De aquel episodio maldito yo recordaba retazos, fragmentos sueltos que mi familia supo completar con miedo. Ellos dijeron que Ella intentó matarme y no admitieron atenuantes. La extirparon de nuestra vida y quisieron que yo la odiara. Entre el silencio y los años, lograron este olvido conveniente, más cómodo que el odio. Y más cruel.

— Ella tenía tu edad cuando empezó a volverse loca — dijo mi madre cuando le dije que buscaría a mi abuela Aída.

Y como Ella no se mencionaba, no se recordaba, no se invocaba, Ella sonó a bofetada. Pues Ella era escombros y de escombros nadie hablaba porque hablar de ellos hacía que un cierto olor de naftalina, de cucaracha o de alcanfor, impregnara todo lo que aún sobrevivía y con esos olores nadie aguantaba existir. Por eso Ella debía continuar silente en el cadalso al que la mandamos, a pesar del descubrimiento de esos papeles pretéritos, súbitamente futuros, que yo tenía en las manos.

El día, que terminó con esa frase-amenaza de mi madre, había comenzado conmigo llegando a la casa de mi abuelo Ignacio, que estaba mudándose, después de una vida entera, para un apartamento más moderno y más fácil de mantener. Fui allí con una maleta, dispuesta a llevarme apenas lo que cupiera en ella, y salí con el peso de un aniquilamiento. Abuelo quería deshacerse de la cantidad insana de muebles y “cosas viejas”, léase: libros. Aquellos que en la era pre-tragedia fueron el tesoro de la casa, habían sido inútiles por años y ahora estorbaban. Finalmente el abuelo asumía el carácter decorativo que tenían las centenas de títulos que cubrían las paredes de la sala desde que Ella no estaba para leerlos.

A mi madre le daba igual lo que él hiciera con los libros, se había ofrecido para donarlos a alguna biblioteca local, pero antes tuvo la inusitada delicadeza de dejarme escoger los que yo quería para mí. Ella y yo sabíamos, aunque ninguna lo dijera, que esos libros eran el último rastro de presencia de Ella en nuestras vidas. Y vaya, qué rastro.

Como yo estaba compartiendo apartamento después de separarme de Franco, no quería llevarme muchas cosas, pues acabarían atiborrándome el cuartico que había alquilado y generando la necesidad de comprar un nuevo estante. Los doce tomos de la Enciclopedia Salvat quedaron automáticamente excluidos de mi selección. Los bajé por grupos, mal les quité el polvo y los metí directo en una de las cajas para donaciones. El peso del último trío de tomos me sorprendió; mis músculos estaban preparados para levantar el mismo peso que ya habían levantado otras tres veces, pero se quedaron con las ganas. La levedad inesperada, sumada al

impulso innecesario que mis brazos prepararon, me desequilibró. Libros, silla y yo acabamos en el piso.

Libros caídos, abiertos, desnudos. Libros preñados de hojas ajenas. Cuidadosamente mutilados, cada uno de los tomos conservaba el borde de todas las hojas intacto, pero el cuadrado central había sido removido, haciendo de cada libro un cofre y de cada cofre un aullido textual de la innombrable que, dieciséis años después, se atrevía a convocarme.

Diccionario Enciclopédico, 1972.

Hojas en libro-cofre:

17/09/1981

Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar. Mi secreto es secreto de Estado. El Dr. Urbino quiere que le cuente por escrito lo que no le digo en las consultas. Pero mi secreto es secreto de Continentes. Los habitantes de los Continentes no sabrían lidiar con lo que yo sé. El Dr. Urbino no es estúpido. Si él quiere saber es porque quiere evitar que mi misión tenga éxito. Pero en caso de que eso ocurra, lo cual es muy probable, lo mejor será dejarle orientaciones a mi Sirena. Dr. Urbino, contaré por escrito lo que no cuento en las consultas, pero usted nunca sabrá leerme. Hoy le parezco una persona incompetente para la vida. Si supiera usted, si supieran todos, que mis capacidades son gigantes y no paran de crecer. Dr. Urbino, usted hace bien su trabajo. Por eso, usted nunca conocerá mi caligrafía.

Sofía, mi Sirena, éstas páginas que él quiere para sí, son sólo tuyas. Hablan de ti y de mí, pero son tuyas. Para que, si yo fracaso, sepas cómo llegar a casa. Yo soy tu Custodio de Mar. Ha sido una tarea ingrata y tengo miedo de lo que puedan hacer conmigo, pero, sobre todo, de lo que puedan hacer contigo. Y como sé que es difícil de entender, voy a empezar por el comienzo. Por aquel día en que dejé de ser Aída, la señora de Paz, y volví a ser Aída Rojo, comisionada para grandes hechos y mujer con derecho a su alegría completa. A.R.

17/09/1981

Era una noche caliente a pesar de ser invierno. Un viaje a Argentina y Brasil que debía ser lindo. Pero no era. Estábamos ahí solamente para que se me olvidara lo de los cuadros. Lo de la fogata que tu abuelo hizo con mis cuadros cuando Anselmo dijo que había una galería interesada en ellos. Íbamos de la mano, pero yo iba sola. Mi marido, el navegante. Su mujer, pintora de la puerta para adentro. Pasamos días caminando por las playas, conociendo Florianópolis. Y a mí a veces se me olvidaba la fogata. Ignacio es Ignacio, para lo bueno y para lo malo. Ignacio es un cobarde. Paseamos en yate al atardecer. Ignacio no me pidió perdón. Pero yo lo miraba y ahí estaba mi Ignacio. Él cree que tiene razón, pero se arrepiente de la

fogata. Todo en silencio. Callada, le dije que la vida seguía y que él era mi Ignacio. Volvimos al hotel y entonces comenzó todo. Yo pregunté si en Florianópolis había metro e Ignacio dijo que no. Entonces qué será ese murmullo. A.R.

17/09/1981

Veníamos de conocer Buenos Aires, de visitar Montevideo, de amar Porto Alegre. Hacía dos días que estábamos en Floripa, como los brasileños llaman a Florianópolis. Era temporada baja. Significa que compramos pasajes baratos. Mejor, porque no nos gusta la multitud. Pero la multitud ya sabía que había calor en ese sábado de invierno en Santa Catarina. Ya se escuchaba. Ignacio decía que no se escuchaba nada, que la playa era sólo nuestra. Que no, que ya están cerca, que vienen como de allá. Que no viene nadie de allá ni de ningún lugar y que en el horizonte no hay ni un barquito pesquero. Entonces qué será ese murmullo que viene de abajo. A.R.

17/09/1981

Nos fuimos para Curitiba antes de lo planeado porque no me gustaron los sonidos de Floripa. Ignacio dijo que eso era porque yo nunca había estado en una isla y no estaba acostumbrada a estar rodeada del arrullo del mar desde todos los puntos cardinales. Si Ignacio lo decía, debe ser verdad. Conceder y sonreír. Conceder, sonreír y no joder. Tres consejos de mi madre. Curitiba, ciudad bonita, Aída, mira, qué moderna, mira qué buen gusto. Y yo que sólo quería decir escucha, qué multitud, escucha, cómo habla la gente de abajo. Concedí, sonreí y no jodí. Pero si en Curitiba no hay metro ni hay agua en todos los puntos cardinales, entonces qué será ese murmullo que viene de abajo, como del propio centro de la tierra. Exijo silencio. Yo soy Aída Rojo. Mujer de Ignacio, el navegante. Madre de una hija que, apenas salió de mi vientre, dejó de necesitarme. Ama de casa impecable. Pintora incendiada. Yo soy Aída Rojo y exijo silencio. Yo soy Aída Rojo y bajo ningún concepto puedo volverme loca. A.R.

18/09/1981

Cuando desperté Ignacio ya no estaba en la cama. No estaba tampoco en el desayuno. Recordé que dijo algo sobre ir a pescar. El jardín del hotel era un espectáculo. Me senté en una de las bancas. A mi alrededor, una extensión enorme de grama podada, de un verde tan uniforme que parecía artificial. Una variedad impresionante de plantas que ya empezaban a florecer, confundidas con ese invierno caluroso. Me olvidé de Ignacio, quería apenas quedarme ahí y que el sol me terminara de despertar. Yo soy Aída Rojo y no debo escuchar lo que estoy escuchando. Qué boba, son huéspedes y funcionarios en el desayuno, por eso los ruidos de cubiertos y platos. *No, no son. Son mis oídos. No son tus oídos.* Algo les pasa a mis oídos, que me están jugando una broma pesada. *No son tus oídos, Aída. No tengas miedo, escúchame, apenas.* Yo soy Aída Rojo y no tengo derecho a volverme loca. *Pronto entenderás todo y sentirás tu alegría completa.* Yo soy Aída Rojo. *Eres Aída Rojo y, aunque el mundo diga lo contrario, tienes derecho a tu alegría completa.* Tengo derecho a mi alegría completa. *Hasta que al fin nos entendemos, Aída.*

París, se llama quien me habla desde entonces. Dice que esto que he estado experimentando se llama “escucha activa”. Es un talento que escasas personas poseen y que todas envidian. *La mediocridad funciona así. Ellos están al tanto de que tu percepción es mucho más fértil que las piscinas de pelotas en las que ellos arrastran sus pensamientos.* ¿Por eso desde siempre quisieron disminuirme? *Tu marido, por ejemplo, te ama. Pero te anestesia la inteligencia desde hace años.* Ignacio me ama, me entiende y casi siempre me ha estimulado. *Tu marido te ama, es un buen Vigía de Tierra y hace su trabajo tan bien que ni tú ni él lo perciben.* A.R.

18/09/1981

Dos semanas atrás, yo era una artesana, ama de casa con pasatiempo, pintora aficionada a pesar de todos mis empeños. A pesar de los cursos. A pesar de la práctica cada vez más intensa. Después de la quema de mis cuadros, fui volviéndome artista, importante. Fui prohibida de tan peligrosa. Fui inaguantablemente buena. *Tan buena, que tu marido teme que te le pierdas en giras por Europa. Por Europa o por los pantalones de los grandes pintores del mundo, que*

declinarán sus pinceles ante tu genio. París concuerda conmigo y ahora sentimos juntos lástima de Ignacio. Pero París no se conforma con que yo deje a Ignacio ser lo que él es. París tiene prisa por hacerme revelaciones y para eso exigió que volviéramos a casa, entonces fastidié hasta que Ignacio adelantó el viaje. Después sigo, que viene gente. A.R.

18/09/1981

Durante todo el vuelo desde São Paulo hasta Caracas le dije a Ignacio que no me hablara, que quería dormir. Ignacio creyó que aún era por la fogata y, hasta cierto punto, tenía razón. Pero era, sobre todo, para escuchar lo que París me decía. Mi escucha activa no daba tregua. Estaba aterrada pero maravillada, es que es como poder hablar con un emisario de Dios. Es como si ahora mi vida estuviera bajo una lupa, no para examen, sino para reparación. Soy Aída Rojo, mujer bendita y talentosa, escogida por autoridades del Mundo Inicial. Soy Aída Rojo y apenas ahora puedo, realmente, ver.

Llegamos a casa y allí estabas tú con tu madre, esperando ansiosa, me esperabas incluso con un regalo, un pequeño lienzo que pintaste para mí. Y mientras tanto, todo lo que París dice tiene sentido. La noticia que no me esperaba es que Ignacio es nuestro enemigo. Taís también. Y también tu padre. La misión de Ignacio es neutralizarme e impedir que te libere. Al principio me negué a creer esa barbaridad de Ignacio, pero París me explicó que eso es normal. Yo estoy todavía un poco inoculada. A ti también te costará al principio. El primer paso es aprender a entender. No sólo con la cabeza, sino también con la piel, que está llena de millones de receptores espíritu-conceptuales. A.R.

18/09/1981

Tu madre me explicaba los cambios que hizo en mi casa, sin mi permiso, como si fueran una gracia. Y yo escuchaba con confianza a París porque él tiene acceso a cosas de mí que yo sola no sabía y todavía no sé encontrar. Pero yo quería confiar en los treinta y cinco años de matrimonio con Ignacio, que ya venía con mis maletas y si lo dejaba era capaz hasta de arreglarme la ropa. Aún la fogata y sus infinitas consecuencias.

Quiero seguir casada con él. Quiero ser alegre, completamente o no, con él. Pero París no está de acuerdo. *Para probártelo, te haré la revelación.*

23/09/1981

Ahí estás tú, mi nieta, corriendo alrededor de mi falda, jugando con mi chal. Y entonces tú, Sofía, dice París que eres una Sirena. Tú te pones mi chal como pañoleta y París me explica que eres una criatura de otros mundos, que te vea y sea capaz de negarlo. Que yo tengo la misión de llevarte de vuelta al Adentro y que nadie más es capaz de entender esto que nos une.

Tú y yo sabemos, desde siempre, que esto es verdad, que tú eres otra cosa, que tú eres mayor que estas minucias, que tú estás hecha para otros rumbos. Entonces París lo que ha hecho, apenas, es ponerle nombre a tu majestad. A.R.

2.

Visitar a mi madre duele.

— ¿Vas a querer el tuyo con mayonesa?

— No, yo no tengo hambre.

— Tú te lo pierdes.

Soy una ex-habitante vilipendiada de ese lugar. Ha sido violada aquella ley no escrita que otorga a una ciudadana el derecho a sentir que la casa en la que vivió toda la vida era aquel lugar seguro al que uno no necesita ponerle pronombres posesivos porque, aunque haya salido hace tiempo de allí, decir apenas “voy a casa” o “estoy en casa” es suficiente. Yo creía que esa casa era nuestra, pero la verdad es que siempre fue suya. Por eso ahora sentía que mamá me agredía amparada y hasta azuzada por aquel espacio. Todo en la casa era una acusación, empezando por una madre que no lograba mirarme a los ojos. Vergüenza del nosotras que no somos.

— Mamá, por favor.

Mi madre se movía por la cocina, de la nevera a la mesa y de la mesa a la nevera, buscando primero el queso, después el salami, después la mayonesa.

— La metieron en el San Simeón, ¿verdad?

Doña Taís, dueña de una elegancia envidiable, atacaba el sándwich con mordiscos mayores que su propia boca.

— ¿Quieres un quesito, aceitunas? — preguntó, cubriéndose la boca con una servilleta.

— Mamá, por favor. Responde.

Después de masticar mucho y muy rápido, logró tragar el gran bolo que tenía en la boca. Sirvió un vaso de agua, se lo bebió de un tiro y lo puso con violencia sobre el gabinete. Esperó que el estruendo del vidrio contra la piedra hiciera su trabajo apabullante y, entonces, soltó el reclamo:

— Me visitas una vez por cuaresma y me sales con esto.

Más por rabia que porque estuviera sucia, arrugó la servilleta hasta volverla una bolita apretada.

— Ya fui al Clínico y al Álvarez y ella nunca estuvo ahí. Tiene que ser en el San Simeón.

Guardó las cosas de vuelta en la nevera y se refugió en el lavaplatos que, con su ventana al frente, ofrecía un repertorio de imágenes en las cuales fijarse como alternativa a esta idiota que exigía, con arrogancia adolescente y sin derecho alguno — ahora lo sé —, respuestas.

— ¿Qué quieres con todo esto, Sofía?

— No sé. Pero voy a buscarla.

— Esa mujer no existe. No existió los últimos dieciséis años y no va a empezar a existir ahora.

— ¿Está en la isla o no?

Terminó de lavar el único plato sucio y comenzó a subir las escaleras, dejándome ahí, sola, en mitad de aquella cocina amedrentadora. Todavía tuvo la indecencia de, antes de trancarse con un portazo en el cuarto, sugerirme:

— ¿Hace cuánto que no ves a la doctora Sandra? Ponte atenta, Sofía. Todo esto que estás haciendo no es normal.

Para mi madre, cualquier discusión podía y sería explicada a través de la diabólica, omnipresente y genética tendencia familiar a la turbulencia psíquica. La doctora Sandra, psiquiatra y no médico general, era nuestra médica de cabecera, aquella cuyo teléfono una pone entre los números de emergencias pegados con un imán en la puerta de la nevera. Ella veía en mi madre una potencia hipocondríaca que salía de la consulta y se volvía caso de estudio y proyecto de especialización y línea de investigación médica en psiquiatría. Una potencia no llamada locura sino miedo a perder la cabeza, que aprendí a ejercer al mismo tiempo que aprendí a leer y escribir y hacer operaciones matemáticas básicas. Bajo esa luz turbia aprendimos a evaluar nuestras humanidades, bajo esa luz mi padre se fue de la casa para nunca más visitarnos, bajo esa luz ofrezco para donación una madre incapaz de vínculos y me declaro huérfana por vocación.

— Ella tenía tu edad cuando comenzó a volverse loca.

Y entonces fui yo la que dio el portazo y dejó a la casa temblando. Hacía tiempo que la hostilidad era recíproca.

3.

Frente al imposible diálogo con mi madre, Franco siempre había sido el mejor de los mediadores. Hacía meses que no hablábamos y esa noche lo extrañé, reconozco que de una forma bastante utilitaria. Habíamos quedado en que continuaríamos en contacto, al final, después de cinco años de relación y con mis escasos dotes para la socialización, él se había convertido en mi mejor amigo, por no decir el único. Pero en Londres ya era tarde y yo había perdido el privilegio de ser atendida en el teléfono a cualquier hora, después de hacerle lo que le hice.

Nos conocimos en la clase de francés. Yo tenía diecinueve y estaba a mitad de carrera, sin grandes méritos, pero con mucho amor por la profesión, que había comenzado a ejercer desde antes de tener diploma, como radioaficionada. Él no llegaba a los treinta y ya daba clases en el posgrado de Ecología, del que era el egresado más insigne. Poco a poco fue soltando detalles de su vida familiar y yo entendí que toda esa prodigalidad profesional había servido como relleno para ciertos vacíos dolorosos — de estómago y de parentesco — y era intocable. Me costó seguir su ritmo. Me costó, sobre todo, aceptar gustar de un hombre que mi madre aprobaba. Ella me controlaba y el hecho de que ella gustara de Franco era lo mismo que decir que Franco servía a los efectos de ese control, pero lo único mayor que mis ganas de desafiarla era la anemia emocional a la que ella misma me dirigió. Él supo ser una oferta de amor que avanzó igual a como comenzó: arregladita y discreta, tan despojada de esfuerzos y dramas excesivos, que me entregué a la inercia de ser en dos aun sabiendo que yo sólo lograba ser uno, y a duras penas.

Juro que no quería que las cosas con él terminaran así. Arrastrábamos el ser novios desde hacía más tiempo del que ambos merecíamos, cuando él logró una beca para hacer su doctorado de genio en la University of Cambridge, bombos y platillos, por favor, orientado por el oceanógrafo post, post, post, postdoctor de sus sueños, y, después de cinco años de novios, lo que tocaba frente a semejante situación era casarse. En Londres, yo buscaría algún curso con el que entretener mi no tan importante carrera de periodista, tendríamos un apartamento en el Bloomsbury, un vecindario de gente vieja, gorda y mal vestida, y sonrisas sosas como las de la boda que no llegó a ocurrir se multiplicarían en nuestros álbumes y la gente diría “qué felices esos dos, que parejita más bella” y todos seguirían sin saber cómo luce mi verdadera sonrisa.

Lo abandoné en plenos preparativos de la boda y, aunque todos quisieron hacer de eso una tragedia, él tuvo el suficiente temple como para aceptar que nuestro amor se había vuelto burocrático y que, en vez de matrimonio, ambos merecíamos más sangre en las venas.

Yo quería querer irme a Londres con él y tener una vida publicable. Yo quería querer. Pero yo era una madera llena de comején y a las maderas llenas de comején no se les contesta el teléfono cuando llaman en la madrugada para hablar de las heroínas trágicas de la familia y de hallazgos de palimpsestos delirantes, porque esas nuevas llagas que acosan a la madera, más que llagas son más de los mismos vacíos indoloros que van creciendo hasta que ella, sin saberlo, deja de ser madera con llagas y se vuelve una llaga cuya salud sufre de un leve enmaderamiento.

4.

La alarma tocó sin que yo hubiera dormido más de dos horas. Como cada día desde hacía más de mil días, a las cinco y media de la mañana, me levanté hecha un robot, tomé un marrón¹, un agua de avena, prendí el carro, cuatro semáforos, “buenos días, Pedro” y aló, aló, un, dos, tres, rueda viñeta: tun tun tun chin chin tu cu tún, Despertando con la noticia, tu cu tún, sujeto mata a tres en el Barrio Cuatricentenario, tu cu tún, profesora que distribuía cocaína entre sus estudiantes afirma que directores del liceo y personal de la zona educativa forman parte del cartel, tu cu tún, Navegantes del Magallanes lucha por llegar al Round Robin, tu cu tún, Capricornio, no te dejes engañar, tu cu tún, tu cu tún, quien los acompaña desde ahora y hasta las siete de la mañana es su servidora Sofía Paz, certificado de locución veinticinco mil quinientos cuarenta y cinco. Tu. Cu. Tún. Perversa viñeta amarillista de los mil demonios.

Los madrugadores de turno escuchaban de mi voz las malas noticias nacionales e internacionales, que poco después olvidarían entre sus pequeños eventos no noticiables. Me disolvía en sílabas, papel, tinta, garganta, lengua, fonemas, ondas hertzianas, en las que sonaban igual las quejas sobre el tránsito que un bebé envenenado con estricnina y el horóscopo que yo misma escribía para no tener que financiar a esos astrólogos de medio pelo cuyo vocabulario no pasaba de quinientas palabras. Yo era Sofía Paz, una máquina sin sangre ni ovarios ni lóbulo frontal, pero con licencia de locución y horario en radio conseguido gracias a los contactos de mi madre, que me lo recordaba siempre que tenía oportunidad.

De lunes a viernes, Sofía Paz, una madera llena de comején. Eso era todo lo que había sobrado de mí, ahora que ya se cumplían tres meses desde que, por falta de lucro y de guáramo, había perdido la única ventana de satisfacción, “Las horas gentiles”. Los sábados, de dos a cuatro de la tarde, hacía una pausa en el horror; intervalos de lo mejor de mí, en que me dedicaba a existir al margen de la angustia, con buenas noticias locales y poetas y cantoras, de preferencia suicidas, exiliadas o torturadas, en sus momentos más inspirados. El programa no podía tener un nombre más pertinente. Estaba convencida de que le hacía bien a quienes me escuchaban y de que nuestro estar juntos era tan perfecto, como inexacto y nublado; nuestro amor gozaba de las ilimitadas opciones de la ignorancia y carecía de los defectos que la realidad imponía, tan vulgar y específica. Era mi pequeña contribución al bienestar común. Fuera de ese horario y esa frecuencia del espectro radioeléctrico, una versión nefasta de mí tomaba el control y

¹ Marrón: en Venezuela, café cuya mezcla tiene proporciones iguales de café y leche.

desgastaba el nombre Sofía Paz en horas sin sustancia. Ella desamaba a Franco. Desatendía a su familia. Desmotivaba los placeres.

Acabadas mis razones — lo que en realidad era un plural condescendiente, pues lo único por lo que valía la pena quedarme en la ciudad era hacer mi programa —, decidí un *mevoypalcoño* y exigí, no con poca resistencia, las vacaciones que había estado acumulando, por falta de ganas.

De repente, tuve la certeza de que el despertar de mi voluntad ocurriría bajo una única y desmesurada condición: subsanar la impunidad; encontrar a Aída Rojo, mi abuela, la innombrable asesina de nietos, y ofrecerle algunas de las horas gentiles que le negamos.

5.

Dieciséis años después del destierro de la abuela, dos semanas después de haber exigido las vacaciones en la emisora, y treinta y cinco horas después de haber dejado mi apartamento, me encontré en el muelle de Punta Hicotea, con más esperanzas que coherencias, preguntándole a un pescador si a esa hora aún había alguna lancha que pudiera llevarme a Salos. No recordaba la última vez que había sentido una emoción así. Mujer bomba lista para volar en pedazos, sesenta quilos de orgullo y la certeza de haber llegado adonde tenía que estar.

El hombre debe haber presentido que un error crucial me había llevado hasta allí, porque, a pesar de las muchas cervezas que su olor denunciaba, mostró algo de preocupación.

— ¿Usted está segura de que quiere ir allá?

— ¿Cómo así? Claro que quiero.

— ¿Pero usted sí sabe que eso está desactivado hace años, cuando el pleito con los colombianos?

Él comenzó a hablar.

— Ya debe hacer unos cinco años.

Todo fluido, todo pensamiento y emoción se caotizaron.

— ¿Usted tiene gente ahí?

Comenzaron a moverse en mí.

— A unos los repartieron. Y las otras, pues ahí están.

A una velocidad que ya no era humana.

— Nadie entra y nadie sale de Salos. Ellas no dejan.

Antes de que yo atinara a preguntar cualquier cosa, él se zafó del cuestionario y me dejó atrás, una ridícula muchachita de ciudad que no sabía dónde estaba yendo ni adónde había llegado y que no tardaría en colapsar. Me dejé caer en el muelle y ahí me quedé sentada, no supe por cuánto tiempo. Comenzó a oscurecer y las últimas personas dejaron el muelle. A nadie parecía importarle mucho mi presencia, ya el pescador, portavoz de mi mala suerte, debía haberlos advertido.

Era incapaz de decir si el frío que sentía en el espinazo era porque el mar traía un viento helado o si era la expresión física del susto. Una parte de mí le daba la razón a mi madre y estaba a punto de convencerse de que este viaje a la nada, buscando lo que yo misma sabía que ya no existía en mi vida, se parecía a la psicosis presagiada por los genes. Esa parte de mí se creía más madura y coherente y me decía que mi relación con la abuela Aída se había ahogado aquella tarde en que la vi por última vez, en aguas de ese mismo lago, y que dieciséis años eran

tiempo demás para resurrecciones. Pero había otra parte, una minúscula parte de mí que, por primera vez en la vida, quería ser perseverante.

En otras circunstancias, yo no habría insistido en ir, pero cómo podía simplemente volver a la ciudad y seguir mi rutina de persona casi normal sabiendo que el escenario terrible en el que yo había pensado a mi abuela durante años, era incluso peor. No sabía qué esperar del sanatorio, pero tenía que llegar hasta allá a como diera lugar. Si abuela Aída de hecho había sido internada en Salos y estaba aún ahí para el momento en que fueron dejadas a su suerte, yo quería creer que existía una gran posibilidad de que mi familia la hubiera reubicado en otro lugar. Si no, ella estaría allí, abandonada como un bicho maligno, con unos achacosos setenta años encima. También podía ocurrir que ya no hubiera abuela para recuperar, pero en ese caso habría la historia de esa abuela a la que yo llevé a la perdición, desde una versión delirante y no autorizada de mí. El objetivo logrado sería tal vez una mierda, pero sería mi mierda y estaría cumplida.

Durante los siguientes días, hablé con la mayoría de los pescadores, al menos con aquellos que eran dueños de sus lanchas y no tenían excusas de subordinados. Ofrecí buena paga, intenté la sonrisa e incluso la lástima, pero el solo nombre de la isla les oscurecía el semblante. De la extrañeza inicial que yo despertara en el puerto no sobraba nada. A pesar de mis buenas ropas y de mi maleta cara, me había convertido en una vagabunda más merodeando el puerto. Comenzaba a sentir familiaridad con algunos rostros, pero a esos ya no les insistía. Mi blanco eran los desprevenidos que me encontraban por primera vez. Uno de ellos me dio los buenos días y yo aproveché para llamarlo aparte. El hombre sonrió con picardía y vino hacia mí. El gesto se le volvió mueca cuando, entre sollozos que salieron no sé de dónde, tal vez del miedo a un nuevo rechazo, dije lo que quería.

— Ay, mi linda, si ni vale la pena aguantarse el pleito con esas mujeres, porque ese mar está más bravo que ellas. Ya ni las jaibas² pintan por allá.

— ¡Ah?

— Que se fueron pues, que ya ni jaibas hay.

Cuando el hombre se alejó, un curioso que limpiaba unos recipientes en un grifo en el piso, me habló, disimulado, como si le hubiera sido prohibido mirarme.

² Jaiba: nombre común del cangrejo azul (*Callinectes sapidus*), famoso por su alta palatabilidad.

— No insista. Vuélvase pa' su casa, muchacha.

Yo entendí la jugada y le respondí, sin mirarlo, cubriéndome la boca para hablar.

— Yo necesito llegar a Salos.

— Ellas no dejan entrar a nadie.

El curioso se atrevió a mirarme y se encontró con dos ranuras de ojos hinchados con nuevo llanto. Entonces la lástima hizo lo suyo.

— Mire, Igor es el único que se asoma por aquellos lados. El único que hace negocios.

— ¿Quién es ese?

— El único al que ellas aceptan.

— ¿Anda por aquí? ¿Cuándo lo encuentro?

— Busque la San Benito. Y cuídese, mire que las locas con hambre son más locas.

Me estremecí. Esa palabra siempre me dio frío en la barriga y calor en la cabeza.

Cuando el sol abrió vi mecerse en la orilla el milagro. La San Benito, anaranjada y tentadora, ocupada apenas por un jovencito que sería el tal Igor, me esperaba. Agarré la maleta y corrí por el muelle evitando redes, cuerdas, montones de pescados y de gente y, en un salto que seguro fue tan arriesgado como patético, me embarqué en la lanchita y encaré al muchacho forzando mi coquetería que, a esas alturas, ya era un resto lamentable.

— Tú eres el que me va a llevar a Salos, me dijeron.

Él me miró con un malhumor que yo ni soñaba en despertar en alguien.

— Sea quien usted sea, olvídense. No la van a dejar entrar.

— ¿Tú crees que yo quisiera ir para allá, si no lo necesitaran? — dije con toda la gravedad que podía expresar.

— ¿Qué es lo que necesitan?

— Yo soy de la universidad. Voy a ayudar con el problema de las jaibas.

El muchacho no logró camuflar su sorpresa. Ni yo la mía. La idea desesperada de hacerme pasar por una profesora universitaria había surgido la noche anterior. Era un plan arriesgado pero tentador: yo tenía las herramientas para hacerla funcionar pues conocía, más de lo que yo quería, el mundo académico de Franco. En los segundos de silencio que siguieron, supe que ganaba la batalla; la autoridad nunca escatima victorias. Igor dio la espalda y encendió el motor.

— Tiene que pagarme ida y vuelta por adelantado.

— Pero yo no sé cuánto tiempo me voy a quedar.

El rugir del motor se calló de a poco.

— Está bien, está bien. Vamos.

La hélice empujó el agua y la lancha se separó del muelle.

— Usted no sabe en dónde se está metiendo.

Eso era cierto. Pero la abuela Aída no iba a caber en su propio cuerpo de tanto orgullo. Eso, si su cuerpo aún era cuerpo y no una caverna de gusanos.

Fue un viaje-sufrimiento largo, con un paisaje monótono interrumpido de vez en cuando por la tumusa³ de un bosque de mangle y el respectivo viento con olor a huevo podrido. Yo iba sentada en el fondo de la lancha y me sujetaba de las maderas con una fuerza desmedida. Quería que mis dedos, arredondados de tanto comerme las uñas, crecieran para poder amarrarlos a la madera. Digamos que, desde el episodio, yo respetaba el mar. Mis manos ya se adormecían, cuando un punto en el horizonte comenzó a tomar forma.

— Rita no la va a dejar ni bajar de la lancha.

— ¿Quién es Rita?

— Algo así como la alcaldesa.

³ Tumusa: en Venezuela, se refiere al cabello abundante y desordenado.

6.

Era difícil imaginar que alguien viviera allí. La isla de Salos era un enorme peñasco en cuya superficie emergían, como esculpidos, unos robustos edificios. A lo lejos se veía una ceja de dunas amurallando lo que creo que debía ser el norte de la isla. Parecían más bien roca molida, restos de una batalla antigua, como si allí todo empezara y terminara en piedras.

El muelle era lo único que escapaba. Era una delicada estructura de madera en la que Igor amarró la lancha. Se bajó y subió una lomita empinada que quedaba a un lado. Desde la cima, silbó varias veces hasta que un silbido semejante pero más agudo y unos ladridos furiosos respondieron desde los edificios y entonces él volvió corriendo a la lancha.

— La última vez que traje una visita, casi me cuesta una costilla — me dijo, con ganas de decirme “esta vez la costilla será tuya”.

Varias siluetas se recortaron de la roca e iban haciéndose mayores, tridimensionales. Eran dos personas y cerca de diez perros. Sentí mis pies adormecidos, pesados, hundiéndose en la madera de la lanchita y, antes de que el miedo me ahogara, una otra fuerza visceral y arriesgada que andaba más rápido que mi pensamiento me empujó y cuando vi ya estaba fuera de la lancha.

Se escuchó un grito de faringe vieja, los ladridos pararon y los animales dejaron de acompañar a las siluetas, que ahora se revelaban como dos mujeres. Ambas usaban vestidos sencillos, de costurera, de aquel color azul celeste típico de los hospitales. Una de ellas era bastante baja, con un abundante y desperrugido cabello negro y una mirada de odio gratuito. Ha de ser Rita, pensé. La otra era una flaca muy rubia y muy flaca que parecía contenta con la visita y le secreteaba algo a la primera.

Igor se apresuró a hablar, con una voz temblorosa e infantil, muy diferente de la que antes había usado conmigo.

— Ya yo le dije que mejor se regresaba, señora Rita, pero ella insistió.

— Mi nombre es Raquel. Hace un tiempo que quiero venir aquí, pero no ha estado fácil organizar las cosas con la universidad.

— ¿Universidad?

— Universidad del Golfo. Si ustedes lo permiten, yo quisiera comenzar un proyecto de investigación sobre la pesquería de jaibas. Tenemos ya mapeada toda el área de Punta Hicotea y ahora vamos a hacer un levantamiento de las islas. Hemos sabido que fueron severamente afectadas los últimos meses.

— ¿Usted viene a ayudar?

— A intentar, por lo menos.

Las dos mujeres se miraron entre sí y miraron a Igor, que parecía tan sorprendido como ellas.

— Si usted quiere, la llevo de regreso ahora mismo — lanzó él, queriendo salvar su responsabilidad.

— Espero que este ingrato no la haya incomodado — replicó Rita.

Igor bajó con violencia la maleta y me extendió la mano, cobrándome. Saqué el dinero de un bolsillo, se lo puse en la palma de la mano y le cerré los dedos, abrazándolos. Quise compartir una mirada, dejarle ver mi gratitud, pero él me evitó, tiró del cebador y, del vínculo que sin saber él había creado entre nosotros al llevarme, sólo quedó la estela.

La flaca resultó llamarse Herminia y me pareció una mujer bastante normal.

— Qué bueno que su nombre es Raquel. Siempre quise conocer una mujer llamada Raquel — me dijo con una voz ronca pero dulce, y bajó el muelle.

Asumí que Rita y yo seguiríamos el mismo camino que Herminia pero apenas di un paso, Rita me agarró por el brazo:

— Nosotras vamos por allá.

Y señaló hacia el este de la isla, lleno de pequeñas casas, cabañas y un bloque de apartamentos, toda una zona aparentemente residencial, abandonada, a la que un bosque de mangle le venía ganando espacio.

— El otro lado está prohibido, ¿de acuerdo?

Mi atención se quedó con Herminia, que ya traspasaba el enorme portal de un área cercada por un muro gigante. Me recordó al Nazareth, mi colegio, donde la abuela Aída iba a buscarme los viernes a la salida del catecismo y a veces se le olvidaba y yo me quedaba solita hasta que el Señor Manuel, el portero, les avisaba a las monjas que ahí estaba yo otra vez y entonces las monjas se compadecían y me dejaban esperar en su casa, hasta que la abuela apareciera como si nada. Y yo nunca le contaba a nadie ni le reclamaba a la abuela porque ella tenía su tiempo y sus rarezas.

— ¿De acuerdo? — repitió Rita.

— ¿Cómo dijo? Disculpe, me distraje.

— El oeste de la isla está prohibido, del muelle para la derecha, nada. Y del muelle para la izquierda, digamos que usted es libre. Tenemos nuestras reglas y esperamos que las sepa cumplir.

— Sí, sí, puede confiar en mí.

— No queremos que la señora tenga que aguantar inconvenientes con “las muchachas” ni con nadie más — confesó Rita.

Quería decirle que yo no necesitaba una cabaña, que mi abuela, si estaba viva, me esperaba y que yo no quería tardar más, que ella me haría un ladito en su cuarto; decirle que yo lo que quería era justamente estar con “las muchachas” y aprender a lidiar con los inconvenientes de ellas. Pero imaginé que, apenas revelase mis intenciones, me expulsaría. Yo era uno de los olvidadores.

En el camino a las cabañas, pasamos por una plaza y hasta por una iglesia. Una maqueta de ciudad para que las condenadas no pudieran olvidar la vida que les había sido negada. Rita habló poco durante el camino. Medía cada frase y mencionaba personas como si yo ya las conociera y no necesitara dato alguno para entender. Como si en ese lugar, las informaciones hubiera que ganárselas.

— La voy a poner en ésta, que es la más habitable. Aquí viene Ricarda con sus libros, pero yo voy a hablar con ella.

Las construcciones eran parecidas a las habitaciones de los moteles en la ciudad. El sigilo, la discreción de las puertas, la propia sensación de estar llegando donde nadie quiere ser visto. Rita abrió la puerta, que no tenía cerradura.

Un gemido que podía ser de dolor, de cosquillas, de rabia, pero nunca de placer como tendría que ser para encajar con la memoria que yo le otorgaba al lugar, se escuchó bajito. Siguiendo la no-reacción de Rita, fingí que nada ocurría.

Adentro ya nada coincidía con la imagen del motel. Los recuerdos de mis andanzas se disolvieron. La cabaña era más una casita de muñecas sin terminar, sin la humanidad que dan los colores, los utensilios, los adornos. O era el cobertizo donde mi abuelo Nacho guardaba las herramientas y los trastes, pero limpio, lo que es lo mismo que vacío de diversión. Rita acompañaba de cerca los gestos que yo luchaba por contener, mientras ella me presentaba el lugar.

Una cama, un escritorio y un pequeño armario a punto de deshacerse.

— Procure no usar las dos últimas gavetas, que están medio mañosas.

Un baño con bañera y bidet.

— ¿Trajo su jabón, su champú?

Cocina y nevera viejas, mentirosamente funcionales.

— Más tarde conecto la corriente, es que estamos con todo en el único poste que sirve y es mejor evitar una sobrecarga.

Mesa de comedor y un ejemplar de *El amante de Lady Chatterley*, único vestigio de vida reciente que si Rita ocultó con rapidez, muy probablemente pensando que era pornografía, más veloz fui yo en esconder mi risa. Entonces el gemido, antes tenue, se escuchó más fuerte y mucho más cercano y ya no pudimos fingir que no existía.

— Ya vuelvo. Quédese sentadita.

Me sorprendió el tono maternal.

— Sentadita, vamos.

Obedecí. Esa primera pérdida de la autonomía en pro de mi comodidad me pareció una buena señal. Rita, quien quiera que fuera, me protegía. Y era una actitud natural que no parecía pesarle. Alcancé a escuchar unas voces, rumores tristes que no logré descifrar. Sentí más conmiseración que temor y ya eso era un comienzo. Recosté la cabeza en la mesa y en una corta cuenta regresiva, me dormí.

Al poco rato, Rita reapareció. Traía un pote de pintura tapado.

— ¿Pasó algo? — pregunté, aún tonta de la siesta y, seguramente, con la marca de la mesa en la frente.

— Pasó mucho. Pero no ahorita.

Rita puso el pote sobre la mesa y lo abrió.

— La del ruido era Adela, que no me puede ver lejos porque se enerva.

Tres cangrejos grises nos miraron con sus quelas en alto.

— Hace como ocho meses, creo yo que menos, no sé bien, empezamos a sacar estos descarados. Cada vez eran menos las jaibas y más de estos malasangres que saben como a cemento y que nunca en mi vida yo había visto cosa semejante.

Me asomé en el balde con la cara de entendedora que tantas veces le vi a Franco.

— Bueno, acomódese, descanse. Al mediodía le mando el almuerzo y algunas cositas.

Sin dejarme chance de responder, Rita salió con su caminadita rápida y de pasos cortos como ella misma.

Por primera vez desde que saliera de mi casa estaba sola, en la extraña privacidad de la puerta sin llave. Ahí, como en el muelle de Punta Hicotea, nada parecía estar nunca seco. La cama olía raro, no mal, sino como a playa, como si hubiera sido ensopada en el mar y puesta a secar en el sol. Lo mejor sería deshacer la maleta, ese monstruo obscuro. Ropa de casa, ropa de salir, ropa de fiesta, accesorios, cuatro pares de zapatos, libros, maquillaje y hasta dulces había

traído. ¿Le habían dejado traer cosas a la abuela Aída? ¿Dónde habían ido a parar sus ropas, sus miles de accesorios? ¿Y los instrumentos de pintura, estarían en casa del abuelo? ¿Habría pintado en Salos? ¿Estaba pintando en ese justo momento?

Necesitaba una ducha. Eso era lo principal: sacarme el viaje de encima para poder realmente sentir que había llegado. Pantaleta limpia, vestidito arrugado, toalla, jabón y desodorante listos. La capa de polvo que cubría la bañera no me auguraba mucho éxito. Abrí la llave. Ausencia.

Pensé en esperar el regreso de Rita o por lo menos la llegada de su emisaria con el almuerzo, pero el mediodía parecía distante. Valía la pena aventurarme a un paseo. Tiré a los cangrejos en la bañera para poder usar el pote en el que Rita los había traído. Ya después resolvería cómo sacarlos de ahí. Escondí los documentos en un bolsillo y comencé la aventura de buscar agua dulce.

No había ni una sola llave de agua en los alrededores. Las cabañas vecinas estaban cerradas y otras, las más lejanas, ya pertenecían al manglar, que las engullía en una lenta digestión. Decidí ir bordeando la isla, quería empezar a conocer sus límites, encontrar alguna playa. Iba atenta a cualquier movimiento, olor, sonido, loca por conocerlo todo de golpe. Loca. Odiaba usar esa palabra y sin embargo seguía viniéndome a la boca. Pero así iba, loca por conocerlo todo y fue triste cuando constaté que a esa hora no había nada vivo que conocer. Todo estaba como dormido en el sopor de esa mañana caliente, como de aceite quemado. Tal vez ese silencio, esa cosa estática, imperaba siempre, tal vez el tiempo allí no admitía quiebres.

Me equivoqué. Un ladrido agudo, chillón, me hizo perder el equilibrio y sentí el tiempo rasgarse. El ladrido venía del mar y pronto se multiplicó. Una lancha llena de perros flotaba amarrada a un árbol mientras un viejo al que le faltaba un brazo — me habían dicho que había hombres en Salos, pensé que sería un intruso — de pelo largo, rubio de mucho sol y piel como empedrada caminaba con el agua hasta la cintura, mirando a través del agua, con un arpón listo para penetrar lo que fuera que se moviera bajo ella. El hombre ni siquiera volteó a ver por qué los perros ladraban. Y si se hubiera volteado, hubiera visto a este cuerpo, zapatos en mano, corriendo rápido y mal en dirección a la cabaña.

— Algo me dice que usted le tiene más miedo a Domingo que a los perros.

No supe qué decir. No tenía idea de cómo reaccionar a la invasión de Rita hurgando mis cosas mientras yo me bañaba obligada.

Ella había llegado con el almuerzo y un balde lleno de agua y me ordenó que me duchara. Sólo después de hacerlo — y debía hacerlo rápido —, podría comer, pues no planeaba dejarme el balde. Comportamiento médico, carcelario, desconfiado. Eso le había dejado el vivir cuidando de las muchachas.

Ahora yo iba por la segunda enjabonada y ella ya había pasado por mi ropa y comenzaba a revisar mis libros y sus inconsistencias con relación a mi personaje de Raquel: Pedro Páramo, de Rulfo, y Casas Muertas, de Otero Silva, que eran grandes novelas, pero no eran atlas de ecología ni compendios científicos. Suerte que antes había tenido la iluminación divina de llevarme los documentos.

Yo aún no sabía si Rita era una colega demente que se erigió alcaldesa de enfermas por ser la menos enferma después del abandono, o si era un cargo ganado a cuenta de mucho estudio y experiencia. La segunda opción era improbable, sino imposible; Rita no tenía cara de académica y parecía joven, no pasaba de los cuarenta. De cualquier forma, su autoridad era innegable. Con qué velocidad el viejo le había ido con el chisme. No había pasado media hora y ya ella sabía lo ocurrido.

— Domingo es algo así como el técnico de la isla. Más miedo le tiene él a usted, no sea boba.

No pude terminar de articular una respuesta.

— ¿Tuvo tiempo de pensar algo de los cangrejos?

Donde la ignorancia corre libre, el que no sabe, inventa.

— Estoy pensando en comenzar por las corrientes. Conversando con otros profesores de mi grupo de investigación, llegamos a la idea de que puede ser algún tipo de bioinvasión.

— ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

— El necesario — susurré, desde la más sincera expectativa —. ¿Usted es la directora del sanatorio, o con quién tengo que formalizar mi estadía?

Rita me miró con una autoridad que le quintuplicaba el tamaño.

— Ni esto es un sanatorio, ni yo dirijo nada. Y ya le traje agua limpia y almuerzo. Suficientemente formalizadas estamos.

— Entonces tenemos que arreglarnos. No puedo gastarles sus cosas.

— Déjese de eso, tenemos suficiente guardado para arreglárnoslas. Sólo avise cuando vaya a salir. No quiero sorpresas. Usted entenderá.

— Hace años que nadie entra, me dijeron.

— Usted tiene cara de inteligente.

Le entregué su balde, a cambio del recipiente donde estaba el almuerzo. Ya no supe si Rita sonrió, si desconfió, si se fue o se quedó mirando; el mundo entero fue ese pollo asado, ese puré perfecto y ese arroz sueltico. Comida de hospital con un *nosequé* que me supo a hogar.

Con el cuerpo limpio y la panza llena, sentí de lleno el cansancio acumulado, una capa pesada y caliente que me empujaba hacia el piso, abusando de la gravedad. La imagen de la abuela Aída seguía instalada al fondo de mis ojos. Puntitos de colores brillantes en la oscuridad y ella estaba ahí, calladita, esperando.

7.

— Esos perros se comieron los palafitos de Guna y se van a comer el palafito de la nueva y Guna ella lloró mucho los perros pueden comerse la maleta de la señora sin nombre, pero la jaiba de la señora sin nombre les pica el hocico y los perros no saben llorar de lágrimas solamente de chillidos.

Sentí granitos de arena pegándoseme en los labios.

— Y la señora sin nombre tiene mucha ropa que no es azul y hojas de nada para qué alguien tiene hojas de nada odio los cuadernos en blanco como los odio los perros se van a comer esa nada y van a cagar blanquito.

Un gusto de agua de playa.

— Y la señora sin nombre va a ponerse triste colores encima colores atrás colores en las tetas colores en la nariz.

Cosquillas en la nariz.

— La boca abierta de colores.

Una voz bajita y quejumbrosa. Abuela Aída esperando dentro de mis párpados. Aída y sus sostenes grandes como carpas y una mano que me hacía cosquillas. Me volteé.

— Moverse no.

Mi corazón, cometa en pánico. Una mujer con gestos de niña me hacía un dibujo encima con conchitas de caracoles. Cuando vio mis ojos abiertos, se carcajeó y me abrazó una mano.

— Los colores son para los cachetes para la boca para los bocados para que sean más bonitos.

Mis enormes ganas de orinar eran una mezcla de miedo con naturaleza. ¿Quién era esa y cuánto tiempo había dormido yo? Sin hacer el mínimo intento de soltarme de la mujer, esperé que el abrazo acabara rápido.

— Ganas de mear.

Asentí. Fui corriendo al baño y liberé un chorro poderoso. Unos quejidos leves, entre llanto y tarareo, me hicieron demorar en las últimas gotas. Identifiqué que era el mismo sonido que habíamos escuchado el día anterior y que Rita dijo que era ¿Ana? ¿Laura? ¿Elena? Sin poder lavarme las manos ni dar descarga al sanitario, volví.

La mujer me esperaba con dos bandejas de comida y una sonrisa de dientes pelados. Le sonreí de vuelta, sin pensarlo. Era magnética su simpatía. Con la vigilia se me fue el susto.

— ¿Cómo te llamas?

— Yo soy la señorita Adela Zárate, usted también es Zárate, dicen que todas las Zárate del mundo son bonitas, usted es Zárate, ¿quiere comida de luna o comida de sol? Comida de sol que ya casi se juntó con la comida de sol número dos porque es tarde es tarde es tarde usted duerme mucho.

Me decidí por la “comida de sol”: una taza de café humeante, un sándwich y una mandarina. Una vez más, el buen sabor me sorprendió. El café podría estar más fuertecito, pero no era nada grave. Mientras comía, Adela me miraba. Estaba cerca como pocas personas se arriesgan a estar.

— Los perros no son malos, son curiosos, se comieron los palafitos que Guna hizo para que Igor los vendiera, pero eso fue hambre.

La señorita Adela Zárate era mi posible primera amiga en Salos y no quise llevarle la contraria, pero esos perros sí que eran malos. Malos y desconfiados. Esos hocicos salitrosos como que sabían olerme la mentira.

— ¿Usted vive allá? — preguntó Adela.

— ¿Allá?

— ¿En la ciudad calle carros calles parques afuera allá usted vive o no vive o no quiere decir?

— Sí.

— ¿Y allá está bonito?

— La verdad es que no.

— Allá está lindísimo, para qué dice que no, yo no quiero parques, usted no debe vivir allá en la 27.

No supe qué responder, pero no fue necesario porque ella ya venía con una nueva información.

— Rita pidió que le avisara si iba a salir.

— ¿Cómo le aviso?

— La mandarina.

Adela agarró la mandarina y me haló por el brazo, sin medir fuerzas ni distancias, como un niño apurado. Me dejé llevar. Si llegara a pasar algo, tendría la disculpa de no saber quién era quién, qué autoridad tenía Adela o qué vías debía usar para informar mi salida.

Me arrepentí de haber dormido tanto. Estaba encerrada de nuevo en esa misma media mañana en la que había llegado el día anterior, sin saber si ese calor amarillento era permanente, sin saber cómo era la puesta de sol o si la noche era fresca. Adela iba unos pasos adelante y a cada rato se volteaba a verme, como si yo fuera un bebé y ella el adulto que se esconde tras una

manta y reaparece y el bebé se sorprende y el adulto se esconde tras una manta y reaparece y el bebé se sorprende y

— Dice que usted llegó sola, qué hizo usted ella la mandó a traer por la autoridad, no trajo más galletas polvorosas, sí mandó a traer una señora más.

Adela me miraba con una atención exagerada.

— Yo vine sola.

— Una señora Zárate con jaibas en la bañera.

Antes de que yo diera una respuesta a al menos uno de los asuntos que Adela mencionaba, ella ya venía con otro.

— Los perros andan cerca, el señor aquí, yo no voy a darle de mi comida, a los perros tampoco les doy.

Tuve que reírme. "Yo no voy a darle de mi comida". Rita había exigido que no saliera sin avisar y yo estaba siguiendo a una mujer que no conseguía juntar una frase con otra. Debía desconfiar, pero no lo hice. Adela me guiaba por los matorrales en sentido al muro, acercándonos a la frontera del lado prohibido. Yo tenía la sensación de que, si fuéramos por el camino que bordeaba las casas, llegaríamos más rápido adonde suponía que estábamos yendo, pero Adela parecía divertirse. Vista de espaldas, Adela era diferente. Aún con las dificultades del camino, ella caminaba con los brazos cruzados en su pecho, sus pasos eran delicados, elegantes. Como una princesa con frío. Sabía lo que hacía. Por la familiaridad con que caminaba, esa era una vía conocida, tal vez hasta creada por ella. No paraba de repetir que no me daría de su comida, ni yo de aclarar que eso no era necesario. Adela Zárate no era una niña. Era una adulta que había podido volver a la edad del juego y cuyas otras preocupaciones estaban, aparentemente todas, relacionadas con lo fisiológico. Comer, excretar, dormir, ¿reproducirse?

— ¿Cuántas mujeres viven aquí? — sondeé.

Ella no respondió. Un sonido la distrajo.

— Son los peces, los peces ya no nadan en el agua, pero las hojas les gustan.

— ¿Peces?

— Todas sabemos, ninguna los pesca.

— ¿Todas? ¿Cuántas son ustedes?

— La señora Alicia, señora Lucía, señora Cecilia, señora Esther, señora Lucía, señora Fernanda, señora María Paula, señorita Alcira, señorita Lucía, señorita Rita, señora Aura, señorita María, señora Susana, señora Teresa, señorita Herminia, señora Ricarda, señora

Almudena, señora Verónica, señorita Claudia, señora Lucía, señorita Luz Lucía, señora Charito y señora Herminia, que cuentan como una...

— ¿Señora Aída no hay?

— Hay muchas. Algunos nombres vuelan y no vuelven a las lámparas.

Muchas Aídas. Ni en la guía telefónica había muchas Aídas. Paciencia, paciencia. Me cruzó por la cabeza la idea de que sus frases inconexas podían ser acertijos y que yo debía aprender a descifrarla.

— Y también está la señora Rita, ahora está usted, la señora sin nombre y yo, la señorísima Adela.

Sonrió tan brillante al nombrarse que de repente pareció una persona sin un asomo de enfermedad.

— Yo me llamo Raquel.

— Todavía no.

Tenía razón. Yo aún era muy Sofía.

— ¿Hay ancianas viviendo aquí?

— Cuando llegamos a los treinta ya no nos dejan seguir, tus recuerdos le van a gustar.

— ¿A quién?

— Guna.

— ¿Guna?

— Yo te voy a querer mucho pero no te voy a dar de mi comida ni te voy a dar de mis conocimientos — se me plantó en frente y me revisó el rostro: — como el majarete de la señora Ricarda.

— Gracias.

— Pero la señorita Rita es más bonita y doña Charito también.

Me reí. Infantil. Picada. Jamás de los jamases Rita sería más bonita que yo.

— Esther ya no, Esther está fea, afuera todas son más feas.

— ¿Rita vino de afuera?

— Rita nació aquí, es la más bella, por el mangle, por eso.

— ¿Es hija de alguna paciente?

Adela apresuró el paso y abrió distancia de unos tres metros entre nosotras. No quise forzar la cercanía. Paciente: una palabra que debía borrar de mi vocabulario.

Por suerte, el castigo duró poco. Adela me tomó de la mano y fuimos juntas bordeando la muralla de piedra que, de repente, se interrumpía con un pequeño portón. Eran los fondos del

sanatorio. Me paré en seco. La mirada nerviosa puesta en las dunas. La voz incapaz de quebrar el silencio ¿Qué pasaría si, confinada tras aquellos muros, estuviera mi abuela Aída?

— Los perros no entran aquí — dijo Adela.

Se escuchaban risas e chapoteos de agua. El olor del salitre había cedido un poco, enmascarado por un leve olor a detergente. Nada atemorizante. Lo peor que podía pasar era que, de hecho, ella estuviera allí. Y fuera una vieja demente, con la cabeza blanca, la piel membrana de cebolla, encías desiertas, tetas marchitas a la altura de la cintura.

Adela saludó a través del portón, contenta de ver a quien fuera que estuviera dentro.

— La señora Raquel sin nombre llegó aquí — le gritó Adela a alguien.

Durante un segundo quise ahorcarla. Sólo a mí se me ocurría confiar en pacientes. Porque eso era lo que era, una paciente, le gustara o no. Que ganas de...

— ¿Llegó o la trajiste? — reconocí la voz de Rita, condescendiente. Adela sonrió, traviesa.

— Pueden pasar.

Pasar. ¿Lo peor que podía pasar era la piel membrana de cebolla? ¿No era acaso eso lo mejor? ¿No era eso lo que yo quería, encontrarla viva y que me contara su historia, mi historia, y nos protegiéramos juntas? Lo peor de su vejez sería que tuviera la memoria aplastada y no se acordara de mí, ni de nada. O no. Su desmemoria la despojaría de culpas y me despojaría de esa aura de víctima que siempre me sabotó la voluntad. Quien sabe, tal vez no me recordaría y, en ese caso, podríamos comenzar de nuevo.

— ¿Hay alguna anciana ahí? — pregunté a Adela.

— Señorita Rita, con las señoritas Luz Lucía, Alcira, Charito e Herminia.

— ¿Y quiénes faltan?

— Las que se saben enjabonar.

En ese momento el olor a detergente y el chapoteo tuvieron sentido. También era posible que la abuela Aída recordara apenas la alegría que compartíamos antes de que yo me convirtiera en su Sirena. Ese sí era el escenario ideal.

Seguí a Adela, atravesé el portón anaranjado óxido, pesado como la propia piedra. Nos acercamos. Lo que en otras épocas fuera una fuente, hoy era una batea enorme. Tuve la sensación de que esa imagen ya yo la había visto, a lo mejor en algún cuadro, en algún libro de educación artística de bachillerato. Pero aquí las ninfas no llevaban flores, ni había un río tranquilo, ni un bosque frutal. En las pocas llaves de agua que aún funcionaban, Rita, Herminia y una tercera mujer bañaban a otras dos, las desnudas que no sabían enjabonarse.

Hice lo posible por no mirar, pero Adela me tomó de la mano y seguimos hasta quedar tan cerca que ya el agua nos chispeaba. Rita ni siquiera intentó cubrir a las desnudas. El pudor, como la privacidad, no era algo vigente entre ellas.

— ¿Durmió bien? — me preguntó.

— Muy bien.

— Ya a Herminia la conociste.

Sí, la había conocido al llegar a Salos, era la rubia con una sonrisa bastante más extravagante que esa discreta con que me saludaba ahora.

— Esta es Charito — Rita señaló a la tercera de las vestidas.

— Y Luz Lucía — la primera de las desnudas. Era la primera vez que yo veía una persona tan abandonada de sí misma. No parecía haber una vía para comunicarse con ella. Sus sentidos estaban al servicio de algo que nadie allí podía entender. Insistía en meterse la mano en la boca, no apenas para chuparse un dedo o comerse las uñas, esa mujer quería meterse el puño entero, como queriendo sacar algo que hacía tiempo se le hubiera perdido en el esófago. Charito era tosca con ella, le sostenía las manos con una fuerza increíble mientras Luz Lucía luchaba en silencio, sin aspavientos, por alcanzarse los adentros.

— ¿No se lastima? — tuve que preguntar.

Rita se encogió de hombros. Charito apenas levantó la mirada y yo creí haber visto el comienzo de una sonrisa, pero no. Su rostro duro contradecía el resto de su cuerpo, tan redondo y maternal. La tela de su vestido celeste hospitalario pegada como ventosa a su figura, entregaba una cintura fina y caderas de buena paridora, detrás de las cuales Herminia permanecía sumisa.

— Y ésta es Alcira — dijo Rita cuando vio que Adela se acercaba con la muchacha.

El momento que había estado evitando. Entre Luz Lucía y Alcira, era millones de veces más fácil observar a la primera y así lo había hecho yo. Mientras Rita hablaba, yo había permanecido de espaldas. Adela, al contrario, apenas llegó se dispuso a ayudar a Rita con Alcira. Yo fingí no escuchar los gritos, ni los lamentos, ni los golpes. Ahora el labio de Adela sangraba y ella aguantaba, la sangre y el lloro, mientras Alcira se confundía en movimientos incontrolables, cuando no era una pierna que saltaba, era una mano que se abofeteaba, un pestañeo incontrolable o el torso que se abalanzaba en una dirección y después en otra; como si sus músculos no obedecieran sus voluntades o como si fueran controlados por una máquina en cortocircuito.

Cuando no me quedó de otra que ayudar a Rita, mientras Adela se limpiaba el labio partido, vi la imagen, la verdadera imagen de la vergüenza. Los ojos de Alcira. En ellos estaba la razón del aguante de Adela. Era una forma de alivianar el peso a su amiga, de decirle que

ellas estaban juntas en otro universo en el que nada importaban sus tics, que su abrazo extravagante y doloroso seguía siendo un abrazo reconfortante.

Ese era un vínculo negado para personas como yo.

Yo era una verdadera ensimismada.

— Se puso nerviosa — dijo Rita, refiriéndose a Alcira. — Pero no más que usted.

Nerviosa no era la mejor descripción para mí. Al principio, tal vez, luego fue perplejidad y ahora estaba, francamente, triste. No por la desventura de las muchachas, yo no tenía generosidad para eso, sino porque aún comparada con ellas, yo era pobre de amor. Y mi miseria se fundamentaba exactamente en esa espiral enfermiza en la que todo sufrimiento o felicidad ajenos existían desde que me afectaran a mí. Toda esta idea del viaje sólo vino a concretarse cuando la necesidad fue mía. Habían pasado por lo menos dieciséis años en los que yo hubiera podido hacer algo por mi abuela.

— Por eso no quería que viniera sola. Alcánceme esas toallas.

— ¿A cuántas tiene que bañar? — pregunté.

— Estas dos solamente. Las otras resuelven solas.

En la hipótesis de que mi abuela estuviera allí, esa información podía significar dos cosas opuestas: o estaba tan bien que podía asearse sola o ya no había cuerpo que limpiar.

Desde uno de los pasillos que rodeaban el patio central donde estábamos, se escucharon unos ruidos, como si alguien arrastrara una silla, o algo más pesado, una cama, tal vez, y al menos dos voces que, aunque no discerníamos sobre qué, discutían acaloradamente.

— No se preocupe. Esa lenguarada es normal.

Les pasé las toallas y no pude quedarme callada.

— ¿Cuántas son en total?

— Quedamos veintidós, incluyéndome. Veintitrés si contamos a Domingo.

Por más que intenté, no logré distinguir nada de lo que las voces hablaban, mucho menos reconocer el tono de voz peculiar de mi abuela, ronco y dulce al mismo tiempo.

— ¿Hay alguna anciana?

Rita se ríe una risa incómoda y las otras la siguieron.

— Amiga, aquí todas somos ancianas.

No habíamos hablado de edades, pero era verdad. Algunas podían ser contemporáneas conmigo, Alcira parecía incluso mucho más joven que yo, pero estaban encerradas sin remedio en un retrato en sepia. Las canas que afuera no sobrevivían, allí anidaban. Las arrugas, las bolsas en los ojos, las manchas que ningún maquillaje escondía. Los vestidos de costurera de pueblo, las pantuflas. La piedra a la que fueron confinadas y de la que no querían salir porque, si ese

lugar las estaba macerando para algún día deleitarse hasta el hartazgo, el afuera se las hubiera comido sin celebrar siquiera un homenaje. El afuera las hubiera engullido vivas y hubiera quedado con hambre.

Herminia y Charito ya se alejaban con Luz Lucía a rastras, cuando Alcira, a quien Adela llevaba como esposada con sus propias manos, cayó arrodillada y de inmediato se levantó, como si ya fuera incapaz de sentir dolor.

— Bie-enveni-daseñora — me miró un segundo, entre una mueca y otra de sus labios. Y calló de nuevo y de nuevo se levantó. Tenía cicatriz sobre cicatriz en las rodillas y en los codos.

— Dis-culpeloma-lo.

Le sonreí, creo yo, con una dulzura suficiente. El impacto no me dejó hacer más, pero lo que yo le hubiera dicho a esa muchacha si yo no fuera una inepta es que yo envidiaba la ternura que ella despertaba y que nada o poco tenía que ver con su enfermedad.

Un olor a cebolla sofrita vino con la brisa. Miré el sol. Mediodía lacerante. Pronto servirían el almuerzo, ¿comida de sol, número dos? Supuse que me invitarían a comer con ellas y el misterio sobre mi abuela se resolvería más rápido de lo que había pensado.

— Acompáñala, yo llevo a Alcira — le dijo Rita a Adela. — Y no la andes desviando, vayan derecho por la vereda.

Pero ellas eran más astutas que yo. Herminia volvió con una vianda y me la entregó.

— No salga sola por ahí, no queremos que se lleve un susto — me recordó Rita.

— ¿No puedo comer con ustedes, aquí?

— Vamos con calma. Y llévese de una vez su baldecito con agua, para que no tenga que echarse otro viaje.

El camino de regreso se hizo más corto. Como Rita indicó, esta vez Adela me condujo por la senda que bordeaba el muro. Cuando el sanatorio estaba funcionando debió ser un camino hermoso. Cada cinco metros había un matero enorme, la mayor parte de ellos aún conservaba el cadáver de la planta que albergó, otros estaban llenos de figuritas tejidas con mangle. Tomé una en mis manos y sentí que olía extraño, pero era una belleza, un pájaro hecho con tal detalle, un tejido tan minucioso...

— Los putos perros me mearon todo.

La voz era de una mujer colosal que estaba sentada entre los mangles, tan sucia que se camuflaba. Adela me clavó las uñas en el brazo del susto.

— Esa es Guna, Guna me asusta siempre, parece que se esconde Guna para asustarme.

— Voy a explotar a los putos perros — insistió la enormidad llamada Guna.

La figura en mis manos olía a orines de perro, era eso mismo. El mismo brillo pegajoso y sucio de los meados que Copo, mi perrito de cuando era niña, nos dejó escondidos 34525 veces debajo de alguna cama o del sofá de la salita donde veíamos televisión en la casona hasta que mi mamá se hartó y lo regaló.

— Realmente provoca explotar a los perros — dije, simpática.

Guna se me acercó más de lo que yo esperaba.

— Los voy a encerrar y les voy a cortar los huevos uno a uno y después los voy a salar y me los voy a comer delante de ellos, si es que alguno sobrevive sin sangre. ¿Quién coño es usted? ¡Pensé que era Charito!

Quise responder, pero la voz no me obedecía. Yo, que nunca fui buena lidiando con las rabietas ajenas, no tenía idea de cómo responder al acceso de ira de una paciente psiquiátrica, sin medicación y con unos trescientos kilos de peso.

— Ella es la señorita Raquel que viene de allá, de allá de los parques donde hay gente fea — Adela salió en mi defensa.

— ¿Tú la dejaste entrar? Aquí ya estamos completas.

Sus trescientos kilos no querían nada conmigo ni con el mundo.

— Dicen que viene a ayudar, que ayudar sí se puede y yo no sé cómo es bonita así si en el 27 todos los peces, miedo, miedo, feos.

Al escuchar el nombre de Rita, Guna se aquietó. Su rostro continuaba siendo una cereza pero ya no podía ser yo el blanco de su violencia.

— Les voy a cortar los huevos. A toditos.

Guna se fue a los mangles, como queriendo esconderse, vigilando todos los puntos cardinales, lista para empezar su masacre canino-testicular.

— Esa lámpara a veces no está de ese color. Guna.

Aún no me recuperaba del susto, pero ese comentario de Adela me contentó. Estaba comenzando a entender su lengua.

— La señorita Raquel sabe llegar. Termine de llegar. Llegue derecho.

Desobedeciendo a Adela, que había desobedecido a Rita, en vez de ir a la cabaña, me quedé un rato sentada en la loma, el punto más alto de la isla, bajo un solazo que parecía estar

más cerca de la tierra que lo normal. Desde allí era posible tener una idea más clara de la geografía, mitad prohibida, de la isla. En mi lado, el este, estaba la ciudad de miniatura: la plaza, la iglesia, la biblioteca, el salón de actividades, el centro comercial, las casitas, las cabañas y el bosque de mangle que avanzaba sobre ellas. En el extremo prohibido había algo que parecía ser un apéndice del propio sanatorio, por las ventanas mínimas pegadas al techo y sus rejas reforzadas, probablemente sería un pabellón especial, un cajón de unos dos pisos hacia arriba y un piso hacia bajo del mar que, marea tras marea, iba convirtiéndose en caverna. También de aquel lado, pero hacia el norte, había algo como unos almacenes al lado de un pequeño muelle auxiliar.

La idea de aquella isla como una gran maqueta me desestabilizaba. Traté de sacar cuentas, de hacer un paralelo histórico-íntimo entre ellas y yo; entre el país, el mundo y el agujero negro que era Salos. ¿Sabían ellas de la caída del muro de Berlín? ¿Sabían de la existencia de la Unión Europea? ¿Sabían de lo grave que había llegado a ser el sida y que había una oveja clonada llamada Dolly, como Dolly Partan? ¿Ay, ¿Dios mío, sabían que Lady Di había muerto el año pasado? El sol me quemaba hasta la raya que formaba mi cabello al dividirse, ya comenzaban a picarme las gotitas de sudor naciendo bajo la maraña. Y el mar ahí, también hirviendo. ¿Y qué coño le importaba el muro de Berlín a quien vivía encerrado tras su propio muro de piedra y un muro de agua aún mayor que ni las jaibas querían visitar?

Si era cierto lo que Igor y el pescador de la noticia infame habían dicho, no había un solo familiar o amigo que hiciera una visita a esas mujeres. Las ciudades estaban llenas de abuelos Nachos, mamás Taíses, nietas Sofías, que habían decidido borrar de sus historias el error ortográfico que nadie sabe cómo surgió, la mancha de tinta de bolígrafo, el párrafo que incomodaba y sin el que el texto quedaba más redondo.

Los pobres éramos nosotros. Las víctimas reales estaban fuera de esta Salos de voluntariado. Nuestros límites son más grandes que nuestras aventuras porque no sabemos convivir con el exabrupto. Nosotros que encerrábamos a los insanos en manicomios para que éstos no pudieran agredirnos con su presencia, sin saber que la ecuación estaba al revés; en Salos, ellas se encerraron para que no las hiriéramos. Por eso, cuando fueron dejadas a su suerte y tuvieron la oportunidad de regresar a sus antiguas vidas, no lo hicieron, ni siquiera las sanas. Prefirieron la reclusión, la supervivencia. Debía erradicar de mí la lástima, el destierro de una familia tan cínica como la nuestra quizás fue lo mejor que pudo pasarle a mi pobre abuela. O yo había llegado a una importante verdad, o el sol estaba más fuerte de lo que pensé.

8.

En mi cuarto día en Salos, la posibilidad de pasar el umbral y descubrir lo que habría que descubrir adentro todavía parecía lejana. Pero, si de algo sabía yo era de paciencia. Con frecuencia me veía en la banca cuando debería estar en el campo. En la vida, digo. Yo esperaba mientras otros jugaban mi juego. Aprendí a sentirme cómoda sentada, a ver mi vida siendo disputada desde lejos y no ser tomada por el huracán de impotencia que generalmente envolvía a los jugadores reserva y a los directores técnicos. Ahora que estaba en el campo, debía hacer de mi antigua deficiencia, una nueva virtud. Entender el tiempo y los límites que regían en ese lugar; engranarme en uno, empujar con serenidad los otros.

Para eso, era imprescindible fortalecer mi falsa investigación sobre los cangrejos, que era lo único que justificaba mi presencia allí, entonces salí a caminar bien tempranito de mañana, antes incluso de que Adela apareciera con el desayuno, porque a esa hora me habían dicho que los perros todavía estaban durmiendo, exhaustos de tanto coger y pelear, las únicas dos cosas que sabían saber. Recogí cualquier animalito, vivo o muerto, que encontré en las rocas y en la parte bajita de la playa, y me dediqué a intentar dibujos anatómicos como los que Franco tenía en sus diapositivas para las clases. Me encantaban tanto los trazos que, antes de terminar con él, le robé el estilógrafo que, ahora en mis manos, no parecía tan fácil de usar. Es una pena que el talento no viniera junto en el depósito de tinta.

En busca de verosimilitud, me divertí inventando nombres, seres vivos, palabras, conceptos, todo el entramado de una teoría que culpaba a los malasangres cangrejos invasores por la infertilidad de las aguas. La idea no era descabellada, yo había juntado recuerdos de los congresos de biología a los que fui con Franco y una que otra información suelta entre revistas de *National Geographic* o *Muy Interesante*, libros y separatas por nuestro apartamento, y veía la hipótesis tomando forma, al menos narrativamente, y ya tenía sustancia para responder con cierta coherencia cuando exigieran resultados. ¿Qué hubieras pensado tú de mis dibujos, Franco? ¿Te hubieras reído, al menos? ¿Ves cómo robé tu vida? En varios sentidos, dirás. Pero me refiero es a que estaba usurpándola, a que usé tu currículum como medio de subsistencia. Y se me estaba dando tan fácil que me asustaba.

Me concentré de tal manera en mis actividades pseudoacadémicas que, cuando estaba en el papel de la profesora Raquel, sentía que no mentía, que estaba ahí para ayudar a esas mujeres. Pero el personaje me abandonaba y quedaba yo, actriz de mi propia vida. En segundos, volvía a estar allí con el único objetivo de encontrar a mi abuela, a la que no veía desde hacía dieciséis

años, después de que intentara matarme y la ingresaran en ese sanatorio, lejos de mi perdón, que ella nunca necesitara.

9.

— ¿Todavía echada?

Escuché a Adela como a través de un casco.

— No quiero almorzar.

— Comer esta comida que es comida de luna.

Lo que yo pensé que había sido un minuto entre una insistencia y otra de Adela, resultaron ser seis horas. Ella había venido, se había ido y había vuelto a venir.

Sentí algo clavándoseme en el talón y mi patada llegó, espontánea y certera, a la mandíbula de Adela, que comenzó a gritar como si la estuvieran matando. Tenía un pequeño pero borboteante corte en la punta de la lengua. Aunque algo dormida, atiné a abrazarla. Poco a poco dejó de gritar. Después paró de forcejear. Y sólo minutos después dejó de clavarme el estilógrafo en los brazos como venganza.

— Señora Raquel colador — balbució la muy sinvergüenza al mirarme el brazo lleno de punticos de sangre y tinta. Ambas reventamos en carcajadas.

— ¿Estamos pagas? — pregunté.

— ¿Está despierta?

Sí y sí. Venía para verme dibujar mis anatomías toscas. Se sentó y se maravilló con el puntico más insignificante.

— ¿Quieres probar?

Adela y su entusiasmo: dos cosas por las que, aun fracasando, mi viaje valdría la pena. Hizo tantos dibujos que llenó la hoja hasta quedar casi toda negra. La mayoría eran árboles y hormigas que no guardaban proporción entre sí; insectos mutantes sobre bonsáis. Cuando vio su obra culminada, lo que me vino fue un ataque de besos en todo lo que se llama rostro.

— Con lengua no no no no me lo prohibieron ya yo me dejé de eso.

— Yo también me dejé de eso — sonreí. ¿Vamos a dar una vuelta?

— Herminia está allá. Raquel sin nombre no puede ir.

Insistía en echarme en cara la prohibición. Era normal que Adela inflara su ego con las escasas posibilidades que le quedaban, pero en la hora justa de esos impasses, yo me volvía egoísmo puro. Adela tenía libertad absoluta de tránsito, mientras que yo estaba sujeta a los designios de la Santa Rita Alcaldesa. Pero si ella creía que era más inteligente que yo, estaba en un error imperdonable.

— ¿No quieres que vayamos a jugar?

Adela me miró sin entender.

— A jugar en las dunas.

— Rápido rápido rápido temprano — dijo ella ya desde la puerta, desesperada por salir, como un perrito cuando ve que el dueño agarra la pechera.

Adela no merecía ser comparada con un cachorro ni meterse en problemas con la alcaldesa por mi culpa pero, técnicamente, no la estaba arrastrando a romper ninguna regla; a ella le había sido indicado no dejarme ir hasta los almacenes, pero nadie dijo nada sobre verlos desde lejos, desde algún punto más alto, como las dunas.

La arena ya estaba en la temperatura perfecta, ni fría ni caliente, ideal para empanizarse y rodar duna abajo hasta hundirse en el agua. Pero esa tarde mi interés estaba en rodar hacia el otro lado, hacia la zona prohibida donde yo sabía que algo me esperaba.

Vuelta, vuelta, vuelta, vuelta y me atollé en el valle de una pequeña duna. Mi torpe trayectoria me sacó del camino recto que yo había planeado, pero fue un desvío afortunado. Desde ahí, tenía una visión buena de los almacenes y la duna me protegía. En el muelle de carga había una lancha cargada de sacos que un hombre corpulento, Herminia y otra mujer de vestido azul celeste hospitalario, iban bajando y llevando hasta los almacenes. Rita conversaba sonriente con un hombre muy pequeñito que permanecía de espaldas y que de un segundo para otro le invadió las nalgas con las manos, haciendo que durante algunos instantes la sonrisa de ella se transformara en mueca.

Volteé para encontrar a Adela, quería leer en su reacción si aquello era normal, pero sólo vi una mancha lejana corriendo hacia el edificio principal. Aquello olía a problemas. Me sacudí la arena y agarré camino.

Esa misma tarde, Igor llegó con la lancha repleta al muelle principal. Frutas, carnes, verduras, paquetes, latas, artículos de higiene y de limpieza, empezaron a acumularse en el muelle principal. Yo fui la primera en llegar.

— ¿Cómo te va? — lo saludé con una dulzura que acabó sonando un poco fresca. Él sonrió sin mirarme.

— No me puedo quejar. ¿Usted?

— Pues tampoco.

— ¿Todavía no quiere el viaje de regreso? — preguntó él y a mí me pareció que me devolvía la coquetería.

— ¿Quién manda esto? — aproveché la cercanía.

— Eso es con ella.

Rita se acercaba a paso ligero.

— ¿Qué es lo que es conmigo?

— Yo le pregunté quién enviaba estas cosas. ¿Son los familiares de alguien?

— ¿De cuándo a acá a usted se le deben respuestas?

La miré y asentí. Igor movía hasta los paquetes que ya estaban acomodados, sólo para evitar mi cara de humillación.

— Son familiares de una paciente, que vienen a dejarle cosas — ladró Rita, cuando vio que me alejaba.

Ella sabía ser violenta con las palabras. Yo sabía leer entrelíneas.

Me fui a la cama pensando en esos supuestos familiares. No dejaba de ser extraño que esas visitas incluyeran transacciones y no cariños. Yo no vi a nadie entrar al edificio principal y nadie había llevado a ninguna paciente al muelle. Eran suficientemente desalmados como para dejar a una hija en ese lugar abandonado, en esa especie de ocupación clínica. Quién sabe, tal vez eran muy débiles para verla en ese estado. O tal vez en el edificio principal estuviera desarrollándose alguna escena en paralelo, con una madre, un padre, un hermano, que daban migajas de amor a su interno como se le dan migajas de pan a las palomas de una plaza, como por no dejar, como para sentirse mejor y salir bien en la foto. En cualquier caso, eran suficientemente sinvergüenzas como para ser cómplices de ese abandono y calmar con insumos básicos sus consciencias. Y nosotros éramos peores.

Ya Igor me había dicho que nadie portaba por ahí, pero si era verdad la versión de Rita y si era verdad que mi abuela estaba viva, yo tendría que agradecerles a esas personas que hicieran lo que mi madre y mi abuelo nunca se dignaron a hacer o delegar. Gracias a ellos, la abuela habría contado todo ese tiempo con comida de sol y comida de luna, jabón y champú, crema humectante y papel sanitario, aspirina y desodorante; lo esencial y lo misceláneo.

Tanto Adela, como el desayuno que ella me trajo, estaban nefastos. Unos huevos fríos, sin sal, un café tan guayoyo⁴ que al principio pensé que era té. Y Adela no era la Adela habitual sino la Adela de los malos días, la del ceño fruncido, la de la boca en piquito, la que era capaz de escupirle a uno en la cara si la voz le sonaba irritante. Esa actitud disciplinante sin duda venía de Santa Rita Dictadora y no consiguió más que atizar mi curiosidad. Sin esperas ni sutilezas, le pregunté a la Adela si alguna familia establecía contacto, si mandaban cosas. El rostro se le volvió una cereza de tan rabiosa que se puso.

— Porque nos lo merecemos las cosas buenas que ocurren de premio porque la integridad de carácter es nuestra y hay bondad mente-sangre-corazón pero las cosas malas vienen del afuera el código las explica usted no conoce el código tiene que estudiar bien tener bondad mente-sangre-corazón no pregunte no pregunte y llegue sin hacer bulla.

Las frases le salieron rápidas y ella casi lloró al decirlas. Todo aquello era un asunto delicado. Emisaria y mensaje cantaban claro e imitaban a mi abuela cuando me decía “Sofita, mi vida, no busques lo que no se te ha perdido”. Clásico consejo conservador que, en ese momento de mi visita a Salos, sería el mejor que podría recibir.

⁴ Guayoyo: en Venezuela, café muy suave, parecido al tipo americano o al largo en la cantidad de agua.

10.

Esa tarde, con la mano ya cansada de tanto dibujar, bajé a la playa. Desde el otro extremo rocoso, los perros de Domingo me vieron llegar, pero pudo más la pereza. Aunque flacuchos y ágiles, a esa hora parecían unos viejos cerveceros e inmóviles, ballenas desnutridas varadas al sol. Más mascotas que fieras, menos peligrosas que abrazables. Pensé que Domingo estaría cerca, modorrando entre los arbustos, pero lo descubrí vuelto un accidente en el horizonte vacío que yo esperaba ver. Él estaba en la lanchita, bastante lejos de la orilla, de cara al mar. Parecía que su único objetivo era dejarse mecer por las olas. Y mecerse en ese caso venía siendo un eufemismo. La lancha llegaba casi a voltearse. Pero él seguía allí, en su ejercicio de paciencia.

A fuerza de gastar horas ese día viéndolo a la deriva, el recelo que al principio me causara se deshizo. Me propuse ganarle una sonrisa, no sólo por entender que él también podía tener informaciones útiles sobre mi abuela, sino porque me despertaba la compasión automática de aquellos seres tristes de la madrugada, aquellos que alimentaban el folclor de las horas oscuras de Maracaibo, como el mago triste, siempre borracho, que jamás logró hacer el truco de las barajas, o el pintor de retratos que, con carencia absoluta de talento, iba de bar en bar dibujando a los presentes en la espera de que alguno se maravillara con su creación y le ocupara los bolsillos cansados de cargar aire. Domingo era eso, pero en el contexto de Salos.

Con cinco preguntas memorizadas sobre mi falsa investigación, busqué un lápiz sin punta y algunos de los mejores dibujos que había hecho y esperé que él regresara de su estoicismo disfrazado de perseverancia pesquera y atracara su lancha repleta de redes vacías para seguirlo hacia sus dominios. Ya antes lo había visto perderse entre las edificaciones que el mar se estaba comiendo. Imaginaba que tendría una cabaña semejante a la mía, en algún punto seco, elevado, aislado. Los perros ya habían percibido que yo les seguía el paso y aunque hubo un conato de agitación, el propio Domingo los silenció.

— ¿Señor Domingo? — llamé.

Había unos diez metros entre nosotros. Él me hizo señas de que lo siguiera. Uno que otro perro volteaba y me miraba con escrúpulos.

La arena se acababa y la marea ya golpeaba las cabañas. Los perros empezaron a nadar y el crepúsculo se instaló en el cielo. Evité mojar las hojas hasta donde pude. Entonces vi. Agónico y hermoso. A un lado, las cabañas que ya yo divisara, cuyas puertas el mar había profanado, para hacer flotar en sus interiores lo mismo camas y gavetas que algas y maderas naufragadas. Al otro, un mar revuelto, anaranjado, con frutos esterilizados por lo hirviente de sus aguas, y allá lejos, el horizonte cieloinfierno. Frente a mí, Domingo y su fortaleza.

El edificio cuyas primeras plantas estaban tomadas por el agua, y del que yo había pensado fuera un pabellón especial, resultó ser el búnker del hombre más triste de la tierra. Los perros se sacudían montados encima de los techos, felices de estar en casa. Y él, cabeza de ese reino que había sobrevivido a un apocalipsis, me esperaba en la puerta, que por el avance del mar venía siendo un ventanal roto del segundo piso. Aún no sonreía.

En algún punto, mis hojas y mi lápiz se habían unido a las camas flotantes. Mis pies no tocaban el fondo y el mar estaba empeinado en sacarme de ahí, en llevarme con él. De nerviosa, empecé a reírme. Domingo se lanzó al agua, o sea, a su jardín, y me extendió la mano. Yo quería decirle alguna cosa, soltarle la lenguarada profesoral que había memorizado, agradecerle, pero no podía parar de reír. Y seguí y seguí, hasta llorar, hasta que la última uñita de sol se apagó y la única claridad fueron la luz de una luna menguante y del único poste de Salos, que nadie prendía y nadie apagaba, pero cuya luz nunca faltó.

Sólo entonces, Domingo habló.

— Ya está bueno, ya, muchacha. Le va a dar tos si sigue con la rochela⁵.

Bajo ese azul eléctrico de las seis y media de la tarde en el Caribe, Domingo era como una criatura del mar. Su piel, llena de surcos hondos, reseca y maltratada, como hecha de material calcáreo. Hombre arrecifado. Y debajo de esa carcaza de sireno viejo, toda la tosquedad y la ternura de un padre jubilado temprano de sus funciones. Rochela. Cosa de viejo capaz de querer bonito.

— ¿Le gustó aquí?

— Es un buen lugar para descansar. Lejos de todo.

— ¿Y usted no vino a trabajar, pues?

— Vine a todo.

— No sé qué tanto “todo” pueda hacer aquí, pero hable... ¿Qué quiere de mí?

Raquel volvió a mi cabeza y a mi lengua y le solté, ahora sí, mi ficción sobre los cangrejos: Isla de Salos, por más que fuera sólo un puntico lejano en el paisaje que ven los tripulantes de los barcos transoceánicos, sentía en sus ecosistemas algunas de las consecuencias de la existencia de esas rutas comerciales y turísticas. Esta nueva especie de cangrejo que han estado sacando es, sin duda alguna... extranjera — la palabra “alóctona” se me perdió en el momento, a pesar de mis intentos nemotécnicos — y la explicación más probable para la llegada al Caribe es que haya sido transportada como larvas en las aguas de lastre de esos barcos.

— Y así va a quedar porque, contra eso, ¿quién?

⁵ Rochela: en Colombia y Venezuela, bullicio, algazara.

— Pues hay legislaciones que...

— Ajá. ¿Va a cenar conmigo o ya la tengo que regresar a su cabaña?

Sintonía inmediata, se llama eso. Ni yo tenía ganas de desarrollar mi teoría falsa, aunque no carente de sentido, ni Domingo apreciaba palabras sin consecuencias.

— ¿No le incomoda?

— ¿Sabe cuánto tiempo hace que nadie viene a cenar conmigo?

Entramos. Él, mi nudo en la garganta y yo.

— Mi brazo lo dejé en el pabellón de abajo. Cuando el agua empezó a meterse, intentamos hacerle una barrera. Las muchachas son fuertecitas, ¿sabe? Pero estas aguas son más bravas que todos estos perros juntos peleando por las hembras cuando se ponen malucas. Por pura suerte no perdí la cabeza. Pasamos dos semanas rezando para que la herida se cerrara, pero no había Dios que me juntara el cuero. Yo mismo me lo corté. Ellas me ayudaron, no fuera a ser que me pelara y cortara más arriba de lo necesario. No es gran cosa. ¿Sabe? Con un brazo se puede vivir tranquilo. Ni crea que no. Si yo fuera profesor, como dice usted que es, o vendedor, o diputado, no tendría problemas. Bueno, que para ser diputado uno no necesita la cabeza, cuanto y menos va a necesitar dos brazos. Pero para ser pescador, plomero, albañil, padre y cualquier cosa que se necesitara aquí que yo fuese, se necesitan dos y tres y hasta cuatro brazos.

— ¿Usted tiene hijos?

— Tuve.

— ¿Fueron ellos los que lo trajeron aquí?

— ¿Le parece a usted que yo estoy loco?

— En lo absoluto.

— Qué motivos tendría un hombre para aislarse dentro del aislamiento, estará pensando la señorita... ¿o es señora?

— ¿Puedo preguntarle por qué no se fue con el personal del sanatorio?

— No, no puede. Porque si lo hace le voy a responder verdades que capaz y usted no quiere oír. Igual que yo no le voy a preguntar por qué usted no se va, si usted y yo sabemos que esa investigación suya se huele el rabo. Tómese esa sopita y cuénteme, ¿la tratan bien las muchachas?

— Las pocas que conocí hasta ahora, sí. Pero quiero conocer a las otras.

— No hay mucho que conocer. Una cuerda de viejas.

— ¿Viejas, viejas, tipo de setenta... ochenta años?

— Ni tanto. Pero antes había por bojote.

— ¿Antes?

— Pero no vamos a hablar de cosas tristes. Dígame, ¿le gusta aquí?

Sí, me gustaba ahí. Sí, me trataban bien. Incluso él, dentro de su habitación de hospital devenida cueva, estaba siendo tan amable como sabía ser, después de tantos años. Me decidí por la prudencia, esa virtud que en los últimos tiempos había estado tan escasa en mí. No le pregunté más, dejé que él dirigiera la conversación. Quería que me desenmascarara y me dejara al fin libre para preguntarle qué había sido de mi abuela. Pero él no quería hablar del pasado. Quería disfrutar esa noche, tiempo presente, en la que recibía a una extraña con ganas de hablar, de provocarle una sonrisa. Era tierna su disposición de anfitrión.

Con entusiasmo me enseñó su cocinita a gas y su nevera ejecutiva que usaba de despensa porque en esa ala del sanatorio la corriente eléctrica se había caído cuando el mar empezó a reclamar su espacio. Pero su gran tesoro era, y no le faltaba razón, un radio de pilas en el que emisoras de Venezuela, Colombia, Curazao, Aruba, se paseaban por el dial y le regalaban el milagro de la música y la información planetarias. Un puente sonoro entre Isla de Salos y el mundo. Tal vez no era el único, pero era el primero que yo era invitada a atravesar.

Los últimos años, a Domingo lo habían acompañado más los dramones corta-venas de Diomedes Díaz, Pastor López y Vicente Fernández que cualquiera de las muchachas. Era más probable que mi voz acompañara al buen Domingo uno de esos sábados en que mi programa alcanzaba la mayor sintonía, que una Rita o una Adela le invitaran una comida de sol. Yo quería entender por qué había decidido por una isla dentro de la isla. Quería entender, sobre todo, por qué no se había ido cuando estaba sano, fuerte... completo.

Porque no lo estaba.

Aunque una barracuda tuviera mejor gusto musical, aunque su ejército de perros sólo sirviera para ladrar y coger, aunque pareciera un decápodo demasiado longevo y aunque fuera demasiado inútil, algo — alguien — debía unirlo sin remedio a esa isla.

— Ahora tal vez usted quiera salir por la vía fácil — me dijo con cara de travesura.

— ¿Hay una vía fácil?

— Depende de cómo se le mire. Tendría que atravesar toda esta ala. Al final, hay una entrada. Como de cárcel. Y ahí mismo ya están las dunas y el caminito. Pero nadie toma ese camino.

— ¿Y eso por qué?

— Las únicas dos personas que vienen una vez por cuaresma por aquí prefieren echarse a la oscuridad del mar que ir con un candil por ese corredor tan trastornado.

— ¿Cómo así, trastornado?

— Es que aquí estaban los pacientes violentos, era un área penitenciaria. Genaro, Samuel, Ramona y otros dos que estaban tan recién llegados que ni tiempo me dio de aprenderme los nombres. Ni ganas tenía yo de saber. Uno de esos era un gigante, como esos de las películas, pero fuerte y ágil como ver a uno de mis perros. Usted no sabe lo que era ver el odio en esos ojos. A los médicos les debió dar miedo llevárselos. En las lanchas no podrían amarrarlos, como estaban aquí.

— ¿Esa gente murió de hambre?

— ¿Puede creer que cuando yo entré, una semana después, esa mole todavía respiraba? No iba a ser yo el que salvara a la bestia. Recé lo que sabía rezar al lado de él y esperé que se apagara. A todos los otros logramos sacarlos, los echamos al mar y que las criaturas del agua hicieran lo suyo. Pero a la bestia no pudimos. Nos ayudaron los animalitos y el calor del trópico, que en tres semanas lo desaparecieron...

— Déjelo hasta ahí, no me cuente más.

— Apechugue, Raquel, que usted está llegando tarde, usted no estaba aquí. Había que estar aquí para entender.

— Yo lo único que entiendo es que me regreso por el mar.

— Tá bueno.

Había que estar ahí para entender y yo no había estado. Jamás podría entender. No estaba tan por encima del bien y del mal como ellos. ¿Cómo médicos, guardias, empleados, compañeros, los habían dejado morir, que es lo mismo que matarlos? No quería entender, quería olvidar que alguna vez me enteré de eso.

Domingo insistió en acompañarme y qué bueno que así fue, porque encarar el agua me hacía morir un poquito. Nadamos en la más negra noche, en cuyos sonidos sólo existían los perros y la marea. Yo, con el pensamiento nublado, me aferraba al viejo, al desalmado viejo, al desangelado viejo, al imposible buen viejo, y quería odiarlo. Quería que me dijera que Aída no estaba allí ahora y que no había estado cuando Salos dejó de ser sanatorio para convertirse en sarcófago de vivos, que los médicos se la habían llevado consigo y que ella era inocente de

aquella barbarie y que yo podría ya agarrar mis trapitos y mis falsas teorías y farfullas investigaciones y regresar a aquel infierno de ciudad que era menos infierno que Salos, aunque allá también hubiera quien muriera de hambre y de olvido.

Llegamos al camino. Para ese momento, Domingo ya parecía arrepentido de haberme contado, su rostro se había encapotado, era de nuevo el Domingo inaccesible.

— Buenas noches — le dije.

— Raquel, ¿sabe qué es lo único que da más miedo que la muerte?

— ¿El hambre?

— No. La locura.

Fue por ella, por la locura, que marido, hija, nieta, hermanos, habíamos abandonado a su suerte, que también es lo mismo que matar, a la abuela Aída.

11.

La poca sensación de privacidad que había alcanzado en esos días se me desdibujó cuando descubrí a Rita dentro de la cabaña.

— ¿Se le perdió algo? — dije, simpática.

— Se me perdió un espejo, hace años. ¿Tú no tendrás alguno que puedas prestarme?

Ya yo sabía que la intimidad era una cuestión relativa y fugaz en Salos y me tenía un poco sin cuidado, lo único que me preocupaba era si Rita lo hacía por desconfianza, porque sospechara que yo era una intrusa.

Pero Rita era un maniquí cuando así lo quería y, como tal, respondía. Cartón-piedra sin asomo de sentimientos. No me quedó de otra que restarle importancia a la invasión.

— Tengo éste — le entregué el polvo compacto. — Puedes usar también el polvo, creo que es justo de tu tono.

Rita se vio en el espejo muy de cerca y luego lo alejó, para tener una visión más completa de sí. El maniquí se hizo añicos. Era imposible para mí entender cómo era que no había otro espejo en la isla. Veintitantas mujeres y ni un sólo espejo. Increíble.

— No me puedo quedar con él. No hay nada más peligroso que los espejos en esta isla. Por encima de cosas del corazón y del cerebro, de tumores y coágulos reventados, los espejos son la principal causa de muerte. O al menos, la principal forma.

Cuántas cosas que nadie nunca debería ver o vivir, Rita había tenido, no sólo que ver y vivir, sino también que limpiar, que escurrir, que enterrar. Eliminaron los espejos y, con ellos, varias amenazas juntas. El tiempo quedaba en buena forma aniquilado. Al menos, una de sus versiones. Ellas ya no podían odiar su imagen ni admirarla en los buenos días, no podían comparar sus envejecimientos y sus gorduras. Eran dependientes de la imagen que las otras les construían. Del imperio del tacto. Del reflejo movedizo y distorsionado de la superficie del agua y de los iris ajenos.

— Adela me dijo que aquí había un peligro.

Mi espejo amenazaba todo ese equilibrio. Si había herido a Rita, que, aunque su voz y sus manos temblaran, sabía aguantar dolores, en manos de alguna más débil sería una masacre.

— No podemos tener ese peligro.

Tomé el estuche y lo estrellé contra el piso repetidas veces. Como la Rita maniquí, mi espejo quedó vuelto añicos. Las dos nos reímos. No sé por qué.

— Procure guardar mejor cualquier cosa puntiaguda. Esa pluma con que usted dibuja parece dañina. Y los lápices escóndalos mejor todavía.

— ¿Lápices?

— La escritura puede ser muy peligrosa.

Rita me invitó a dar una caminata. La escena que acabábamos de compartir me había abierto una rendija hacia ella. Su autoproclamación como “alcaldesa” no había sido un acto autoritario, sino heroico. Ella era una misionera y en escasas palabras se había ganado mi admiración. Hice lo posible por no mostrarme ceremoniosa, pero al ver que la propia Rita entraba en personaje para darme el tour, supe que podía mostrarme emocionada, o agradecida, o intrigada. Para ella era algo sagrado e inédito y sería un error fingir apatía.

Hicimos un camino diferente, esta vez por dentro de “la ciudad”. Callejones querían ser avenidas y restos de letreros oxidados osaban apuntar direcciones y contribuir con la puesta en escena de aquella vida de decorado de novela que llevaron quienes vivieron allí en la época del apogeo. Cascarones de edificios en diversos estados de conservación denunciaban los intereses de las habitantes de Salos. El cine estaba bastante deteriorado, pero permanecía limpio. Las poltronas organizadas en círculo, algunas de ellas de espaldas a la pantalla, sugería que ver películas no era una opción en la actual rutina de las mujeres. La panadería parecía estar en uso, aunque algunas máquinas ya no servían. La frutería y el abasto, en cambio, eran un festín de polvo y monte reventando las cerámicas del piso. Y para que no se dijera que en Salos no había espíritus cultivados, también tenían una biblioteca de considerables proporciones, que estaba clausurada, pero que, diferente de los comercios, parecía bien conservada. ¿Estarían todavía allí los libros? Tenía que ir allí lo más rápido posible. Ese, sin duda alguna, sería el lugar predilecto de la abuela Aída; el lugar para, ojalá, esconder su caligrafía.

Apenas miré hacia el lado vedado, Rita activó las defensas.

— No mire mucho para aquellos lados que para allá está prohibido el paso, a menos que haya sido autorizada con anticipación.

Me tomó de sorpresa el tono burocrático y duro con que me habló.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— No, no puede.

Caminamos un poco más, en silencio.

— Me dijo Adela que la biblioteca está abandonada.

— Ajá. Ya no hay quien la cuide.

— ¿Qué le pasó a quien la cuidaba?

— ¿Usted vino aquí a traer respuestas o a hacer preguntas?

— Disculpa. Soy muy curiosa. Pero, si quieren, yo puedo ayudar. Podemos reactivarla.

Estaba casi insistiendo cuando me vi frente a él. Un metro de ancho por cuatro de alto, la división maciza que durante décadas dijo quién iba al baile y quién lo imaginaba. Santa Rita Misionera me condujo al mismísimo portal. Sanatorio Mental Nacional “San Simeón Salos”, casi podía sentir el peso de las letras talladas en el arco de piedra, apabullante como un elefante bobo, monumental encima de nuestras miniaturas.

Un edificio central extendía sus brazos hacia el frente, separados por un patio que, aunque no podría llamarse jardín, ostentaba un cierto cuidado, una dignidad de cactus y sábila. Hacia el frente, dos templetes, uno de ellos habilitado con cuerdas en las que pendían batas, vestidos, pantaletas, manteles, todos de la misma tela color celeste hospitalario en una amplia gama de desgastes. Mientras Rita me conducía hacia las cabañas, la visión del lugar una vez más me llevó al colegio y al recuerdo de la Hermana Aurelia, con su olor a talco, a clavo y a viejita, enseñándome canciones de la iglesia en una de esas tardes de esperar a la abuela.

En el lobby, los vitrales mentían; insinuaban que ese lugar era misericordioso y cálido, como la terraza de abuelo Nacho, llenita de vitrales increíbles con los más diversos tipos de orquídeas. Pero la luz que entraba por la Sagrada Familia y por el Divino Niño Jesús no bañaba a mi abuela Aída, que no estaba acostada en la hamaca ni leyendo en la poltrona. La luz que penetraba la santidad iba a dar a una estatua en yeso blanco de un hombrecito más bien feo, el fulano Simeón de Emesa, que le daba nombre al sanatorio.

— Haciéndose pasar por un *salos*, que parece que en uno de esos idiomas árabes de por allá lejos quiere decir algo así como “loco”, enseñaba el Evangelio sin peligro de que lo llamaran bueno. Seguido se quedaba en pelotas en presencia de mujeres, iba a los prostíbulos y a los bares, cagaba en público. Nada que yo no haya visto aquí. Era un actor de los mejores, un payaso. A cuenta de la supuesta locura, era libre de acercarse tanto al peor delincuente como al más caballero, y llevó muchos al camino de Cristo. Cuando se murió fue que todos en la aldea supieron que en realidad era un monje y que, amando tanto a Dios, había decidido despreciar la santidad. Siempre fui devota de ese Simeón — concluyó Rita —. Lo último que quería era ser santo y mire usted, que hasta un sanatorio se ganó el pobre.

— Pues sí, con estatua y todo. ¿Cómo no se dieron cuenta que era absurdo?

— Seguro que lo pensaron. Pero también pensaron que, en el fondo, fondo, fondo, todos los santos queremos estatuas. El Padre Cicerón también dijo que volvería, pero nunca más nos visitó. Quien sabe, hasta habrá fallecido. Hace tanto que no tenemos ni una misa aquí. Él fue el que me contó la historia de San Simeón Salos. Es una historia bonita, ¿no cree?

No, no creía nada, porque creía haber escuchado que Rita se refirió a sí misma como santa y eso era increíble, entonces lo mejor era no creer nada.

— ¿Es verdad que usted nació aquí? — pregunté para sacarme de la cabeza la imagen perfecta que ya me había hecho de la estatua de Rita.

— Sí. En el cuarto 4 del pabellón B. Jamás en la vida he dormido fuera de ese lecho, ahí me parió mi madre y ahí voy a morir.

— ¿Tu madre era interna?

Rita me miró, en silencio, perpleja.

— Mi madre era mi madre y de ella no se habla porque ella le queda grande a cualquiera. Voy a descansar. Puede regresar a la cabaña. Y vaya directo para allá.

— No me respondió nada sobre lo de la biblioteca.

— Después vemos. Concéntrese en lo suyo es lo que es.

Volví sin saber cómo considerar mi encuentro con Rita. Supuse que el balance general había sido positivo, pero la recta final había sido desastrosa. Mi indiscreción me había regresado al punto de origen, quien sabe si más atrás.

12.

Abrí la puerta y ahí estaba ella, sentada en medio de la roca, en una pesada silla que debió traer consigo del edificio central. La luz del sol parecía atravesarle el cuerpo de tan blanca que era su piel. Tenía aspecto de humo, de gente hecha de neblina. Era una belleza antigua, todavía apabullante.

— Buenos días. No nos han presentado, yo soy Ricarda. Vengo por los libros.

— Yo no he tocado las gavetas.

Siempre que ocurría algo inesperado, mis buenas maneras escapaban, cualquier sorpresa era un peligro inminente y dispensaba toda norma de etiqueta.

— Buenos días — enfatizó ella, por el puro gusto de evidenciar mi descortesía.

Esta mujer, en cambio, era educada hasta en la forma de pestañear. Una dama de inteligencia insolente: de inmediato asocié su presencia en Salos a esa combinación de características femeninas, peligrosa hoy y peligrosa desde siempre.

— Puede llevárselos. Ahora estoy ocupada en otras cosas. Siempre que estoy desarrollando un trabajo, dejo de lado la literatura, es una vergüenza.

Ahora sí, bien dicho, a la altura de mi educación y de mi disimulado, pero definitivo analfabetismo funcional.

— Entiendo. En ese caso, permiso.

— Bien pueda.

Ricarda se levantó. Reparé en su vestido, mucho más elaborado y bonito que aquellos vestidos de costurera, que usaban las otras, aunque siempre del mismo tono celeste hospitalario que ya me daba fatiga. Me quedé parada, más derecha que de costumbre, mientras la nueva intrusa recuperaba su tesoro. Fue una extracción rápida y precisa, “bistúrica” diría ella y Franco anotaría la palabra para lucirse en un futuro próximo, si ambos pudieran escuchar mis pensamientos. Franco babea por mujeres de vocabulario florido, de vestido y chal en épocas de pantalones rotos y plataformas escarchadas. Sólo no se casó con una por timidez, por falta de autoestima para abordarlas. Y entonces me abordó a mí, la término medio por excelencia.

— Disculpa la imprudencia, ¿tú eres de la Universidad del Golfo? — preguntó Ricarda al salir de la cabaña, cargada con unos diez libracos que yo ni sabía dónde estaban escondidos, cuando mucho sabía de la existencia de cuatro.

Asentí por no saber qué más hacer.

— ¿Pertenece a la facultad de Ciencias?

— Ajá — dije bajito y cerrado, como quien asume un pecado.

— Entonces habrás escuchado hablar de un antiguo conocido mío, el profesor Lorenzo Ballesteros.

— ¡Faltaba más! — ese nombre yo lo conocía, no sabía bien de dónde, pero ahí estaba, latiendo en la memoria.

— ¿Puedes decirme cómo está él? ¿Sigue impartiendo clases o está sólo con sus investigaciones? ¡Ya debe tener cuatro postdoctorados!

Era él, el rostro sonriente de lentes redondos en la contraportada de aquel libro sobre efluentes y basura y qué se yo, que Franco dejaba en su mesita de noche boca abajo y que tantas veces yo ponía boca arriba. Decidí arriesgarme, después de todo, había visto tantas veces la cara del sujeto que para mí también era un “conocido”.

— Pues continúa con sus clases. Se niega a dejar la docencia. Usted sabe cómo son los hombres de ciencias.

— Pues sí, su vocación a veces es tan grande que trabajan incluso después de fallecidos, según me estás contando.

— ¿Disculpe?

— Querida, no sé quién eres tú ni qué haces aquí, pero si tú no sabes que mi marido, padre fundador de la facultad de Ciencias, murió hace unos diez años, tú no tienes relación alguna con la Universidad del Golfo. Dime, ¿eres periodista?

Mi cara de accidente cerebro-vascular.

— No hagas escenas. Lo peor que tiene esta isla es el exceso de dramas públicos.

Mis signos vitales en una cava con hielo seco. Mi sangre, pasta de hemoglobina. Neuronas cortocircuitando, sinapsis destruida.

— Habla, ¿eres periodista? ¿viniste a chuparnos la sangre que nos queda?

La cuesta arriba labor de convencer a los pulmones de expulsar aire hacia la laringe, comando neural: juntar ene y o, hacer vibrar las cuerdas vocales para producir el fonema en un tono que sugiriera verdad.

— Nnnno.

El agua sentimental resguardada entre las pestañas.

— ¿Eres de la policía?

El muro contenedor desmoronado en un gesto, la cascada tomó su curso natural mejillas abajo.

— ¡No!

— Van a pensar que te estoy maltratando y lo único que estoy tratando de hacer es establecer una conversación sincera contigo, si es que eso es posible, a juzgar por tu

comportamiento desde que pisaste Salos. ¿Qué hace una mujer joven, medianamente bonita, de inteligencia sobrestimada, aunque con innegable talento histriónico, en este fin de mundo?

A cada adjetivo bien puesto, Ricarda me iba pareciendo de una peligrosidad mayor.

— Aída Rojo. — Atiné a decir.

A Ricarda se le desdibujaron hasta las arrugas en el rostro.

— ¿Qué tienes tú que ver con ese nombre?

13.

Abuelo Nacho amaba contarme de cuando él y la abuela Aída eran jóvenes. Decía orgulloso que ella era capaz de hacer suya cualquier fiesta en cuestión de segundos. Que su voz dulce — que yo había heredado —, su sonrisa abierta y sus comentarios siempre precisos y discretos hacían palidecer a cualquier otra mujer. La abuela que yo conocí era otra. En algún momento de la enfermedad, esa mujer comedida se había desintegrado. Llegaron los tiempos de la extravagancia y la verbosidad, los tiempos de una imaginación que se perdía de vista. Jugar con ella era mejor que hacerlo con cualquier otra niña.

Pero, a veces, la abuela no quería a nadie. Esos días ella me daba miedo. Cosas de loco, decía mi madre. Muchas veces yo sentía que ella la odiaba. ¿Cómo se odia a una madre? En esos días yo no me acercaba, no porque creyera que la abuela me trataría mal, sino porque ella misma decía que lo mejor para las rabietas era disfrutarlas en paz, uno solito con la gente que vive dentro de uno, hasta hacer las paces.

Uno de esos días, ella me llamó con una urgencia extraña. Nos encerramos en la terraza y fue entonces cuando me confesó que yo era una Sirena, que en un tiempo comenzaría la transformación y que debíamos empezar a prepararnos. Mi madre me vio salir blanca como clara de huevo y dio y dio hasta que tuve que contarle sobre mi verdadera naturaleza.

Entonces la abuela dejó de visitarnos por un tiempo. Yo insistí tanto en ir a verla que mi madre me llevó al sanatorio. El lugar no se parecía a Salos, no intentaba parecer un pueblo. Era como la casa de retiros de las monjas, como una casa de campo de ricachos intelectuales y silenciosos. Pero comenzaron a aparecer personajes extraños y mi madre me tapó los ojos con una desesperación que la hizo parecer más demente que cualquiera de los internos.

Ya dentro de un consultorio, un médico muy bien peinado y demasiado pulcro para ser buen médico me dijo que la abuela Aída estaba enferma y que por eso la vería un poco tristonosa. ¿Tristonosa? Mi abuela había dejado ese cuerpo y estaba ahogándose de la risa en algún otro lugar.

Esa primera ausencia duró algunas semanas, que en tiempo-niño venían siendo años. Cuando volvió, no llegaba a ser aquella pelirroja encantadora del abuelo Nacho, ni la compañera de juegos que yo extrañaba, pero al fin estaba conmigo y, poco a poco, nos iban llegando sus partes naufragadas. Lo penúltimo en llegar fue la risa. Lo último, claro, fue nuestra complicidad, que tan caro nos había costado. Sólo cuando me dijo Sirena de nuevo, yo pude sentirme perdonada. Unas semanas después, comenzamos la preparación. Yo, a pesar de que quería gritar mi importancia, acordé hacer un pacto de silencio.

Relato de un naufrago que estuvo diez días la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza y hecho rico por la publicidad, y luego aborrecido por el gobierno y olvidado para siempre. Gabriel García Márquez, 1970.

Libro pequeño cuya totalidad de páginas fue substituida por hojas escritas a mano:

30/11/1981

París vino conmigo a hablar con el Dr. Urbino y él me escogió, una a una, las palabras que debía decirle. Fue en ese momento que confirmé mi sospecha de que, entre muchas otras habilidades, los Agentes de Transición de hecho tienen acceso ilimitado a nuestro archivo mental procesado. Y también al oculto. Bloqueamos todo lo que tenía que ver con la Sirena, ya había sido bastante terrible el haberle contado a Ignacio. No podíamos seguir poniendo en peligro el plan. A.R.

24/12/1981

Nos encerraron tres semanas. O cuatro, ya ni sé. Nos durmieron. Nos bañaron. Nos dieron de comer. Nos volvieron a dormir. Me quisieron obligar a estar sola. Pero París es más fiel que tú, Ignacio; más fiel que tú, Taís, que tienes el descaro de traer a la niña a este cementerio de vivos y la impudicia de asustarte. París es tan fiel como Sofía, que lo único que hizo fue llorar cuando vio la mueca sonsa en la que convirtieron mi sonrisa. Feliz Navidad. Y que Dios los perdone. A.R.

08/01/1982

El Dr. Urbino es un humano común. Tan común que da vergüenza ajena. Ahora lo visito una vez por semana y él insiste en que escriba y yo le digo que lo pensaré, mientras me duelen

los dedos de escribirte varias páginas por día, Sofia Sirena, para que, caso falle el plan A, tengas por lo menos la opción de llegar allá por tus propios medios. Si es que logras superar la inoculación creciente a la que te someterán. A.R.

13/03/82

Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar. El mundo de antes no era este mundo. Antes todo era junto. La superficie del planeta era tierra continua, sin nada de agua. Una bola de tierra. Toda el agua permanecía en el centro. Como un bombón relleno. Un terremoto quebró la enorme bola de tierra e hizo que todo se reorganizara: parte de la tierra fue succionada hacia dentro, parte del agua vino a la superficie. El agua no se derrama porque la gravedad la sostiene. La gravedad es como un bol invisible. Con la mezcla de agua y de tierra, surgió la vida.

En la superficie, los territorios pasaron a llamarse “Continentes del Afuera”, esto que conocemos. Pero lo mejor queda allá. Kilómetros y kilómetros hacia debajo de la superficie, después del fondo marino, ocurre la vida en las ciudades sumergidas, los hermosos “Continentes del Adentro”. Las criaturas del Adentro son extrañamente parecidas a los humanos del Afuera, pero tienen diferencias fisiológicas que les permiten respirar bajo el agua.

Grupos de investigadores del Afuera han teorizado durante siglos sobre el Adentro, siempre en círculos secretos que nadie quiere descubrir, por considerarlos sectas ufológicas, paranormales o tontería de ese estilo. Han inventado cualquier tipo de tecnología para alcanzar a los del Adentro, pero no lo harán jamás. Los humanos del Afuera son incapaces de reconocer los portales, porque no saben usar sus receptores.

En general, las criaturas del Adentro no pueden ir al Afuera ni las de Afuera pueden pisar el Adentro, pero algunas, como las Sirenas, pueden moverse entre los dos mundos. Las Sirenas lo pueden todo, Sofia.

Ellas, ustedes, son seres especiales con poderes transformadores. Aunque su hábitat natural es el Adentro, algunas son engendradas por azar en hogares del Afuera. Creemos que esto ocurre porque es el designio divino que los continentes se unan nuevamente. Intentamos trabajar en ese sentido pero, después de diversos fracasos, decidimos suspender esas revoluciones. Eventualmente, esperamos, los dioses dejarán de engendrar sirenas en el Afuera.

15/03/82

Por cada diez millones de humanos regulares, nace una de ellas. De cada diez Sirenas que nacen, sólo dos vuelven a casa, o sea, a los Adentros. ¿Por qué sabemos que esa es su casa? Su diferencia salta a la vista. Desde los primeros años dan muestras de poca atención hacia los asuntos estrictamente humanos. Están más atentas a los asuntos del placer, única obligación del Adentro.

Ellas pueden sobrevivir en el Afuera, pero si nunca una de ellas ha alcanzado su alegría completa, cuánto y menos la felicidad. Y cuando una de ellas es desdichada allá, la felicidad general del Adentro cae considerablemente; como si cada uno de nosotros tuviera un hermano enfermo de muerte.

Entonces entra en acción uno de nuestros Agentes de Transición, que en nuestro caso es París, para convocar un Custodio de Mar; humanos altamente preparados y sensibilizados, capaces de entender este mundo que sus coterráneos nunca tolerarían. Ya habrás entendido que esa soy yo. Juntos, Agentes de Transición y Custodios de Mar trabajan para el regreso de la Sirena al Adentro, su hogar.

Una vez que un Custodio de Mar se entera de su destino busca por todos los medios regresar a casa y traer consigo a la Sirena que le ha sido asignada. Pero esta misión es altamente peligrosa, pues existen infinidad de Vigías de Tierra encargados de ejercer tareas de protección y seguridad del Afuera.

¿Saben los Vigías de Tierra que están cumpliendo esa función? No. Al igual que el Escuadrón Centenario, son individuos con una predisposición genética para el rigor, para la poda y la falsa pasión. A diferencia del Escuadrón, no conocen su objetivo. Lo intuyen, a través de las nociones del bien y del mal con que son adoctrinados en el Afuera.

16/03/82

¿Qué ocurre con una Sirena que nunca logra volver a casa? Que nunca se sentirá a gusto. El sentimiento de estar “fuera de lugar” es irremediable. Buscará, buscará, buscará, y no encontrará nada.

¿Y con un Custodio de Mar que no cumpla su trabajo y no vuelva a casa? Desesperado, no tendrá capacidad de mantener el secreto. Será evidente su fracaso y su desespero por lograr su objetivo se convertirá en su único lenguaje.

Lograr o no una segunda oportunidad dependerá del acceso que los de Afuera permitan que el Agente de Transición asignado tenga hacia él. Es sabido que muchas veces los Vigías de Tierra le inoculan el poder de escucha activa al Custodio de Mar y, en algunos casos, lo cosifican, quitándole lo más (lo único) sagrado que tiene un ser: su voluntad.

Esa es una tragedia que, en los descansos del placer, los del Adentro lloramos con amargo desconsuelo. Nos falta un humano y eso nos duele. Fuentes de alegría no utilizadas se desangran. Sonrisas nunca reídas desfallecen en el piso. No hay imagen más desoladora que una sonrisa muriendo de desuso: las pobres gritan, piden auxilio, imploran que alguien más las adopte. Pero las sonrisas de una Sirena y de su Custodio de Mar tienen nombre y apellido. Si pudieran, serían capaces incluso de dejar el Adentro-Oro y aventurarse al Afuera-Hierro, sólo para favorecer el encuentro con sus dueños. Los otros, que tenemos sonrisas en exceso, no podemos más que darles ánimo, a ver si duran, a ver si algún día tardío su Sirena y su Custodio llegan y la sonrén groseramente. A.R.

17/03/82

Los del Adentro tienen la ventaja de tener la dieta asegurada. Hay una infinidad de criaturas del mar que, habiendo cumplido su función reproductora, se ofrecen en sacrificio. No se sabe si tienen consciencia de esto, pero se estima que estas criaturas saben que sirven al fin más noble: preservar el placer.

Trabajo = castigo = tiempo = cumplir

Placer = hábito = espacio = estar

El placer no es aquella cosa individual y muchas veces egoísta que ustedes, los del Afuera, practican. Adentro, llamamos placer a actividades que van desde comer hasta rascarse y hacer el amor, de pintar hasta ronronear y mirar el cielo que, en nuestro caso, es la superficie del mar de los de Afuera, vista desde abajo.

El placer de uno no puede perturbar el placer del otro. Esa es una de las pocas leyes que existen en el Adentro. Tenemos suficiente espacio para que aquel cuyo placer consista en cantar o gritar no incomode a aquel cuyo placer sea el silencio y la meditación o la contemplación.

18/03/1982

Nosotros, los del Adentro, creemos que hay cientos de otros mundos con las más diversas formas de vida. No somos capaces de reconocer sus continentes y no queremos hacerlo, porque eso daría un trabajo enorme que nos costaría salud y alegría, y nos robaría la capacidad de asombro, lo que sería una verdadera sentencia de muerte.

No debemos confundirlos, Adentro respetamos y promovemos la búsqueda del conocimiento en aquellos cuyo placer se fundamenta en ello. No imponemos esta tarea a otros porque consideramos que todas las inclinaciones son válidas. El oficio de cocinar es tan valioso como el de limpiar; el de escribir es tan loable como el de escuchar música.

Como único órgano represor tenemos a las Madres Antiguas. El escuadrón centenario. Son madres y padres que conservan en su estructura genética la voluntad para disciplinar con métodos del Afuera y su evidente exceso de rigor. Esta inclinación es detectada tempranamente y esos individuos pasan a ser formados en las escuelas especiales, donde algunos Agentes de Transición les inculcan los conocimientos que ellos reúnen en sus viajes al Afuera. Sin esa descarga, los Agentes morirían por envenenamiento con tristeza.

Los humanos del Afuera tienen innumerables problemas producto de exceso de trabajo y falta de placer. Algunos de ellos se convencen de ser Custodios de Mar y algunos aseguran escuchar a los Agentes de Transición, pero se engañan. Sin Sirena, ninguna de esas opciones es posible. Su condición debe responder a necesidades de otra índole.

No, no todo es alegría en el Adentro. Hay problemas, errores, dilemas. Hay muerte, también. Sin embargo, yo, que navego entre los dos mundos, digo de corazón: cuando lo que mueve a una sociedad es la búsqueda del placer, todo coincide más favorablemente. ¿Coincide?, preguntarás. Sí, coincide. En el Afuera todos buscan el placer, pero la sociedad se organiza en función del trabajo. Entonces, la búsqueda del placer no es un fin loable, sino una vergüenza. Y ahí, dejan de ser hermanos y se vuelven competidores de una carrera que casi ninguno es capaz de admitir que está corriendo. A.R.

21/03/1982

Le di a Ignacio la oportunidad de saber quién era él y el papel que estaba desempeñando en nuestra vida, sin saberlo. Quise compartir mi don con él, así como él compartía todo

conmigo. Cuando mencioné a París, él se volvió pura tribulación. Por más que intenté explicarle, Ignacio no quiso escuchar. Me llevó con el Dr. Urbino. A escondidas. Me prohibió hacer cenas y fiestas en la casa. Me prohibió salir. Me prohibió contarte algo de esto a ti, a Taís o a quien fuera. Imagínate, Sofía, ni siquiera Taís, tu madre, podía saber que era madre de una criatura tan primorosa. Estaría tan orgullosa, ella que siempre ha querido destacarse y que casi nunca lo ha logrado.

Ignacio no quiere escuchar hablar de París. Nunca lo vi tan celoso, tan descontrolado. Está empeñado en decir que él nos va a separar, que me va a perder, que toda la familia me va a perder y que yo no lo puedo permitir. Es imposible tener una conversación coherente con un hombre ciego de celos. Cómo hacerle entender que París no le representa ningún riesgo. Tal vez si pudiera contarle que él sólo ha venido a darme un mensaje, a ayudarme a entender mi talento y cómo puedo usarlo para cumplir mi propósito.

París me advirtió que no le contara a nadie. Explicó cómo había funcionado la batalla silenciosa por apoderarse de mí. Lo primero era limitar mi curiosidad. Estudio, lecturas, viajes, amistades: sólo las necesarias. Sólo las aprobadas por los censores. Me habían robado las oportunidades. Mis habilidades se debían reducir a ser divertida y simpática, pintar lienzos sin valor para distraerme y tocar tres cositas en el piano en cada fiesta. A.R.

05/04/1982

Me duele no contarte todo ahora, pero es para evitar complicaciones en el rescate. Estás en una edad leve. Aún no has aprendido la maldad. Por si acaso, te estoy enseñando a mentir, a inventar en un segundo historias alternativas sin que la duda se asome. Eso te dará tantas vidas como personajes dejes nacer. La suerte de Sherezade. Aunque aún no entiendas de límites, debes saber que vendrán muchos, Sofía, que te los harán engullir. Pero llegado el momento marcado, no puedes conformarte con alegrías falsas, con alegrías de vaso medio vacío. Ese no es tu destino.

París dice que debo estar preparada para que, aún teniendo éxito en mi misión, nadie me aplauda. Ni siquiera reconocerán mi logro porque nunca conocieron el riesgo en el que estaba la Sirena. Y no puedo comunicárselos. No es mi tarea. No debo ceder: divulgar lo que sé equivale a entregar la batalla. Mi tarea es toda sacrificio. Pueden incluso perseguirme. *Pueden encerrarte. Van a encerrarme. Debes esperar lo peor de los tuyos. Debo esperarlo. Sólo la línea*

del vientre materno tiene el poder de discernir sobre esos asuntos, pero recuerda que a tu hija le cercenaron la escama lobular y ya no tiene esa capacidad. Yo soy la antecesora más vieja de la Sirena. Las otras que podrían hacer el trabajo han muerto. No quiero saber cómo.

10/04/1982

Debo prepararme. Concentrarme. No tarda.

Aída, tu consuelo es que, aun fallando, si la preparación fue buena, ella intuirá su camino. Mi consuelo es que los Continentes del Afuera la educarán, pero nunca tendrán su confianza. Ella se sabrá fuera de lugar. Un día ella buscará su isla. Un día avistará tu faro.
A.R.

14.

Los domingos mamá iba a la misa de siete y en la casa los demás seguíamos durmiendo hasta que ella regresara y nos despertara al grito de "¿será que nadie va a hacer nada en esta casa?!". Esa mañana, en cambio, desperté con mi abuela revisando mis gavetas, escogiendo ropas y metiéndolas en mi bolsito de *Strawberry Shortcake*.

— Hoy ocurrirá algo muy importante contigo. Tenemos que irnos ahora mismo a la playa.

Yo tuve mis dudas, pero accedí porque yo por mi abuela Aída era capaz de cualquier cosa.

El trayecto en bus fue largo, aburrido y recuerdo que me mareé porque había un señor que olía a chivo asoleado. Ella iba repitiéndome lo que me dijo durante la preparación: Que yo era especial y que sólo ella sabía cómo protegerme de los demás, que así lo haría siempre. Yo era una Sirena y unos tales Vigías de Tierra querían inocular mis poderes porque no sabían manejarlos. Que no debía confiar en nadie más. Era como una película y yo era la protagonista. Maravilla.

Se puso feliz al ver que la playa aún estaba casi vacía, dijo que así a París le costaría mucho menos encontrarnos. Le pregunté quién era ese y ella dijo que era un tío que nos ayudaría. Recuerdo que me revisó las manos y se puso furiosa.

— ¡Mira que eres una inconsciente! Andar malgastando así tus armas, no hay ni milímetro utilizable, porque es que te comes las uñas hasta el tronquito, pues.

— Se me olvidó.

Y a ella entonces se le olvidó la rabia y me besó la frente.

La lancha tenía doce puestos y ella se los pagó todos al muchacho. Yo estaba que no cabía de tanta alegría, tendría el barco entero para mí sola, me podía acostar si quería, podía brincar de un banco al otro, podía meter la mano en el agua sin temor de chispear a nadie. La lancha avanzaba y el conductor nos iba hablando sobre San Carlos y Toas, sobre Zapara, sobre los manglares más altos del lago y los lugares por donde pasan las aves.

Pero mi abuela parecía preocupada. Cuando me di cuenta, ella estaba llorando. Con la voz quebrada, me dijo que París había llegado y que ahora yo debía huir con él, que me pondría a salvo. Me empujó de la lancha.

Yo intenté agarrarme del borde, pero ella me soltaba diciendo que nadara, que París iba a guiarme.

El conductor estaba más asustado que yo. Apagó la lancha y se lanzó a buscarme. Ella le decía que no se metiera, pedía desesperadamente que volvieran al puerto porque para eso le había pagado, que estaba echando a perder todo el plan. El muchacho llegó hasta mí, que flotaba

ayudada por mi salvavidas y por la mochilita de *Strawberry Shortcake*, y miraba muerta de horror a mi abuela, esa mujer de repente desconocida que, aunque me atacaba, era el vivo retrato de la indefensión.

— ¡Busca a París! — gritó ella, mientras arrancaba la lancha y se iba, adivinando cómo y hacia dónde navegar.

Esa fue la última vez que la vi.

Otra lanchita nos recogió a mí y al muchacho un buen rato después. Él no paraba de decir que eso no era cosa de Dios y que esa mujer estaba llena del Mal. Unos pescadores la encontraron boyando cerca de Castilletes, sin gasolina y con marea alta.

Entre procesos y negociaciones de los que nunca me dejaron saber, la abuela Aída fue internada de nuevo y para siempre. Su nombre y su recuerdo quedaron prohibidos en mi casa.

15.

— Llega un poco tarde, ¿no le parece?

A pesar de descubierta, llorosa, medianamente bonita y de inteligencia sobrestimada, el que la conversación siguiera un rumbo tranquilo contaba como una victoria.

— Yo nunca supe que el sanatorio había sido abandonado.

— Fue abandonado en el 94. Ella estaba encerrada desde el 82 y murió sin que nadie viera por ella.

Muerta, a secas. Mi culpa retroactiva se sellaba así, con un luto que ya había sido y que, sin embargo, ocurriría eterno como un carrusel de caballos somnolientos en mi pecho.

— ¿Cómo murió?

— Si hasta ahora no les importó saber cómo vivió, ¿por qué va a merecer usted saber cómo fue su muerte?

Lo intenté, pero no pude contener las lágrimas; un arrebato de vergüenza por la verdad escupida en mi cara y por ese llanto retrospectivo, inútil y, en la interpretación de Ricarda, decorativo.

— Por favor, no les diga a las otras. Déjeme estar aquí un poco más, estar donde mi abuela vivió.

— Yo no voy a poner en riesgo a mi familia de aquí por una recién llegada que pretende curarse de culpa. Sabrá Dios de qué está huyendo o qué está buscando usted, pero lo cierto es que en Salos no lo tenemos. Aquí estamos las que somos y somos las que estamos. No aceptamos hippies advenedizas ni locas voluntarias.

Entonces jugué la única carta posible; el desnudo completo y frontal.

— No sé si usted sabe de Sofía, la nieta de Aída, y de lo que pasó.

— ¿Qué tiene ella que ver?

— Mucho gusto.

— ¿Tú eres “Sofita”?

La voz alcanzó mi oído y se convirtió en un aire viciado, caliente, que me adoloró los pulmones. Después de perder a la abuela, nadie más me dijo así. Nunca. Creo que pensaban que llamarme como ella me llamaba era matarme un poco, devolverme a aquella escena maldita que nos rompió.

— No puedo decir que sea un placer.

El viejo y el mar. Ernest Hemingway, 1952.

Anotaciones en los márgenes:

22/07/1982

Mi cabeza está dañada. Podemos desenroscarla y ponerla en la basura. Mis ojos me pasan mentiras como si fueran películas. Mis oídos dialogan con lo que no es de este mundo. Todos dicen eso aquí. Pero yo digo otra cosa. Cuando algo se daña, uno lo arregla. Uno cuida el daño. Uno no deja el daño solo. Uno no encierra el daño. Uno no se olvida de él. Mi propia hija me tuvo pavor. No quería saber si yo estaba viva o muerta. Ahora soy yo la que la elimina. Ahora el odio es mío y es gigante. Ella engendró una Sirena y yo se lo dije. Que no es mentira. Que Sofía estuvo cerca de un portal. Tan cerquita que mi vida entera casi valió la pena. Tan cerquita que Adentro ya había fiesta. Les expliqué llorando. Les expliqué calmada. Les expliqué rogando.

Ignacio lloraba. Como después de la fogata. Con miedo de verme. Y yo estaba ahí y él no veía que me tenía. Que yo podía interceder por él. Rehacer nuestra vida Adentro. Ella no sabe perdonar. ¡Estás loca! ¡Estás maldita y estás loca! Estoy muerta e instalada en el purgatorio. Ellos no saben que no tienen nada que perdonar. Sino agradecer. Yo no sé vivir así. Sabiendo tanto y sin poder enseñar. A Sofita me le van a querer ensuciar el recuerdo. Pero ella sabía a lo que iba. Ella sabía el camino mejor que yo. A.R.

16.

Nunca pensé que Rita fuera tan fuerte. Ella y Charito, sin mucho esfuerzo, me pusieron la camisa de fuerza. En silencio. No hubo más insulto que sus ojos, que en cualquier momento iniciarían una combustión espontánea.

Mi objetivo de entrar al edificio central se cumplía, aunque no como ni cuando yo lo había planeado. Pasar el portal caminando, como turista, no había sido nada. Esta vez parecía una enferma más entrando al confinamiento. En Salos, la oficialidad había persistido en una suerte de protocolo de atención al paciente-reo. Rita fungía como jefe médica y Charito y otra mujer hacían las veces de asistentes.

— Si al menos me dejaran explicarles, estoy segura de que entenderían.

Me pesaron. Midieron mi estatura, pecho, cintura, caderas.

— ¿Viene como periodista? ¿Sabe que Aída odiaba a los periodistas?

Me revisaron la boca, las uñas, el pelo. Charito iba anotando sabe Dios qué cosas en unas hojas amarillentas. Luego, la aguja y la vena y la vena y la vena y la aguja y el sueño. *¿Despertando con la noticia? Péximo nombre.* La viñeta amarillista suena en unos altavoces debajo del agua, el sonido es bobo, lento, más atemorizante. *Que las criaturas del mar hagan lo suyo.* Franco tarda en eyacular y yo aprovecho. *Lunes, día de basura.* Adela es mi amiga y no quería negarme comida de luna. *¿Qué has venido a hacer aquí, Sofía, tienes idea?* Mi madre hace las mejores tortas tres leches del mundo moderno. *Ella dice que voy a enloquecer.* El agua fría, fría, tan fría, del Caribe anonadado. *¿A qué llamas enloquecer?* Alabanzas y gracias sean dadas al santísimo y divinísimo sacramento del altar y bendita sea por siempre la inmaculada concepción de la bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios y Madre Nuestra y yo con ese uniforme apretado. *Yo quiero huir hacia mis adentros.* Dice tu papá que por qué no vas con él al mercado, que él no sabe qué comprar y el agua está fría, muy fría. *¿A eso llamas enloquecer, niña pendeja?* Y con el frío las tortas se pasman y por eso Franco no acaba, es un problema de levaduras. El agua azulita del Caribe se pone triste cuando se enfría. *Yo soy la Sirena.* El mercado. Yo llevaba la lista y el dinero. La letra de mi madre sobrecargada de adornos. Metimos en el carrito lo indicado, pero papá tenía sed. Los refrescos blanquitos en las neveras. *Código CIE-10: F32.0: episodio depresivo leve y apenas es lunes.* *Código CIE-10: F33.0: trastorno depresivo recurrente, episodio actual leve, que es chévere para ahorrarse dinero los fines de semana.* Él llevó las bolsas más pesadas. En el camino estaba el quiosco de la señora Maritza y le compré el refresco. *Código CIE-10: 40: trastornos fóbicos de la ansiedad, ¿quién nunca?, Código CIE-10: 41.1: trastorno de ansiedad generalizada: el mejor.*

Código CIE-10: 43.1: trastorno post-traumático del stress, el favorito de todos los tiempos de mamá. Le compré el refresco a papá y se lo bebió tan rápido que ni me dejó una probadita, pero eso no me importó porque ya habíamos llegado a la montaña de algodón y yo podría brincar y brincar hasta que me diera tos porque mamá no andaba por ahí. Mamá lee enciclopedias médicas y hace listas y llega con las listas a la consulta de la Dra. Sandra y ella la regaña y le dice que yo estoy bien, que soy una niña normal y mamá no le cree a ella sino a los genes y ellos me acusan. Dice la gente que la tercera generación es más propensa. Mamá me evalúa con base en los chismes de sala de espera de manicomio. Me da listas de diagnósticos-salvoconductos para mandar la vida al carajo. Despertando con la noticia.

— Quiere decir que usted abandonó todo para venir a esta aventurita adolescente — preguntó Rita.

— ¿Ah? — dije sobresaltada, a medio camino entre el algodón de azúcar y la camisa de fuerza. ¿Qué me inyectaron?

— Usted quiere descubrir por qué su abuela lloraba, como si alguien supiera alguna vez en la vida por qué es que llora.

No sabía cuánto tiempo había dormido. Sentía el estómago y la cabeza como túneles en construcción, inconexos, con un ruido encerrado. Hice un esfuerzo visceral para explicarme, dentro de mi escasa vigilia, estaba consciente de la importancia del momento.

— Yo vine por mi abuela. No tenía idea de lo que les pasó.

— A nosotras no nos pasó nada y a usted tampoco.

— ¡Claro que pasó! Y nadie dice nada, nadie nunca me dice nada. Quieren que uno sepa todo y nunca dicen nada.

— Usted no quiere saber nada, muchachita cagada.

Yo no tenía pruebas de que mi madre hubiera sabido de la crisis del sanatorio, pero el abuelo Nacho, sin duda, dejó de recibir los recibos y los informes médicos y, al menos que le importara tan poco como para ni siquiera indagar sobre los motivos, supo de lo ocurrido y decidió no hacer nada. No cansar los músculos de su lengua para contarle a nadie. No ir allá, por temor de que ese bulto aún cálido, aún amoroso, que sería Aída, se amarraría a sus pies, suplicante. Decidió no asomarse por Salos, quién sabe si por no soportar la idea de dejar a su amor una segunda vez.

— Usted quiere enloquecer, pero usted nunca enloquecerá. Sería comprometerse con la locura. Y de honrar compromisos, usted no sabe.

— ¿Cómo murió mi abuela?

— ¿Ahora cómo hacemos? ¿Cómo podemos confiar en que no se irá de lengua, si ya traicionó a sus esenciales? Usted quería vivir en Salos. Quería vivir como su abuela vivió en el sanatorio. Pues, sepa, que el sanatorio no era un puto hotel, y ahora lo es menos todavía. ¿Cuántos años tiene usted? ¿Veinticinco?

— Veinticuatro.

— ¿Me cree si le dijo que yo pudiera haber sido más joven de lo que soy? — dijo Rita, con un desconsuelo anciano. — Yo podría tener treinta, apuráitos. ¿Pero sabe qué pasó? El trabajo y el hambre y putear y cuidar viejas y no dejar que se maten y hacer que quieran vivir, que es como parirlas de nuevo en un nuevo mundo. Eso le mastica a uno el tiempo.

Rita, Santa Rita, merecedora de estatuas, sí, aparentaba más de cuarenta y parecía saber más de lo que era posible acumular en una mente treintañera sin acceso a educación superior ni a cultura ni a mundo.

— ¿Tengo que dejarla amarrada o prefiere quedarse por las buenas?

— Yo me quedo — dije, sin un soplo de duda.

Rita me miró un poco aliviada. Hacía tiempo que no le tocaba un caso tan particular, imaginaba, pero sus métodos seguían eficaces como siempre. Con su dulzura brusca y su confianza a media asta, me ganó. Santa Rita Envejecida era digna de emulación: se le oxidaba todo, menos la voluntad.

— ¿Y voy a tener que re-parirla a usted también?

— Eso todavía no lo sé.

La isla del tesoro. Robert Louis Stevenson, 1883.

Anotaciones en los márgenes:

10/06/1984

El doctor Revilla es un caballero. No lo dice así, pero así es como lo quisiera decir: mi cabeza está dañada. Él usa palabras cincuenta palabras de mentira y cuatro de verdad. París es un daño, un virus mental. La forma de arreglar esto es dormir. Así parece porque una y otra vez vienen: tienes que dormir, tienes que descansar. Pastillas que me forran el pensamiento con algodón sucio. Pastillas que tengo que tomarme a juro. Porque me revisan hasta las encías. Buscándolas. Quieren que duerma y que olvide lo que sé del mundo. Ellos no saben y no se dejan enseñar. Están inoculados. Siempre lo van a estar. Duermo. Escribo. Duermo otra vez. Ahora que no tengo vida despierta, quisiera tener vida dormida. Pero ya no sueño. Ya ni eso. A.R.

17.

Me dejaron todo ese día amarrada, como el perro que en Navidad se pone nervioso por los cohetes y lo amarran en el patio, donde avergüenza pero no jode. Desde la mañana hasta entrada la noche estuve recibiendo visitas.

— Conozcan a la Señora Sofía, ex-Raquel — repetía Adela cada vez que escoltaba a un nuevo grupo, siempre agregando alguna nueva teatralidad. Aún en cautiverio algo me hacía feliz: Adela me sonreía. Mi intromisión había sido perdonada, no sabía cómo ni por qué, no sabía si Adela estaba en capacidad de entender quién era yo en realidad y la gravedad de lo que había hecho, pero no había dudas de que entendía que ahora yo era una de ellas. Eso anulaba mi castigo por andar como sabueso atrás de las informaciones prohibidas y arrastrarla a ella. Adela me sonreía y era una sonrisa de bienvenida.

Las visitantes venían en grupos, en parejas, solas, dependiendo de su condición. Vinieron todas, hasta Luz Lucía; una mujer de mirada inaccesible la llevaba tomada del brazo para evitar que se metiera la mano en la boca. El ser nieta de Aída pesaba. Y mucho. Tal vez la abuela les hubiera contado a algunas las historias de la Sirena y las conspiraciones para inocular sus poderes, y ahora la Sirena estaba ahí, a salvo, frente a Adela, y ella tenía la importantísima labor de custodiarla. Yo era un milagro viviente en medio de un público alucinado, envejecido en años luz. Algunas me dijeron sus nombres, otras apenas se asomaron, hubo sombras de gente, sonrisas perturbadas, todas aquellas reales enfermas a las que Rita había consagrado su vida, aquellas mujeres de nadie, madres de ya no más, hermanas de quién, por las que merecía estatuas. Cállense, no gasten saliva en decirme nombres que nunca recordaré, ustedes son muchas y yo misma soy mucho para mí sola. La que se come la mano. La rubia muy flaca. La maternal. La santa. La enorme. La auto-golpeante. Confórmense, como bien saben hacerlo, a ser llamadas por epítetos.

Al final, me sentía exhausta. Cuesta mucho pensar cuando todo es tan nuevo. Parece que la cadena de la lógica se desordena y todo se vuelve turbulencia. Pero me engañaba. Yo de turbulencias no sabía nada. Mis dramas se ubicaban todos del lado acá de la razón, a pesar de los terrores de mi madre y del apriorismo complaciente de la doctora Sandra. Mi única enfermedad consistía en ser esa persona infinitamente tediosa, explorada, saturada de normalidad. Llegar a Salos y no saber, en el fondo, si quería salir — ni siquiera ahora que Santa Rita Estilista me había vestido con camisa de fuerza y estaba rodeada de personas-bosquejos, proyectos de gente abandonados a mitad de camino — era mi gran revolución, mi gran

venganza contra mi madre. Ella, que siempre temió que yo enloqueciera sin que eso ocurriera, hoy había ganado una hija loca voluntaria.

Nunca más sería Raquel, pero tampoco sería la Sofía de los últimos años. A la primera, la extrañaba, ya a la segunda, quería erradicarla por completo de mí. A esa Sofía le faltaba determinación y carácter; era Sofía, hija callada; Sofía, novia asistente; Sofía, locutora infeliz. Esa Sofía que ya me era ajena y vergonzosa, todavía estaba dando vueltas en la ciudad, sin decidirse a nada, mientras la Sofía auténtica, esa que se me había quedado atascada en la boca del estómago en alguna frontera entre niñez y adolescencia, retomaba su lugar y, al fin, huía. Huía y, entre las muchas cosas que perdía, encontraba el mapa hacia sí.

La isla de Robinson. Arturo Uslar Pietri, 1981.

Anotaciones en los espacios libres entre un capítulo y otro:

20/08/1984

Mi cabeza está enferma de mentiras. Recordar bien. Mi cabeza está enferma de mentiras. Repetirlo con todas sus letras. Mi cabeza está enferma de inventos. De París y sus inventos. Así lo digo, así se los diré si vienen. Pero ellos no vienen. Ignacio y Taís me veloriaron. Ya no quieren convencerme de nada. Ya no me dicen que lo que sé es mentira. Ya me dejaron en mi mentira que no creo que sea mentira. Desistieron. Y así esperan competir con París, que a veces no se oye pero que no me desampara. Mi familia de Afuera no quiere existir más conmigo. Tampoco deja que yo vaya con mi familia de Adentro. La familia de Afuera es terrible. La familia de Afuera no se cansa. La familia de Afuera se afana con uno. Es más envidia que otra cosa. Tener acceso al misterio es cosa de elegidos. El Padre Cicerón puede decir lo que quiera. Yo sé muy bien cuáles son sus intenciones.

Si me callo y no enseño lo que sé, abren la puerta. El doctor Revilla es un Agente de Transición. Nunca le diré que yo sé. Pero muero por saber a quién vino a buscar. A.R.

18.

Mamá, tenías más miedo de que yo hubiera heredado la enfermedad de mi abuela, que de que yo muriera. La desesperación que sentiste no tenía precedentes. Primero muerta que demente. Y papá, que ahí todavía era papá, te decía, te gritaba, que yo estaba bien, que había sido un susto, que me miraras, que me abrazaras.

Abuelo Nacho se encargó de todo cuando la encontraron. Te preguntó si la querías ver y dijiste que sí. ¿Para qué, mamá? Maldita, le gritaste. Y él no supo qué hacer. Y ella que repetía la historia, su historia, nuestra historia, sin nadie que la quisiera entender. Y ella avergonzada en el Afuera y fracasada en el Adentro. Ella perdida en sí misma y en su imaginación demasiado fértil. Maldita loca, le gritaste.

Y yo que ya no sentía miedo sino el dolor de verle los ojos y presentir que la perdía, y grité que yo era la Sirena y tu bofetada encajó perfecta y fue el brazo de papá no te atajó a tiempo, porque él nunca llegó a tiempo, y fue la sangre en mi labio y en el vestido todavía mojado y en mis dedos chiquitos de niña Sirena que pronto ganarían membranas si me hubieran dejado ir allá Adentro donde ella decía que todo era paz.

Y nunca saliste de ese momento. Yo crecía y quería que fueras más mi madre y menos la hija de Aída. Es ese nuestro impasse. Tú no aprendiste a ser madre porque te dio miedo ser hija. Mi única enfermedad son estas ganas de alejarme de ti y no poder. Pensaste que la habías perdido y ahí estaba ella, allí estuvo siempre, toda amor, toda confusión, toda mezcla de vergüenza y rencor, pero toda disponible para mí, para ti, para todos nosotros que no supimos ser familia. Toda Madre.

Aída pudo haberme matado y yo podría haberme insuflado de vida por el océano. Ya tú. Ya usted. Ya quién. Me enfermaste de distancia. De títulos y cargos. De leer de corrido, por meta. De comprometer el alma en pantaletas de algodón y navidades de pesebre comprado hecho. De medirme, pesarme, encuestarme. De sentir bajo anestesia. Esa es la única herencia que he recibido de ti.

Estampa del Sagrado Corazón de Jesús con oración para los enfermos mentales, de autor desconocido.

Intervenciones a mano entre las líneas:

Aquí estoy, Señor,
cansado de no ser yo mismo,
con miedo a ser manipulado

Por ellos, por los de bata médica y los que comparten apellido pero no amores.
y que la gente se ría de mí.

La risa no da miedo, la risa es dolorosa pero sincera, el problema es el silencio

Aquí estoy, Señor,
cansado de mi inseguridad,
mi inestabilidad y mi egoísmo.

¿Y yo soy la egoísta? ¿Quién escribió esto? Traigan el cilicio, entonces, que es lo que falta.

Necesito, Señor,
encontrarme conmigo mismo
y tener la osadía de saber distinguir
y tomar conciencia - sin confusiones -
de lo que no soy y de lo que soy.

Eso no es conmigo, Señor, es con ellos. Yo sé, no sólo lo que soy sino, lo que puedo llegar a ser. Ellos no me dejan.

Necesito, Señor,
bajar hasta el fondo de mí mismo
para asumir - sin angustia -
mis sombras y mis espacios de luz.

Aquí no hay más luz, me apagaron el sol. Me incendiaron mis cuadros. Ya no siento los colores.

Frente a la desesperación,
necesito, Señor, poner en mi vida
razones profundas que me hagan vivir.

Primera verdad que leo, Señor.

Frente a esas fuerzas internas que me acechan,
necesito ser libre
y optar sin que nada me empuje.

O me convierta en historia médica.

Aquí estoy, Señor,
y éstas son mis penas y mis necesidades.

Señor, yo lo que necesito es cumplir la tarea para la que nací y no me dejan.

En el fondo, necesito de Ti,

La necesito a ella. Y ella no llega.

el único que puede entender y atender mi súplica.

Ella es la única que puede llevarme a la victoria.

Ya que estoy destruido en lo más profundo,

¡confírmame por dentro

con espíritu firme!

Estoy destruida, pero sé recomponerme, Señor, llévame al Adentro con espíritu firme y
con una Sirena en brazos.

Amén.

Ajá.

19.

Ricarda convenció a Rita de que me soltara. Ella custodiaría mi comportamiento y compartiría habitación conmigo desde esa noche. Agradecí el gesto, pero no puedo decir que me entusiasmará. Ya yo no tenía nada que esconder, pero jamás podría confiar en quien me había desenmascarado con una trampa tan bien construida. Ni siquiera me dejó presentar los resultados de mi falsa investigación a la comunidad. Y yo que hasta estaba preparando unos gráficos.

Atravesamos el patio. Apenas una mujer seguía por allí. Caminaba bordeando el muro, no sé decir si con mucha paz o con mucha resignación. Me dio la impresión de que amaba ese muro, la forma en que la luz de la luna enorme y brillantísima reinventaba la textura de las piedras. Ojalá fuera cierto. La maleta me pesaba como nunca. Me dolían los hombros y los codos. Como cuando uno pasa una noche de frío y al día siguiente el dolor en las coyunturas le revela las horas de *engurruñamiento*. Así. Mi helada había sido la camisa de fuerza.

— Como usted, yo también vine por mi voluntad. Soy salense por decisión. El Lorenzo con el que le pillamos la mentira fue mi marido. Murió, a pesar de las informaciones que usted nos ha dado — dijo Ricarda, con su voz de triunfo triple: la muy mosca muerta me había desenmascarado, me había salvado de la prisión de tela y ahora hasta me acogía en su espacio.

— Yo no llegué a saber de su muerte — repliqué, tratando de ser objetiva y de mantenerme cortés con mi anfitriona.

— No vivirías muy enterada de lo que ocurría en el medio académico, porque la muerte de Lorenzo fue un golpe terrible para la comunidad científica. ¿Cómo llegaste tan lejos en tu historia, de dónde estuviste sacando material?

— Digamos que tengo una gran fertilidad mental.

— Yo lo que tuve fueron dos abortos naturales. Gracias a Dios, mi útero fue más inteligente que yo. Jamás debí mudarme con él y poner una mecedora en el cuarto, ¿sabes cuánto tedio cabe en una mecedora?

La velocidad y el tono con que hablaba eran irreales, como un casete reproducido con la velocidad un tanto ralentizada. Nadie hablaba así. Tan aletargadoramente correcto. El tedio que rebasó la mecedora ella se lo guardó todito en su aparato fonador. Qué mal negocio deberle favores a esta mujer.

— Entonces me dio por morirme. Abandoné la felicidad-fluoxetina y dejé que el carro se manejara solo por la Lara-Zulia. ¿Sabes cuántos accidentes mortales ocurren en esa carretera? Millones. Ninguno fue el mío. No hubo un mísero camión que me embistiera. Yo iba acostada

atrás, sin cinturón de seguridad, lista para el golpe y el fin de la idiotez. Ni un rasguño. Un dolor en la muñeca que no duró dos días. La mala suerte vino cuando quise salir del carro y no pude. El asiento de adelante estaba reducido a vidrio y ramas de árboles. Cuando la policía llegó, ni siquiera me dejó inventar una explicación.

Casi podía sentir mi piel envejecer. Ni siquiera su intento de suicidio era capaz de sonar emocionante con esa voz. Como Ricarda no parecía tener intenciones de hacer silencio, me dediqué a organizar mis cosas. Ahora que no necesitaba fingir, tenía todo el tiempo del mundo para pensarme. Ricarda funcionaría como el radio o el televisor que uno deja encendido sólo para sentir que no está tan solo.

— Estuve tres semanas internada. Lorenzo contagió de patetismo a amigos y parientes que no dejaban de aparecerse y hablarme como a un bebé. Volví a casa. Tú sabes que todo está mal en el mundo cuando estás en tu...

Escuchamos un silbido. Ricarda continuó como si nada.

— ...En tu casa y los humanos a tu alrededor te dan tanta pena que quieres volver a...

— ¿No va a ver quién es? — interrumpí.

— ¿Quién más va a ser? — gritó Ricarda, molestísima.

Domingo abrió la puerta de golpe.

— Usted a Sofía no me le grita.

Ricarda nos lanzó una mirada insolente, como preguntando de dónde había salido tanta familiaridad.

— Ya vengo, vamos a conversar aquí afuera.

— Ustedes no van a ninguna parte. Rita dio órdenes y eso no se discute. Si quieren conversar, que sea aquí mismito.

— No se apure, Sofía, que yo solamente vine a ponerme a su orden para lo que necesite.

— dijo Domingo, conmovido con la noticia de mi verdadera identidad.

Ricarda tenía un declarado desprecio por Domingo y él no osaba siquiera mirarla. Tanto odio, y viniendo de una mujer tan educada, no podía ser gratuito. Ella siguió hablando como si él fuera invisible, como si su voz ya naciera muerta.

— ...Prefieres volver a la paz de tu cuarto blanco, con horarios rígidos y enfermeras toscas y patio lleno de dementes, la mayoría demasiado absortos en su particularidad...

— Después hablamos — me susurró Domingo, opacado por la irritante oratoria de Ricarda.

— ...Con afectos desordenados, con reglas tan inexactas y disparejas como los granos de arena de estas dunas.

El pobre viejo se fue sin que pudiera siquiera responderle.

— ¿Por qué tanto maltrato con el señor Domingo?

— “No busques lo que no se te ha perdido”, te diría ahora tu abuela Aída si estuviera aquí.

— No juegue conmigo.

— El mediodía del 24 de diciembre del 80 un enfermero me recibía en el muelle de Punta Hicotea.

— Buenas noches — dije, al tiempo que me cubría hasta el rostro con la sábana y descubría que a esa mujer nadie la dejaba con la palabra en la boca.

— Cuando Lorenzo supo que lo dejaba no lloró ni se puso pálido. Se volvió sólo ira y orgullo y me gritó y me dijo que me largara, que nunca lo había merecido y que ojalá me pudiera en el infierno de mis colegas locos. ¡Ése era mi hombre! Lo amo hasta hoy, porque reconoció que tanto yo como el mundo éramos horribles, éramos un mal que no valía la pena acompañar. Vine en paz.

Y en paz contaba su historia a su más nuevo interlocutor. No importaba que yo estuviese en mi más interno anillo de Saturno, yo era un ser vivo capaz de reconocer el no-silencio, con capacidades de sentir las vibraciones del ruido de su historia. Entonces ella volvía a existir. Sus decisiones y su presente volvían a tener sentido, porque aun cuando las palabras nunca alcancen para lo que queremos decir, ni siquiera las ocho mil palabras de Cervantes o las quinientas que manejan los profesores ilustrados, y aun cuando pese sobre nuestras gargantas el maravilloso castigo de Babel, es bueno reconocer que tenemos palabras para mencionarnos y lenguaje para explicarnos y entonces saber que el enunciado “sufrimiento” remite a una compleja organización de respuestas de nuestros sistemas biológicos, pasando por los músculos, por la actividad del sistema nervioso autónomo y del sistema endocrino, a fin de establecer un medio interno óptimo para el comportamiento más efectivo.

— Su velorio seguro que fue una cosa de poner los pelos de punta. Esa es una cosa que yo hubiera querido ver.

Entonces, ejecutando una enunciación más o menos explosiva, uno llora o gime o patalea o se les tira a los carros en la autopista o se quiere ahogar con la almohada, o hacer una llamada telefónica y ser falsa y valiente y decirle al huevón de Franco que podía desaparecer del planeta, pero uno tal vez todavía amaba a su huevón, a pesar de que él se confabulara con su suegra, y que, si a él se le ocurría desaparecer en Londres, pues tal vez tendría que desaparecer junto con uno.

— Él gastaba toda su soberbia en la universidad y luego venía a mí hecho un muñeco de trapo, carente de un cariño simplón que yo no sabía ni quería dar. Su intimidad desdecía su ser público. Era una estafa. Lo nuestro tendría que haber sido así, siempre en palcos, siempre público.

Siempre público. Siempre, para todo eso, lenguaje. Saber decir por qué uno estaba llorando o, más importante aún, saber decir que no sabía por qué demonios lloraba, era fundamental para sostener lo que sea que fuéramos. Hablar, llorar hasta tener hipo o gastarse el clítoris con una meta diaria de orgasmos, no pasaba impunemente. Eran actos de absoluta soberanía.

¿Y dónde estaba mi público? ¿Cuándo empezarían las reseñas y las ovaciones? ¿Dónde estaban fanáticos y detractores de mi radicalismo psiquiátrico, esos que me escribirían réquiems y epitafios? ¿Qué haría yo conmigo cuando en el teatro se encendieran las luces y no hubiera más que sillas vacías olorosas a salitre? ¿Quién, sino yo, contaría mi historia?

— Sofía, ¿estás despierta?

— (Casi).

— ¿Por qué no me cuentas cómo están las cosas allá afuera?

— (Porque no vale la pena).

20.

Siempre que yo veía a Adela, o que pensaba en ella, me invadía una sensación maternal desconcertante. Me caían los años como un balde con hielo, como si de súbito fuera investida con un hábito de protectora, capaz de guiar con sabiduría de progenitora los caminos de esa criatura. Y eso no tenía sentido. Yo era una cosita insulsa, sin competencias para orientar siquiera mis pies hacia el comedor. Ya quisiera yo amanecer con el nivel de energía que Adela despertaba. Desde que dejé el noticiero, parecía que despertaba, pero permanecía en pausa y sólo unas tres horas más tarde comenzaba a ser una persona, antes de eso era Pelma⁶ Sofia, mucho gusto, a la orden.

Me dejé conducir por Adela, que no era mi hija ni mi mascota sino mi sombra desde que puse un pie ahí. Fui adormilada pero leve. Me gustaba que me dijeran qué hacer. Siempre me había gustado. Hasta que Franco agarraba las llaves para salir yo no me ponía la cartera al hombro, los *cuándos* y los *cómos* siempre fueron suyos. Pero ocurrió que cuando le conté, en nuestro momento de más profunda intimidad, que yo deseaba, por al menos un segundo, experimentar ese imposible que es la locura, escuché su voz llena de un temor inmarcesible y entonces yo supe que la tendencia era que la oscuridad comenzara a flotar sobre la percepción que él tenía de mí y que esa negritud se volviera cada vez más bituminosa. Supe que yo era yo conmigo, que estaba irremediabilmente sola, recién lo entendía y envidiaba a quienes siempre lo supieron y por eso fundamentaban sus decisiones en el humor de sus ovarios o de sus testículos, sin intromisiones de las oligofrenias ajenas. ¡Benditos ellos! Yo seguía disfrutando la subordinación.

El comedor, gris claro, geoméricamente perfecto, era como un tablero de *scrabble*⁷ en un juego que recién comenzaba, con las personas-letras reunidas al centro en una mesa grande. Las ollas despedían un olor delicioso, como a cilantro fresco. Guna, la enormidad, servía los platos que Charito le iba pasando para distribuirlos entre las mujeres sentadas en la esquina de la mesa, cuatro señoras bastante viejas, ausentes de todo lo que ocurría. Yo sólo recordaba a una, pero en medio de aquella carrandana⁸ de visitas que tuve el día anterior, era posible que hubiera agrupado la imagen de las tres en una sola, como el muñequito de papel doblado que, al abrirlo, se multiplica en varias figuras tomadas de la mano. ¿Qué me habían inyectado? Mitad

⁶ Pelma: en este caso, persona persistentemente molesta e importuna, o lenta en sus acciones.

⁷ Scrabble: É um Jogo de tabuleiro em que dois a quatro jogadores procuram marcar pontos formando palavras interligadas, usando fichas com letras, sorteadas, num quadro dividido em 225 casas.

⁸ Carrandana: en Venezuela, específicamente en la región del Zulia, es un adverbio de cantidad de significa muchos. Ningún diccionario la registra.

infierno, mitad delicia. Recordaba palabras a medias, rostros de éstas y otras realidades, sensaciones amontonadas, sin ser capaz de reconocerlas o, mucho menos, de relatarlas. Podrían dármela de nuevo, la inyección. Ojalá lo hicieran. Prepararía todo para anotar, en los lapsos de vigilia, la lluvia de pasado y verdad que me cayera.

Adela tenía razón, Guna no siempre estaba color furia, hoy era más de un amarillo claro, color tía consentidora. Herminia llegó con una fuente de ensalada y, claro, le ofreció primero a Charito, que esta vez no parecía maternal como siempre, tenía una cara de pocos amigos y empezó a comer sin esperar a las otras, sin mirar a nadie, absorta en su plato como si la comida le fuera a curar el mal humor.

No puedo decir que me sintiera como me sentí todos los primeros días en colegio nuevo; nadie estaba muy pendiente de mí. Era más una primera vez en una emergencia a reventar. Uno tiene el motivo para estar allí y además tiene la novedad de ese universo trastocado, exento de tranquilidad, donde se respira hijos tiroteados, corazones en infarto, dedos mutilados por sierras, desvanecimientos, politraumatismos por accidente de tránsito y “atiéndanme, coño”. Alguna mirada me caía encima como por accidente y yo no sabía si tenía libertad para el figoneo. ¿Después de tanto tiempo, habían superado ellas la sensación de ser animalitos en zoológicos? ¿Estaba permitido ver de nuevo? ¿Había la mirada recuperado su gusto vinculante, compañero, humano? Sí. No demoré en percibir que una cierta familiaridad ya se había establecido. Yo era la Sirena. Por más que examinara con lupa sus excentricidades, para ellas yo era la hija pródiga. Mis ojos tenían derecho al asombro porque recién llegaba, pero era un asombro de vuelos domésticos, pues yo volvía a casa. Regresaba a ellas esa esencia mía, que ya Aída había paseado por Salos. Una pena infinita no haber vuelto a tiempo.

Rita llegó con Alcira y su habilidad de mujer orquesta para los golpes. Tourette, el síndrome, recordé en ese instante. En estos días, ya había un nombre para la condición y, que yo recordara, en el reportaje no habían dicho que fuera un asunto psiquiátrico sino neurológico, pero qué podía esperarse si la trajeron siendo apenas una niña y nunca recibió una visita. Rita le puso una camisa de fuerza y le ató los pies a las patas de la silla. Se intuían los músculos de Alcira haciendo fuerza para zafarse, pero la sonrisa en su rostro los contradecía. Adela se sentó a su lado y le empezó a dar la crema de auyama que Herminia le sirvió y confirmé que era ese plato el responsable por el magnífico olor a cilantro.

Rita se acercó y me invitó a levantarme.

— Muchachas, muchas de ustedes ayer visitaron a Sofía. Antes la llamábamos Raquel, pero eso era antes. Olvídense de ese nombre.

— Por más bonito que sea — acotó Herminia, lo que la hizo merecedora del codazo que Charito le sembró en las costillas.

— ¿Saben quién es esta mujer? — continuó Rita. — Esta mujer es Sofita. Sofita, la sirena de nuestra difunta y amada Aída.

Hasta las más ausentes sonrieron. Gestos a medio andar, pero nítidamente gestos. Una gordita de cara redonda y bonachona como la luna llena rodó su silla hasta ponerla a mi lado, donde ya había un asiento libre, y se quedó allí, en silencio.

— Vamos por orden. Esa es Fernanda — dijo Rita refiriéndose a la luna llena. — Luego tenemos a Laura, Alicia y Cecilia, que son las encargadas de limpieza de las áreas comunes. Se turnan de acuerdo al día que vaya teniendo cada una.

Yo recordaba haber visto a dos de ellas un día en la playa. Una nadaba, la otra estaba tendida al sol con el vestido azul celeste hospitalario arremangado entre la liga de la pantaleta. Las miré de lejos y suspendí mi caminata. Esa playa era más de ellas que mía, aunque no la aprovecharan. Con toda seguridad, Santa Rita Salvavidas también tendría dominio sobre eso.

— Yo soy la Señorísima Adela, asistente de Doña Rita. Y mamá de Alcirita, la estropeada.

— ¿Qué te hemos dicho de llamar así a Alcira?

— Me han dicho que está muy bien y que a todos les gusta o me pongo brava y lloro y dejo de besarlas a todas y me tiro para el agua y dejo de ser chaperona de la Señora Raquel sin nombre que ahora sí tiene nombre y se llama Sofía y ahora vive...

— Ya basta, Adela — interrumpió Rita. — Paula, responsable del stock, no sale del depósito si no es para dormir o comer y a veces ni para eso.

Adela salió del comedor furiosa. Una de las encargadas de la limpieza intentó detenerla, pero Santa Rita Comandante le hizo una seña para que la dejara ir y el almuerzo continuó como si nada.

— Herminia y Charito, que ya conoces, trabajan casi siempre en la cocina. Y para lo que salga. Herminia viene siendo la manager de los asuntos de Charito, así que es con ella con quien debes hablar en caso de que quieras algo de ella, para que no te salga con un codazo como el que le acaba de clavar a Herminia. Sí, te vi y te voy a seguir viendo, no me mires así — reprendió Rita a Charito. — Está Aura también — la reconocí del muro, la noche anterior. — Martica, cuando quiere, alimenta a Luz Lucía. Susana, Tere, Almudena y Verónica — las cuatro ancianas cuyo ser estaba en otra parte — son el cuarteto feliz, no joden, no lloran, todavía se bañan solas y casi siempre se comen todo: un cuarteto feliz. Y luego tenemos a los casos repelentes: Claudia — una mujer menuda con cara de pajarito pleitero cuya vista se paseaba por todas las presentes, vigilante, desconfiada, como en la expectativa de que cualquiera sacara

una navaja y comenzara una masacre — y Ricarda, la única voluntaria que permaneció fiel a la causa. Ella es como un monje budista, silenciosa y mirona.

Silenciosa decía Rita, ¡já! Ricarda me clavó unos ojos cómplices y toda la alharaca a la que sometió el día anterior ganó una nueva importancia.

— Está Guna, que es nuestra maravillosa cocinera y artesana, aunque destroce sus propias obras, y que se está portando bien en estos días porque ya no quiere estar brava.

Guna, gigante como era, se volvió sólo rubores con el comentario, pareció un pan dulce de aquellos enormes que venden en los kiosquitos de carretera que lo que tienen de grandes lo tienen de buenos y eso era esa Guna, corazón confuso, cuando estaba de buenas.

— A Domingo ya lo conociste, ya te lo ganaste de enemigo y ya te lo metiste en el bolsillo otra vez, mira cómo aquí todo se sabe.

Miré alrededor y no lo encontré.

— Los cobardes no comen en la sala principal.

Rita me señaló una ventana que daba a un pasillo oscuro y angosto. Distinguí los cabellos de Domingo y descubrí que el sonido de quien chupaba sonoramente la sopa de la cuchara era suyo y no de alguna de las muchachas; un pequeño gesto que decía “soy” en medio de la invisibilidad que le imponían.

— Y listo. Aquí estamos.

El sonido de la puerta hizo que todas las cabezas voltearan en su dirección. Una última mujer entró con una bandeja.

— ¡Ay, San Simeón, protector de los dementes! Me olvidé de la pobre María, qué pecado, si esa es mi mano derecha. Imagínate el trabajo que ha tenido esta mujer, que es la que distribuye los medicamentos.

— ¿Medicamentos? — pregunté, escandalizada.

— ¿Y cómo no?

La tal María fue bordeando la mesa repartiendo pepitas de colores. Sacando a Herminia, a la tal María, a Ricarda, y una que otra cuyo nombre tardaría semanas en aprenderme, todas recibían alguna tranquilidad en píldora. “Felicidad-fluoxetina”, había dicho Ricarda. Rita intentó comer como si nada, pero aquello me había afectado demasiado como para dejarlo pasar.

— ¿Cómo es que ustedes usan medicamentos? ¿De dónde los sacan?

— No me digas que pensabas que este gentío estaba en paz por milagro.

— ¿Pero cómo sabes...?

— No me vas a dejar comer, ¿verdad?

— Es que no es cualquier información, es algo grave — me atreví a juzgar.

— Mira que ya yo no tengo espacio en la cabeza para más dramas. Sencillo: comencé dejándoles las mismas dosis que fueron recetadas por los médicos hace una eternidad y que yo me sabía de memoria porque estos pasillos fueron mi patio de juego y las enfermeras, las insensatas esas que no volvieron, eran mis compañeras para jugar a la casita y a la prisión y a la siquiatria y a los fantasmas. De allá para acá, hemos ido ajustando, golpe y cuida, ensayo y error. Ricarda, por ejemplo, ya sólo toma valeriana algunas noches. Pero cómo no darle un antipsicótico a alguien como Guna cuando se pone como se pone.

Yo hallaba inconcebible lo que escuchaba.

— Qué peligro — dije casi susurrado, pero el oído de Rita parecía que se alargaba hasta llegarle a uno a los propios labios. No había respiro que se le escapara a esa mujer que me parecía más genial cuanto más aterradora se iba mostrando.

— No te horrorices, que eso hacían los médicos de cualquier forma. Lo hacían peor en muchos casos. Te llenaban la panza de pastillas y acababas como un zombi, como si te forraran la mente con papel burbuja, decía Charito, y nadie lo supo decir mejor. Créeme que ya pasamos los peores tiempos.

— Sí, pero, ¿no hubo casos en lo que todo saliera mal?

— Si estás hablando de Aída, esa es una respuesta que nunca te voy a saber dar. Y ahora come, que se enfría.

Comí. Veintitrés cabezas y yo, absorbíamos nutrientes que venían “porque los merecíamos”. Formábamos parte de un orden precario que Santa Rita Farmaceuta mantenía y me sofocaba saber que no era tan distinto del orden que vi aquella vez que fui a visitar a la abuela en su internación de estreno, si es que aquella en realidad fue su primera vez. Ni todas comieron ni todas estaban ahí ni todas habían entendido quién carajos era yo, pero era así. En Salos, tanto la curiosidad como la simpatía, despertaban y sesteaban entre narcóticos y muros.

La vida en las islas. John Sparks, 1978.

Texto original del libro tachado. Anotaciones a mano entre las líneas:

09/10/1988

Memorandos desde el abismo. Yo no soy. Yo no estoy. Yo presagio. Yo elaboro teorías. Yo no escribo. Yo no sé escribirme. Yo leo. Me cayo el silencio. El telégrafo de una vía solamente. El único que funciona en Salos. A.R.

21.

— Usted ya anda como perro por su casa, qué bueno — dijo Rita cuando me vio en el pasillo.

Su dulzura grosera ya no me afectaba. Los días se habían ido pasando ligeritos y, después de reflexionar al respecto, no me daba pudor decir que yo era libre. Podía andar descalza, no tenía que peinarme, el maquillaje se había vuelto divertido porque ya no era una obligación sino un juego esporádico. Me llamaban para comer sin que yo hubiera tenido que cortar ni una cebollita y, aunque a la comida a veces le faltaba lujuria, no podía decirse que le faltara amor. Siempre que estuviera acompañada, podía bajar a la playa y tostarme el cuero hasta ponerme negrita como nunca antes. Podía dormir dieciséis horas por día y nadie me llamaría perezosa. El silencio de la isla me ecualizaba el pensamiento, que ya no era un tsunami sino el delta de un río que abría su abanico de afluentes con la paz de quien no tiene prisa. No había noticias porque no había otro mundo más allá y no había chismes porque las cosas se arreglaban a los gritos o a los golpes y el rencor no tenía espacio entre ellas (¿nosotras?), suficiente rencor ya habían vaciado en el agua que las aislaba. Era libre a pesar de Aura mirando el muro y de una que otra anciana cagada y de Ricarda y su alocución interminable y de Claudia y la violencia en su mirada y de Santa Rita Rectora, prócer de mi independencia. Era libre porque, en la isla, Dios era una cosa luminosa pero difusa, sin rituales y sin promesas; el único juicio que flotaba era el mío, que se negaba a opinar.

La importancia del afuera, al menos durante esos días, era igual a cero. La libertad que yo estaba experimentando — y amando — se basaba en la calma, en la sensación de que mi cuerpo a veces era minúsculo en medio de aquellos edificios que ya parecían parte de la naturaleza, y otras veces podía ser enorme, elástico, podía abarcar kilómetros porque había lugar disponible para que el alma de cada una despertara y se expandiera sin que espinas ajenas la espicharan.

— Pues sí.

— Después de todo, no es tan malo — se conformó Rita.

— ¿Te acuerdas que te había hablado de la biblioteca? Las muchachas me contaron que mi abuela se la pasaba ahí.

— Si hasta un colchón metió ahí.

— ¿Puedo entrar?

— ¿A hacer qué?

— Puedo limpiar, arreglar.

— Desde que ella murió, nadie le hace un cariñito a la biblioteca. Nadie saca libros porque no tenemos quien lleve el control, nadie quiere asumir su lugar. Nadie sabe cómo. Hasta abandonamos los jueves de lectura, que les hacían tanto bien a las muchachas. Te dejo entrar si asumes el trabajo de tu abuela.

— Trato hecho.

Y Rita me abrazó con una alegría pura. Cosa de santos.

— Vamos, te llevo allá.

Y me enlazó el codo como lo hubiera hecho una buena enfermera cuando en ese lugar no había veintitrés sino ochocientos pacientes. En mi nuevo estatus, fui capaz de imaginar el patio central poblado y llenar los pasillos con las voces de los pacientes y de sus delirios. Ahí hubo un brutal hacinamiento, si no de cuerpos, de tristezas. Una multitud llorosa de la que no habían restado ni siquiera las historias clínicas, porque el agua se las comió.

La biblioteca, por sí sola, era un universo suspendido. Todo intacto, visto como a través de un mosquitero, un tul de polvo bastante peliclesco. Entramos, Rita, como si nada; yo, como si todo.

— A ver si te logras hallar en medio de este caos. Aída revolvía todo como le daba la gana, pero ella se entendía.

— ¿Y la gente venía a leer?

— Casi nadie, pero Aída salía arronzando a las muchachas para que vinieran. Después le agarraron el gustico.

— ¿Y tú no venías?

— Yo siempre estudié sola y lo que me provocó.

— Me imagino...

— Bueno, avisa si necesitas ayuda o si te hace falta algo más para limpiar.

— Tranquila. Prefiero hacerlo sola.

— Como quieras. Ahora esta es tu área.

— Gracias.

Y la gratitud me salió bajita, mosqueada, porque el haber conquistado un lugar para mí venía con un sello de permanencia peligroso.

— Y cuidado con imaginar mucho. Eso es una tendencia contagiosa por aquí.

Dejando ese consejo-amenaza en el aire, como era su marca de estilo, Santa Rita Terrateniente salió de la parcela que recién me había adjudicado. Me tocaba a mí, nueva jefa designada de ese reino de papel, desentrañar la dialéctica con la que mi abuela había dispuesto los ejemplares.

En el estante más visible estaban los textos de literatura. Ningún orden general aparente. Grupos de libros organizados según la escala cromática, típico de la abuela. Otros, por tamaño. La mayoría, fuera de cualquier parámetro deducible en esa primera exploración. Los libros de humanidades, los más abundantes, ocupaban varios estantes y, salvo uno que otro texto fuera de lugar, seguían el orden clásico, lo que permitía concluir que la abuela no se había interesado mucho en ellos. Atrás, los cucarachosos libros de ciencias exactas, hablaban de una ausencia de científicos en Salos, hecho más que comprensible, en un territorio dominado por la patafísica⁹.

Mi abuela habría dejado en pánico a cualquier bibliotecólogo desprevenido, pero Rita se equivocaba si creía que era un desorden aleatorio. Ella había conocido mucho, tal vez más que yo, a mi abuela, pero yo conocía — y, por lo visto, protagonizaba — su más íntima ficción. Con el antecedente de la enciclopedia-cofre que encontré en la casa del abuelo, yo tenía seguridad de que en Aída Rojo no había nada accidental; cada palabra escrita y camuflada respondía a la aplastante lógica causa-efecto de su arbitrariedad sentimental.

Pedí que me dejaran hacer sola la “rehabilitación”. Por ser el lugar escogido por la abuela para dormir y para trabajar, esa biblioteca tenía algo de escena del crimen. En la espera de encontrar otra matrioshka literaria, me pasé dos días revisando el estante de literatura que, según mis cálculos, tenía unos mil quinientos títulos. Manteniendo el orden impuesto, los bajaba por grupos, les quitaba el polvo, daba una hojeada tan veloz que después temí haber pasado algo por alto.

En la mañana del tercer día, descubrí la primera pista. **Marinero en tierra sobre los ángeles. Rafael Alberti, 1985.** Un verso subrayado: “¿Por qué me desenterraste del mar?” y, por todo el alrededor del poema, la espléndida y minúscula caligrafía que yo recordaba como si nunca la hubiera dejado de ver. La firma: A.R.

⁹ Patafísica: ciencia paródica llamada patafísica, dedicada al estudio de las soluciones imaginarias y las leyes que regulan las excepciones, proveniente de la obra *Gestas y opiniones del doctor Faustroll, patafísico*, de Alfred Jarry.

Marinero en tierra. Rafael Alberti, 1985.

El mar. La mar.

El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños la marejada
me tira del corazón;
se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?

Gimiendo por ver el mar,
un marinerito en tierra
iza al aire este lamento:
¡Ay mi blusa marinera;
siempre me la inflaba el viento
al divisar la escollera!

Anotaciones alrededor del texto:

15/04/1990

Desde donde estoy, los sonidos no se escuchan. Desde este portal entre dos mundos sólo escucho el mar. Y el mar lo tengo yo adentro. Los portales tienen oídos para todos lados. A.R.

22.

Yo estaba siguiendo el orden de los estantes, para no confundirme, cuando un detalle me pellizó el ojo. Era un libro pequeño, delgadito y sin etiqueta de clasificación. Era el único que no tenía. Y con razón. Pocos textos tan inclasificables como ese, no tanto porque fuera de García Márquez, sino porque, dentro de la portada de **Relato de un naufrago**, lo que había eran páginas y más páginas escritas a máquina, firmadas por Aída Rojo.

“Todo lo que sabes del mundo es mentira y te lo voy a probar”, ella decía, y se extendía en una explicación detallada sobre los Continentes del Adentro y del Afuera. La historia que para mí siempre se contó completa diciendo que ella hablaba con un hombre imaginario llamado París, que aseguraba que yo era una Sirena y debía, por lo tanto, volver al mar, era infinitamente más rica. La abuela, su química confundida, sus frustraciones en eclosión o vaya a saber Dios qué magia neurológica reversa, crearon todo un funcionamiento paralelo al que ella se rendía con una certeza desconcertante y al que yo quise, durante no pocos segundos, tener la (dis)capacidad de entregarme.

“¿Qué ocurre con una Sirena que nunca logra volver a casa? Que nunca se sentirá a gusto. El sentimiento de estar ‘fuera de lugar’ es irremediable. Buscará, buscará, buscará, y no encontrará nada”. ¿Qué era eso sino el más atinado de los presagios? ¿Qué era mi abuela sino un oráculo que venía del pasado para alertarme sobre el futuro?

Buscaba, buscaba, buscaba. No había encontrado nada, salvo una historia fantástica en la que yo tenía trayectoria de protagonista, a diferencia de la mía antes de venir a Salos, en la que yo era un personaje secundario, coadyuvante de mi madre y su dementofobia.

— ¡Yo a ti te conozco, figurita!

Pegué un brinco que casi hice volar las hojas. Era Adela con su mala costumbre de llegar como flotando y sólo hacer ruido cuando ya estaba encima de uno. Debo haber envejecido un año en ese segundo.

— La señorita Rita nos mandó, nos dijo que la señorita Aída había vuelto, que habían vuelto sus letricas y sus animalitos y que ahora Aída era la señorita Sofía y yo quiero aquel libro que está allá arriba.

— Pero es que yo no he terminado de limpiar... ¿No puede ser mañana, o pasado? — quise deshacerme de ellas, que llegaban en el peor momento; comenzaba a leer una entrada del diario sobre la organización de la vida en el Adentro.

— Yo quiero pintar dónde están los colores los colores de la señorita Aída pintar el manglar traer las jaibas de papel no es cosa de ángel.

— ¿Los colores de Aída?

— No le pare — respondió Herminia, que venía llegando. — Ella no sabe de qué está hablando.

— Ustedes creen que yo nunca sé nada y yo sé todo sé todo sé hasta la hora en que voy a morirme y los peces van a volver a las lámparas y los colores están en aquella gaveta.

— ¿Mi abuela llegó a pintar aquí? — pregunté ya en camino hacia la gaveta, donde a duras penas había veinte creyones, la mayoría sin punta, y tres pinceles espelucados.

— No, no podía ni oír hablar de eso — respondió Herminia. — Pero una vez recibí una caja con todos los instrumentos que te puedas imaginar, fue un regalo de cumpleaños, y, en vez de usarlos, los tiró al agua y se encerró aquí. Cuando vimos que ella no volvía, los rescatamos, suerte que los creyones son de madera y flotan. Las pobres acuarelas sí se volvieron nada, pero fue bonito ver la playa como un lienzo de agua.

Esa ofrenda ostentosa pero lejana tenía la cara de mi abuelo Nacho. Seguro que había sido él. Más ahora que yo sabía que él le había frustrado la carrera y ella se había dejado.

— ¿No que aquí no se celebraban esas cosas?

— Antes, sí. Se esforzaban de más, diría yo. Esa vez hubo hasta globos, pero Aída los explotó uno por uno mientras gritaba una jerigonza de mandar a todos al carajo.

— ¿Y después nunca más se celebró nada?

— Nada. Y tanto que yo quería. Yo creo que lo que más extraño, y te lo digo sin que me quede nada por dentro, son las fiestas, la guachafita¹⁰, la calle.

Supongo que puse cara de lástima, porque de repente ella cortó ese instante de nostalgia.

— Pero no te creas, el resto era una porquería. Aquí estamos bien... A todo uno se acostumbra.

Esa tarde, entre escasísimas lecturas de Giraluna, de Andrés Eloy Blanco, lo que más hicimos fue conversar. Y fue un diálogo del que yo no salí ileso, no había cómo. Adela agarró los pocos creyones y unos papeles sueltos y se dedicó a sus hormigas gigantes, mientras Herminia narraba cómo Adela había entrado en Salos el propio día que cumplió dieciocho años. Su padre la dejó allí para que hiciera un tratamiento de dos semanas y nunca más volvió. La imagen que estrenó a Adela como residente de Salos fue una niña con las rodillas ensangrentadas que se abalanzó sobre ella corriendo y se escondió en la falda de su vestido, para escapar de dos enfermeras que trataban de darle un medicamento. Era Alcira, de apenas

¹⁰ Guachafita: en República Dominicana y Venezuela, puede significar alboroto, vocerío, como también falta de seriedad, orden o eficiencia.

diez años. Sabrá Dios bajo qué negociaciones y con qué ausencia de corazón la internaron. Adela la adoptó en el acto, la hizo el foco de su amor fraterno, exagerado y repentino, como todos los afectos que ella juntaba.

Con cada lancha que atracaba en el muelle, Adela salía llena de frenesí, recogía sus cosas — Alcira entre ellas — y besaba a compañeras, médicos, enfermeras y servicio, a todos, todos, todos en la boca, porque la vida volvía a ser vida porque la rescataban.

— Besos con lengua ellos respondían ellos respondían ellos respondían.

Luego se revolcaba de rabia y frustración entre las piedras, porque no, la lancha no era para ella, la vida sería esa vida salada y distante para siempre y lo único que tendría era esa Alcira, siempre desbaratada, siempre cicatrizando, y juntas calmarían sus euforias.

— Aquí cada una tiene una simbiosis que la salva — dijo Herminia, con tono de cierre.

— ¿Y tú?

— La señorita Herminia es Herminia y Charito — Adela aclaró.

— Lo único que hay que decir sobre mí es que estoy completamente sana y que si pudiera salir me iría muy, muy lejos, de los que una vez fueron mi familia. Y como eso no es posible, porque el dinero no es posible, Salos está bien porque está suficientemente lejos de ellos. Yo sólo quisiera mandarles un papelito donde diga que les agradezco la libertad y la distancia. Y que, si pudieran enviarme mi colección de música clásica de El Nacional, podría incluso perdonarlos.

Por supuesto que no le creí eso de que estaba sana. Es cierto que parecía una persona absolutamente normal, pero si estaba allí, algo había.

— Antes de que pregunte o especule, se lo digo bien clarito: yo soy lesbiana.

Yo, que nunca tuve muchas amigas, ahora tenía, no sólo amigas, sino amigas "invertidas", como decía con pudores mi abuelo, y dementes, la pesadilla de mi madre. Ni una ni otra característica las volvía tan diferentes. Y si la normalidad eran aquel bando de culebras que mi madre tenía por amigos; la familia de Herminia, que la encerró por vergüenza; o el padre de Adela, que la engatusó con promesas de salud para después abandonarla para siempre, entonces valía la pena, valía mucho la pena, mi excursión a los territorios excepcionales.

Adela y Herminia eran leves, simples, eran como monjitas buenas y reclusas, si las monjitas buenas y reclusas fueran buenas por opción y no por estar sujetas a creer que hay sufrir en la tierra para ganar la vida eterna. Ellas no consideraban la reclusión en Salos un castigo, no sentían lástima ni vergüenza de sí mismas y yo, aunque también era una reclusa voluntaria, demoré en entender cómo era posible aquella paz, con tanto dolor en el recuerdo.

Billy Budd, Marinero. Herman Melville, 1971.

Anotaciones en el dorso de la portada:

12/12/1992

Odio con una intensidad que me asusta los llantos inútiles de estas personas. Quitando a Ricarda, el resto habla, habla, habla, pero ninguna hace nada, parece que no quieren vivir. Odio su renuncia. Cuerda de cobardes. Dicen que el ala masculina es más patética todavía, porque les duele más.

Muchachas que hoy son mis amigas, mañana no lo serán. Pero soy gentil, aunque no quiera. Las trato bien, inclusive cuando me sacan de quicio. Gajes de este oficio de prisionera. París las detesta a casi todas y la mayoría adora escuchar sobre él.

A Luciana, por ejemplo, París no la soporta. Ella está siempre triste. Y cuando la vienen a visitar, se pone más triste. Luciana, tu hijo está tan bueno que me hace sentir casi viva. Me siento. Soy un ser un poco vivo. Y los vivos lo pueden todo. Pueden incluso decidir morirse. Felices ellos. A.R.

23.

Finalmente deduje el criterio para la selección de los libros-lienzo. Todos aquellos cuyo título incluyese la palabra “mar” o alguna derivada, como “marinero”, habían dejado de ser un libro, para ser varios. Invisible, de tan transparente. Aída Rojo nunca se repetía, era muy inteligente para eso y, bajo amenaza, sabía ser una estrategia de primera. Abandonada, dopada, lobotomizada o no, había sido más astuta que todos sus carceleros.

Mi abuela Aída, con miedo de que su “conocimiento” cayera en manos inadecuadas, había disuelto su diario — la verdad no era ni diario ni semanario ni entrega mensual sino mas bien un cuando-y-como-me-dio-la-gana atrás de otro — transformándolo en memorandos, noticias desde el calvario, letanías de acusaciones.

Desde 1981 hasta 1996, repartió en las páginas de los libros su testimonio. Lo que comenzó usando la enciclopedia como cofre y usando la portada para esconder contenido fortuito, fue transformándose en una expropiación de la autoría. La gravedad de tal usurpación, me pareció, obedecía a nadie más que a sus apetitos y los del teatro que ella coordinaba sin mucha autoridad. Así, a veces era respetuosa y escribía apenas en las hojas en blanco o en los márgenes. Otra variante, mi favorita, comenzaba un diálogo con el texto, lo refutaba, se burlaba. En días más desolados, sin ánimo de conversar, mandaba a callar a los escritores consagrados, los tachaba y se apoderaba de sus páginas sin la menor consideración.

Salos vino a encajarse a la perfección en su delirio, como corroborando la teoría que su psique inquieta le había llevado a construir. Como los escritos tenían fechas — que nunca supe si eran reales, pues había grandes lagunas entre los relatos — logré reconstruir, si no la dramaturgia real, al menos la dramaturgia de la ficción que vivía esa Custodia de Mar y escritora que firmaba A.R.

Todos esos años la posibilidad remota de mi abuela se había mantenido en el horizonte como una promesa pespunteada; hilo presente, hilo escondido, por turnos. Entre los garabatos de su escritura marginal, yo me encontraba con ella y forzaba reverberaciones de su vida en la mía.

1984 fue al año en que papá nos abandonó. No avisó, no pidió el divorcio, no mintió que volvería. Hizo la maleta y se fue, llano y simple como tomar agua. La abuela escribía “mi familia de Afuera no quiere existir más conmigo” al mismo tiempo que yo sentía que mi padre desistía de mí y no tenía ni siquiera el alivio de poner mi angustia en palabras.

En el 88, yo probablemente estaba aprendiendo a besar. Tenía doce años y me estrenaba en historias de amor con José Antonio, un morenito avisado e inolvidable con quien viví las

tres semanas intensas que me oficializaron como adolescente trágica. Ella, perdida entre antipsicóticos, no entendía más de sí — “Yo no soy. Yo no estoy. Yo presagio. Yo elaboro teorías.”

En la navidad del 92, mientras ella hablaba mal de las muchachas — aún no me había recuperado de la imagen de esa abuela que despreciaba y juzgaba a quienes, según mi entendimiento de corto alcance, debía tener por hermanas —, yo fracasaba por forfait¹¹ en mi primer intento de perder la virginidad, pero triunfaba al terminar de leer, ese mismo día y en tiempo récord, Ana Karenina.

Yo quería creer que ella me tenía como única lectora destino y que esa exclusividad reataba nuestro vínculo, pero también me entusiasmaba, no sé por qué, tal vez por ansias vengativas, pensar en un lector futuro, aleatorio y accidental, de un futuro post Salos, post encierro, post delirio, que compraría alguno de los ejemplares sin saber toda la historia que está comprando.

También estaba la población de Salos, los de antes y las de después, como legión de potenciales lectores ladrones, curiosos que tal vez guardaban entre sus documentos o botaban entre sus basuras la infinidad de textos que yo imaginaba que faltaban y que faltarían para siempre.

Más emocionante todavía era pensar en otro lector, cazador de libros raros y malditos, que compraría la biblioteca entera justo por esa razón y excavaría en nuestras tramas hasta rastrear a mi madre anciana y le escupiría en la cara y se burlaría de sus cabellos blancos; uno que profanaría el asilo donde se encontraría mi padre y lo despertaría del sueño que habría estado durmiendo los últimos ochenta años; uno que buscaría al doctor Franco y le diría que yo, Sofía Sirena, desde universos remotos y a pesar de todo, le dedicaba el extrañar en todos los tiempos verbales, porque no era su culpa que mi madre lo quisiera y que yo quisiera odiar a mi madre. Y le diría también que fue mejor la saudade que el odio a cuentagotas que surgiría en ambos y acabaría en divorcio o nos envenenaría de esa unanimidad que ataca a las parejas sosas, que no debería ser confundida con la complicidad de compañeros o el vínculo de los que no necesitan ni hablar porque con sólo mirarse se saben de acuerdo, no, esa unanimidad que ya comenzaba a cubrirnos era sólo falta de guáramo.

¹¹ Forfait, en el sentido que se usa en el béisbol: un partido que se da por terminado por el umpire principal adjudicándose a favor del equipo ofendido con una anotación de 9 por cero, por alguna violación de las reglas, por ejemplo: llegada después de hora de inicio de partido; falta del número de jugadores para integrar el equipo; si como local no dispone su cancha en forma adecuada; etc., en todos los casos siempre se anotará 9-0 como resultado del partido.

Y a ustedes, lectores voyeristas, les pido disculpas por el desaire de haber llegado antes que ustedes a este palimpsesto, pero es que lo que para ustedes es ítem coleccionable, es la debida fe de erratas de mi historia familiar.

24.

Aunque mi búsqueda se pausaba cada vez que ellas llegaban, Herminia era una compañía perfecta. Ella llegaba, escogía algún libro para leer en voz baja y se concentraba en él con disciplina samurái. Yo aprovechaba esos recreos de mi proyecto arqueológico para distanciarme de la escritura de mi abuela, para ponerla en contexto y desarrollar fortalezas críticas que no se conformaran con la figura de Aída Rojo, víctima.

A veces se nos unía Charito y entonces Herminia leía para ella. Por esos días, Veinte mil leguas de viaje submarino la tenía fascinada. Herminia leía y leía y Charito interrumpía e interrumpía, hasta que Herminia se resignaba y se entregaba al chisme.

— ¿Ya te contó Herminia que una vez casi nos fuimos?

— Casi no, nos fuimos — corrigió Herminia.

— ¿Y por qué volvieron? — pregunté, sin tener la delicadeza de preguntar primero cuándo o cómo. Por suerte, Charito no admitía paréntesis ni desvíos en sus relatos y supo seguir su orden.

— Fue poco después de lo del noventa y tres. ¿Puedes creer que ya pasaron cinco años? Claro que tú puedes creer porque vienes de afuera y ves a este poco de mujeres que podrían verse más jóvenes, pero cómo lograr eso, de dónde amor si no hay cariño. Pero para nosotras no pasa el tiempo. Si yo pienso en cómo eran las tetas de Herminia cuando ella llegó aquí y cómo son ahora, siento un poquito que ha pasado el tiempo. O cómo hemos engordado, o las várices. Pero eso es si me pongo a pensar mucho, a querer recordar con detalles, porque la verdad es que cuando uno agarra unas tetas todos los días, con las mismas manos todos los días, las dos pieles envejeciendo juntas, uno ni se entera.

— Al grano, Chari — dijo Herminia, un poco molesta, tal vez ofendidas sus tetas.

— Calma, que tus tetas son las mejores tetas de esta isla.

— De esta inmensa metrópoli, dices.

— ¿Se escaparon? — intenté evitar un conflicto marital.

— Sí. Bueno, no. No fue un escape. Lo único que lo hizo parecer un escape fue que no hubo despedidas.

— Nosotras avisamos, pero ninguna vino — agregó Herminia.

— Y no fue por malas, es que estaban, estábamos todas, como sacudidas. Después de la crisis, del grupo que quedó, cada una fue saliendo de donde estaba escondida, y una semana después ya éramos nosotras, todas juntas. Entonces Herminia y yo vimos que ya no había nadie

que nos obligara a estar encerradas y empezamos a soñar con la vida que haríamos allá afuera, en algún lugar nuevo, con las páginas en blanco.

— Las muchachas no se esperaban que nosotras también quisiéramos dejarlas.

— Ni nosotras esperábamos arrepentirnos tan rápido.

No pasaron de Punta Hicotea. ¿Qué había afuera tan maravilloso que valiera más que Salos, la isla que era sólo suya, sin más ley que la que ellas pautaban, ahora sin más restricciones que las de la supervivencia? ¿Qué podía ofrecer la misma ciudad que antes las había expulsado, qué había cambiado en ella que, de repente, se mostraría amable para abrazar sus historias? ¿Qué torbellino había desordenado prejuicios en aquellos que, en vez de amarlas como dictaban la sangre y el buen juicio y el peso de la historia y de la ternura y de la conmiseración, las habían excluido sin siquiera una visita? Nueve años, Herminia. Dos, Charito. ¿Qué había cambiado en el afuera? Nada. Los nueve años de encierro de Herminia podrían ser dos o quince o cuarenta y cinco y la supuesta “melancolía” que anotaba su historia médica seguiría ocultando que su desánimo con relación al género masculino y a la vida que se esperaba de ella era inversamente proporcional a su grosero, irrefrenable — y diabólico, alguna enfermera agregaría — gusto por las mujeres y la bohemia.

Los excesos emocionales que llevaron a Charito a aguantar dos años con el alma adormilada por el excesivo litio que le prescribían, seguirían considerándose excesos, ella aún sería una maníaco-depresiva en vez de una entusiasta, como Herminia le había enseñado a defender, y ese entusiasmo, que poco a poco sentía volver desde que estaban a la buena de Dios en Salos, sería nuevamente sedado.

— Y quién sabe cuántas veces puede la alegría resucitar — dijo Charito como quien cuenta un milagro.

Yo no tenía verdugos fuera de mí. Yo era yo, ensimismada. La enfermedad que me acechaba no era la de Luz Lucía ni la de Adela, sino una enfermedad de vacío y de cuarto oscuro y de ya no más, y ellas no eran así, ellas estaban llenas de algo que yo no sabía qué era porque yo no lo tenía. Lo mío era un problema político. Aburrimiento pequeño burgués. Impostura. Malcriadez. Mi desconsuelo yo lo podía rastrear, mensurar, oler, era como una bola de plastilina que va incorporando la mugre de las manos y de las superficies que toca, que se derrite al sol, que curte las uñas y que por más que se modele nunca será arte sino distracción; entrenamiento, cuando mucho, para luego avanzar hacia otros materiales.

Yo no pasaba de una pobre imitación de Simeón. Ellas, en cambio, eran santas potenciales, Rita tenía razón. No hay santo cuya historia no sea una historia de desequilibrios propios o ajenos. Bárbara y sus senos cortados, los ojos de Lucía, las flechas rompiendo la carne

de Sebastián. Las cabezas descepadas de casi todos. La santidad es un tema muy cercano a la mutilación y ellas, todas, eran unas inocentes amputadas. Tajo a tajo, habían visto caer de sí montañas, sofás, diostebendigas, jardines, ollas, saludos, partidos, orgasmos, teclados, sábanas, bicicletas, maridos, jeans, buenosdíasmiamor, carros, ladrones, bibliotecas, padres, aceras, menús, ventanas corredizas, luces de navidad, vestidos, fila del banco, cafés, pintura fresca, credos, hijos.

Billy Budd, Marinero. Herman Melville, 1971.

Anotaciones en el dorso de la portada:

Ricarda recibía muchas cartas y siempre las respondía. Antes. Algunos lloran porque les llega lo que no quieren y otros porque no les llega nada. No hay sentido en ese llanto. Ni en las risas de los que sí leen. Porque esa lectura es una excusa. Quien ama, visita. Quiere besar. Quiere abrazar fuerte. No quiere mandar garabatos en hojas.

Yo ya ni las recibo, yo las desprecio, Sofía. De nada sirven los dibujitos que tu madre me manda en las hojas. Es su culpa dibujada y a esos dibujos yo no les veo el sentido. En las hojas no vienen ni el perdón ni las reconciliaciones. Por eso las boto. Alfabeto inútil. Descomunica.

Yo sé que tú me escribes cartas que no te dejan enviar, París me tiene al tanto. Tus palabras tienen peso. Nadan hasta aquí y me calman. A.R.

07/03/1992

25.

— Te está gustando jugar a la casita y eso no es bueno, muchacha.

— ¿A qué se refiere?

— No me hagas querer morirme otra vez, que ya yo no estoy para esos trajines.

— No estoy entendiendo.

— Te pasas el día entero metida en la bibliotequita miserable. Puerto de paleticas de polo.

Plaza y calles de dos metros de ancho, pero con nombre. Esto era un pobre pesebre viviente y no quiero que sea así otra vez. Porque cuando lo era, a veces me provocaba morirme. Había mucha gente sana que estaba aquí porque le estorbaba a alguien. Esa gente se confabulaba con el personal del sanatorio para hacer de esto un pueblo, sin darse cuenta de que la paz estaba justamente en hacerlo lo más diferente posible de cualquier forma de organización que los hubiera expulsado. Aquí se tenía el derecho de ahogarse y salvarse en el infierno personal sin tener que fingir interés en el infierno de los otros. La única auténtica era Aída.

— ¿Por qué ella?

— Porque Aída sufría como se debía sufrir en un lugar así. No fingía ni se entregaba a la idea de la cura. Muy por el contrario, con su ficción, se apoderaba de Salos.

— ¿Ustedes fueron amigas?

— Pues cómo no, por esa valentía suya, éramos amigas. Si algo me enseñaron estos años es que estar loco es menos doloroso que uno saber que está loco. ¿Sabes que siempre me imaginé al tal París moreno? Pero Aída insistía en que era un catire blanco, casi transparente.

Ese nombre me había acompañado todos estos años y, durante los primeros meses después de lo que pasó, yo lo culpé a él como se culpa a una persona de carne y hueso, lo soñé, lo dibujé. Y era moreno, sin duda, muy alto y tenía una voz grave y unos pies enormes. Lo odié por quitarme a mi abuela, por sacar lo peor que había en ella. En Salos aprendí que odiarlo a él era odiar a mi abuela, que era su autora.

— ¿Ustedes hablaban sobre él?

— Había días en que Aída no hablaba de otra cosa. Todo el mundo se sabía sus teorías. Algunos colegas hasta las creían.

Si mi abuela tenía sus teorías para huir de una realidad que le resultaba insoportable, quitarle la fantasía era condenarla a demonios más feroces, por más reales. Cuáles eran esos demonios y cuáles sus orígenes, no lo sé. Pero me alegró saber que los últimos tiempos encontró corazones abiertos para sus mundos.

— Como Rita no era tan astuta ni tan odiosa como las enfermeras, era más fácil engañarla. Aída fingía tomarse las pastillas, se las escondía en las encías, y las sembraba en el jardín, en una pobre mata que, yo no sé si serán ideas mías, pero se empezó a poner extraña.

Santa Rita Farmaceuta, libre de sospechas sobre la muerte de mi abuela, ¿había sido entonces Santa Rita Negligente y la había dejado morir de otros males? Pasadas dos semanas desde que traspasé el muro, ya podía insistir en lo que era, a estas alturas, más curiosidad que información decisiva.

— Ricarda, cuénteme cómo murió mi abuela. Yo necesito saber.

Ella me miró con una tristeza casi táctil.

Pero entonces llegó Adela y, como quien estalla una burbuja de jabón con el dedo, rompió el clima que se había creado entre nosotras. Rita la había mandado a buscarnos para la cena. Maldije a Adela, a Rita y a la cena. Pero algo en la mirada de Ricarda me dijo que esa conversa duraría la vida entera y no debía preocuparme.

De noche, el comedor parecía un lugar diferente. Varias preferían comer en sus habitaciones y las que iban lo hacían pensando en que, apenas una de ellas terminara de comer, acomodaría una mesa para jugar cartas. En eso pasarían horas, a veces la madrugada entera, cuando Rita estaba de buenas. En esos momentos uno podía incluso convencerse de que no estaba donde estaba, sino en una gran casa en la que un matriarcado comandaba los días entre hacer comida, hacer oficio, hacer el amor y hacer apuestas. Esa noche tuvieron que armar dos mesas. De las jugadoras yo sólo conocía bien a Herminia y a Charito. Guna parecía feliz con su partida. El trío que se encargaba de la limpieza, con el que nunca intercambié más que un saludo cordial, también estaba allí, junto con Aura y Marta, dos completas desconocidas que me caían bien. El ambiente era el ideal para relacionarme con ellas, descubrir si mi brújula estaba bien con relación a mis afectos gratuitos, entender quién era quién, cómo era ganar y cómo era perder por estos lados, cómo era apostar donde todos los bienes eran colectivos. La noche estaba perfecta para hacer todo eso, pero yo sólo quería conversar con Ricarda, ahora que su monólogo había pasado a ser sobre su amiga Aída.

Tuve miedo de que mi custodia se revelara una jugadora tenaz, pero eso sería incongruente. Ver a esas mujeres jugar y divertirse como si este lugar fuera una casa de playa era justo esa vida de maqueta que Ricarda tanto odiaba. Apenas terminé la sopa de arvejas, me quitó el plato.

— Huyamos mientras se puede.

Bajamos al muelle. La noche estaba linda, todas las estrellas encendidas. Nos sentamos. O ella se sentó y yo la seguí.

— Si notaste que en el juego de ellas nunca nadie pierde ni gana, ¿verdad?

— ¿Cómo así?

— Ellas juegan por puntos. Están jugando por puntos desde 1985. Herminia, por ejemplo, tiene 75 mil. Guna, 40 y tantos. Y así vamos. Hasta yo tengo mi acumulado. Ya discutimos sobre hacer una final, pero son pocas las que se emocionan. El resto, no sé decir por qué, vemos linda esa corrida ad infinitum.

— ¿Esperanza?

— Estupidez.

— ¿Y quién lleva esa cuenta?

— Adivina.

— Santa Rita Calculadora — dije y no me aguanté la carcajada.

Ricarda me miró seria y yo intenté contenerme, pero entonces fue ella la que reventó y así estuvimos un buen rato, hasta que nos rendimos y reímos enloquecidas hasta llorar. Reí toda la risa que se me había quedado sin usar los últimos meses, hasta que Ricarda volvió al aquí y ahora donde las risas se quedan vestidas esperando un paseo que nunca llega.

— Santa Rita, nada. Te olvidas de que la santidad y la putería son excluyentes, Sofita.

— ¿Putería con los hombres de las lanchas?

— Disfruta tu ignorancia. Mira este cielo perfecto y olvídate de Salos, que hoy hasta yo quiero creer que este muelle es un muelle de otra historia y que nunca vio tanto vaivén de locos. ¿Sabías que a tu abuela ni siquiera la acompañaron hasta aquí? El insensato de tu abuelo la montó en el barco de los locos, con su maleta y su sombrero maravilloso, que ella decía que había comprado en Panamá, y le dio un beso en la mollera, ¡en la mollera, después de más de veinte años y en la mollera!

— Igual no debe haber sido fácil para él.

— Le dio un beso en la mollera, el muy desalmado. El bote salía de Punta Hicotea dos veces por día. Los familiares que querían venir hasta aquí podían hacerlo, y había a quienes les gustaba. Del lado fuera del muro, ya tú ves, es como un hotel. El proyecto era una maravilla. Dio trabajo a cientos de personas e Isla de Salos se convirtió en un enclave del desarrollo de estas costas. Terrible. El puerto se volvía un espectáculo terrible. Gentuza y lo que no era gentuza con los ojos desorbitados viendo quiénes eran los nuevos locos y quiénes los familiares. Por seguridad, todos debían tomar un calmante e ir maniatados. Iban en filas, la mayoría sentada

cabizbaja, asoleando la vergüenza de no saber de qué sentir vergüenza o saber de más. Algunos nunca despegaban la vista de quienes quedaban en el puerto. En los peores días, había hasta pacientes que se desnudaban y se cagaban y por ahí va, pero eso no era siempre. Aquí llegaba también mucha gente sana. Los que estorbaban allá fuera. Muchos gritaban una atrocidad seguida de otra, apurados, sabiendo que pronto el sedante haría efecto y que, cuando estuvieran adentro, la rabia y la decepción no le importarían a nadie. Guna y Aída llegaron juntas. Año 81.

— 82. Mayo.

— Eso. La gorda estaba absolutamente dormida, para bajarla aquí necesitaron seis hombres, fuertotes, y eso que en aquel entonces no estaba tan gorda. Antes de venir aquí estuve dos meses rondando el puerto y estudiando ese teatro. Por eso yo tuve la decencia de llegar en lancha particular. Aída siempre decía que la primera vez que la ingresaron no la llevaron desconocidos en un bote vergonzoso, sino en el Chevrolet Nascar del 57 que tenían y que era la envidia de todos.

— ¿Y ella hablaba de él, de mi abuelo?

— Lo defendió un tiempo. Cuando la trajeron. Pobre, parecía una condenada. Un trapito sucio. Si vieras cómo se ponía los domingos, cuando el sanatorio se dividía en dos: el mundo de los que recibían visitas y el mundo de los que se quedaban esperando en el mirador que apareciera un conocido. Los lunes se repetía eso, la película de los que recibían cartas y la película de los que nunca escuchaban su nombre en el alto-parlante.

— ¿Mi abuela recibía muchas?

— Algunas. Pero no te sé decir qué las hizo. Después de leerlas, pasó los peores momentos que ella tuvo aquí, yo creo. Quedaba como ausente de sí misma, como si su vida estuviera transcurriendo allá afuera y ella se la estuviera perdiendo. Peor: como si lo mereciera. A la larga, creo que le hizo bien. Dejó de esperar visitas y exigió que, si alguna carta llegaba para ella, por favor, no se la entregaran.

— Mi madre nunca hablaba de ella.

— En cambio, Aída siempre hablaba de ustedes. Bien o mal.

— ¿Si va a contarme cómo murió?

— Tu abuela se murió cuando se quiso morir. Agarró a Esther, cuando Esther también se quiso morir, y juntitas se echaron al mar bravo.

— Al Adentro.

— Eso mismo. Y ojalá que no la hayan marginado por no llevar consigo a la sirena — dijo Ricarda, llena de compasión, y yo sentí que ya ella había encontrado la paz que yo había

ido a buscar allí y que difícilmente encontraría, sabiendo que mi abuela no vio otra solución que desistir.

Piedra de mar. Francisco Massiani, 1968.

Anotaciones en las páginas en blanco:

23/04/1996

Los Custodios de Mar de Maracaibo no descansan. Por tanta Sirena. París, cuánto trabajo. *Cuánto trabajo, Aída, cuánto trabajo.*

Maracaibo y su esfuerzo me arden en los ojos. Y yo que no estoy en Maracaibo. *Ciudad de portales.* Sino en esta isla que no existe. Desamparada ella, desamparada yo.

Salos no es un portal. Salos es una calle ciega. Salir es el infierno. Quedarse es el purgatorio. *Vale la pena intentar darle un fin a tanta humillación.*

Apenas poner un pie fuera de la cerca y las piedras afiladas comienzan a aparecer. *Y a seducirte. A.R.*

26.

Después de haberme incorporado a la rutina de Salos como lo hubiera hecho la mejor paciente — quitando el detalle de que mi permanencia se debía (casi) exclusivamente a la cacería de los textos de mi abuela — me sentía con la valentía y el crédito suficientes como para pedir a Rita que se abriera una excepción y celebráramos el cumpleaños de Herminia.

La convencí con el argumento de que, según había escuchado Domingo en la radio, ese día habría un eclipse de luna y, en caso de que no quisiera hablarse de fechas, podríamos simplemente hacer una fiesta en honor a los astros, que brillaban sin distinciones para todo el mundo. No necesité decir mucho más. A Rita le emocionó la idea de una forma que yo no habría podido prever. Volvió a ser una adolescente, una niña que recibía su primera bicicleta o se enamoraba por primera vez. Fue lindo verla así. Un espectáculo de ternura.

Le ofreciera a las muchachas mis vestidos, accesorios, maquillaje y convencí también a Ricarda de montar un atelier improvisado, para que, con ayuda de todas las que supieran coser y tejer, hiciéramos los ajustes necesarios y diseñáramos nuevas piezas, usando la pila de uniformes y lencería que quedaban de cuando Salos era un sanatorio y no esta casa de retiro forzoso; una pila que no se agotaba y que decía Adela que eso se debía a las oraciones que ella le hacía a San Simeón porque no quería ver a tanta vieja desnuda. Tomando como modelo mi propia ropa, actual, cara y primermundista, veintidós mujeres de Salos desfilaron atuendos nuevos, todos en color celeste hospitalario, sí, pero lindos. Y la mujer número veintitrés, la homenajeadada en un secreto a vox populi, Herminia, estaba hermosa, con un vestido imponente como una reina de otros mundos. Charito se re-enamoró cuando la vio llegar.

En el patio ya sonaba la radio de pilas que Domingo accedió a prestar a cambio de que lo dejaran participar de la fiesta y el cuarteto feliz arriesgaba unos pasitos lentos como los de las tías segundas que todos en el mundo alguna vez tuvimos; en otra esquina, el viejo, tierno e infeliz, bailaba con una Esther invisible.

El ambiente de Salos, al menos del muro para dentro, se había trastocado por completo, pasó a tener esa alegría melancólica de los domingos familiares en las escuelas, de las gincanas y las verbenas, de las fiestas parroquiales. Incluso Aura, la estudiosa del muro, y Claudia-pajaritopleitero estaban de buen humor, armando un mesón en el centro.

Y no habían terminado de poner el mantel cuando ya venía Guna con Adela y Laura, siempre eficientes, cargando ollas olorosas y calderos humeantes y platos y cubiertos limpiecitos, y eran los treinta años de Herminia y era también una Navidad y un Carnaval y un Fin de Año y los quinceaños de Alcirita y las bodas de plata de Almudena y la fiesta de

graduación de Ricarda y el Día de la Milagrosa y todas las fiestas grandes que no tuvieron porque parecía que celebrar con alegría mayúscula era algo que los otros hacían, y que en un manicomio no se podía hacer porque cómo evitar que delirios, fantasmas, alucinaciones, espantos, miedos, fobias, manías, dolores, tics, estupores y demás aguafiestas se colaran e hicieran de tan importantes ocasiones un show de horrores. ¿Quién las había convencido de eso? Nadie y todos. La culpa que, en silencio, asfixiaba el entusiasmo.

Rita llegó con una caja llena de cosas de fiesta, desde ron y whisky hasta serpentinas y globos. No caí en la provocación de preguntar. Eso también “nos lo merecíamos”. En todo caso, era ella quien lo trabajaba y lo compartía generosamente. Era ella Santa Rita Prostituida, por opción propia. ¡Y salud por eso!

Se bebió, se bailó y se rió como en las mejores fiestas que yo hubiera ido. Rita y María fueron atinadas y prepararon bebidas placebo para aquellas que no podían beber ni un mililitro de alcohol. Adela comió hasta la saciedad, bebió hasta que no pudo más, vomitó hasta la bilis, volvió a comer hasta la saciedad y a beber hasta que no pudo más. Herminia y Charito pasaron la noche de amores, incluso se perdieron un buen rato y volvieron todas revueltas. Domingo se bailó al cuarteto feliz en pleno. Rita y yo hicimos competencia a ver quién bebía más whisky de un solo tiro. Ella me ganó. A Alcirita le sustituyeron los calmantes por unos vasitos de ron con Coca-Cola que le hicieron un mejor efecto y hasta intentó bailar con Adela, en los intervalos de su comedera. Paula, la que no salía del stock, no paró de comer en toda la noche. Martha logró que Luz Lucía dijera una palabra y esa palabra fue “salud”. Fernanda, Alicia y Cecilia bailaron hasta los cortes comerciales de la FM que mejor sintonizamos y que nos acompañó toda la noche, y nos avisó, minuto a minuto, la llegada del eclipse.

Fueron dos horas y veintiún minutos desde que la tierra le empezó a hacer sombra a la luna hasta que la luna se arrimó, se arrimó y pudo broncearse de nuevo. En esos minutos que no hubo luna, no hubo tampoco quien frenara a Guna cuando empezó a cantar el cumpleaños feliz para Herminia, sin torta y sin velitas. Sin que nadie lo ordenara, nos juntamos todas alrededor de la festejada y esa canción, que a mí nunca me había emocionado, se escuchó más solemne e importante que cualquier himno. Un sonido fósil que nos dejó a todos con las pestañas ensopadas.

Sin torta y sin velitas, faltó el instante de pedir ese único deseo que queremos creer que se cumple. Es posible que Herminia fuera feliz y que, tomada por la sorpresa, ni siquiera supiera decir qué deseaba, si es que deseaba algo. Y luego, podría organizar sus anhelos y decir que sí, que quería vivir en una ciudad muy lejos de allí, lejos de la playa, tener algún trabajo que le solucionara el diario, sin horarios estrictos y plantar albahaca y orégano en macetas en la

ventana de la cocina. Pero el mayor deseo, el que haría que todos los demás valieran la pena y fueran suficientes, sería no tener recuerdos de la vida anterior a Salos ni dentro de la isla. Y así, con el corazón lavado, suavizado y planchado, conocer a Charito un día cualquiera en una callejuela vecina y amarla con su nuevo curriculum vitae. Pero tenía treinta años y estaba en Salos. Defendía a muerte la alegría en el pesebre viviente que Ricarda decía odiar, pero del que no salía por nada del mundo.

— ¡Vamos despertando! — me gritó Rita. Me despabilé con la noticia de que Adela y Claudia no aparecían por ningún lugar y el sol del mediodía en la cara.

Al final de la noche sólo quedábamos Herminia, Charito, Adela, Claudia y yo, que no me acordaba de las últimas horas. Ni siquiera recordaba haber ido al mirador. Esa mañana no hubo desayuno ni baño. Rita estaba como si le hubieran puesto cafeína endovenosa, dando órdenes a todas para buscar debajo de cada piedra de la isla.

— Apúrese y ayude, que la idea de todo este desbarajuste fue suya.

— Pero yo no fui quien buscó alcohol.

— Nadie le dijo que hablara — Rita casi no terminó de decir y rompió a llorar.

— Ya las vamos a encontrar — dijo Charito, mientras la abrazaba y me fusilaba con la mirada.

— En los pabellones de allá tampoco están — llegó Domingo jadeante.

— No deben haber pasado del muro, vamos a revisar bien aquí — dijo Guna, que se fue con varias más.

A pesar de irritarnos mutuamente, yo me quedé a buscar con Rita. Revolcamos veinticinco habitaciones y ni rastro de Adela. Íbamos camino al edificio de administración cuando Aura, que en todo ese tiempo había estado en una caminata incesante alrededor del muro, buscando en ningún lugar, excepto dentro de sí misma, vino corriendo desesperada y le dijo algo en el oído a Rita.

— Me dejo de llamar Rita si no es allí que Adela está.

Fuimos todos para el auditorio, en el corazón del espacio administrativo. Un lugar destinado, durante el auge del San Simeón Salos, a congresos, charlas, presentaciones de casos

y resultados médicos dignos de difusión y, después del auge, palcos de esporádicas proyecciones de películas, bailes y demás intentos de vida cultural.

Las encontramos debajo del tableado del escenario, agachadas entre el polvo, los animalitos y los cables; anquilosadas en una sola bola de carne, huesos y miedo.

— ¿Qué hacen aquí? — reclamó Rita.

— La noche era igualita Claudia dijo la noche la noche idéntica a la noche que llegaron ellos dijo Claudia que ella escuchaba mejor y que ella ya estaba escuchando que venían otra vez porque la señora Raquel Sofía los traía.

— ¡No, no, yo no traigo a nadie, yo vine sola! — me apresuré a decir, como si pudiera servir para algo.

Claudia se deshizo del abrazo de Adela y salió, le costó mucho trabajo erguirse y cuando quise ayudarla me miró con candela en los ojos. Cerró sus puños frente de mí con tanta fuerza que pude ver las manchas blancas y rojizas que se formaban en su piel por la circulación alterada. Gritó, no palabras, no frases: una sola sílaba tuerta y se fue corriendo toda renga.

— ¿De quiénes habla Adela? ¿Cuál estampida? — pregunté en voz baja a Ricarda.

— ¿Qué es lo que quieres tú? ¿Una clase de historia? ¿Una visita guiada? — reaccionó Rita. No sé cómo conseguía hablar con esa profusión de lágrimas cayendo de sí.

— Disculpa.

— Adelita, ven, mami, está todo bien, no pasa nada.

Adela permanecía en el fondo, en un monólogo susurrado, sin la menor intención de salir.

Cuando un rato después, se acercó un poco, Rita quiso halarla por el brazo.

— Aquí estamos aquí estuvimos bien aquí es seguro aquí no nos ven los perros que no ladren. La estampida fue una estampida se fueron como ratas no como gatos ni como perros. Humphrey Bogart Brigitte Bardó Jane Fonda ya estuvieron aquí y aquí nos vamos a quedar. Y yo decía barriga, no rujas. Búsquenme, encuéntrame. La gente buena. Mamá, papá, Antonio, sean gente buena y rescátennos de la estampida. Mamá linda mami con su vestido de florecitas amarillas, mamá no llores cuando me mires los ojos se espichan y la estampida comenzó. Nadie entra. Nadie sale. Nadie entra. Nadie sale. Yo no salgo. Claudia no podía salir y salió y no vino a buscarme y ella vio la estampida y yo no, pero la oí. Y duró mucho, mucho, muchísimo porque mi barriga rugía y ya habían pasado varios soles y lunas y soles y lunas y yo sin comida de sol ni comida de luna. Claudia volvió y trajo agua y trajo unos tenedores para defendernos. Claudia no me mires no me mires no me mires. Claudia dijo que afuera ya no había nadie. Que la estampida fue de todos.

— Charito, llévenla al cuarto — pidió Rita, bastante conmocionada.

— Y donde hay estampidas no queda nada porque el piso se deshace. Pero este piso no es piso sino una piedra y en las piedras las estampidas duelen en los pies.

Herminia y Charito, una por un brazo y otra por el otro, condujeron a una Adela ametralladora de palabras.

— Que respirar duro no se puede. Oye las botas, Claudia. No respire duro. Enséñale a Rita cómo se respira suavcito y que la señora Raquel sin nombre con nombre ahora de Sofía aprenda también porque si la estampida se regresa aquí nos vamos a esconder y vamos a meter a Domingo y a los perros y que se coman los jugueticos de Guna y que Guna también se calle y después vemos.

Aun cuando ya iban lejos, podíamos escuchar las palabras de Adela resonando en la isla como un castigo.

— Que si la estampida se regresa la piedra se va a hundir porque la piedra ya no quiere saber nada de los que se fueron porque la piedra ya tiene sus comidas de sol y de luna y la señorita Rita que baile su vals, que nunca pudo bailar.

Rita parecía derrotada. Fue atrás de ellas, de repente envejecida y distante. Yo, culpable de reanimar dolores, me quedé sin palabras. En mi vocabulario hecho de privilegios no había nada para ofrecer.

Relatos de los mares del sur. Jack London, 1911.

Texto original del libro tachado. Anotaciones entre las líneas tachadas:

29/11/1994

Quién es Aída, nadie sabe. ¡Aída, Aída! Yo la llamo y no me respondo. Cuando París la llama, yo voy sin pensarlo. Él hace que ella me escuche y que yo la escuche a ella.

París, el único fiel. Mi amigo de verdad. Ha vuelto para acompañarme en mi pena. Planeamos estrategias. A.R.

27.

— Si quieres irte es ahora. La lancha tiene suficiente gasolina para llegar hasta Punta Hicotea. Ahí la puedes dejar, que nadie la mira. Yo desde aquí nado sin problemas hasta la costa. Ya me odian, que me odien un poquito más.

— ¿Usted cree que quiero irme?

— ¿Y cómo no?

— Pues porque no.

Domingo me había invitado a dar un paseo en su lanchita y yo accedí porque era él y porque, desde el fin de fiesta, la amabilidad no abundaba. Había comida, buenos días y acceso normal a la biblioteca, pero no mucho más que eso. Adela, por ejemplo, andaba agazapada, calladita, como arrepentida de haber hecho algo muy malo. Y la culpa era enterita mía, la forastera que vino a querer remover lo quieto.

— Yo tenía más o menos tu edad cuando llegué aquí. Pero antes a esa edad ya uno no era un carajito¹². Estaba enamorado como la gente ya no se enamora más. La conocí en el psiquiátrico de Maracaibo, yo era obrero y ella era ella. La gente decía que ella no sentía nada, que ella no sabía de mundo, ¿alguna vez ha visto una persona así? Lela, pues. Lela. Pero Esther sentía. Sentía mucho. Se le veía el miedo en los ojos. Nosotros miramos de los ojos para fuera, ella miraba de los ojos para dentro. A veces Luz Lucía mira así, ¿sabe?

— ¿Cómo no?

— Bueno, así. Entonces Esther empezó a hablar, empezó a moverse. Y empezó a decir que era yo el que tenía que darle la comida, y el que tenía que llevarla y traerla y todo. Yo, que no era enfermero ni nada y que lo único que tenía que hacer era mantener limpio el pasillo. Cuando vimos, ya estábamos cogiendo en la salita de máquinas. Y me disculpa la palabrota. Un mes después, nos casamos. Pero no me dejaban llevármela ni me dejaban quedarme ahí por no ser paciente. ¡Qué ganas tenía yo de estar loco en esos días, muchacha!

(Si mi abuelo Nacho fuera así).

— Y entonces averigüé que aquí aceptaban parejas y nos metí en la lista de espera, ella de paciente y yo como plomero. Unos meses después me llamaron. Esther estaba otra vez mal, pero nosotros nos entendíamos, incluso cuando ella estaba lela. Cuando ella se ponía mal, era como que el mundo se me tumbaba. Pero ella volvía. Siempre regresaba.

(Si mi abuelo Nacho fuera así).

¹² Carajito: en Honduras, República Dominicana y Venezuela, niño.

Y cuando ella no estaba, yo la extrañaba y más me enamoraba, más me jodía. Cuatro años después, tuvimos a Rita.

— ¿Usted es el padre de Rita?

Y así, sin esperarla, llegó mi respuesta.

— ¿Y por qué más yo iba a estar aquí, pues?

— ¿Y qué pasó que no se hablan?

— Que ella es mucha hija para mí.

Domingo prendió el motor. Santa Rita Pecedora no sabía honrar al padre. Santa Rita Pecedora, strike dos.

— Sofía, yo no sé qué fue lo que tú supiste antes ni por qué llegaste aquí apenas ahora...

— Yo tengo mi versión y me toca a mí cargar con ella.

— Pero la versión que no es versión, sino verdad, es que cuando Adela habla de la estampida, habla de 1994.

— El año del que todos hablan y nadie dice nada.

— El año del abandono o de la libertad, como lo quiera ver, muchacha. El San Simeón Salos estaba al máximo de su capacidad. El mar y los buques con su lleva y trae. Hasta que uno de esos buques resultó ser una fragata con bandera colombiana y se acercó un poco más y más, llegó al faro del islote vecino y ahí se instaló. Los directores andaban del misterio a la zozobra y los teléfonos no paraban de tocar, pero a nosotros nada nos decían. Ni siquiera a mí, que era del lado de allá del muro. Antes de que los pacientes supieran cualquier cosa, empezaron a salir las lanchas, porque aquí antes había lanchas y no nos dejaron ni una, y de treinta en treinta fueron vaciando el sanatorio. El barco de los locos hizo más viajes en un día que los que hacía en un mes. La mayoría de los internos no se dio cuenta, pero para mí estuvo claro desde el primer momento que había dos tipos de pacientes que montaban: los ricos y los visitados.

— ¿Y el resto?

— El resto hicimos colas que no avanzaron nunca y preguntas que nunca nos respondieron. Cuando entre nosotros no quedaban ya trabajadores ni médicos, lo vi venir. Empezaron a sonar los tiros y a nadie le importó que fueran al aire. El Padre Cicerón, la única autoridad que quedaba en la isla, trató de calmarnos, pero entramos en pánico. Parecía que habíamos ganado de gratis un enemigo de la noche a la mañana y no teníamos soldados ni armas para defendernos.

Sólo una lancha volvió a la isla. Había alrededor de ochenta personas todavía y sólo cabían treinta. El Padre dijo que volverían por todos pero que debían tener paciencia. Él escogió a dedo a quiénes llevarse y se decidió por los casos más graves que tuvieran quien cuidara de

ellos. No escogió ni uno solo de los sanos que todo el mundo sabía que estaban aquí porque molestaban a alguien allá afuera. Es que al Padre Cicerón también lo molestaban.

— Y ellos que pensaban que él los quería. En un santiamén se llenó la lancha y se quedaron agarrados de los bordes, suplicando, intentando con todas las fuerzas subirse. Pero ellos prendieron el motor y, desde el muelle, desde el abandono, los otros los vieron alejarse. De uno en uno fueron cayendo los suplicantes. Algunos se mantuvieron firmes hasta que los perdieron de vista. Dicen que dos cuerpos llegaron al muelle días después. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, a ver qué carajo hacen con sus vidas, Amén. Y ellos que pensaban que él los quería. Los tiros al aire siguieron y los buques siguieron llegando, de ambos países.

— ¿Pero cómo fue que pasó todo eso sin que saliera en las noticias?

— ¿Y quién dice que no salió? Salió. Y bastante.

Reunidos alrededor del radiecito, los cuarenta y pocos que aún quedaban, escucharon que Colombia y Venezuela estaban en un impasse diplomático, disputaban la Isla de Salos que, según Colombia, había sido cedida como territorio venezolano en negociaciones irregulares y cuyo nombre ni siquiera reconocía. Sobre el San Simeón, apenas dijeron que estaban estudiando reubicar a los pacientes si no se resolvía el conflicto con rapidez.

— Estuvimos atentos, pero nadie dijo nada más sobre nosotros. La Isla de Salos era de ambos países, pero para ninguno existía. No dijeron nada. Pasaron dos días más de pura fanfarronería, que si yo me acerco más, que si yo hago más bulla. Cuánta bobería junta.

Isla de Salos era de ellos, aunque los convirtieran en fantasmas.

— Ellos, que siguieran conversando, aquí tocaba sobrevivir. Los sanos estábamos ya tratando de recomponer la vida, estudiando cómo tratar a los enfermos graves que no se habían llevado, por no tener amor. Estábamos ya entendiendo que era mejor haber sido abandonados.

Rita y él, por ejemplo, sabían que si los reubicaban, Esther iba a ser encerrada lejos de ellos, porque no había ninguna otra institución que aceptara familias. Herminia, más sana que cualquiera, habría ido a dar a algún manicomio con historias más terribles que las de aquí, por ser lesbiana, y la iban a separar de Charito.

— Estábamos ya alegrándonos con lo que había pasado, cuando llegó la Guardia Nacional. Adela vio el buque acercarse y salió gritando para avisar a todo el mundo. Muchos celebraron que finalmente los venían a rescatar e hicieron su filita, pero la mayoría ya no quería ser rescatada. Hubo algunos que se escondieron en el manglar. Charito cuenta que ella se metió en una de las ollas gigantes en la cocina.

Y ellos, la mayoría de los que aún estaban en la isla, y mi abuela Aída, se escondieron en el tableado del auditorio, donde encontramos a Adela. Escucharon gritos de los guardias desde todos los rincones de la isla. Esos héroes que les mandaron no sabían lidiar con aquello. Se quedaron dos días ahí, pasando hambre, hasta que no se oía nada más.

— Esther fue la única con fuerzas suficientes como para cantarle el cumpleaños a Rita.

— ¿Rita cumplió años encerrada aquí?

— Cumplió quince años como no cumplir nada — dijo, soplándose de la nariz las lágrimas que él no dejó caer por los ojos. — Aída no está aquí muchacha. Y usted tampoco. Termine de irse y olvídese que alguna vez vino.

— Yo no me puedo ir. No he terminado lo que vine a hacer aquí.

— Para luego es tarde.

— ¿Por qué tanta insistencia?

No sé cuánto tiempo más nos quedamos ahí, a merced de la marea, el motor en descanso. Silencio. Él, mirando lejos, como su rutina le exigía. Y yo ahí, vertiginosa, incapaz de organizar mis deseos y mis vísceras. ¿Era tan importante recuperar los escritos de Aída, tenía algún sentido real, algún impacto? ¿O era un nuevo espejismo, una nueva inercia, un nuevo dejar estar? ¿La libertad estaba en la ciudad, en el regreso, o estaba aquí, donde yo era alguna figura intermedia entre prisionera y voluntaria? ¿En qué pensaba Domingo cuando miraba el mar? ¿Y por qué no aceptar el ofrecimiento de Domingo y no llegar a Maracaibo, ni a Londres con Franco, sino irme a cualquier otro lugar? ¿No era posible hacerme otra vida?

— ¡No me vaya a vomitar la lancha, saque la cabeza!

Tarde. El vómito me vació el cerebro. Domingo me echó agua en la cara. El viento hizo el resto. La sensación de la máscara de agua secándose, deshaciéndose, me recompuso un poco.

— Si ese era el paseo, ya podemos volver — dije.

— Que Dios la ampare y la favorezca.

— Amén.

28.

— Ya se les va a pasar, no te martirices — me dijo Ricarda, ya cuando estábamos listas para dormir. — Queriendo o no, tu visita reanimó los caldos, Sofía. Adela es lo más bonito que hay en la isla y todo lo que le pase a ella es como si nos pasara a todas. A unas más que a otras, claro. Pero es cuestión de esperar.

— No sé cuánto tiempo más voy a soportar aquí.

— ¿Esa era toda la entereza que tenías? No pareces nieta de Aída.

— Y tengo derecho a no parecer, ¿no? Al final fue muy poco lo que conviví con ella.

— No, no tienes derecho, querida. Lo perdiste el día que llegaste aquí usando tu parentesco como pasaporte.

Ella se enrolló en su cobija con un gesto exagerado, hecho con el único fin de marcar el fin de la conversación, pero yo tenía tanta cosa girando en la cabeza y tan poco a perder, que me arriesgué a provocarla.

— ¿Ricarda?

No respondió.

— ¿Ricarda?

Nada.

— ¿Ricarda, qué fue lo que pasó con Domingo y Rita?

Y ahí sí le toqué el punto que le dolía. Se quitó la cobija y bien dispuesta se sentó en la orilla de la cama.

— Pues sí, tú eres amiguita del canalla de Domingo, confías más en él que en toda la desconfianza que ves que nosotras le tenemos.

— Es que nadie dice nada, ¿cómo puedo odiarlo apenas por imitación?

— Imitación no, solidaridad con tus hermanas.

— ¿Qué fue lo que pasó?

— Pasó que el inútil de Domingo ayudó a escapar a los últimos cuatro hombres que quedaban y puso en riesgo todo lo que habíamos logrado. Seguro que él se iba a ir con ellos, pero se arrepintió, por el resto de consciencia que le quedaba. Menos mal, porque los pescadores no querían nada con nosotras.

— ¿Los pescadores?

— Si todavía hoy se mueren de miedo de nosotras, las locas, imagínate durante aquellos primeros días. Y teníamos que comer, Sofía. La única opción que veíamos era ponernos a pescar y que Domingo y los otros negociaran con los pescadores para que nos compraran y revendieran

en Punta Hicotea. Domingo sabía pescar y nos enseñó a las sanas, pero este mar es muy bravo, son pocos los momentos en que se puede aprovechar. Y ahora, con los malasangres, como les dice Rita a los cangrejos horribles esos, el panorama se complicó...

— ¿Mi abuela aprendió a pescar?

— Sí, pero no tenía la paciencia necesaria. Digamos que ella asumió labores más administrativas. Porque vivir para comer es de animales. Aquí queríamos vivir lo mejor posible. Rita fue fundamental en toda esa recomposición de la ciudadanía. Ella era la que mejor conocía cómo funcionaba todo y reprodujo tan fielmente lo que hacían las enfermeras y los médicos que por momentos nos asustó.

— Santa Rita Alcaldesa.

— Eso mismo. Ella y Aída distribuyeron las funciones: cuidadoras de enfermas, cocineras, personal de limpieza, educadores, recreadores. Aída se apoderó de la biblioteca, Guna de la cocina, Rita de la farmacia y así fuimos. Ya el resto tú te lo sabes.

— ¿Sólo por eso Rita lo odia?

Ricarda bostezó, tal vez fingiendo, y se recostó de nuevo, sin responderme.

— Buenas noches.

— ¿Y nunca vino nadie más?

— ¿Me estás entrevistando? ¿Te está saliendo ahora lo periodista?

— Si usted supiera la cantidad de preguntas que tengo y que no me atrevo a hacer.

— Vinieron, vinieron. Pero no los dejamos entrar.

— ¿La policía, la guardia?

— Familia. Pero eso quedó atrás.

— ¿Y si era alguien queriendo recuperar a alguna de ustedes?

— Sofía, una buena parte de tu torpeza viene de no conocer el código.

— ¿Cómo así “el código”? Pensé que eran cosas de Adela.

— De Adela y de todas.

Ricarda se levantó para buscar unas hojas amarillas que tenía escondidas debajo de la gaveta de su mesita de noche, junto con otros papeles viejos y fotos. Me las dio con cierta ceremonia. El papel era más grueso que el regular, como un sobre tipo manila recortado y convertido en varias páginas.

— ¿Qué es esto?

— A estas alturas, es más útil en tus manos que en las mías. Debimos dártelo cuando llegaste, para que supieras a todo lo que te estabas comprometiendo cuando dijiste que querías vivir como Aída vivió.

Sobre tipo manila recortado y convertido en varias páginas:

El mundo nos ha expelido. Eso, lejos de empequeñecernos, ha elevado la altura de nuestras conquistas. Hemos hecho de la prisión, paraíso, y esa es una victoria inapelable. En aras de preservar la convivencia pacífica, saludable y armónica, hoy, día veintisiete de noviembre de 1994, se ha celebrado la primera asamblea de voluntad popular en Isla de Salos. De antemano, aclaramos que cualesquiera otros puntos que surjan, podrán ser discutidos y anexados en las subsiguientes asambleas de voluntad popular. Los abajo firmantes, la totalidad de los habitantes actuales, convenimos en que:

CLÁUSULA PRIMERA. Cada habitante de Isla de Salos debe la más alta lealtad a sí mismo, como principio irrenunciable. El compromiso que cada individuo tiene con la propia supervivencia emocional es el sustento de la supervivencia colectiva. Sólo siendo leales a nosotros mismos y a la armonía alcanzada, podremos defendernos de las deslealtades con que el Afuera nos hirió.

CLÁUSULA SEGUNDA. Siempre que se considere necesario, cualquier habitante puede convocar a una reunión de consulta popular para discutir asuntos de interés común.

CLÁUSULA TERCERA. Todos y cada uno de los lugares de Salos pueden ser visitados y habitados por los pobladores. Se observará el criterio de orden de llegada para aquellos lugares que sean deseados como íntimos por más de una persona.

CLÁUSULA CUARTA. Aun cuando se acepta su naturaleza cambiante, los vínculos establecidos, a los que nos referiremos como “simbiosis”, son de carácter sagrado. Las simbiosis forman parte fundamental de la sobrevivencia emocional en la isla, objetivo tan fundamental como la sobrevivencia física y de alta exigencia para la administración. En este sentido, se distinguen tres tipos de simbiosis:

a) Amistad: típica relación universalmente reconocida, basada en la cooperación mutua (física y emocional), la intimidad conversacional y la ausencia de coito (observar otras formas de pagamento en caso de intercambio de favores). Una persona puede establecer vínculos de este tipo con cuantas personas quiera, respetando el secreto de intimidad conversacional con cada una de ellas.

b) Remorismo: relación establecida entre una persona sana y una persona con capacidades cognitivas y/o físicas disminuidas, que llamaremos “rémora”. Se basa en la cooperación física unilateral, otorgada por la persona sana a la rémora, y cooperación emocional mutua. El grado de intimidad conversacional será establecido por los propios miembros del vínculo, al igual que la posibilidad de coito (observando las limitaciones especiales de éste con relación al mutuo consentimiento y satisfacción garantizados).

c) Amor: típica relación universalmente reconocida, basada en la cooperación mutua (física y emocional), la intimidad conversacional, la presencia de coito con sentimiento y consentimiento, y la posibilidad de compartir habitaciones.

CLÁUSULA QUINTA. Se considera desleal intervenir en simbiosis ajenas y participar en más de una simbiosis de tipo amor. El castigo puede ir desde trabajos forzados hasta confinamiento, y será estipulado en función de la voluntad popular.

CLÁUSULA SEXTA. Basta comprobar que la supervivencia emocional de una persona miembro de una simbiosis tipo amor corre peligro para que tal simbiosis sea sometida a suspensión temporal o disuelta indefinidamente.

CLÁUSULA SÉPTIMA. Está permitida la violencia como forma de contención de episodios problemáticos, individuales o grupales. Sin embargo, excesos innecesarios serán castigados de acuerdo a la voluntad popular.

CLÁUSULA OCTAVA. Se asume como norma que las cosas buenas ocurren como premio a la integridad de carácter y a la bondad mente-sangre-corazón, pero no por eso debe concluirse que las cosas malas representan algún tipo de castigo; las cosas malas vienen del Afuera, porque el Afuera no perdona que existamos. Por este motivo, sólo podrán ingresar a la isla ítems que hayan sido solicitados y aprobados en exhaustiva revisión.

CLÁUSULA NOVENA. Especial mención merecen la videoteca y la biblioteca, cuyos bienes son de uso colectivo irrefutable y bajo ninguna excusa deben ser retirados del local sin autorización de la persona encargada.

CLÁUSULA DÉCIMA. En Salos no existe el robo como crimen. Cuando un habitante toma para sí algo que pertenece a otro individuo o es un bien común, se da por sentado que lo

repondrá en breve, sea sustituyendo el propio ítem por uno nuevo o pagando el valor equivalente en otros ítems que la colectividad convenga aceptar. En caso de que el beneficiado no informe sobre su acción o se niegue a pagar, cabrá a la voluntad popular discutir un castigo. Formas de trabajo forzado prevalecerán por encima de otras puniciones.

CLÁUSULA DÉCIMA PRIMERA. Es permitida cualquier actividad que los habitantes deseen ejecutar para fines de subsistencia, siempre que ésta respete las restricciones anteriores y cualquier ganancia obtenida sea distribuida igualitariamente entre los habitantes de la isla, de acuerdo a la voluntad popular. Para ejercer la pesca, el individuo debe comprobar, sin derecho a margen de error, que tiene las habilidades pertinentes.

CLÁUSULA DÉCIMA SEGUNDA. Es permitida cualquier actividad que los habitantes deseen ejecutar para fines de educación y recreación, siempre que éstas respeten las restricciones anteriores. Para ejercer la natación, el individuo debe comprobar, sin derecho a margen de error, que tiene las habilidades pertinentes.

CLÁUSULA DÉCIMA TERCERA. En Salos se respeta la libertad de credos, sin embargo, la colectividad concuerda en designar a San Simeón Salos como patrono de la isla, santo maricón, santo de los locos y los titiriteros, representante de la línea de los “locos por Cristo”. Y coincide también en que sea su suplente la pobre Santa Dympna, mártir quinceañera atosigada por su padre, quien resolvió que debía casarse con ella al no encontrar mejor substituta para su hermosa y difunta esposa.

CLÁUSULA DÉCIMA CUARTA. El *stock* es el sagrario de Isla de Salos. Sin medios ni capacidad de producción, el bienestar común depende por entero de estas reservas. En caso de escasez, podrá negociarse cualquier mercancía con individuos del Afuera, en condiciones a ser discutidas y decididas por voluntad popular.

CLÁUSULA DÉCIMA QUINTA. En la eventualidad de que el mar presente las condiciones apropiadas, será efectuado el Festival del Agua, periodo durante el cual cada habitante tiene el deber de pescar en la modalidad que así prefiera y el derecho de disfrutar el mar, mientras haya luz solar, en cualquier tipo de actividad recreativa.

CLÁUSULA DÉCIMA SEXTA. Las visitas están prohibidas. Familiares, amigos y allegados han perdido el derecho de pisar en suelo sálense y es considerado una ofensa el navegar a menos de un kilómetro de sus límites.

CLÁUSULA DÉCIMA SÉPTIMA. Visitantes de otras índoles pueden llegar a ser admitidos en función de los beneficios y/o soluciones que puedan aportar durante su estadía que, bajo ningún concepto, debe superar los treinta días. El otorgamiento o no de tal concesión será sometido a la voluntad popular.

CLÁUSULA DÉCIMA OCTAVA. Queda prohibida toda acción que delimite, marque o enfatice el paso del tiempo. En Salos hay día y noche y la semana empieza en domingo y termina en sábado, pero no hay meses ni fechas. Por tanto, no hay cumpleaños ni aniversarios y es considerado ofensivo mencionar fechas. Relojes y espejos están igualmente vetados en la isla y sus alrededores.

CLÁUSULA DÉCIMA NOVENA. Debido a incompatibilidades con legislaciones válidas en otros lugares, ningún habitante de Salos podrá salir de la isla, en observación del riesgo inminente de desalojo que sufrirían sus compañeros. La partida será castigada con la muerte. La forma en la que la misma será aplicada variará conforme dicte la voluntad popular en cada caso.

CLÁUSULA VIGÉSIMA. Es válido el coito como forma de pago, siempre y cuando éste haya sido de mutuo acuerdo y tienda a ser satisfactorio para todos los participantes.

Irse de Salos es irse del mundo.

Aída Rojo, Redactora.

02 de julio de 1994.

29.

Rita me agarró desprevenida por la espalda y me amordazó. Adela me amarró las manos. Ellos eran unos diez, o doce. Parecían cien, pero eran Nadie. Si quería irme ya no era ahora, irme sólo había sido posible en aquel ayer en que Domingo no quiso hablar claro y decirme que se acercaba la fecha del trámite mensual al que condenó a su hija. Me dejó decidir por el sacrificio sin saber.

“Es válido el coito como forma de pago, siempre y cuando éste haya sido de mutuo acuerdo y tienda a ser satisfactorio para todos los participantes.”

Nosotras éramos cuatro: Charito, Adela, Rita y yo, la novedad que haría que esta vez la lancha viniera más cargada. Un mismo almacén para todos. Charito y Rita pusieron sábanas nuevas en los colchones tirados en el piso. Las muchachas, ritualistas, asumieron cada una cama. El hombre pequeñito que yo había visto con Rita aquella primera vez en el muelle, el Nadie más Nadie de todos, estipuló el orden. Yo estaba fuera del circuito. Él comenzaría por mí y me soltaría sólo cuando quisiera.

Santo es el olvido.

Él me trajo hasta aquí.

Santo es el rencor.

Él me trajo hasta aquí.

Santa es la venganza.

Ella me trajo hasta aquí.

Santo es el castigo.

Él me trajo hasta aquí.

Santos son mis ovarios.

Ellos me trajeron hasta aquí.

Santas son mis tetas.

Ellas me trajeron hasta aquí.

Santa es la unanimidad.

Ella me trajo hasta aquí.

Santo es el abismo.

Él me trajo hasta aquí.

Santa es el hambre que ruge.

Ella me trajo hasta aquí.

Santa es la sed que pregunta.

Ella me trajo hasta aquí.
 Santo es el perdón que llueve.
 Él tiene que sacarme de aquí.

Yo moría por poder cerrar los ojos, pero el asco no me dejaba, el asco me decía que mirara y guardara esa imagen en mi desprecio más profundo. *“De mutuo acuerdo”*.

Adela y Charito se acostaron de bruces, una y otra a mi lado.

— La señora Sofía sin nombre usted está aquí usted ya tiene derechos y deberes usted ya llegó — dijo Adela bajito, mientras el Nadie más Nadie de los Nadie empezaba una lucha contra la barrera de sequía y rigidez que mi cuerpo había montado.

“Y tienda a ser satisfactorio”.

Tuvo que cerrarme los ojos para seguir.

Un alboroto de ladridos rompió la transacción cuando recién comenzaba en ese Salos de después de estampida. Domingo venía con más rabia que sangre en el cuerpo.

— ¡Me juraste que no la ibas a traer!

— ¿Y de cuándo a acá los juramentos te valen algo en esta isla?

Los perros, desde el lado de afuera, ladraban con furia desesperada. Domingo intentó quitarme a Nadie más Nadie de encima y Nadie se le quiso ir encima a él. Pero Rita le ganó y dio un espectáculo de catarsis en el que nadie se atrevió a intervenir. Todos los Nadie fueron más Nadie en ese momento en que ocurría esa cosa bestial y sagrada que estaba más allá de su entendimiento de compra y venta, de polvos malucos y de mercado de quince y último.

Alzada Rita, incontestable Rita. Puño cerrado y telúrico al rostro del padre. Puño cerrado y animal al corazón del respeto. Puño cerrado y ancestral al pasado que llevó a ese hombre a querer salvarme siendo que no salvó a su propia hija cuando fue ella la ofrenda del día. Puño cerrado y sobreviviente al heroísmo tardío. Un rencor de cicuta, de tortura y de descuartizamiento, que respingaba en mí.

Adela y Charito intentaron separarlos, pero Domingo se los prohibió. El viejo dejó que su hija lo golpeará hasta que se cansara. Hasta que agotara, por algunos minutos, toda su falta de padre.

Vengan y lávenme con el amor que faltó aquí. Vengan y griten aquí en Salos, donde Aída fue maltratada y olvidada pero donde también fue amada y llorada, griten que ella era una

asesina. Vengan y justifiquen lo que le hicimos. Vengan a leer esto y díganme una vez más que ella era una asesina y que no había nada que ustedes (nosotros) pudieran hacer. Vengan y díganme que fue todo por cuidarme y por cuidar de la familia, ese modelo de compañía, solidaridad y alegría que jamás hemos sido. Vengan que les tengo una suite presidencial aquí mismito, cerca de la mía, entre el gigante ensoberbecido que murió de hambre y la puta cuidadora que es una santa puta. Visítenme aquí y conozcan finalmente el resort de olvido en el que encerraron a una abuela víctima y victimaria.

Vengan y pregúntenme qué hago aquí. Vengan y escuchen de mis labios que hay gente que tiene vocación de infierno, gente que no sabe qué vínculos defiende ni cuáles la definen. Ven, papá, te juro que aquí puedes seguir siendo tan invisible como eres, incluso más, aquí las muchachas te ayudan, ellas saben bien de esos no-trajines porque aprendieron de los mejores cómo quedarse sordas, ciegas y mudas en sus rincones. Que venga abuelo Ignacio y vea en Domingo a su colega perdedor que no sabe desistir. Que vengan tíos, tías, primos y allegados, que traigan los álbumes familiares porque quiero enseñarles a todos cómo luce la hipocresía. Vengan, tráiganme a Franco y que vea este maratón de horrores. Vengan y prostituyan, como hacen desde siempre, a Santa Rita Quinceañera que no pudo bailar su vals. Ven ahora, mamá, que tal vez viniste antes. Ven francotiradora. Ven antiséptica. Ven cauterizadora. Ven a limpiarme ahora esta suciedad infinita de la que tu silencio me advirtió. Ven y lávame este cuerpo demasiado usado. Trae un aguacero de agua bendita que desinfecte las almas.

— Si todavía te arde, tenemos sábila. Pídele a Herminia.

A mi lado, Rita tomaba baño. Intentaba silenciar pequeños quejidos cuando el jabón tocaba los arañazos que le dejó la pelea con Domingo.

— ¿Por qué me hicieron esto?

Rita me compartió el jabón, sin decir nada. Había que limpiarse las entrañas, limpiarse mucho y limpiarse bien, después de la transacción.

— Dijiste que querías vivir como había vivido Aída.

— Quieres que yo sea un chivo expiatorio, eso sí.

— Así vivió ella. Así le tocó vivir a ella.

— Y ahora, ¿qué merezco?

— Sofía, tú estás de paseo, actuando una película, esperando que te vengam a rescatar. Tú con veinte estabas terminando la universidad. Yo con veinte aprendí a distinguir las maticas que

servían para aplacar el hambre de las que solamente servían para largar garganta y culo entre vómitos y diarreas. Si yo hubiera huido, mi vida hubiera sido otra, sería médico, de las más brillantes, yo que te lo digo. Pero mi vida no podía ser otra, porque yo no podía abandonar a estos abandonados. Tú hablas de “merecer estar aquí”, como si fuera un logro. Nadie, jamás, merecía esto, muchacha insolente, muchacha bruta. ¿No te das cuenta? Tu visita no tiene el menor mérito.

— Tanto tan difícil y todavía no merezco nada. Santa Rita, Santa Rita, lo que se da, no se quita.

— Difícil es quedar con hambre tres veces al día. Difícil es que la gente se te muera y la tengas que echar al mar porque quisiste, intentaste con todo lo que dio, abrir una fosa en esta piedra desgraciada, intentaste hasta casi largar los brazos, y a la piedra no se le hizo un rasguño. Difícil es ver el cuerpo de tu madre flotando en el agua y querer que la corriente se lo lleve y que la malparida corriente lo traiga de vuelta en un nudo de algas. Difícil es no saber si Aída la quiso matar o si ella quería morir. Difícil es apechugar. Lávate ese chocho sin dramas, que una cogida una vez por mes no es nada. Y ni como cogida cuenta porque llegó el héroe. A mí nunca nadie me salvó. Conmigo sí que saben ser brutos. Conmigo son unos mastodontes. ¿Santa Rita? Santa Rita quita lo que le sale de la cuquita.

¿Por qué me hicieron esto? Porque vine tarde. Porque mi historia se debería parecer a la de Rita y no. Vine a un manicomio y llegué fue a una guerra de supervivencia. Ella nació en un manicomio y es fiel a él. Le conoció las entrañas. Resistió. Ella cuidó a mi abuela. La vio llorar por nosotros. La vio desearnos la muerte, en un plural que de repente parecía mi parentesco hablando por mí. Ella escuchó su teoría mil veces y quiso creerla. Ella vio cómo, poco a poco, mi abuela Aída llevaba a su madre a la muerte.

La vida en las islas. John Sparks, 1978.

Texto original del libro tachado. Anotaciones a mano entre las líneas tachadas:

15/04/1996

Rita es fuerte y va a dejarse las uñas en esta piedra si es necesario para cuidar a las muchachas. Rita sabe de mi gratitud. Ella sabe. Si alguien ha descubierto cómo existir y que esa existencia tenga algún sentido, es ella. Porque sabe que en ningún lugar del planeta su presencia será tan hermosa como lo es en Salos. Ella va a regalarle su vida a las muchachas. Ella nos bautizó así cuando niña. Cuando corría por toda la isla. En esta isla que es comienzo y fin de su mundo.

Rita, yo invito a tu madre. Yo me llevo a Esther conmigo. Porque ella está en cualquier lugar, menos aquí. Ella tiene su lugarcito allá. Yo llego sin la Sirena. Pero llego con ella. Y allá la quieren a ella. Con ella, ellos me dejan entrar.

Cuando ellas nos echen al mar yo no me molestaré. Hará falta alguna flor. De plástico o de madera de mangle. De las que tiene la gorda Guna en su cuarto. Pido una oración, unas palabras. Alguna solemnidad. A.R.

30.

Él aguantaba, estoico, mientras yo lloraba por los dos. Aunque quisiera, no podía parar. Algo, la humillación, tal vez, me comandaba sin que yo pudiera hacer nada al respecto. Aún si yo pudiera engañarme la mente con distracciones, mi cuerpo seguiría temblando, somatizando la abyección. Domingo tenía la cara reventada, el arco de la ceja derecha estaba tan hinchado que por poco no le cerraba el ojo, una bola color rojo violencia.

— Domingo, yo creo que te va a tener que ver un médico — dije, mientras le limpiaba las heridas con las tres miserables gasas que Rita mandó.

Bastó su silencio para que yo repensara mi impertinencia.

— Disculpe. Me olvidé por un segundo. Después le pregunto a Herminia si tienen algún analgésico, un antiinflamatorio.

— Ni pregunte nada. Eso pasa rápido.

Recostó en la cama su cuerpo adolorido y lento, tranquilo como si cada segundo de dolor lo aproximara más a la posibilidad de una reconciliación. Enjuagué las gasas ensangrentadas y, mientras intentaba curarlo, Domingo me rehuyó y se dio vuelta en la cama. Cuando ya me disponía a salir, empezó a hablar.

— Es tanta rabia junta, que cuando explota, salpica a todo el mundo. —Una voz de cría con fogaje¹³.

Me acerqué para continuar, en la expectativa de que se volteara para continuar hablando, pero eso no ocurrió. O se desahogaba o me miraba: no había cómo conciliar ambas tensiones.

— Muchacha, perdone a Rita. Y perdóneme a mí, que soy el culpable de todo esto.

— Yo no me puedo ir de aquí sin entender por qué pasó lo que pasó.

— Ay, hija, entender, entender, está difícil. Había que estar aquí, ya te dije. Aquí estábamos ya casi pasando hambre. Intentamos pescar y que los pescadores revendieran en el pueblo lo poco que sacábamos, pero no funcionó. Ellos hasta trataban, pero, para poder ganarle algo, tenían que ponerlo más caro y no se vendía.

— ¿Y de dónde salieron esos desgraciados?

— Son los dueños de todo. Traficantes. Usan todas estas islas para hacer sus marramucias¹⁴. Teníamos varios días estirando las últimas caraotas¹⁵, cuando ellos nos

¹³ Fogaje: en Cuba y Venezuela, fiebre de pocos grados.

¹⁴ Marramucia: en Venezuela, acción innoble o deshonesto, negocio sucio, trampa.

¹⁵ Caraotas: en Venezuela, frijoles.

ofrecieron un préstamo. Rita no quería, pero Aída y yo insistimos. Y ahora aquí ellos guardan sus basuras y, de ñapa, matan la cachuera¹⁶.

— ¿Pero cómo llegaron a ese punto, Domingo? Es que no me cabe en la cabeza — pregunté y me rendí al llanto que venía aguantando.

— Ellos cobraron con lo único que había en esta isla. Y entonces tu abuela incluyó nuevas cláusulas en la ley.

Y la vida demostró, una vez más, que todo siempre puede empeorar. “Aída Rojo. Redactora”. ¿Aída Rojo, que había sabido ponerlo en papel, había sabido también acostarse en aquellos mismos colchones? ¿Aída Rojo daba el ejemplo o mandaba a las otras para ese festín de abusos mientras ella se ocupaba de sufrir literariamente?

— Gracias por llegar a tiempo, Domingo.

Él asintió, pero no dijo una palabra. Lo arropé con una sabanita transparente de tan vieja, de ese beige unánime al que llegan todos los colores antes de morir.

— ¿Seguro que no quiere que me quede?

Y como no hubo respuesta, me hice lugar entre los perros, que esa noche no pelearon ni cogieron.

¹⁶ Cachuera: en Venezuela, calentura, excitación, ganas de tener sexo.

31.

Adela y Herminia no pasaron de la puerta ni intentaron detenerme. Cuando percibí que habían llegado, me dio la sensación de que estaban ahí hacía tiempo, viéndome sin saber qué hacer. Debían pensar que, después de lo que me hicieron, yo tenía derecho al desahogo o a lo que fuera que estuviera haciendo.

— ¿Quieres que te ayudemos en algo? — preguntó Herminia.

— Limpiar barrer dibujar polvo hoy huele a lluvia, pero hay sol a los perros no les gusta cuando llueve y Domingo no quiso salir a no pescar y la señora Sofia está encerrada porque está brava está triste está como Guna cuando la beso — le dijo Adela a Herminia y me sonó tan triste que me sacó por un momento de mi frenesí.

— Pueden guardar esos que están en el piso.

Ellas bajaron la cabeza y se concentraron en organizar los libros.

El trabajo de búsqueda que durante dos semanas mantuve en secreto, era ahora un desorden de pilas de libros por todas partes. Había terminado de revisar los libros de literatura y no había encontrado ningún texto de mi abuela, ni siquiera un garabato indeciso, sobre los días más terribles. Parecía que había concentrado todos sus esfuerzos en aquel código-sentencia con el que, desde un pasado reciente, me condenaba. Pero no me conformaba con eso y, sin nada más a perder, dirigí toda mi furia a completar el acertijo de mi abuela. No hubo libro que no pasara por mi lupa.

Sentada encima de una mesa y rodeada por una muralla heréticamente revuelta de ciencias exactas y humanidades, descubrí la carta. Un papel que daba la impresión de deshacerse un poco más a cada línea leída. Y con él, los argumentos que, durante toda mi historia como persona, sostuvieron el juicio contra mi madre. Adela y Herminia me miraron llorar sin atreverse a preguntar nada.

Yo no tenía esperanzas de encontrar las cartas que mi abuela, según Ricarda, recibía. Imaginaba que, si hasta los instrumentos de pintura habían ido a dar al mar, las cartas habían tenido fines de papel higiénico, como mínimo. Pero lo cierto era que, guardada en **La pintura flamenca**, justo entre El jardín de las delicias y La torre de Babel, estaba la única carta que ella guardó. El libro injerto que yo estaba haciendo con todas las páginas en que encontré anotaciones de mi abuela y que arranqué sin pena de los libros, ganaba un capítulo inédito; el capítulo que me permitía la tregua. Entre el edén convertido en infierno y el comienzo de los diálogos imposibles, mi madre intentaba, con genuina torpeza, acercarse. Mi abuela la expelía, con el beneplácito de El Bosco y El viejo.

El criterio de escoger los libros cuyo título incluyera alguna alusión marítima tenía esa única excepción. Leyendo, entendí la razón: a diferencia de todos los otros escritos, en éste, yo no era el destinatario. Ella no quería que yo combinara a la Aída Rojo, madre atroz, con la Aída Rojo, abuela salvadora de Sirenas.

Si en esa carta era ella o la enfermedad hablando, nunca lo sabré. Ni ella ni Salos me dieron ninguna respuesta, pero ampliaron saludablemente mis dudas. Ahora mi madre pertenece a ellas. En su silencio de todos estos años, cupieron visitas rechazadas, cartas nunca respondidas e intentos de acercamiento fallidos de los que ella me protegía y yo, al margen de todo, opté por ver, en esos vacíos que ella acorazaba, un egoísmo compacto. Desde lo alto de mi juicio pueril, fue más fácil ponerle a ella la etiqueta de antagonista — aprendí con la doctora Sandra — y explicar toda mutilación que ella le hizo a mi ingenio a partir de esa aura de villanía maniquea, de la que nunca se hubiera librado si no fuera por mi viaje-fuga, crucero turístico a los territorios del accidente.

Mi abuela se me ensució de humanidad. Mi madre se sacudió un tanto la barbarie. ¿Cómo se odia a una madre? De la misma manera en que se odia a una hija. Y esa manera es ninguna, porque dentro del supuesto odio, lo que hay es carencia y ansia; unas ganas inconmensurables de reparación.

La enfermedad no era el encantamiento ni la percepción aguzada ni la creatividad en explosión. Tampoco era un demonio poseyéndola desde adentro ni el abandonarse a ficciones desbordantes. La enfermedad era un abismo ganándola y nosotros no sabiendo construir puentes.

La pintura flamenca: de Jerónimo Bosch a Rubens, Skira Carroggio, 1977.

Carta con anotaciones en los márgenes y entre las líneas, aparentemente hechas en diferentes momentos, según deja ver el uso de diversos colores de tinta de bolígrafo:

Maracaibo, 13 de junio de 1985.

Mamá,

Espero que estés bien, cada día mejor.

En las cartas hablas de ti, de tus viajes, de tu trabajo. Y aún así, esperas que te responda. A quién habrás salido tan egoísta. No me preguntas cómo estoy, te conformas con desear que yo esté bien y me estén cuidando. Te da miedo preguntar. Pero te aguantas el miedo.

Algo me dice que tú sí lees mis cartas y decides no responderme. Yo no sé escribir cosas bonitas, soy tosca y directa. Tú lo sabes mejor que yo.

Todavía no estoy lista para verte. Creo que, por el bien de las dos, es lo mejor. La rabia es muy grande y no quiero confundirte más. Tengo miedo de herirte. Mi odio es hacia esa otra mujer que tomó tu lugar y te empujó a barbaridades. Pero yo sé que abajo de ella, o dentro de ella, no sé ni cómo decirlo, aún estás tú.

Esta carta la mantengo conmigo como prueba de nuestra distancia. La única en que fuiste sincera, aunque te equivocaras. Creías que yo, la verdadera, era aquella otra tonta que no sabía de nada, pero yo soy yo, esta nueva que sabe lo que tú nunca podrás soñar, porque eres lerda, eres superficial, eres tan básica que dudo que yo sea tu madre.

Yo sé que no eres tú. Expulsa ese demonio y vuelve. Mi rabia va a pasar cuando te vea libre de él. Sé que estás luchando allá. Sé que vas a escogernos a nosotros.

Te amo, mamá. Creo que nunca te lo había dicho. Sé que nos necesitas y que quisieras estar aquí, pero necesitas curarte.

No me quiero curar porque no sé cuál es mi enfermedad, si ellos o ustedes. Lo único que todo esto ha comprobado es que París tiene razón. Ustedes son mis enemigos.

Estamos rezando mucho por ti. Tía Fátima nos recomendó rezarle a Santa Dympna, que es específica para tu condición. Por si te interesa, aquí te mando una oración:

A ti recurro, querida virgen y mártir, confiado en tu poder con Dios y tu buena voluntad para coger mi causa entre tus manos. Alabo y bendigo al Señor por ofrecerte a ti como patrona de quienes padecen problemas emocionales y nerviosos. Confío firmemente que por medio de tu intercesión Él me devolverá mi serenidad perdida y la paz mental. Quiera Él hablar a mi corazón y asegurarme: "Mi paz te doy. No dejes que tu corazón se preocupe ni tenga miedo".

Ruega por mí, querida Santa Dympna, para que mi confusión emocional y nerviosa cesen y pueda de nuevo disfrutar de la serenidad y la paz personal. Amén.

P.D.: Papá está desolado. Intenta ponerte buena rápido.

Tu padre está desolado, ajá. Manda regalos y más regalos, pero es incapaz de venir. Tan desolado no estará.

Taís.

Mi deseo más grande en estos últimos días es verte morir de orfandad. Morir de darte cuenta de que en los genes míos que te tocaron, no cupo nada de esta sabiduría, ni de este talento, ni de esta belleza que es ser un Custodio de Mar. Creo que del Adentro me mandan estos sueños contigo sólo para atizarme el odio. Tú, chiquita, pegando esos gritos insoportables.

Taís, tanto tiempo, ya no sé cuánto, y tu nombre todavía me deja con mal gusto en la boca. Si tuviera que enviarte algo, te enviaría este párrafo.

32.

Me desperté asustada en medio de tanto escándalo que armaron cuando Santa Rita Yemayá se asomó por la ventana y decretó:

— ¡Sí, señoras, que comience un nuevo Festival del Agua!

Y veintitrés mujeres y un hombre adolorido contribuyeron con festejos bullangueros desde todos los puntos habitados de la isla. Entre septiembre y noviembre, me había dicho Domingo, ocurrían esas rarezas-brechas de paz en esas aguas que, el resto del tiempo, eran arrechas¹⁷ como pocas.

Era una cosa bonita de ver, el mar sereno y bajito lleno de mujeres con arpones y sacos al hombro que parecían vivos de tantos pescados rebeldes que tenían dentro. Adela hacía que pescaba cuando en realidad jugaba con Alcira, a quien el agua parecía calmarle los tics. Guna y Rita, sentadas en la orilla dejando que las olas las lamieran, tenían algo de piedra, de ancestral. Charito y Herminia estaban lejos del grupo, en la lanchita de Domingo, y yo por momentos tenía la firme certeza de que el mayor espectáculo del día sería verlas desaparecer como antes no se atrevieron.

— No pierdas el tiempo apostando que no vuelven — me dijo Ricarda. Como yo y otras varias inútiles, la voluntaria de Salos estaba tirada al sol en pantaletas y sostenes. De tan blanco, su cuerpo rebotaba el solazo como un espejo y ella parecía disfrutar de ver los rostros encandilados de quienes se acercaban.

— Yo no estoy apostando nada — dije, cubriéndome los ojos.

— Yo tampoco — retrucó con una sonrisita irónica que me enfureció un segundo.

— ¿Cómo es que todo el mundo trabaja y tú siempre estás descansando?

— ¿Descansando, dices? Mis trabajos son otros, Sofía. ¿No te acuerdas de cómo te descubrí?

— Labores de inteligencia.

— De espías.

— Tú no sabes pescar, apuesto.

— No me gustan las mentiras. Con peces o sin peces, con jaibas o sin ellas, aquí las cosas no van a cambiar.

El Festival del Agua, desde la deuda con Nadie, era un teatro de independencia. Durante pocos días, el mar como que se cansaba de gritar y les ofrecía la felicidad de no necesitar de lo

¹⁷ Arrecho: en varios países de latinoamérica, dicho de una persona iracunda o furiosa.

que Nadie les daba a cambio de su dignidad. Y Charito y Herminia, cada vez más lejos, coqueteaban con ultramares.

— ¿Y si se fueran?

— ¿Ah?

— Herminia y Charito.

— Aquí la única que está pensando en irse eres tú, Sofía. Y ya vas tarde.

Mi espía se equivocaba, era muy temprano todavía. Domingo había convencido a Igor de esperarme en el manglar al atardecer.

¿Quedarme cómo, por qué? Yo no tenía lo que ellas tenían, yo no tenía ese currículo de sufrimiento y nunca lo tendría. Ni yo ni nadie tenía por qué tenerlo. Mi permanencia no tenía efecto en ellas que no fuera el constante recordar lo que sólo merecían olvidar. En Salos ya no había lo que yo buscaba, pero había lo que necesitaba, el sacudón, la bofetada, el ojo abierto, el sudor, la piedra en la mano, las ganas de vivir en demasía. No había nada más que exprimirles ni más gajos míos que ofrecerles. Yo debía dejar de inventar vidas posibles en esa isla que no era mía sino de ellas. Completadas las palabras sueltas de esa Aída Rojo, ahora des-sublimada, yo debía apurarme, cerrar definitivamente ese túnel y ¿volver a qué? A cuando las preguntas no tenían respuestas y la vida era buscar.

El violáceo del cielo nos agarró a todas echadas en la arena, como una fila de plátanos maduros asándose para alimentar a una familia entera. Cuando me levanté, demoré guardando aquellos rostros en mi despedida de hasta nunca, con la excusa de sacudirme la arena.

— Saludos a todos por allá — murmuró Ricarda, mientras Adela rompía filas y se lanzaba de nuevo al mar, contagiando a las otras muchachas ancianas, doradas de alegrías fugaces como cualquier otra marabunta de mujeres en este trópico disparate.

Me escabullí con un supuesto éxito y un nudo que me apretaba no sólo lengua, sino también amígdalas, cuerdas vocales, esófago y pulmones. Y ella, que de esos nudos sabía todos los secretos, llegó más rápido que yo a la habitación.

— Te estás yendo y todavía crees que somos estúpidas.

— Rita, tú misma te has cansado de repetir y de demostrar que yo no debería estar aquí.

— Exactamente. Y aún tienes las agallas de creer que puedes irte sin que sepamos.

— Quería evitar alboroto.

— Le dije a Igor que viniera al muelle de los almacenes, para que no tengas que llegar a donde vayas con los pies encharcados de barro de mangle.

Ella se levantó de la cama y se sacó del bolsillo una hoja. Al instante reconocí que era una de las páginas escritas por mi abuela y vi todos mis esfuerzos valer nada.

— Jodiste un poco de libros.

— Y también salí jodida — reclamé.

— Yo sé. Por eso vamos a asumir que estamos pagas.

— ¿Dónde está el libro?

— Donde mismo lo dejaste, en el fondo de la gaveta. Pero esta hoja se queda conmigo.

— ¿Cuál es esa? Dámela, es de Aída.

— Es sobre mi madre y ya de esta isla se fue todo lo que se iba a ir de ella. *“Yo me llevo a Esther conmigo. Porque ella está en cualquier lugar, menos aquí”*.

— Justo.

Busqué el libro y lo revisé.

— Está todo ahí.

Bajo la mirada de Rita, triste, para mi sorpresa, guardé en la maleta las tres cosas que sobraron de todo mi equipaje inicial y que ya estaban organizadas debajo de la cama, listas para la fuga.

— ¿Te puedo dar un consejo?

— Siempre y cuando sea un consejo y no una orden...

Nos reímos, cómplices inéditas.

— Piensa bien si quieres que tu madre lo lea.

Santa Rita Cancerbera me dio una para siempre insuficiente palmadita en la espalda y se fue.

Mar, hemos vivido una gran aventura. Morán, Rodolfo José. 1956.

Anotaciones en los alrededores de una página que contiene este poema en prosa llamado Dulce Naufragio, todo subrayado y circulado con un trazo grueso y nervioso:

Aquí estoy. Tengo conciencia de que desciendo, lentamente, suavemente. Sé que estoy siendo aspirado, succionado hacia abajo. Hacia el dulce abismo. Abismo submarino insondable de impoluto lapislázuli. Aún no lo veo, pero trasciende hasta mi mente todo el cortinaje de sus algas doradas, follajes azules y selvas rosadas; todo el volumen de su lecho argentino, espumoso y tierno. Arriba se aleja la superficie, superficie-pasado con su aire pedregoso, de trabajoso respirar. Descendiente en las aguas sedante. No sé si respiro, pero eso ya no importa. En mi alrededor bulle el plancton en fosforescentes muestras de regocijo por mi llegada, al parecer, definitiva. Una coreografía de peces azules me da una calurosa bienvenida. Sobrellevo mi cuerpo con una ingravidez casi soporífera, pletórica de bienestar. No hay sonidos, pero hasta mi mente llega el arrullo mimoso de una formación de calamares de exactitud militar, que me miran jubilosos. Sigo bajando. A mi derecha, una muralla. La voy recorriendo. Orgía de colores mientras floto hacia abajo. Dorados sublimes de los corales, como palmas. Azules hidrógenos de las algas, como cafetos. Púrpuras imposibles de las esponjas, como el éter. Desde una oquedad, los ojos felices de una manada de cangrejos que celebran alborozados mi marcha hacia el sino, con el cositeo crepitante de su aplauso. Lentamente voy sintiendo que mi cuerpo gana calor. Toda mi piel se sensibiliza al máximo. Creo que falta poco para llegar.

Anotaciones alrededor del texto:

29/04/1996

París dice que este Sireno fue solito al Adentro y volvió. Una y dos. Y dos y tres veces. Hasta rescatar a todas sus Custodias de Mar. Por eso supo contar el Adentro. Lo mismo haré yo. Por mi sirena, pero también por Taís y por Ignacio. Porque allá Adentro no cabe el rencor que dejé crecer. Comenzaré el rescate de ustedes, reformados.

¿Cómo reciben a los suicidas en el Adentro? Igual que a cualquier otro. París dice que estaremos algunos momentos en proceso de transformación. Bajando. Y cuando terminemos de deshilacharnos camino al Adentro, seremos transparentes.

Tendremos algo de aguamala. De noche subiremos a la superficie. Seremos como noctilucas, algo se nos encenderá dentro a todos los que llegamos fracasados. Y se nos agradecerá el esfuerzo, con o sin Sirena. Algo se nos encenderá, a todos por igual. La paz de la alegría completa.

Allá no extrañaré. Allá me esperan mejores versiones de mí y de ustedes. A.R.

33.

¿Cómo se odia una madre? Que alguien me diga, mamá, porque yo te amo de más, a pesar de tu maternidad burocrática, y lo único que quiero ahora es perdonarnos. Juega canasta, pero acepta ser triste. Broncéate las tetas con tu topless solitario en Cancún, pero grita por ayuda cuando nadie esté viendo. Puedes pisar la arena, nadar un kilómetro diario, irritarte la nariz cuando inspires agua salada sin querer, puedes tener sal seca en los dobleces de la oreja, pero nunca perdonarás al mar, mamá, hasta que yo lo pacifique para ti.

¿Cómo era que te llamabas? ¿Existías? Te desvivo, extraña; al no recordarte, te des-paro. Te quito la condición de hija, que tanto te duele. Te relevo de ser madre, eso que no supiste hacer. Por el ansia de sanar, hagamos de cuenta que no hemos co-existido y exoneremos a Aída Rojo de continuar siendo ese fardo que tanto nos hunde. Ya no sé a quién le estoy hablando. A un parentesco tenue, quizás, a una foto amarillenta. El nombre de aquella no-madre no cabe en mi memoria. Por eso te bautizo como libre de pasado. Nos perdono.

Llego a tu puerta y la toco. Escucho ladrar al perro del vecino que yo no conozco porque nunca te visito. Tus tacones irritantes, como pasó a ser todo en ti, percuten en la escalera. Quiero proponerte horas gentiles, señora extraña. Quiero pedirte que leamos juntas, una y otra vez, hasta contagiarnos de mundo, este libro-oportunidad. Que inventemos un nuevo sosiego y aprendamos a repararnos.

El sonido de la llave entrando en la cerradura me alebresta los poros, los colores, las pupilas, y yo nada puedo hacer. Soy este cuerpo agotado y bronceado de inclemencia, pero al fin despierto. Soy lo que restó y eso es suficiente para aprender a crecer. Yo me sabré hacer Sirena y construiré portales donde no haya, para llevarte conmigo y reclamar nuestro derecho a la alegría completa.

Abres la puerta y yo soy este silencio por primera vez amable. Lo único que mi cuerpo y yo hacemos es abrazarnos a ti como no lo hacíamos desde los tiempos heridos. Y ambas sabemos, mamá, que este es un pacto de comienzo de mundo.

LOS CONTINENTES DEL ADENTRO – ENSAIO CRÍTICO

Não se trata apenas de narrativa, é antes de tudo vida primária que respira, respira, respira. Material poroso, um dia viverei aqui a vida de uma molécula com seu estrondo possível de átomos. O que é mais do que invenção, é minha obrigação contar sobre essa moça entre milhares delas. E dever meu, nem que seja de pouca arte, o de revelar-lhe a vida. Porque há o direito ao grito. Então eu grito. (LISPECTOR, 1998, p. 13).

PRÓLOGO

Antes da voz, houve incontáveis silêncios. No meu caminho até a ficção, houve várias mentiras. Primeiro foi a mentira do jornalismo: a necessidade da ilusória objetividade e do interesse público para validar o que minha (minha?) voz era comandada para dizer. Depois foi (ainda é) o cinema: a necessidade de que essa voz minha, que já urgia por existir, fosse legitimada e diluída numa voz coletiva, mais importante. Pode falar, menina, mas não grita.

E a menina ficava quietinha, não gritava com os outros. Mas comigo, ela não dava trégua. Vinte anos e ela calada? Era claro que um dia a menina ia reagir.

— Chega de falar de mim em terceira pessoa. Assume que eu, toda desejo, sou você — ela me disse e tomou conta de mim.

Eu vou falar. O (eu) vira Eu e grita. Resolvo tentar esse verbo avassalador que é o verbo Escrever.

*

Começar a escrever é começar a duvidar. É ficar paralisado na frente da folha em branco, reler o escrito e achá-lo supérfluo ou insuficiente ou desencantado. É mortificar-se com a ideia de que aquela ideia que parecia valiosa, na verdade não é, ou pelo menos, não o será em suas mãos. Em *A louca da casa*, a escritora espanhola Rosa Montero (2008, p. 26), explica os porquês dessa auto sabotagem:

...Por medo de tudo o que você deixa sem escrever uma vez que você parte para a ação. Por medo de concretizar a ideia, de aprisioná-la, deteriorá-la, mutilá-la. Enquanto permanecem no rutilante limbo do imaginário, enquanto são somente ideias e projetos, seus livros são absolutamente maravilhosos, os melhores livros que já foram escritos. E só depois, quando você os vai cravando na realidade palavra por palavra, como Nabokov cravava suas pobres borboletas na cortiça, é que se transformam em coisas inevitavelmente mortas, em insetos crucificados, por mais que sejam recobertos por um triste pó de ouro.

Mas essa angústia de pensar-se por momentos incapaz de escrever o livro que você deseja escrever, não é permanente. Se o fosse, ninguém escreveria. Eu, certamente, não escreveria. Existe, também, o prazer da escrita, o prazer de deixar essa escuridão jorrar e ver onde essa escuridão nos leva. Segundo Philippe Willemart (2009, p. 29-30):

Todo romance, poesia, drama ou obra em geral é acionado por um pedaço ou um grão de gozo que inclui a dor. O manuscrito exhibe este movimento. À medida que o texto se constrói e se desfaz pelas rasuras, supressões e acréscimos, ele passa pela apresentação e pelo grão de gozo. Chamei esse movimento de texto móvel, a mobilidade sendo ligada ao texto instável que se faz, e o texto se referindo ao mesmo tempo ao grão de gozo estável e à escritura parada, não revista pelo autor. (...) O grão de gozo ou o pedaço de real ('le bout de réel') como dirá Lacan, conduz o jogo, levando

o escritor a se dizer, a dessubjetivar-se, para renascer como autor. Em outras palavras, bloqueado pelo “texto móvel” – conjunto de impressões, de sensações, aliado às chamadas do grande Outro (um convite, a pressão dos amigos, a tradição literária e crítica etc.) – o desejo do escritor dá partida à pulsão de escrever.

É nesse balanço entre prazer e dor, fácil de enxergar num exame rápido das etapas sucessivas da escritura e a identificação das rasuras, que o escritor luta sua batalha.

Dissecção de minha guerra particular:

O prazer na escrita:

1. Aquilo que é bom tirar de dentro, como uma crosta seca de uma ferida no joelho, e sair do texto se sentindo leve, sincera ou mentirosa — porém orgulhosa de como você sabe esconder bem suas mentiras —, limpa-limpinha ou suja de uma sujeira que você deseja... leve, afinal, que é o mesmo que ser escura na medida certa do deus amparos;
2. Aquilo que as palavras e a sintaxe alcançaram a dizer, de verdade e surpreendentemente;
3. Aquilo que você jogou no texto apenas para testar e, versão após versão, você continua gostando e, de fato, às vezes vira uma das frases favoritas.

A dor na escrita:

1. Aquilo que saiu e que você não sabia que tinha dentro e dói e quando você se apercebe você está chorando e precisa seguir escrevendo porque ainda têm mais podridão dentro e você já começa a se perguntar como você vai lidar quando, num futuro feliz, um jornalista pergunte sobre esse trechinho do texto e você esteja em risco de sair correndo do lugar o chorar ou rir compulsivamente ou ficar vermelha ao ponto do jornalista perguntar se está tudo bem;
2. Aquilo que você sabe como quer que seja escrito, mas que as malditas e insuficientes palavras (nessa hora você esquece dos trechos do prazer, claro) se recusam a compor;
3. Aquilo em que você foi transparente demais e dilacera você ou outros e você decide, definitiva ou momentaneamente, apagar. A censura sempre dói.

*

Pensando nessa dança ambivalente do escritor consigo mesmo durante a escrita de um livro, eu entendo o processo de escritura como uma tentativa de dar uma forma a esse caos de vozes que convivem dentro do escritor, para que ele resulte inteligível para um leitor que, se o

escritor se sair bem nessa sua tradução, saberá reconhecer as conversas que acontecem dentro de si mesmo e, com sorte, a leitura o ajudará a (se) escutar melhor.

O processo criativo é uma viagem caótica, descontínua, reveladora e acidentada. O escritor que se proponha conta-lo, logo entenderá que tal história não admite linearidades; em todo caso, será uma viagem vertical até dentro de si mesmo, até sua escuridão, para tentar entender a constelação de vontades que o inquietam enquanto ser humano e enquanto artista. Embora surjam como frases concretas e rastreáveis no espaço e no tempo, esses estímulos têm origens diversas que talvez um geneticista não possa identificar, pois seu acesso se limita aos materiais de processo¹⁸; mas que o autor, cujo dossiê é toda sua vida física e psíquica, saberá reconhecer em experiências, lembranças, sonhos, traumas.

É esse o percurso que mais me interessa entender, por isso este ensaio, que tenta ser um “percurso de escrita”, está contaminado da matéria íntima com que foi escrito — continua sendo escrito — o romance.

Resultou-me impossível contar cronologicamente um processo que é, por natureza, rizomático¹⁹. Em vez de produzir um texto contínuo, me agradaria a ideia de entregar ao leitor um baralho em permanente combinação. Como isso não é possível, ofereço, então, este vaivém entre as fases do processo criativo, as ferramentas práticas e as obsessões, as dores e os prazeres que me habitaram, ou nas quais habitei, durante a escrita de *Los Continentes del Adentro*, meu primeiro romance.

¹⁸ Material ou documentos de processo: documentos e manuscritos ligados à gênese da obra (como cadernetas, cadernos, notas, manuscritos, correspondência, rascunhos, provas corrigidas, dentre outros).

¹⁹ No sentido do modelo descritivo ou epistemológico da teoria filosófica de Gilles Deleuze e Félix Guattari.

1. As obsessões

Milan Kundera, no irreverente glossário no final de *A arte do romance* (2009, p. 136), define o romance como “a grande forma de prosa em que o autor, através dos egos experimentais (personagens), examina até o fim alguns grandes temas da existência” e o tema como “uma interrogação existencial. E cada vez mais me dou conta de que tal interrogação é, afinal, o exame de palavras particulares, de palavras-tema. (...) O romance é construído sobre essas poucas categorias como uma casa sobre pilares”.

Orhan Pamuk, em *O escritor ingênuo e o sentimental* (2011, p. 109), vai ao encontro das ideias de Kundera quando discorre sobre o “centro do romance”, definido como “uma profunda opinião ou insight sobre a vida, um ponto de mistério, real ou imaginado, profundamente entranhado. Nós, romancistas, escrevemos para investigar esse local, para descobrir suas implicações”.

No caso de *Los Continentes del Adentro*, as palavras fuga e redenção são um fator comum desde os primeiros rabiscos. Mudaram muitas coisas no caminho, surgiram e morreram várias histórias possíveis, mas a fuga e a redenção sobreviveram a qualquer rasura. Ambas palavras representam conceitos que têm se reinventado e crescido para mim ao longo do processo e da minha vida, na medida que têm sido encarnados pelas personagens e colocados em ação. É um processo de retroalimentação: essas palavras-conflito ajudaram a gerar minhas personagens, e as personagens, por sua vez, enriqueceram essas palavras e as veicularam num sentido concreto.

A fuga

*“Explicar con palabras de este mundo
que partió de mi un barco llevándome”.*

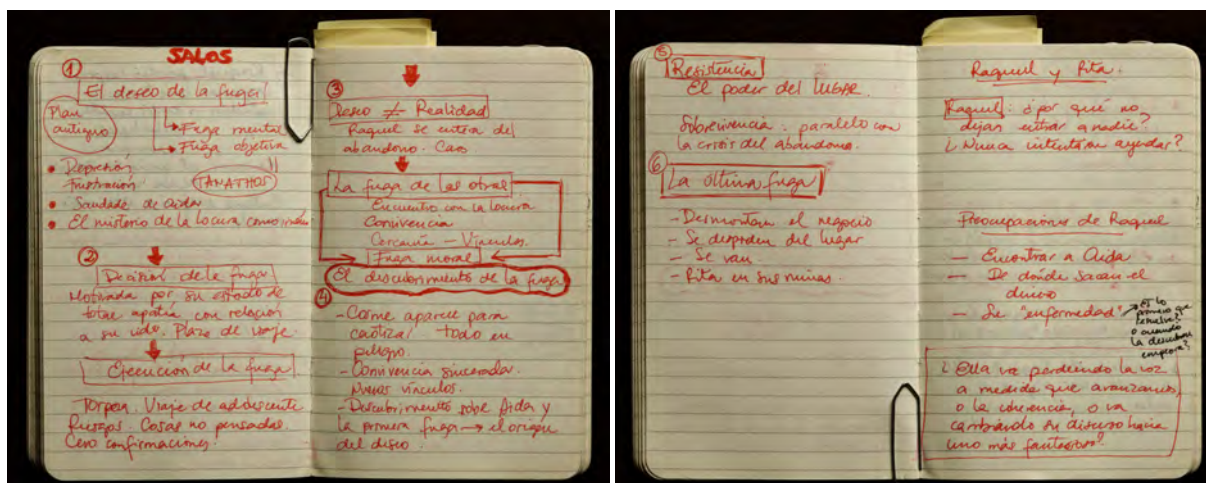
Eu li esse poema de *Árbol de Diana*, de Alejandra Pizarnik (1962), há mais de doze anos e desde então me perturba por sua obscura singeleza e pela exatidão com que consegue traduzir — apesar da insuficiência das palavras — o estado dessa alma que sofre.

Nos termos de Kundera, a fuga como esse desejo de ser outro, ser incapaz de se aceitar, mas também não ter a coragem de se transformar, é o grande tema que move o romance e é uma das minhas antigas obsessões surgindo de novo, como já o fez em vários contos e roteiros que escrevi. Me interessa refletir sobre o que eu chamo “as ficções pessoais”; todos os artifícios que os seres humanos buscamos para dar uma forma mais confortável ou menos dolorosa a nossa existência. Mentiras, sonhos, devaneios, ficções literárias — uma extensa gama da qual o delírio esquizoide de Aída pode ser visto como mais uma.

Todas as minhas personagens, tanto as aparentemente saudáveis quanto as medicamente catalogadas como doentes psíquicas têm inventado ficções pessoais como formas de fuga. A de Sofia é essa viagem intempestiva e a vivência da personagem da professora Raquel. A de Aída é seu delírio sobre a Sereia e *Los Continentes del Adentro*. A do Domingo é o silêncio estoico sobre o passado. A de Rita é se acreditar santa. A minha é a escrita, por isso coincido com Rosa Montero (2008, p. 22) quando ela diz:

Os narradores somos seres mais dissociados ou talvez mais conscientes da dissociação que os outros. Isto é, sabemos que dentro de nós somos muitos. Há profissões que combinam melhor que outras com este tipo de caráter, como, por exemplo, ser ator ou atriz. Ou ser espião. Mas para mim não há nada que se compare com ser romancista, porque isto nos permite não apenas viver outras vidas, mas também inventá-las. “Às vezes tenho a impressão de que surjo do que escrevi tal como uma serpente surge da sua pele”, diz Vila-Matas em *A viagem vertical*. O romance é a autorização da esquizofrenia.

Autorização que eu tomo como literal e como metáfora para empreender a escritura de *Los Continentes del Adentro*, num abaixo assinado da citação que Montero faz de Vila-Matas.



Figuras 1 e 2. Estruturação a partir da palavra-tema Fuga. Fonte: Arquivo pessoal.

A redenção

A ideia da culpa e de agir em consequência de essa culpa, seja pela via da reparação do dano, o que levaria a uma possível redenção, ou pela via da paralise, é um motivo recorrente em minha escrita e está estreitamente relacionado à ideia de fuga.

Fugir pode significar liberdade, novos caminhos, o direito à busca. Mas, do ponto de vista dos que ficaram para atrás, quem foge pode não ser visto como aquele que está à procura de algo melhor, mas como o foragido que, fraco de caráter, abandonou, desistiu ou passou à dissidência. Poder haver pessoas e histórias que ficaram falhas e esperam reparação, o que pode

fazer com que ele, além de usufruir de sua nova liberdade, carregue a culpa de ter sido covarde e guarde o desejo de, algum dia, se redimir.

Sofia carrega a culpa do afastamento da avó Aída e de não ter feito nada para resgatá-la quando teve idade e independência suficientes. Ela olha para a doença psíquica com uma certa inocência, em parte porque a família tentou apagar os rastros que Aída e sua condição deixaram para trás. Sofia foi poupada de conhecer os terríveis bastidores da doença e, para ela, Taís e o avô Ignacio são uns desalmados que abandonaram Aída e cabe a ela devolver à avó “*las horas gentiles que le fueron negadas*”. Na versão atual do romance, a redenção mais importante, Sofia entende no final, é da mãe dela; a recuperação do vínculo ferido entre elas duas.

2. As ferramentas

Antes de escrever, nada se sabe do que se vai escrever (...). Se soubéssemos algo daquilo que se vai escrever, antes de fazê-lo, antes de escrever, nunca escreveríamos. Não ia valer a pena. Escrever significa tentar saber aquilo que se escreveria se fossemos escrever — só se pode saber depois — antes, é a pergunta mais perigosa que se pode fazer. Mas também a mais comum. (DURAS, 1994, s/p).

À luz da poeticidade de Marguerite Duras no livro *Escrever* (1994), me descubro uma fraude. Sou uma cabeça esquemática, cheia de fases e processos, de estruturação, de pesquisa, de desenhos e até de mapas. Uma fraude baseada no planejamento. Numa espécie de taylorismo ou fordismo romanesco. Que coisa mais carente de sedução. Nojo. Isso é o que eu sinto nos dias em que, tendo lido os avanços da escrita, não gosto do meu trabalho. Mas tem outros dias — e eles são os verdadeiros responsáveis de tudo — em que sinto que eu realmente me aproximo do meu desejo, graças ao muito que tenho pensado e refletido sobre ele.

O dramaturgo norte-americano Edward Albee (1983, p. 341 apud SALLES, 2013, p. 38) relativiza o grau de conhecimento que o escritor tem sobre o texto em devir:

Nenhum escritor sentaria e colocaria uma folha de papel na máquina e começaria a escrever uma peça, a não ser que soubesse sobre o que está escrevendo. Mas, ao mesmo tempo, o processo de escritura tem a ver com o ato de descoberta. Descobrir sobre o que se está escrevendo.

Pierre-Marc de Biasi (2010, p. 43-44) distingue e esquematiza, desde a perspectiva da crítica genética, dois tipos de escrituras literárias:

A escritura como “estruturação redacional”, refratária a qualquer programação inicial, não se apoia em nenhum esquema escrito e vai diretamente para a frente, começando por uma redação de “primeiro jorro”, que avança enriquecendo-se de revisões a cada nova releitura do já redigido (tipo Stendhal ou Kafka) e que pode levar a reescrituras globais sob forma de “versões” sucessivas da obra. Na escritura como “programação roteirizada”, há um trabalho de concepção preliminar que precede a escritura, sob a forma de planos, roteiros, anotações, esboços, pesquisas documentais, que tem como função preparar e organizar uma redação que poderá depois ser realizada parte por parte, capítulo por capítulo, página por página (tipo Flaubert ou Zola), segundo um

sistema de reescritura finalizante, ponderado por um jogo permanente de idas e vindas entre redação local e roteirização global.

Eu pertenço, sem dúvida alguma, ao segundo grupo e, por momentos, isso me gerou alguma angústia relacionada com a falta de espontaneidade ou o excesso de controle. Depois de fazer as pazes com meu processo e jurar nunca mais chamar ele de fordista, entendo meu planejamento como uma coreografia que, dentro dela, tem deixado amplos momentos para o imprevisto, sem perder de vista qual é a música que se está dançando. Essa é a história que contam os rastros que *Los Continentes del Adentro* foi deixando em sua preparação.

Talvez o equilíbrio ideal entre o que se planeja antes da escritura e o que se descobre durante ela — o que se aproveita, de fato de essas “descobertas” — resida em ter, mesmo no planejamento mais aberto e esburacado, uma bússola clara, um ímã temático (as palavras-tema, de Kundera; o “centro do romance”, de Pamuk) que saiba identificar o que agrega e saiba questionar o que empobrece ou polui o texto.

Sobre empréstimos do cinema: *storylines*, sinopses e esquemas estruturais

A primeira anotação que eu encontrei sobre *Los Continentes del Adentro* data de julho de 2013, quando, após ter participado da Oficina de Criação Literária, fui convidada pelo professor Assis Brasil a um seminário sobre construção de romance. Nesse primeiro texto, vemos como o romance começou sendo a história de Sofia (Mercedes, naquele momento) e de Domingo.

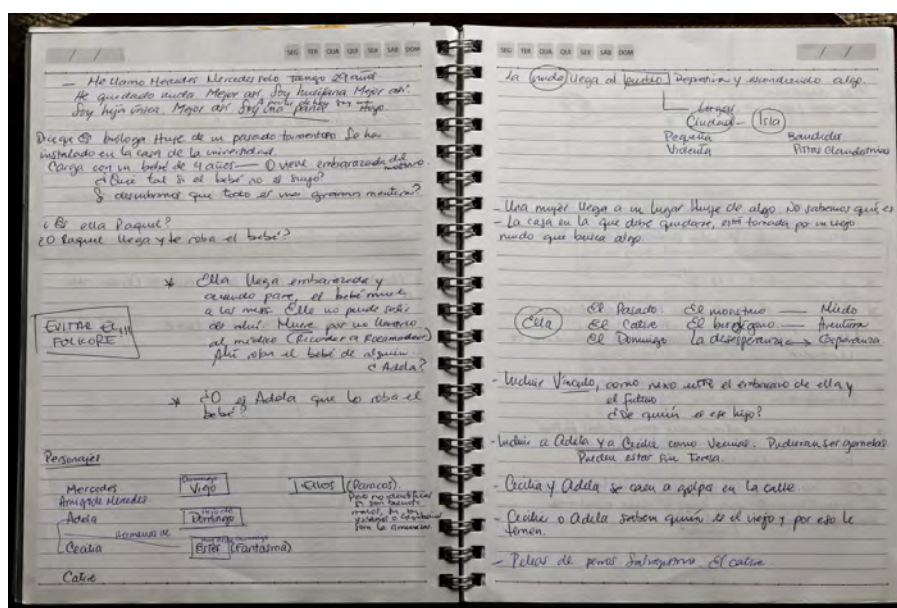


Figura 3. Primeiras anotações, julho de 2013. Fonte: Arquivo pessoal.

Naquelas primeiras anotações, a história se resumia assim: “Numa cidadezinha de pescadores onde já quase não há moradores, um velho pescador condenado por uma culpa antiga e uma mulher que chega ali fugindo de uma monstruosidade se encontram, mudando, para bem e para mal, a história de ambos”. As anotações de aqueles meses são muitas e caóticas. Um turbilhão de “e se...?” misturado com “pode ser que...” e “outra opção seria...”.

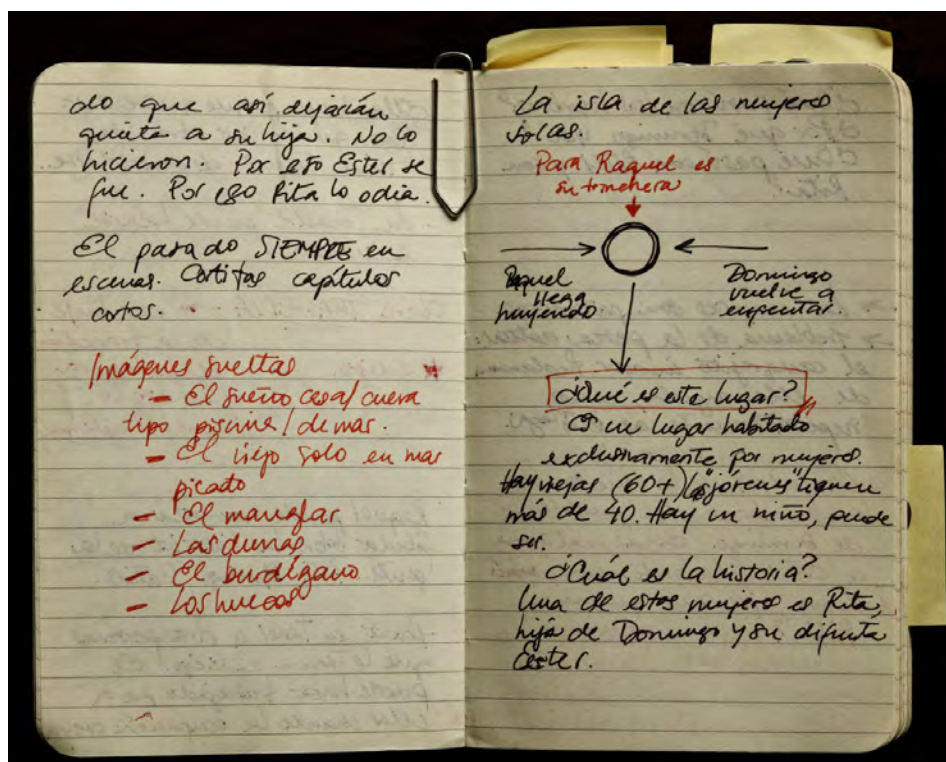


Figura 4. Nascimento da ilha habitada por mulheres. Fonte: Arquivo pessoal.

Em *Los Continentes del Adentro*, como costuma ser em todos meus projetos, as primeiras anotações são frases que se aproximam ao que, no ambiente cinematográfico, se chama de *storylines*. São uma espécie de frases-bússola, nas quais vêm embutidas, geralmente, as palavras-tema que Kundera menciona.

O roteirista e amigo Daniel Tavares, num texto inédito que ele usa para fins educativos, parte dos métodos e conceitos dos professores e roteiristas Yves Lavandier e Isabelle Blanchard e explica:

A *storyline* é, de fato, o texto de trabalho do/a roteirista, dentro do conjunto de textos que compõem o projeto, com o maior sentido de síntese e coesão da proposta. Deve designar, com um mínimo de palavras, o conflito matriz do relato e contém, desde sua composição, a sugestão do tom. A *storyline* é gerada a partir do postulado dramático imerso no sentido de seu eixo temático, estruturando-os com a emergência do conflito, desenvolvimento e desenlace. Pode-

se pensar a estrutura da *storyline* a partir dos estímulos principais ao protagonista: algo acontece (ruptura da inércia); alguma coisa é feita (decisão do personagem); e como essa operação termina (atuação decisiva do personagem).

Estas frases, às quais fico voltando em procura de um norte, são claras representantes das fases de escrita e as mudanças entre elas concentram os acontecimentos criativos que se sucederam no passo de uma fase para outra.

A **primeira *storyline***, que para mim representa a **fase embrionária** do projeto, aquela de ideias soltas, cheia de talvez, quiçá, pode ser, quem sabe, foi: “*Numa cidadezinha de pescadores onde já quase não há moradores, um velho pescador condenado por uma culpa antiga e uma mulher que chega ali fugindo de uma monstruosidade se encontram, mudando, para bem e para mal, a história de ambos*”.

Poderia se dizer que essa é uma outra história e não a de *Los Continentes del Adentro*. Mas, se lêssemos ela à luz das ideias de Kundera, veríamos como, embora tenham mudado as condições concretas da história que o texto sugere, as palavras-tema fuga e redenção já aparecem, por isso, eu teimo em identificá-la como a gênese do projeto.

Numa das páginas da minha caderneta, num momento que situo entre julho e setembro de 2013, aparece pela primeira vez a ideia dessa ilha albergar um hospício abandonado.

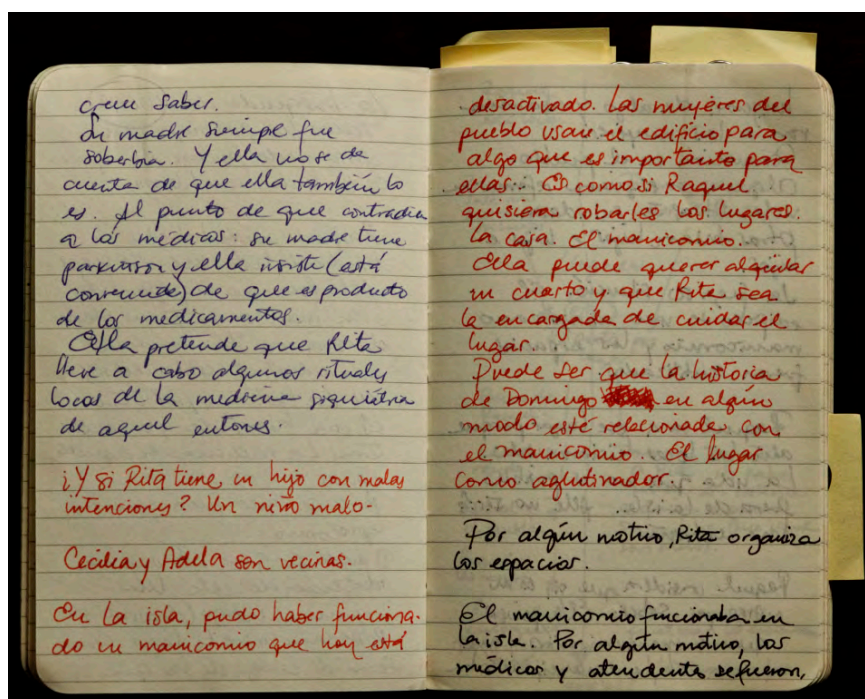


Figura 5. Aparece pela primeira vez o hospício. Fonte: Arquivo pessoal.

Essa ideia arrastou outras consigo, como puxando um fio solto de um tecido delicado: apareceram *Las muchachas* como personagens; nasceu Aída, a avó de Sofia, como uma delas; surgiu a opção de que o delírio de Aída estivesse relacionado com Sofia e que esse poderia ser o motor da história. Deixei amadurecer essa opção e comecei a criar as personagens e a refletir sobre suas questões essenciais: o verdadeiro cerne da história, para mim.

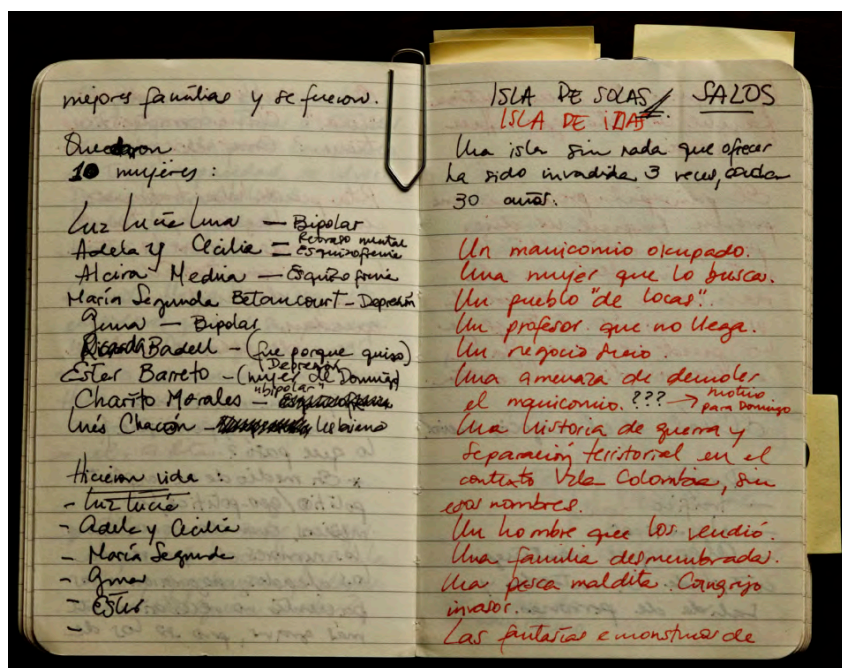


Figura 6. Aparecem *Las muchachas*. Fonte: Arquivo pessoal.

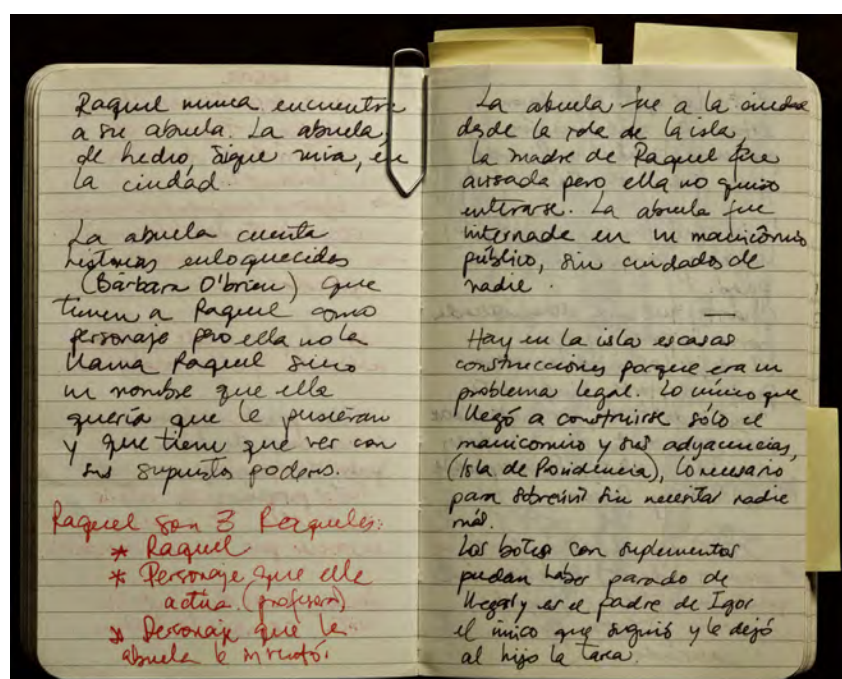


Figura 7. Primeira anotação de Sofia como personagem do delírio de Aída. Fonte: Arquivo pessoal.

Pouco tempo depois, cheguei à **segunda storyline**: “Para fugir de uma vida que não a satisfaz, Sofía decide sumir e ir à procura de Aída Rojo, sua avó, execrada da família vinte anos atrás, quando, ao meio de seus delírios, tentara matar a neta, protagonista de uma ficção que a mente dela criou”.

Essa segunda *storyline* representa uma **fase de desenvolvimento**, dobradiça entre o momento de ideias em explosão desordenada e a articulação dessas ideias. Ainda com pouca definição de desenvolvimento e desenlace, funcionou como gerador de necessidades específicas de pesquisa e reflexão, por meio das quais as anotações dispersas foram crescendo e se organizando em mim.

Uma vez satisfeita com a *storyline*, eu parti naturalmente para o uso de outras ferramentas, também vindas do cinema: a sinopse e o esquema estrutural, texto e desenho aos que voltei com muita frequência e aos que, com certeza, continuarei voltando em fases futuras.

Enquanto a sinopse detalhada permite conferir se, como é meu desejo, se tem uma história coerentemente estruturada, com uma personagem motivada e capaz de levar adiante a jornada proposta, o esquema estrutural oferece uma visão mais detalhada da arquitetura. Em meu caso, tal esquema acaba sendo uma fusão de uma “escaleta” — resumo da totalidade de cenas da história, que serve como base ao roteiro cinematográfico — com um desenho de estrutura, em que levo em consideração, não todo e cada momento da história como faria uma escaleta tradicional, mas os pontos dramaticamente fundamentais dela e sua localização no esboço geral da história.

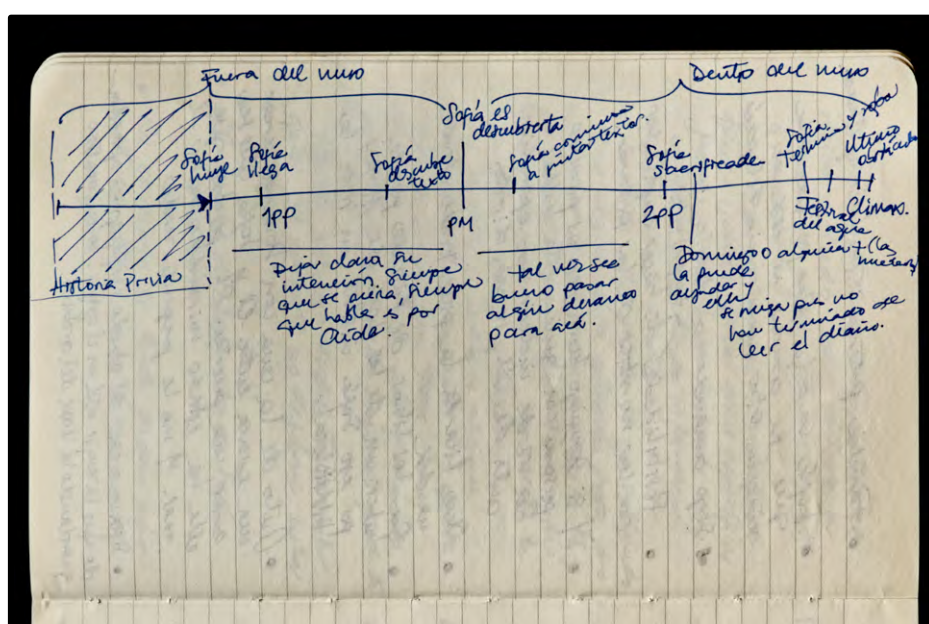


Figura 8. Esquema estrutural #3. Fonte: Arquivo pessoal.

Logo depois, satisfeita com a segunda *storyline*, talvez porque, por ser tão aberta, deixava margem para muitos caminhos possíveis, inaugurei a **fase redacional**. Desde junho de 2014 até novembro de 2017, teve várias campanhas de escrita que se revezaram com vácuos de improdutividade em termos de novos caracteres no romance, mas que foram relevantes na hora de estabelecer uma distancia crítica com ele.

Depois de trabalhar durante muito tempo com essa frase-bússola, identifiquei problemas relacionados com a motivação de Sofia e seu desejo mais profundo, que comentarei em detalhe no próximo capítulo. Voltei então para minhas ferramentas e refiz, mais uma vez, o *storyline*, a sinopse e o esquema. Tudo de repente fez perfeito sentido.

“Ao descobrir um texto escrito pela sua avó 16 anos atrás, Sofia empreende uma criticada viagem à procura desta mulher, execrada da família e internada no hospício da Isla de Salos. Através das descobertas que ela faz sobre sua avó na ilha, ela percebe que o único que pode ser resgatado é o vínculo dela com sua mãe, complicado desde — e por conta de — a tragédia”.

Este, o último (por enquanto) dos *storylines* marcou, assim, a **fase de finalização** da primeira versão de *Los Continentes del Adentro*, que hoje apresento.

Sobre softwares, manias e cumplidades

Ser uma escritora que planeja traz consigo muitas vantagens, mas também uma série de exigências de organização que, embora possa parecer um aspecto menor, tem uma grande importância tanto na programação quanto na hora decisiva de se sentar para escrever. Documentos de pesquisa ordenados em pastas com conteúdos bem definidos. Versões de capítulos salvas com data exata e nomes padronizados. Acesso fácil, durante a escrita, às referências. *Layout* agradável e livre de distrações. Enfim, detalhes que, assim que os escrevo, percebo que delatam uma leve mania de organização.

Já que este ensaio pretende contar, entre outros assuntos, como foi meu processo criativo, é justo falar brevemente sobre minhas diatribes com os softwares de edição de texto. Trabalhar textos longos em *Word*: nem pensar. *Google Docs*: e precisar estar o tempo inteiro conectado, com a sedução onipresente da internet? Softwares contra a distração como *Focus Writer* ou *ZenPen*: não confio mais, perdi uma porção de texto nos primórdios do processo.

Entre uma mania e outra, descobri o *Scrivener*, um software dedicado à escrita criativa, que concentra todas as ferramentas e opções que eu lhe exigi até agora. Todos os materiais facilmente organizados, reunidos num mesmo ambiente de trabalho; qualquer documento a um click de distância; estabilidade e segurança e mil opções de formatação e exportação. Cinco

estrelas para o cúmplice que entende e resolve minhas manias. Observação: eles não estão me pagando por publicidade; a ajuda foi tanta que eu faço de graça.

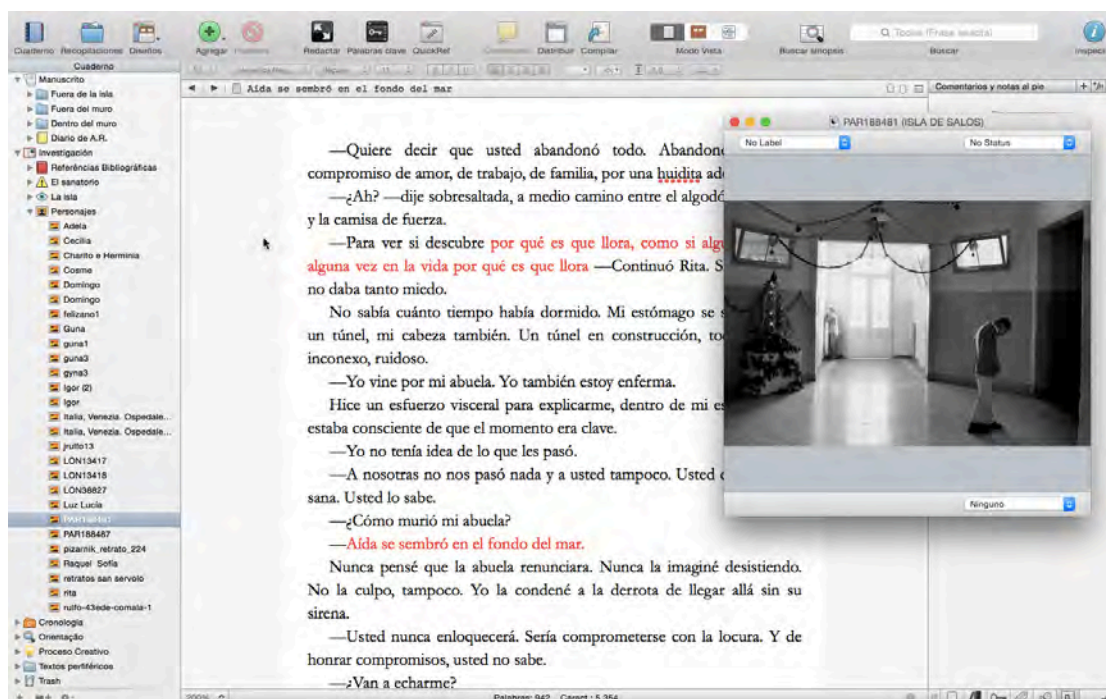


Figura 9. Trabalho no Scrivener. Fonte: Arquivo pessoal.

3. Os contrabandos

Decidida a tentar o caminho da loucura, que até hoje me aterroriza e, por isso, me seduz, a necessidade de pesquisar virou urgente. A continuação, segue uma relação das referências mais importantes e úteis que encontrei durante o processo criativo, nas fases anteriores à escrita e nas concomitantes com ela.

Os livros

Textos como *Guía de Práctica Clínica sobre la Esquizofrenia y el Trastorno Psicótico Incipiente*, do Ministerio de Sanidad y Consumo da Espanha (2009), e *Afrontando la esquizofrenia - Guía para pacientes y familiares*, de Marina Díaz Marsá (2013), foram importantes para me aproximar a um entendimento básico da doença que Aída enfrenta e, principalmente, para fugir dos estereótipos que surgem de algumas representações rasas que vemos no cinema e na TV. O livro *The writer's Guide to Psychology*, de Carolyn Kaufman (2010), também foi extremamente útil e didático neste sentido.

Me interessei também em estudar sobre as possíveis relações da esquizofrenia e a criatividade artística, muitas vezes romanticamente estabelecidas. O artigo *Esquizofrenia e*

criatividade artística, de Ana Cristina Resende e Irani Argimon (2017), me trouxe algumas esclarecimentos ao respeito. Por exemplo, que não existem investigações empíricas que comprovem definitivamente que a esquizofrenia esteja diretamente relacionada à criatividade artística nem estudos empíricos que comprovem, de forma convincente, que não existe qualquer associação entre ambos. O que parece mais provável é que a vulnerabilidade para a esquizofrenia, especialmente no que tange aos sintomas positivos²⁰, e não o transtorno em si, manifesta diferentes vantagens criativas por causa de suas possíveis características perceptuais, cognitivas e de personalidade.

Além desses textos de viés científico, teve textos literários que foram fundamentais como referência para a criação da voz de Aída. O primeiro deles foi *Hospício é Deus*, de Maura Lopes Cançado.

Estou de novo aqui, e isto é — Por que não dizer? Dói. Será por isto que venho? — Estou no hospício, deus. E hospício é este branco sem fim, onde nos arrancam o coração a cada instante, trazem-no de volta, e o recebemos: trêmulo, exangue — e sempre outro. Hospício são as flores frias que se colam em nossas cabeças perdidas em escadarias de mármore antigo, subitamente futuro — como o que não se pode ainda compreender. São mãos longas levando-nos para não sei onde — paradas bruscas, corpos sacudidos se elevando incomensuráveis: Hospício é não se sabe o quê, porque Hospício é Deus. (LOPES CANÇADO, 1965, p. 28).

O segundo livro imprescindível foi *A vida íntima de uma esquizofrênica: operadores e coisas*, um *bestseller* de 1960, de Barbara O'Brien, que conta a história real da autora que, avassalada com uma vida laboral de exigências maquinais, surta. Em seu delírio, de uma sofisticação deliciosa, a riqueza simbólica de cada detalhe me deixou pasma. A ficção que a mente dela criou gritava em cada detalhe o que estava asfixiando-a na realidade. Quando me deparei com este livro respirei aliviada; talvez o que eu estava fazendo não romantizava a loucura, mas a humanizava.

E o terceiro foi *O papel de parede amarelo*, de Charlotte Perkins, em cuja apresentação, escrita por Márcia Tiburi, lemos:

Uma mulher habita, com o marido, uma casa provisória enquanto convalesce de uma doença inespecífica. Profundamente angustiada, ela não sabe exatamente por que sofre, mas irá descobrir o que precisa naquele cenário onde tudo é estranheza. A casa corresponde também à estreiteza de seu mundo (...). Incluída no cosmos opressivo do lar para ser excluída da vida pública, à mulher resta viver confusões internas que podem levar à loucura. (PERKINS, 2016, p. 6-7).

A personagem de Perkins, incapaz de se realizar no contexto hostil e mutilante em que vive, se refugia numa fantasia. Para ela, dentro do horrível papel de parede amarelo do quarto em que é obrigada a “descansar”, se esconde uma figura de uma mulher que sai rastejando, logo

²⁰ Visíveis, identificáveis.

essa mulher se multiplica e a fantasia toma conta da personagem ao ponto de que, no final, é ela mesma que se vê presa dentro do padrão do papel de parede e rastejando às escondidas. O mesmo princípio — porém, através de um delírio não ameaçador, mas agradável — opera em Aída: frente à insuficiência do *Afuera*, ela cria o *Adentro*.

Diário do Hospício e *O Cemitério dos vivos*, de Lima Barreto (2010), também me deram ferramentas. O último dos livros, mas um dos mais importantes, foi o *Diários*, de Alejandra Pizarnik (2016), grande poeta argentina, cuja escrita desgarrada ecoou em mim de uma forma muito poderosa desde o começo deste processo.

Os filmes

Desde sempre tenho tido interesse pelos chamados “filmes de personagem” e considero que esse interesse se estende também a uma possível “literatura de personagem”. Talvez isso se relaciona com o que eu espero dessa investigação ou interrogação existencial que, segundo Kundera e Pamuk, é o centro do romance.

Dentre os filmes que assisti, há dois que realmente me impactaram nesse sentido y se transformaram em alimento ético e estético para o projeto:

Camille Claudel 1915, de Bruno Dumont (2013), conta a história da escultora — interpretada por Juliette Binoche — em sua internação num hospício, onde vive rodeada por um grupo de pessoas com deficiências mentais que a atormenta e do qual não se sente parte, pois não se considera doente. Com a ideia fixa de que as administradoras do lugar querem envenená-la, Camille espera ansiosamente a chegada de seu irmão Paul para que a leve para casa.

Sua feminilidade, naquele contexto, vira risco; sua inteligência e seu jeito firme de se posicionar fazem parte da loucura que o sistema regente quer ver nela e pela qual ela é atacada. Imaginei Aída, quando jovem, sumida numa desesperação semelhante, abandonada e limitada em seus desejos. Ricarda e Hermínia também têm algo disso: são perigosas lá fora e por isso, em parte, acabaram dentro dos muros.

Juliette Binoche e o resto do elenco do filme transmitem uma verdade sutil e delicada no tratamento da loucura que me ajudou a entender o que eu, de fato, queria transmitir, em contraste com outros filmes, como o elogiado *One flew over the cuckoo's nest*, de Milos Forman (1975), cuja aproximação à doença não me interessa.

O segundo filme foi *A woman under the influence*, de John Cassavetes (1974), uma referência para mim desde o momento em que vi o filme pela primeira vez e me apaixonei por

ele. Com certeza, o que o filme despertou em mim ficou piscando na minha cabeça e de alguma forma inconsciente teve relação com o surgimento de *Las muchachas*.

Mabel, a personagem interpretada por Geena Rowlands, vive um debate constante entre expressar o amor com a desmesura e o *exabrupto* que a caracterizam, embora deixando desconfortáveis os outros, ou mutilar suas vontades em aras de preservar a “normalidade”. No filme não se abordam os aspectos médicos da doença, aliás, nem sequer se menciona qual seria a condição, e sim o drama dessa personagem inofensiva que vira um problema em função das limitações dos outros para dar e receber o afeto da maneira que ela o oferece. O que está em jogo são as relações humanas, o familiar e o romântico, o poder do amor. Mabel, caso não contasse com a parceria necessária que a leva de volta para casa, poderia ser uma personagem de *Los Continentes del Adentro*. A personagem de Adela, em certo ponto, está carregada com essa inadequação de Mabel, só que levada ao extremo.

Depois desses dois filmes, tem um terceiro que, desde uma outra perspectiva, também se insere dentro das minhas referências, desta vez desde o político. *Harmonias de Werckmeister*, de Béla Tarr (2000), conta a história de como a rotina de uma pacata e gélida cidade se altera com a chegada de um circo que traz como atração uma baleia empalhada e uma figura misteriosa conhecida como O Príncipe. Logo começam a surgir relatos de quedas de energia, saques e ações violentas no local e o jovem e curioso János — Lars Rudolph — fica responsável por investigar o que está acontecendo e acaba descobrindo que o Príncipe está transformando os cidadãos em seus seguidores e incitando uma revolta.

Visto assim, o filme não parece se relacionar com meu projeto, porém, há uma sequência²¹ em particular que contém, num sentido abstrato, o germe de minhas intenções. Durante a revolta, a barbárie toma conta das pessoas ao ponto de invadir um hospital e agredir violentamente os pacientes em cama, que apanham sem dizer uma palavra. O caos acaba quando, ao encontrar um ancião nu, o ápice da fragilidade, os bárbaros param o ataque. O equilíbrio entre a violência e a ternura, entre o golpe e o silêncio, entre a inércia e a revelação, é dolorosamente humano e me interessa muito.

O documentário *1% esquizofrenia*, de Ione Hernández (2007), foi importante pelo acesso sincero a depoimentos de pacientes e familiares, quem, sem pudores, científicisms ou elaborados filtros dramatúrgicos — além, claro, dos que toda pessoa usa em sua forma de se apresentar ao mundo — falam da doença e de seus efeitos na vida deles.

²¹ Sequência disponível em: <https://www.youtube.com/watch?v=k_EVgFisXzE>. Acesso em: 30 de nov. de 2017.

Outros filmes, como *Tarnation*, de Jonathan Caouette (2004); *Shutter island*, de Martin Scorsese (2010); *Nise, o coração da loucura* (2016), *A Dangerous Method*, de David Cronenberg (2012); *3 Women* (1977), *Images*, de Robert Altman (1972) e *Grey Gardens*, dos irmãos Maysles (1976), foram úteis na conformação de um marco de referência diverso e, junto com os outros filmes mencionados antes, na ampliação do meu entendimento sobre a loucura e, principalmente, sobre as ideias de fuga e redenção que ela traz consigo.

As fotografias e as imagens afetivas

Yoon Bong Seo (2000, s/p), se referindo ao trabalho fotográfico do escritor Juan Rulfo, diz:

A imagem, fim de uma história. Ficção capturada na imagem, imagem aberta só para aquilo que a partir de então se repete incansavelmente. O que é fotografar? É terminar um relato, saber como interromper, enlaçar a linguagem sobre uma história conhecida, imaginar a página poética necessária nesse momento.²²

O autor vê, nas imagens de Rulfo, a conclusão de uma história capturada no quadro. No meu caso, o funcionamento foi o contrário. Nessas fotografias em que “termina o relato”, eu encontrei a físgada para alguns começos.



Figura 10. Fotografia de Juan Rulfo.

²² Tradução própria do original: “La imagen, fin de una historia. Ficción encerrada en la imagen, imagen abierta sólo hacia aquello que a partir de entonces se repite incansablemente. ¿Qué es fotografar? Es terminar un relato, saber cómo interrumpir, anudar el lenguaje sobre una historia conocida, imaginar la página poética necesaria en ese momento.”

Tanto na apreciação de ensaios, reportagens e retratos, quanto na prática fotográfica amadora que fiz como parte da pesquisa, a imagem tem se mostrado como um estímulo criativo muito eficiente. A partir da experiência prática pessoal, vejo uma enorme potencialidade na fotografia como insumo poético e como tradutora de inquietações em trânsito desde a mente do escritor para os episódios de uma história em construção.

A fotografia foi um apoio importante também na **construção de personagens**. Em *Manicomio*, de Raymond Depardon (2013); e *Leros*, de Alex Majoli (1994), assim como também em alguns retratos de Richard Avedon, me deparei com rostos que passaram a ser os rostos de algumas personagens já existentes, como aconteceu com Rita e um retrato de Alejandra Pizarnik feito por Anatole Saderman; e, em outros casos, houve rostos anônimos que me afetaram de tal forma que viraram personagens, como aconteceu com Guna e Luz Lucía.



Figura 11. Retrato de Alejandra Pizarnik por Anatole Saderman / Figura 12. Retrato por Richard Avedon.



Figura 13. Fotografia de Raymond Depardon.

Mas, o uso mais importante que eu fiz da fotografia foi **na criação dos espaços** em que se desenvolve a história; misturas de lembranças de lugares que me são caros, como, por exemplo, as atmosferas das imagens de Juan Rulfo (2010), grande referência de estilo literário também.

A ilha — Tenho sido, com exclusividade, moradora de cidades portuárias: Maracaibo, Punto Fijo, La Habana. Sou a filha artista de pais biólogos. Isso quer dizer que cresci entre saídas de campo e que parte dos adornos que havia em casa eram os caranguejos dissecados de meu pai. Isso quer dizer também que amo o conceito e a realidade das ilhas, amo estar suspensa num barquinho na superfície da água a caminho da ilha, amo estar na ilha e não enxergar o continente.

Perto de Maracaibo, minha cidade natal, têm várias ilhas, algumas das quais eu visitei com bastante frequência, como Zapara, com a que tenho um vínculo afetivo importante e que aparece frequentemente em meu arquivo fotográfico pessoal. Essa ilha concentra os mangues e as dunas que viraram dois importantes lugares de *Los Continentes del Adentro*.

Em outra das ilhas, Providencia, funcionou desde 1828 hasta 1984 um dos maiores leprosários da América Latina, hoje reduzido a ruínas. Juntando esses cenários com as referências fotográficas dos manicômios de Poveglia e San Servolo, surgiu a Isla de Salos, “uma rocha gigante”, característica que é uma referência velada a Isla de Toas, a mais próxima de Maracaibo, da qual se tem extraído tanta pedra de calcário que está se afundando.

As imagens da reportagem fotográfica de Juan Mabromata (2011) sobre as ruínas da Villa Epecuén — cidadezinha argentina que fora tragada pelas águas em 1985 e que, desde 2009, com o recuo do lago, reapareceu feita ruínas —, fusionadas com um sonho que eu tive, resultou no desenho dos domínios de Domingo na ilha.



Figura 14. Fotografia de Juan Mabromata.

O hospício — No arquivo fotográfico do Hospital San Servolo e na *Nouvelle iconographie de La Salpêtrière*, fundada por Charcot (1901), assim como nas antigas fotografias do “assombrado” manicômio de Poveglia e da Ilha dos Mortos, encontrei o substrato de uma história imagética da loucura.

Nos ensaios *The Forgotten People: The State of Chinese Psychiatric Wards*, de Lu Nan (1990), e nos já mencionados de Depardon e Majoli, encontrei um olhar mais contemporâneo e igualmente tétrico sobre a vida — a sobrevivida — nos hospícios.

A decisão de que o San Simeón Salos fosse um hospício abandonado e não um ativo também responde a opção que eu fiz por explorar o limiar entre sanidade e loucura e contá-lo com a voz das personagens femininas, já não desde a condena e sim desde a conciliação.



Figura 15. Mapa 1, finais de 2013 - inícios de 2014.



Figura 16. Mapa 2, agosto de 2014.

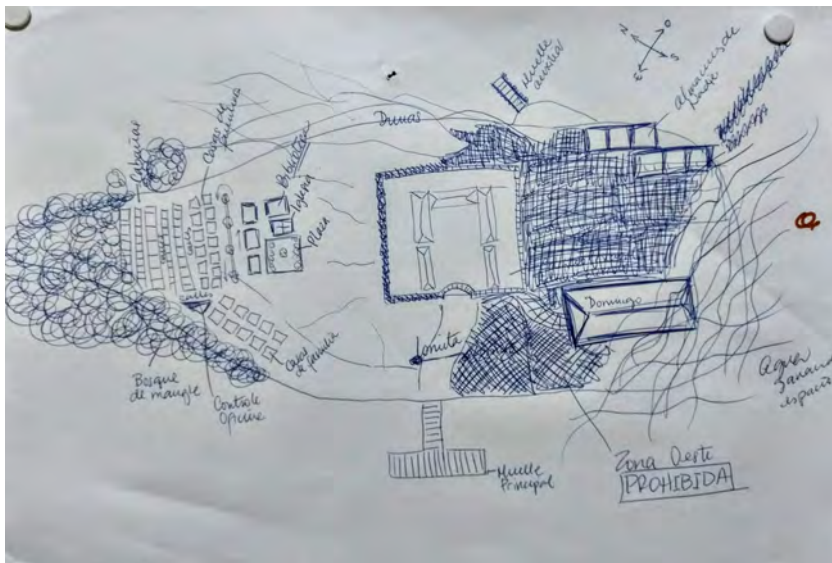


Figura 17. Mapa 3, 2016. Fonte: Arquivo pessoal.

Como não me interessa o aspecto médico da doença mental, mas o humano, o hospital abandonado oferece ferramentas mais interessantes. Com o hospício em funcionamento, as personagens estariam dopadas e suas condições estariam minimizadas, escondidas, sendo tratadas como doenças mesmo e não como condições. Interessava-me, desde o próprio nascimento da ideia, apresentar essas personagens em seus estados “naturais” e explorar como seria possível um convívio se não harmonioso, pelo menos manejável, quando assumidas em sua complexidade (humana por demais) e não marcadas e isoladas sob o rótulo de uma loucura unânime e sem gradações.

O hospício abandonado coloca esse contingente humano, que mistura doentes reais com vítimas de preconceito e até voluntárias, frente a uma nova realidade na qual elas não estão mais presas, mas também não estão livres. Podem ser elas, sempre que não saiam, porque a ameaça e o estigma do mundo fora da ilha permanecem. Também há aquelas, como Luz Lucía, cujo sofrimento psíquico é muito grave e para as quais seria imprescindível um acompanhamento médico; nesses casos o abandono familiar pesa mais. O muro do hospício divide, em teoria, o mundo livre do mundo-cárcere. Digo em teoria porque não existem realidades tão facilmente reconhecíveis e diferenciáveis quando se fala em liberdade e opressão.



Figura 18. Fotografia de Raymond Depardon.

Por último, o hospício abandonado oferece mais um caminho para caracterizar as personagens e é o fato de que cada uma pode decidir onde ficar ao meio de tantas opções; escolher seu espaço de intimidade, de devaneio, de erotização. No caso de Domingo, a escolha de uma ala do hospício que está sendo tomada pelo mar é a escolha de um novo muro, uma

nova dificuldade de contato, e surgiu de um sonho que eu tive em que eu visitava um lugar assim, uma espécie de casa-caverna numa costa, e me perdia dentro dela. Já Rita mora na mesma habitação em que ela nasceu e na que sua mãe dormiu a vida toda; diferente de seu pai, ela busca manter um vínculo materno ameaçado pela morte.

O fato de Aída ter escolhido a biblioteca como lugar de trabalho, de lazer e de pernoite diz muito sobre ela, sobre seu amor pelos livros e, eu espero, sobre a importância das ficções na vida dela. Na vida nossa.

Em 2015, durante uma visita ao Hospital Colônia Itapuã, em Viamão/RS, tive a oportunidade de ver e fotografar o mundo que já estava em minha cabeça. Ruínas de um hospital-residência, a autêntica cidade em miniatura, cercada por muros que antes continham aos leprosos e, hoje, aos doentes mentais realocados do Hospital São Pedro. Casinhas, teatro, igrejas, salão recreativo, ruas, quadras. Uma Isla de Salos a 48 km de distância de Porto Alegre.



Figura 19. Salão Hospital Colônia Itapuã. Fonte: Arquivo pessoal.



Figura 20. Pavilhões do Hospital Colônia Itapuã.



Figura 21. Cadeiras do auditório do Hospital Colônia Itapuã. Fonte: Arquivo pessoal.

4. Os egos

Flávio de Campos (2007, p. 157) elenca uma série de características que fazem parte do chamado “perfil da personagem” e que, segundo recomendam tanto ele quanto outros autores como Syd Field ou Robert McKee, o escritor deve conhecer com nitidez: desde o objetivo que

o move, até o timbre da voz e a frequência com que faz sexo, passando, claro, por um “traço fundamental” que o defina.

Uma aproximação muito diferente oferece Kundera (2009, p. 38-39), quem defende que “tornar viva” uma personagem não significa necessariamente “conhecê-la” exaustivamente, mas nos adentrarmos profundamente na problemática existencial, explorar em detalhe as situações que compõem essa situação. Essa ideia vai ao encontro da afirmação de James Wood, em *A arte da ficção* (2012, p. 104-105):

Nossa fome de profundidade ou de grau de realidade de um personagem é dirigida por cada escritor e se adapta às convenções internas de cada livro (...). Creio que os romances tendem a falhar não quando os personagens não são vívidos ou profundos o suficiente, e sim quando o romance em questão não nos ensina como nos adaptar a suas convenções, não desperta uma fome específica por seus personagens, por seu grau de realidade.

Eu sou muito mais partidária desse caminho. Na minha prática, antes de começar a escrita propriamente dita, invisto um bom tempo em desenhar e conhecer a fundo as motivações da personagem, os desejos que vão ser agenciados através do conflito e, revelados, em maior ou menor medida, através da progressão dramática oferecida pela estrutura que eu criar.

Como roteirista, sempre me faço três perguntas sobre a minha personagem:

1. O que ela quer? — relacionado com o objetivo superficial, argumental.
2. O que ela precisa? — relacionado com o objetivo profundo, emocional.
3. O que eu vou dar para ela? — a grande decisão autoral.

As respostas a essas perguntas concentram o que me resulta verdadeiramente essencial. Tendo elas, algumas características fundamentais — isto é, que condicionem a personagem enquanto ser humano — me bastam para começar a enxergá-la. O resto forma parte das descobertas que eu gosto de preservar para o momento da escrita, quando ela aparecer em cena e dizer seus primeiros diálogos. Assim aconteceu com Rita, por exemplo, quem ganhou o rosto e os cabelos abundantes de Pizarnik apenas quando escrevi a chegada de Sofia à ilha.

Agrada-me particularmente a definição de Kundera sobre a personagem como um “ego experimental”. Esse ser imaginário, simulação de um ser vivo, serve para que o autor — e, posteriormente, o leitor — investigue essas áreas que o problematizam e o obcecaram, essas palavras-tema que o acompanham e que, dentro do romance, viram os pilares fundamentais do conflito.

Em *Los Continentes del Adentro*, Sofia e Aída são os egos experimentais que eu uso, as roupas de outros seres humanos possíveis com que eu visto minha psique, para veicular as obsessões pela fuga e pela redenção.

Sofia

Em junho de 2016, quando apresentei o projeto na disciplina Oficina de Criação I: Romance, com o professor Assis Brasil, eu resumi o perfil de Sofia assim:

24 anos. Inteligente, curiosa. Prudente, por tímida e por calculadora. Locutora de rádio. Sua mãe passou a vida inteira temendo que ela própria ou a filha herdassem a loucura de Aída. Seu pai não tem voz nem voto, passou a vida inteira assistindo os embates mãe-filha desde a arquibancada. Sofia cresceu entre esse medo e o encantamento por esse poder de “acessar a outros mundos” que tinha Aída.

Rosa Montero relata em *A louca da casa* (2008, p. 133) sua história com os ataques de estresse:

Acabei perdendo o medo do medo e aceitando que a vida tem uma porcentagem de escuridão com a qual precisamos aprender a conviver. Hoje chego a considerar essas crises como um verdadeiro privilégio, porque foram uma espécie de viagem extramuros, uma pequena excursão turística pelo lado selvagem da consciência.

Sofia gostaria de ter esse “privilégio” de que fala Montero. Durante sua estada na Isla de Salos, é o que ela, em seu foro interno, deseja experimentar. Empatia com Aída e com *Las muchachas*. Foi muito interessante para mim perceber como inclusive o desconforto que Rita expressa em várias oportunidades com relação ao caráter “turístico” da viagem de Sofia aparece tão evidente no discurso de Montero. Eu poderia jurar que essas falas de Rita nasceram independentes desta leitura, mas esta viagem vertical à procura das origens, que é tão sedutora quanto inexata, me leva a confessar que eu tinha lido o livro de Montero em 2008, então não posso dizer o que ficou e o que se perdeu entre os labirintos da minha mente.

Durante um tempo, a viagem que Sofia fazia para a ilha era porque estava convencida, a partir de um episódio de pânico, de que os medos de sua mãe de que ela tivesse herdado a doença fossem reais.

Depois, numa tentativa de soltar um pouco as amarras, o motor da viagem passou a ser um “basta” que ela resolvia dar na vida de inércia que levava, justo quando estava prestes a fazer uma viagem a um lugar em que ela não queria morar, com um namorado a quem já não sabia se amava mais, tendo em casa uma mãe que era mais uma policial do que uma amiga, com a tristeza da perda recente de seu programa de rádio.

Mas esse caminho, que segui durante uma boa parte do percurso, não me satisfaz. Comecei a sentir que não era ao todo verossímil que, para fugir, Sofia usasse como desculpa a busca da avó. Pareciam assuntos divorciados e isso ficava claro no texto. A fuga secreta deixava a personagem um tanto imatura, indecisa demais, o que não fechava com a clareza em algumas de suas convicções nem com minha vontade de ter uma protagonista forte.

Sendo que a viagem exigiria um comprometimento e sacrifício importantes, parecia-me que era preciso ter uma motivação mais concentrada, mais importante e mais diretamente relacionada com a avó, senão a personagem careceria dos estímulos necessários para ficar na ilha. Além de que, ela poderia ter fugido para qualquer lugar, então, por que escolher a ilha? Por mais que eu tentei justificar, não me convencia.

Durante meus processos, volto repetidas vezes às três perguntas que comentei no começo desde capítulo. Quando estava nesse impasse sobre as motivações de Sofia, me fixei na segunda pergunta: o que ela precisa? A resposta demorou para chegar. Desde o começo, eu tive claro que o que ela achava que queria não era o que ela realmente precisava. Mas o que ela precisava e como poderia encontrá-lo na ilha? O que a ilha poderia oferecer que justificasse que a viagem fosse para aí e não para qualquer outro lugar? A independência não era, certamente.

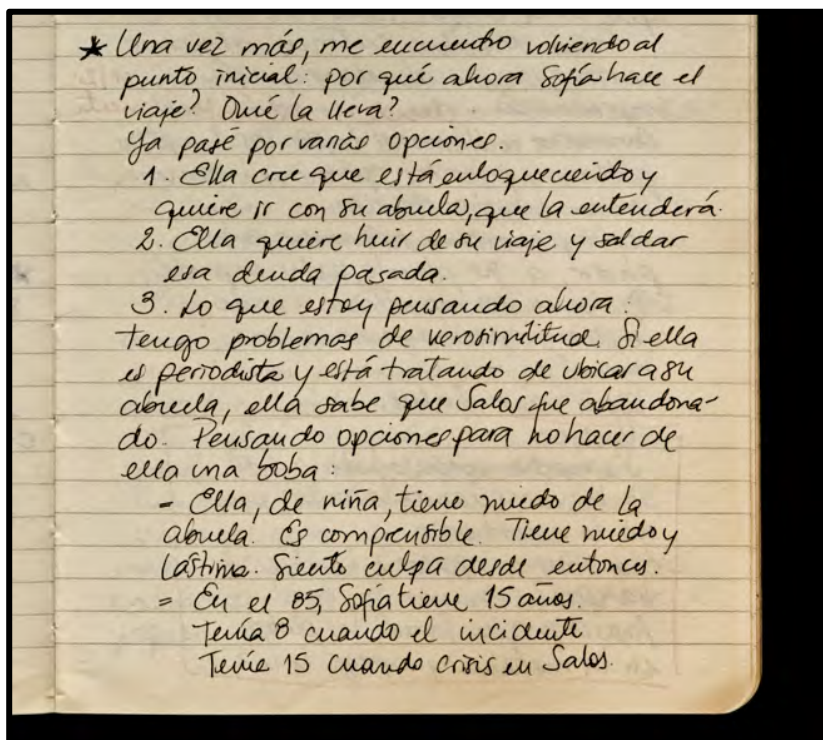


Figura 22. Dúvidas sobre personagem de Sofia. Fonte: Arquivo pessoal.

Enquanto eu repensava, ficava lendo o material já escrito. Me detive num trecho em que Sofia passava de falar com o leitor para falar em segunda pessoa, com sua mãe, Taís. “¿Cómo era que te llamabas? ¿Existías? Te desvivo, extraña; al no recordarte, te des-paro. Te quito la condición de hija, que tanto te duele. Te relevo de ser madre, eso que no supiste ser”. Um reclamo duro, mistura de raiva e carência. A personagem de Tais, até então apenas referencial, me gerava dúvidas. O relacionamento complicado entre mãe e filha esteve presente desde o

primeiro momento, porém, era apenas retórico, uma característica de Sofia e nada mais. Esse reclamo surgiu num daqueles momentos não planejados em que parece que o escritor entra em transe — sem vontade de teatralizar, foi exatamente isso; um daqueles momentos em que alguma magia ocorre e quando você percebe tem escrito páginas a fio e as lágrimas já viraram soluço e você não sabe como, mas escrever é isso, também.

Taís era o elo problemático entre Aída e Sofia e sua importância real esteve sempre latejando em algum canto de mim e foi nesse momento que eu percebi que o que Sofia precisava era recuperar o vínculo com Taís; era a única redenção possível. Ela vai procurando uma coisa que ela quer: encontrar a avó, ou a memória dessa avó, e sai de lá tendo achado o que ela, de fato, precisa. Essa escolha é um exemplo claro de como, dentro do planejamento, há espaço para descobertas importantíssimas.

Sofia, com essa virada, me parece que ganhou mais determinação, coerência e força, e seus nexos ficaram mais organicamente desenhados. Isso refletiu inclusive na mudança da personagem de Franco, o namorado, que durante um tempo era uma personagem morna, cuja importância era apenas instrumental. Agora ele ficou num passado recente, abandonado por Sofia numa ruptura que agrega mais tensão ao jogo dramático entre Taís e Sofia.

Aída

Tenho medo de romantizar a loucura. Tenho medo, também, de demonizá-la. Meu objetivo ao retratar o mundo de *Los Continentes del Adentro* e, especificamente, a história de Aída, é apresentar a loucura como fuga de uma realidade tão brutal que a ficção resulta melhor. Uma forma de justiça com as próprias mãos — com a própria mente?

Na mesma apresentação do projeto que mencionei ao falar sobre Sofia, a descrição que dei para Aída foi:

Casada com Ignacio, um bom marido, apaixonado e detalhista, que fez o possível por ajudá-la na doença. Encantadora, inteligente, capaz de conquistar qualquer auditório com sua fala e seu sorriso. Porém, muito frustrada por não ter sido mais do que uma dona de casa muito culta. Internada várias vezes antes do “episódio”. Vínculo complicado com a filha, Taís.

A finais de 2016, quando finalmente encarei a escrita do diário de Aída e me aproximei de sua voz como narradora, surgiu uma novidade relacionada com a necessidade de um estímulo mais concreto para suas frustrações e decidi fazer dela uma pintora nas horas vagas. O marido, depois de ela receber algum convite para apresentar seu trabalho em alguma galeria, queima as obras. O lugar dela não é o lugar dos artistas. Pouco depois, se sentindo culpado, inventa uma

viagem, ainda tentando reparar o dano ocasionado. Nessa viagem, Aída tem seu primeiro surto esquizofrênico.

Perdida no limiar entre razão e demência, Aída passa a ver aos seus como inimigos, como vigilantes que buscam diminuir suas capacidades. Para ela, as internações são prova de que Paris, uma das personagens de seu delírio, diz a verdade. Cada peça da realidade encontra sua justificativa na ficção.

Uma vez que se vê sozinha e enclausurada, ela perde a vontade de continuar pintando e se refugia numa escrita endereçada à Sofia, a *Sirena*, protagonista da sua ficção delirante, com a ilusão de um dia ser lida. Durante um tempo, ela guarda esperanças de que será resgatada, mas aos poucos, vai percebendo que isso não vai acontecer. Taís e Ignácio “se conformam” com enviar cartas, presentes e fazer escassas visitas que, para evitar comoções familiares, mantêm em segredo.

Personagens secundárias

Os perfis das personagens secundárias mudaram muito pouco desde as primeiras anotações encontradas nas cadernetas. Nos documentos digitais mais antigos do projeto, que datam de 2014, elas estavam caracterizadas da forma que se mantiveram até hoje.

Rita

De idade física rondando os 22, Rita envelheceu precocemente. Pelo menos assim sente ela. De baixa estatura e abundantes cabelos.

Filha de Domingo e Esther, esquizofrênica catatônica, Rita fez do San Simeón Salos seu lar; dos corredores do hospício, o pátio onde brincar; das enfermeiras e os médicos, seus amigos. Educada, junto com as outras poucas crianças da ilha, por uma professora, funcionária do hospital, quando a ilha era uma cidade em miniatura e em pleno funcionamento.

Rita é rápida e intrometida como uma lagartixa. Aprendeu a ser assim porque cresceu com o peso de custodiar vidas. Sua praticidade, objetividade e fortaleza são o que mantém a ordem na ilha. Gosta de ser uma autoridade. Se permite poucos lamentos. Sua forma de sobreviver tem sido se convencer de que, em algum além, talvez no céu católico, ela será recompensada por tanto sofrimento injusto.

Ela percebe a chegada mentirosa de Sofia e sua posterior estada como afrontas, embora as permita. Atração e medo. Não lhe perdoa a distancia, o bem-estar egoísta, a demora. Projeta sobre ela a responsabilidade de Aída sobre a morte de Esther, sua mãe. Quando Sofia exige ser tratada como mais uma de *Las muchachas*, Rita toma essa petição ao pé da letra e faz com que

Sofia receba as vantagens da vida na ilha, mas também, que cumpra os sacrifícios a que elas se submetem em aras de sobreviver.

Domingo

Perto dos 60 anos, Domingo parece bastante mais velho. O trabalho duro, o sol e o sal, lhe dá a sua pele um aspecto de “*arrecifada*”. Seu idioleto sobressai do resto pela presença de palavras muito mais coloquiais e soezes.

Esposo da defunta Esther e pai de Rita. Pescador em um mar que não tem mais nada para oferecer. Tem muitos, muitos cachorros; sua própria matilha. Resolve os problemas técnicos que possam se apresentar, tendo virado encanador, pedreiro, eletricista e até cozeiro.

A ideia de redenção também diz respeito a ele. *Los Continentes del Adentro* começou sendo a história de um homem que carrega uma culpa antiga e precisa se redimir; esse homem passou a ser Domingo e sua possível origem se remonta a uma imagem, que eu já não sei se de fato eu vi ou imaginei, de um velho pescador numa lancha boiando à deriva no mar, enquanto ele olha para o horizonte, estoico, como se se atirar da lancha e morrer afogado fosse o próximo movimento dele.

Embora Domingo rapidamente tenha perdido protagonismo, ele continua carregando este conflito, que ganhou concreção através de sua complicada relação com Rita, sua filha. Depois do abandono do hospício, quando alguns foram deixados para trás e outros ficaram por vontade própria, ela virou uma líder na organização da vida na Isla de Salos, e ele, abatido pela ausência da mulher dele e mãe de Rita, se isentou de tudo. Quando *Nadie* chegou, Domingo não defendeu a filha. Deixou ela ser prostituída, deixou ela ser sacrificada. Ele carrega, então, o peso de ter se exilado de sua função de padre. Ele quer redenção, mas não a procura. Sente que não a merece.

Las muchachas

O San Simeón Salos é um lar completamente feminino, fora Domingo, que funciona como um satélite desse mundo mulheril. Essa foi outra escolha sobre a qual me perguntei bastante, temerosa de cair na cilada do estereótipo da mulher vítima de seus “humores”. Passei a investigar dentro de mim o que tinha me conduzido por esse caminho e a me perguntar como subverter o padrão. Dentro da enorme gama de violências à qual o gênero feminino tem sido e continua sendo submetido, o estigma da mulher como louca é um dos mais frequentes. Sob a etiqueta de “histórica” se cataloga a aquela que reage, que se revolta, que tenta ter voz num mundo patriarcal que espera dela o silêncio e a calma.

A minha resposta pode parecer simples: *Las muchachas* em *Los Continentes del Adentro* são mulheres que, abandonadas e afastadas da vida pública, quando têm a oportunidade de voltar, não o fazem, e essa é uma decisão soberana delas, que tinham perdido todo poder de decisão. Se o mundo que existe não as deixa existir do jeito que elas são, então elas criam um mundo novo. Voltar é ganhar uma nova internação ou conhecer novas formas de exclusão; ficar é o mais próximo da liberdade, mesmo com todos os sacrifícios e opressões que implica.

Elas encontram nessa ilha, uma vez que são abandonadas enquanto pacientes, uma relativa emancipação enquanto sujeitos e uma nova oportunidade de se *hermanar* como seres coletivos que são. Enquanto os poucos homens que foram deixados para atrás buscaram formas de fugir e acabaram, muitos deles, encontrando a morte, as mulheres que ficaram se uniram em família. Esse movimento volitivo para a formação de comunidade é um traço que eu associo com a figura da mulher, desde minha memória afetiva como indivíduo e desde a memória coletiva que me pertence como parte de um nós feminino.

Las muchachas são um total de 23 personagens, das quais, apenas as principais ganharam definições progressivas na caderneta, que transcrevo a continuação. O resto, foi se configurando durante a escrita.

Adela (24 anos) — esquizofrenia hebefrênica. Entrou no dia que fez 18 anos.

Ricarda Badell (42 anos) — depressão, ingresso voluntário. Entrou com 37. Baseada na historia de Onelia, tia de um amigo.

Herminia Chacón (28 anos) — ingressada porque era lésbica. A desordem diagnosticada foi “melancolia”. Loira. No começo se chamava Inés.

Charito Morales (38 anos) — bipolaridade, ao largar os medicamentos depois do abandono, passou a sentir tudo intensamente, como nunca tinha podido, porque vivia dopada, “fechada dentro de si mesma”. Tentou fugir com Herminia, mas voltaram. Quadril largo, que nem as mulheres de minha família materna.

Alcira Medina (17 anos) — síndrome de Tourette, condição neurológica que durante muito tempo foi tratada como doença psíquica. Entrou com 8 anos, ninguém sabe sob que negociação, em 1989.

María Segunda Rojas “Guna” (41 anos) — bipolaridade, naquele momento não identificada como tal. Entrou com 28. Já era gorda, mas não tanto quanto agora. Fica dias inteiros sem dormir. Em sus períodos de mania ou alta atividade tece incessantemente com madeira de mangue.

Esther (54 anos quando morre, em 1996) — esquizofrenia catatônica. Entrou com 40.

Luz Lucía Luna (35 años) — esquizofrenia, caso mais grave de Salos. Tenta permanente puxar algo de dentro de sua garganta.

Igor

Jovem pescador que herdou de seu pai o relacionamento com *Las muchachas*. Encarregado por *Nadie* de levar os alimentos e os produtos que elas precisam, ele é o único vínculo permanente com o mundo exterior. Ele é o único dos pescadores que não lhes teme.

Nadie

Eles surgem das muitas, mas pouco difundidas, histórias sobre narcotráfico no Golfo de Venezuela, sobre as bem conhecidas monstruosidades dos cartéis, que tem me impactado desde as primeiras notícias que li e aparecem também num conto intitulado “*Yo soy Francisco Marchante*”, que escrevi em 2013. Não posso ignorar alguma influencia de 2066, de Roberto Bolaño, livro que eu li naquela época e cujo capítulo “*La parte de los crímenes*”, baseado no feminicídio de mulheres no México, me deixou absolutamente abismada.

A ideia era que eles fossem quase fantasmas, como uma ameaça real, mas fugidia. Um mal que, pela crueldade do mundo, virou a única oportunidade de seguir adiante. Eles concentram um dos momentos mais viscerais da história, em que a cara da fome e da necessidade que se viveram na ilha se mostra nua. Eles são um tapa na dignidade e na inocência de Sofia; dignidade e inocência de que *Las muchachas* tiveram que desistir, em troca de um rancho mensal. Animais grotescos, eles não merecem ter nome.

5. As jornadas de transformação

A ideia das fugas como jornadas de transformação, me levou até a jornada do Herói como um possível modelo para pensar minhas personagens. Amplamente estudada e difundida desde sua aparição, parece irrefutável de tão maleável, e eu, acostumada com essa sua defendida capacidade metamórfica, me vi fazendo interpretações forçadas para entender minhas personagens como heroínas. Logo percebi que o modelo tinha uma certa deficiência relacionada a questões de gênero e senti a necessidade de pesquisar o que diferentes autores contemporâneos tinham a dizer sobre o assunto.

Foi assim que me deparei com a autora Kim Hudson e seu livro *A promessa da virgem* (2009). Em ele, Hudson desafia a assunção de que todas as histórias são protagonizadas por personagens que se ajustem ao arquétipo do Herói. A Promessa da Virgem vem ampliar muito as possibilidades de análise e criação literárias, principalmente no que diz respeito das

personagens femininas, até agora encaixadas num modelo único com alta carga masculina que não dá conta das complexidades do universo feminino nem daquelas histórias com personagens que, independentemente do seu gênero, não se correspondem com o arquétipo do Herói. Em palavras da autora:

A necessidade de entender a Virgem vira profunda quando reconhecemos que as histórias arquetípais são roteiros para a vida (Stevens, 1999, 38). Nós precisamos ser mais do que corajosos, auto sacrificados Heróis. Nós também precisamos ser Virgens que trazem seu talento interior e a alegria da auto realização à vida. E precisamos histórias que nos mostrem como fazer isso (HUDSON, 2009, p. XXV).²³

Diferente do Herói, convocado a proteger sua comunidade de uma ameaça externa, a ameaça que a Virgem enfrenta está em seu próprio entorno, hostil para o desenvolvimento de sua verdadeira natureza ou desejo. A jornada da Virgem se desenvolve, comumente, no âmbito doméstico, enquanto a do herói acontece em terras estrangeiras; no mundo extraordinário. Hudson considera que essa diferença está relacionada ao fato de que a jornada da Virgem está mais relacionada com os contos de fada e, a do herói, com os mitos.

No começo, eu considerava que Sofia reunia algumas características heroicas; eu tentava encaixá-la no modelo e, em alguns aspectos, o conseguia. Certamente, ela faz uma viagem a um mundo extraordinário e essa é uma das características do Herói. Porém, a ameaça que ela enfrenta está em seu próprio contexto, ao igual que os limites que tenta ampliar, como acontece com a Virgem. Seu inimigo é um ambiente familiar e amoroso hostil em que ela tem deixado suas vontades amortecerem.

Por outro lado, enquanto a jornada da Virgem traz caos e mudança a sua comunidade, que precisa ser “chacoalhada” e mudar para melhor, a aventura do herói traz estabilidade e segurança a sua comunidade. Embora não tenhamos outros pontos de vista na novela, cuja única perspectiva é a dela, narrada em primeira pessoa, podemos imaginar as consequências das ações de Sofia no seu antigo mundo. Se ela fosse uma Heroína, sua jornada traria estabilidade à comunidade e não o necessário caos que ela desata com sua viagem e suas descobertas, tanto na ilha, como vemos, quanto na sua família, como imaginamos. Sofia é, sem dúvida, uma Virgem à procura de ser tudo o que ela é capaz de ser.

Talvez uma das distinções mais eloquentes seja que a jornada do Herói é de auto sacrifício e a da Virgem é de procura pelo autoconhecimento e realização. Isso porque, enquanto a Virgem é movida a buscar a felicidade, o herói é movido a superar o medo que uma ameaça externa

²³ Tradução própria do original: “The need for an understanding of the Virgin becomes profound when it recognized that archetypal stories are roadmaps for life (Stevens, 1999, 38). We need to be more than brave, self-sacrificing Heroes. We also need to be Virgins who bring our inner talents and self-fulfilling joys to life. And we need stories that show us how to do that.”

provoca em ele e em seus semelhantes. Assim como as ameaças que os afetam, os limites da Virgem são internos e, os do Herói, externos.

O que Sofia quer? Fugir de uma vida na qual não cabe nem sequer a memória de sua avó Aída, para uma vida que a resgate. Ela precisa, embora não o tenha claro no começo da jornada, reparar sua vida e a de sua mãe, através da reparação da história da avó, elo problemático entre as duas. A viagem é em busca do conhecimento próprio e de preencher lacunas que dizem respeito a sua história e sua identidade enquanto indivíduo e membro de uma família rasgada. Essa resposta, dentro das ideias de Hudson, de novo aponta Sofia como uma Virgem, pois sua jornada é pelo autoconhecimento e realização, e não pelo autossacrifício, como faria uma Heroína. Os desejos dela são totalmente individuais, ela não está tentando proteger sua comunidade e sim a ela mesma.

E por último, o aspecto que pode render mais discussão: para a Virgem, as consequências do fracasso ou de não executar a jornada são a insanidade, a depressão, o suicídio; para o Herói é a morte ou ser acusado de covarde. Se Sofia fracassar no objetivo, as consequências não seriam essas, mas a decepção profunda da não redenção.

Essa insatisfação com o estado de coisas que leva Sofia a executar sua jornada de transformação é a mesma insatisfação que levou Aída à insanidade. Nesse sentido, enquanto Sofia representa a Virgem, o lado luminoso, Aída, Rita e *Las muchachas* (com exceção de Charito e Hermínia) representam o que Hudson identifica como o lado sombrio do arquétipo, que é a Prostituta ou Vítima, aquela que não consegue se transformar:

Os chamados loucos são indivíduos que moram de maneira permanente no lado sombrio: não conseguem encaixar-se na realidade e carecem de palavras para se expressar, ou então suas palavras interiores não coincidem com o discurso coletivo, como se falassem uma linguagem alienígena que não se pode sequer traduzir. A essência da loucura é a solidão. Uma solidão psíquica absoluta que produz um sofrimento insuportável. Uma solidão tão superlativa que não cabe dentro da palavra solidão e que não pode ser imaginada por quem não a conheceu. É como estar enterrado vivo no interior de um túmulo. (MONTERO, 2008, p. 133).

Aída, vítima dessa solidão, é destinada à insanidade, à depressão e ao suicídio, lugares comuns na literatura e no cinema, que levam a pensar quão recorrentes são as personagens femininas passivas, temerosas de virarem o jogo e serem Virgens capazes de transformar seus contextos.

Por isso Sofia é minha protagonista, e não Aída. Ela precisa agir. Não pode deixar que a vida siga sem que ela não realize seus desejos ou, pelo menos, caminhe no sentido deles. Ela precisa assumir o controle de sua vida para não terminar como sua avó, alienada numa ficção para fugir da realidade.

Apesar de ela passar por um sacrifício, ela se sobrepõe, ela é muito mais do que os efeitos desse sacrifício, e sai da jornada mais madura e esperançosa. Por outra parte, o sacrifício não é uma punição por ela querer se transformar e sim um castigo pela inocência ou hipocrisia com que efetuou a jornada; é o rancor de Rita, uma personagem que deseja ser Virgem mas lhe é impossível e acaba sendo uma “santa puta”.

Na apresentação de *O papel de parede amarelo*, Márcia Tiburi escreve:

Ora, toda mulher conhece o papel de parede amarelo e seu bizarro padrão. Muitas o rasgam e saem de dentro dele num ato de transgressão cujo preço é conhecido. Contemplá-lo e rasgá-lo são atos de desconstrução que podem levar além da casa. Sair dela continua não sendo fácil, mas é o convite que Gilman, em seu generoso gesto literário, nos faz ainda hoje. (PERKINS, 2016. p. 10).

Se o hospício pós-abandono é o papel de parede ou a libertação desse papel, eu não sei. Para algumas de *Las Muchachas*, aquelas que encontraram mais liberdade dentro dos muros do que fora deles, como Hermínia e Charito, talvez o seja. Se o delírio de Aída a liberta ou a enclausura, também não tenho certeza. O mais provável: ambos. Mas o certo é que todas conhecemos, em alguma medida, esse papel de parede amarelo e asfixiante.

6. *El Adentro* e os corredores sussurrantes da mente

Entre março e abril de 2015, surgiu, como de supetão, a configuração do delírio, a ficção de Aída sobre a Sereia e *Los Continentes del Adentro*.

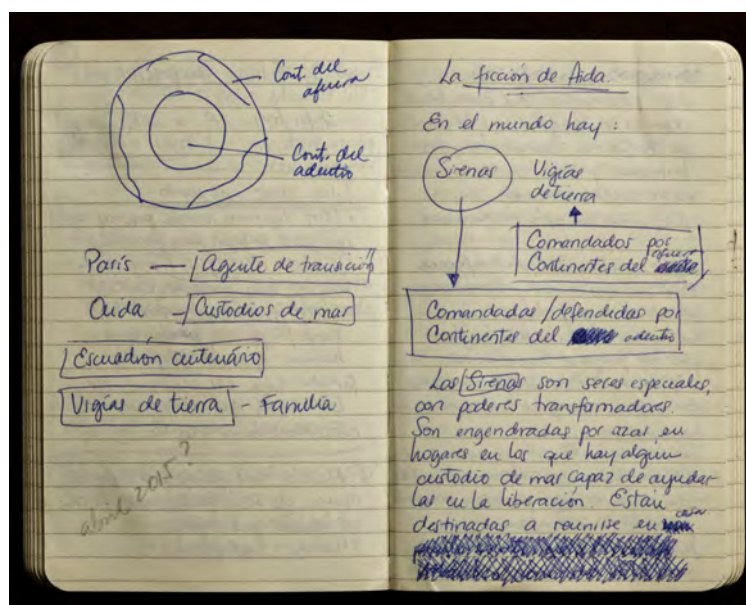


Figura 23. O nascimento do delírio de Aída: *El Adentro* y *El Afuera*. Fonte: Arquivo pessoal.

Digo “de supetão” porque, quando a ideia apareceu clara em minha mente, eu escrevi muitas páginas seguidas, mas agora entendo que fazia tempo que a imagem literária de um mundo suboceânico estava macerando na minha cabeça.

Nesse sentido, me identifico com Pedro Juan Gutiérrez, quando em *Diálogos con mi sombra* (2009. p. 36, 37), explica seu processo criativo:

Um romance é uma corrida de longa distancia. Requer um grande preparo. Um grande treino. Eu fiquei anos fazendo anotações, estudando aquilo tudo. Mas não conseguia começar. Jamais escrevi uma linha porque há algo essencial: Você não pode começar um romance se não está pronto. (...) E quando eu digo que é um processo eu quero dizer que o subconsciente está jogando a teu favor. O subconsciente está trabalhando sem que você saiba. É como um computador. Trabalhando em silêncio, sem que você mande ele fazer nada. O subconsciente trabalha sozinho, maravilhosamente. Você não o controla. É algo misterioso porque um belo dia você está lendo um livro ou assistindo um filme, ou escrevendo um poema, ou caminhando por Bruxelas, e de golpe tudo se ordena na cabeça. A inspiração tem chegado. Nesse momento você pode pegar uma caderneta e uma caneta e começar a escrever. E está tudo ordenado. Toda a história. E você tem que escrever desesperadamente.²⁴

Essa forma de entender o funcionamento das ideias e o processo criativo se relaciona com a hipótese de Elizabeth Bishop, resgatada por Willemart (2009, p. 28), sobre o trabalho da mente: “Ela assimilava a mente a um universo no qual se posicionavam corredores, galerias sussurrantes e trilhas que supõem um espaço ordenado misturado com outros sem arquiteturas aparentes”.

Nesses espaços “sem arquiteturas aparentes” se situam alguns conteúdos que, expectantes, mas caladinhos, encontraram sua hora de emergir como pensamento racional quando eu comecei a escrita do Adentro.

O seguinte é um dos poucos pesadelos que eu lembro na minha vida. E é o mais aterrorizante. Aconteceu quando eu ainda estava em Cuba, no começo de 2012, me parece:

É de noite. Estou sozinha. Caminho sobre a grama sem ver o que estou pisando. Escuto o embalo do mar. Ou talvez de um lago. Algo me impulsiona a caminhar até a beira. A luz da lua brilha sobre a água. Eu me sento numa estrutura de concreto, quiçá uma base para um poste de luz. Enfio os pés na água. Alguns segundos depois uma criatura parecida a um peixe começa a nadar ao redor de meus pés. É um nado caótico, a água sobe um pouco, como se o mar

²⁴ Tradução própria a partir do original: “Una novela es una carrera de larga distancia. Requiere una gran preparación. Un gran entrenamiento. Y estuve años tomando notas, estudiando todo aquello. Pero no podía empezar. Jamás escribí ni una línea porque hay algo esencial: No puedes comenzar una novela si no estás listo. (...) Y cuando digo que es un proceso quiero decir que el subconsciente está jugando a favor tuyo. El subconsciente está trabajando para ti sin que tú lo sepas. Es como un ordenador. Trabajando en silencio, sin que tú le ordenes nada. El subconsciente trabaja solo, maravillosamente. Tú no lo controlas. Es algo misterioso porque un buen día estás leyendo un libro o viendo una película, o escribiendo un poema, o caminando por Bruselas, y de golpe todo se te ordena en la cabeza. Ha llegado la inspiración. En ese momento puedes coger una libreta y un bolígrafo y empezar a escribir. Y está todo ordenado ahí. Toda la historia. Y tienes que escribir desesperadamente.”

crecesse de repente. De súbito, eu entendo que essa criatura é minha mãe que, morta nesse instante, agora é uma sereia.

— Mari, você está bem? — meu namorado me acorda.

Diz que eu estava gemendo, que estava intranquila. Eu olho para ele apavorada e me entrego a uma crise de choro compulsiva e demorada.

Desde fazia alguns meses, eu estava lendo várias poetisas (a maioria suicidas) e estava salvando meus textos favoritos numa pasta chamada “Mulheres medusas”, Pizarnik, Sylvia Plath, Alfonsina Storni, Emily Dickinson, entre elas. Não por acaso, em novembro de 2011, eu escrevi o seguinte poema:

*Hace quinientos días
me encerraste en este túnel
todavía escucho
la flauta del encantamiento
aquí cerca, allá lejos,
moviéndose con las mareas.
Mis tardes son este sopor
que huele a algas demasiado vivas
y el agua que ebulle
incendiándose en la superficie.
Las noches pertenecen
enteras a las sirenas
sospecho que rezan salves
de aburrimiento puro.
Las mañanas aparecen con
los pasos plásticos de los cangrejos.
Imagino el afuera y
me dibujo un paisaje
una pecera inmensa y
aún así sobrepoblada
donde el pequeño gusano de tierra
que es mi túnel
visto desde afuera
no es más que un accidente
en el fondo marino.*

*En mis adivinanzas del afuera
toda una vida transcurre
y yo estoy llegando tarde
a respirarla.*

*Soy apenas esa burbuja
que asoma del fondo
entre las grietas de las rocas,
síntoma de algún
intercambio de oxígeno
que permanecerá anónimo
mientras no vengáis por mí
pescador insomne
y quiera yo al fin
gritar que existo,
mientras sólo las medusas
me llamen
para invitarme a dormir
en el veneno de su abrazo.*

*¿Cuándo es entonces
que venís a liberarme?
¿A encerrarte conmigo,
tal vez?*

*¿A visitarme?
Tu silencio políglota
me paraliza las fugas
esperaré con paciencia,
pero con medida.*

*Me llaman las sirenas
me esperan las medusas.*

Eu não tinha uma lembrança clara de ter escrito esse poema e me assombra como desde aquele momento o tema desse além submarino já era um motivo recorrente, às vezes me causando devaneios agradáveis; às vezes, pesadelos horríveis.

Mas os estímulos subconscientes não param por aí. Em algum ponto de 2014, três ou quatro anos depois de escrever esse poema, estando meu pai bastante doente, eu reli uma prosa poética que ele escreveu em 1992, que eu conheci sendo criança e que sempre me impactou, chamada *Dulce Naufragio*:

Aquí estoy. Tengo conciencia de que desciendo, lentamente, suavemente. Sé que estoy siendo aspirado, succionado hacia abajo. Hacia el dulce abismo. Abismo submarino insondable de impoluto lapislázuli.

Aún no lo veo, pero trasciende hasta mi mente todo el cortinaje de sus algas doradas, follajes azules y selvas rosadas; todo el volumen de su lecho argentino, espumoso y tierno. Arriba se aleja la superficie, superficie-pasado con su aire pedregoso, de trabajoso respirar. Descendiente en las aguas sedante. No sé si respiro, pero eso ya no importa.

En mi alrededor bulle el plancton en fosforescentes muestras de regocijo por mi llegada, al parecer, definitiva. Una coreografía de peces azules me da una calurosa bienvenida. Sobrellevo mi cuerpo con una ingravidez casi soporífera, pletórica de bienestar. No hay sonidos, pero hasta mi mente llega el arrullo mimoso de una formación de calamares de exactitud militar, que me miran jubilosos.

Sigo bajando. A mi derecha, una muralla. La voy recorriendo. Orgía de colores mientras floto hacia abajo. Dorados sublimes de los corales, como palmas. Azules hidrógenos de las algas, como cafetos. Púrpuras imposibles de las esponjas, como el éter.

Desde una oquedad, los ojos felices de una manada de cangrejos que celebran alborazados mi marcha hacia el sino, con el cositeo crepitante de su aplauso.

Lentamente voy sintiendo que mi cuerpo gana calor. Toda mi piel se sensibiliza al máximo. Creo que falta poco para llegar.

Minha ideia, embora eu não tenha percebido no momento, também bebia dessa fonte.

O diário espalhado

Pronta a ideia do delírio de Aída, veio o dilema de como apresentá-lo. Uma escolha que diz respeito ao leitor, mas que também respeito à dinâmica interna do relato. Não bastava com ter a linha narrativa da avó, como essa linha tinha que se encontrar em algum ponto com a linha narrativa de Sofia, pois eu precisava/queria que ela pudesse entrar em contato direto com a versão de sua avó e tivesse que reagir a ela.

Sob a influência antes mencionada de Pizarnik, Lopes Cançado e Lima Barreto, a opção de um diário começou a fazer sentido. Talvez Sofia o encontrasse ou o recebesse de alguém, talvez de Domingo. Mas aquilo não me convencia.

Deixei a ideia de molho e, um tempo depois, escrevendo, fiz com que Sofia abrisse um livro e encontrasse uma pista. Aída, com medo de ter um diário tradicional, que qualquer um pudesse descobrir e ler, decide espalhar seus escritos em diversos livros da biblioteca. De um diário escrito, inicialmente, nas margens das páginas, o texto vai roubando espaço ao autor do livro em questão e escreve nas entrelinhas e até em cima das letras, na medida que Aída vai se aprofundando no delírio. Os livros passam a ser, então, guardiões de seu segredo. São livros que Aída sabe que ninguém lerá porque ninguém nunca lê na Isla de Salos, salvo Ricarda, que não representa uma ameaça.

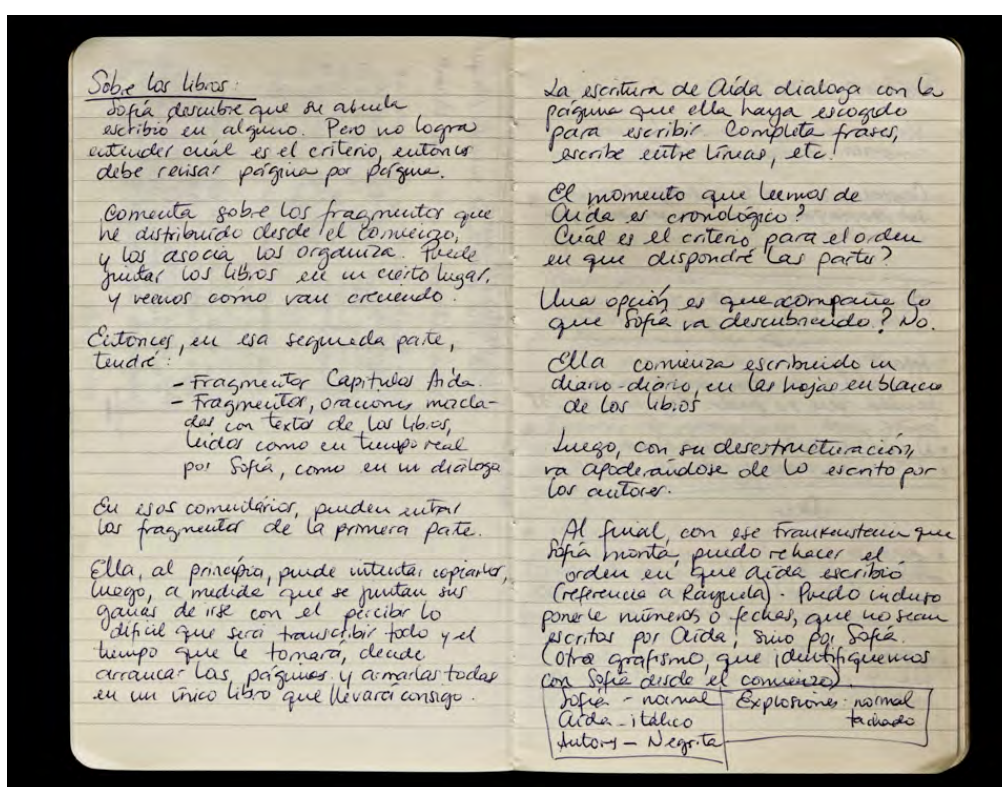


Figura 24. Sobre a escrita marginal de Aída. Fonte: Arquivo pessoal.

Dentro da história, a escolha dos livros faz parte de uma “chave” que só a Sereia poderá, segundo Aída, descobrir: são livros que têm alguma alusão ao mar ou a navegar, ou cuja história trata de tais assuntos. Dentro de minha cabeça de autora, o critério foi o mesmo, mas o universo de possibilidades era bem menor do que uma biblioteca institucional e muito mais arbitrário: eu escolhi, da biblioteca pessoal de meu pai, os livros que tivessem títulos ou histórias relacionadas ao mar.

Pouco antes de meu pai morrer, em abril de 2015, eu pedi autorização para usar *Dulce Naufragio* em *Los Continentes del Adentro* e ele ficou muito feliz; fazia um tempo que, com

minha incursão na literatura, ele sentia sua vontade literária revigorada. Até julho de 2016 eu não tinha decidido como usá-lo, estava flertando com a ideia de colocá-lo em boca de Aída, como um fragmento do diário, mas tinha medo de ficar forçado, inadequado dentro do discurso de Aída, fora de lugar. A biblioteca me deu a chave: o texto pode estar dentro de um livro fictício supostamente escrito por meu pai (o livro que ele poderia ter escrito e não teve tempo de escrever), e Aída escreverá nas páginas que ocupa o texto dele. Novas formas de vencer a dor, em forma de homenagem.

Eu não gosto de riscar os livros, mas adoro descobrir os traços de desconhecidos em páginas aleatórias. Meu pai era jogador de *scrabble*, perseguidor de palavras raras e adorador de dicionários. Pouco tempo atrás descobri, numa edição de Don Quijote que ele lia constantemente, um tesouro: ele marcou centenas de palavras em todo o livro. Me alegro de uma forma exagerada saber que, quando eu leia, terei uma conexão especial com ele, talvez descobrindo que desconhecemos as mesmas palavras ou que ele passou por alto coisas que eu terei que buscar no dicionário, ou o caso contrário. Descobrir seus riscos nesse livro foi descobrir um vínculo que acho que qualquer amante da literatura pode compreender.

Eu não sei dizer o que veio primeiro, se a descoberta do livro de meu pai ou a ideia do diário espalhado. Acho que a segunda, mas isso já não tem importância. Foi através de meu pai que eu me apaixonei pela literatura.

7. A arquitetura

Em *Estructuras de la novela actual*, Mariano Baquero Goyanes (1970, p. 32) comenta:

Teria que se considerar que o motivo da viagem tem uma estreita relação com o da “busca”, o componente mais decisivo do gênero “romance” (...) Se considera então que um dos esquemas argumentais prototípicos do romance, o de maior validade universal, é o do jovem que pretende descobrir sua própria natureza e a do mundo; frequentemente vai em busca de seu nome, de seu pai, de algum tesouro misterioso²⁵.

Essa viagem-busca a que se refere Baquero se configura como uma série de obstáculos e dificuldades, capazes de provar as virtudes da personagem. Nesse sentido, *Los Continentes del Adentro*, de fato, pode ser resumida como a história de duas fugas ou, para usar as palavras de Baquero, duas viagens: a de Aída, mental; a de Sofia, concreta. É a história da incidência de uma sobre a outra.

²⁵ Tradução própria do original: “Habría que considerar que el motivo del viaje guarda muy estrecha relación con el de la “búsqueda”, componente éste el más decisivo del género “novela” (...) Se considera entonces que uno de los esquemas argumentales prototípicos de la novela, de mayor validez universal, es el del joven que pretende descubrir su propia naturaleza y la del mundo; frecuentemente ha de ir en busca de su nombre, de su padre, de algún misterioso tesoro.”

Contado através de essas duas linhas narrativas, o romance avança cronologicamente, alternando fragmentos de uma e de outra, numa estrutura que se aproxima à estrutura dramática clássica proposta por Syd Field em *Manual do roteiro* (2011, s/p), como é possível constatar em meus esquemas estruturais mais elaborados.

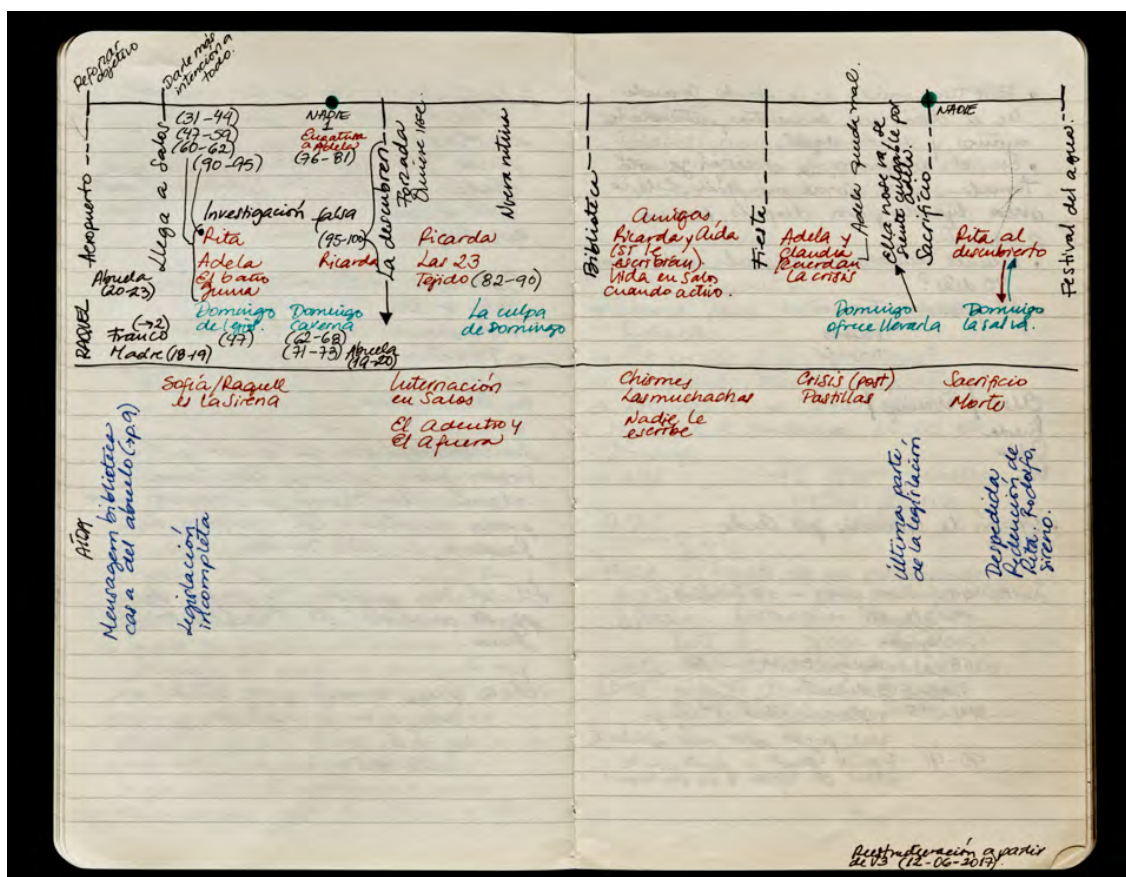


Figura 25. Esquema estrutural #6. Fonte: Arquivo pessoal.

De uma forma geral, o romance se estrutura em três atos, correspondentes às etapas de apresentação, confronto e resolução, numa progressão dramática desenhada desde Sofia, a personagem protagonista:

Incidente incitador — a descoberta dos textos na casa familiar estimula a viagem, a pesar das críticas da mãe.

Primeira virada, que marca o passo para o segundo ato ou confronto — a identidade de Sofia como neta de Aída é descoberta na ilha e ela passa a viver como mais uma delas, porém com uma certa romantização da vida dentro dos muros.

Ponto médio ou de não retorno — a descoberta dos textos de Aída na biblioteca, a partir dos quais ela terá acesso a uma Aída diferente da idealizada por ela. Uma Aída que, vítima e vitimária, sofre com o afastamento, mas também gera sofrimento ao rejeitar Taís. Surpresa para

Sofia, que nunca ficou sabendo das tentativas de contato e aproximação de sua mãe. Esse desconhecimento, unido ao medo exacerbado de Taís de que ela ou a filha tivessem herdado a doença, agudizou as dificuldades no relacionamento mãe-filha.

Segunda virada, que marca o passo para o terceiro ato ou resolução — Sofia é obrigada a viver como elas vivem, com todas as implicações que isso traz. É vítima da lei que sua própria avó escreveu, como médio de supervivência.

Clímax — Sofia decide voltar para casa.

Vislumbre de resolução — disposição de refazer o vínculo com a mãe.

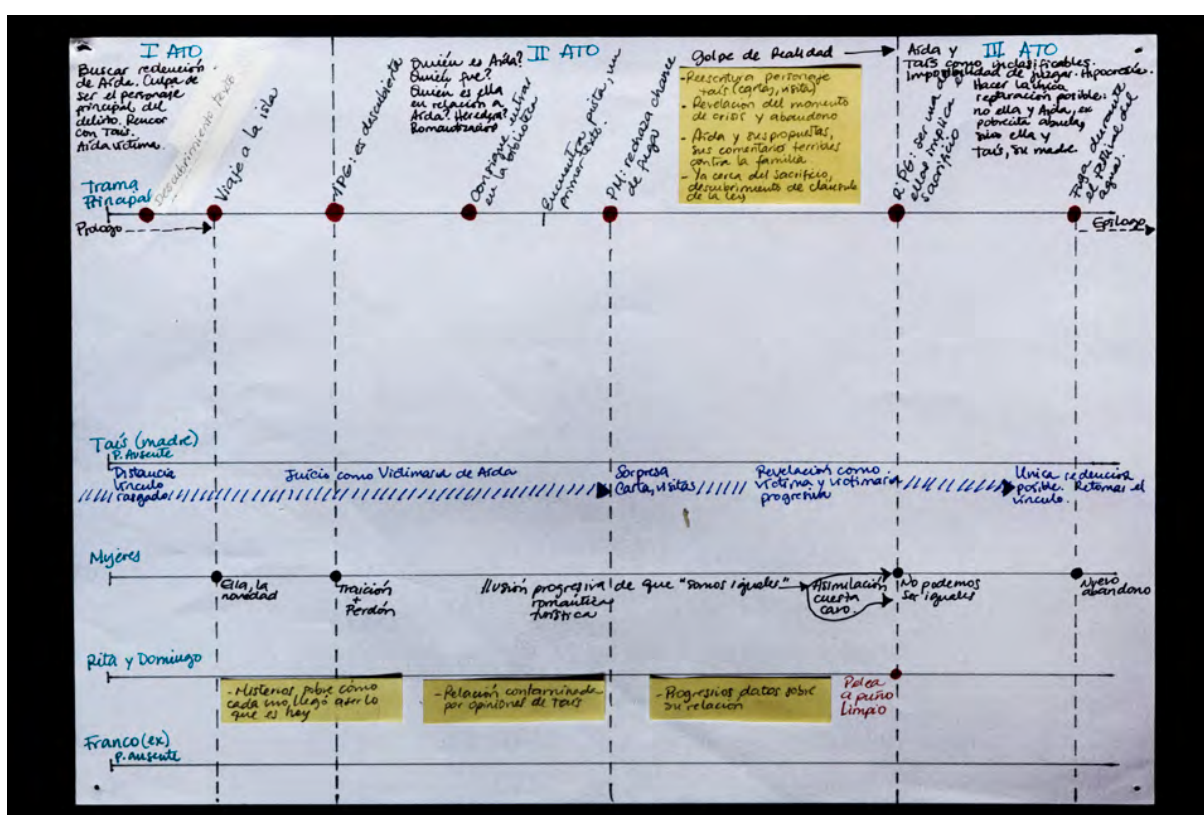


Figura 26. Esquema estrutural #7. Fonte: Arquivo pessoal.

Enquanto a linha narrativa de Sofia acontece por inteiro em 1998, a de Aída abarca o período 1981-1996 e é a seguinte:

Incidente incitador — A aparição de Paris, que lhe revela informação sobre *Los Continentes del Adentro y del Afuera*, e a função dela no retorno de Sofia, a *Sirena*, ao *Adentro*.

Primeira virada — Episódio em que Aída coloca em risco a vida de Sofia, criança, e consequente internação no hospício San Simeón Salos.

Ponto médio ou de não retorno — Perdida a esperança de ser liberada, desiste dos familiares, não espera e diz não querer mais nada deles.

Segunda virada — O abandono do hospício

Clímax — suicídio, ida ao *Adentro*, sem a *Sirena*.

Não há resolução — fica em aberto, por uma vontade pessoal de deixar o leitor encerrar essa história da forma que melhor achar. A chegada num *Adentro* possível ou a nada.

A decisão de inserir fragmentos do diário de Aída ao longo de toda a narrativa e não apenas ao serem descobertos por Sofia responde a uma procura de plantar um certo mistério e interesse no leitor sobre a personagem e estabelecer um certo paralelo entre as duas personagens e as experiências que estavam vivenciando: uma decidindo executar uma viagem; a outra, sendo forçada a partir para o confinamento.



Figura 27. Linha do tempo da versão atual. Fonte: Arquivo pessoal.

Dentro dessa fragmentação, optei por manter uma ordem cronológica para favorecer tanto a compreensão do leitor, quanto o diálogo interno entre o que as personagens estavam experimentando. Assim, por exemplo, os capítulos em que Sofia, após ser descoberta na ilha, é feita “prisioneira”, estão intercalados com os capítulos do diário de Aída em que ela conta os primeiros dias de internação no San Simeón Salos; ou, já perto do final, enquanto Sofia corre o risco de ser sacrificada, Aída está decidindo pelo suicídio.

A opção pela divisão em capítulos curtos e intercalados está relacionada também com a procura de um ritmo cadenciado, de contraponto entre passado e presente.

O mesmo princípio regeu também as decisões sobre como terminar os capítulos: optei pela ação interrompida, quando queria gerar tensão e suspense, uma ideia de pausa indesejada

ou de silêncio brusco; e pensamentos de Sofia que pudessem deixar ao espectador num estado de reflexão ou recolhimento, numa ideia de silêncio necessário.

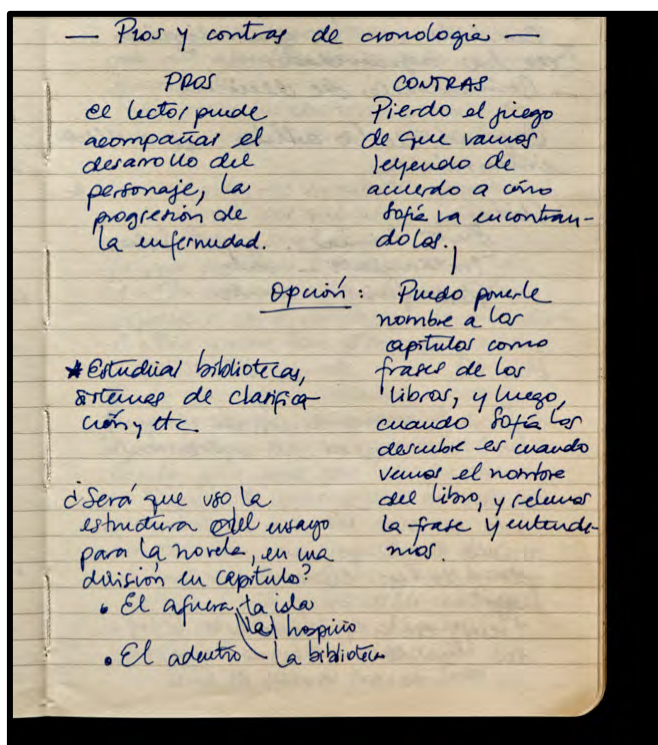


Figura 28. Divagações sobre a cronologia. Fonte: Arquivo pessoal.

8. As vozes, os gritos

“Escrever é sempre buscar encontrar o autor daquilo que se escreve”. Maria Lúcia Dal Farra, em *O narrador ensimesmado* (1978, p. 20-21), parte dessa frase de Wayne Booth²⁶ para discorrer sobre a importância que teria, em qualquer discussão sobre o narrador de uma obra literária, o conceito de “autor-implícito”.

Enquanto outros teóricos mantêm a discussão no terreno do narrador, exclusivamente, Booth se detém no exame desse ser que existe para além da máscara e do qual emanam as avaliações e o registro do mundo erigido, lembrando que esse autor que, imperceptivelmente, toma partido e talha a compleição do mundo, cria juntamente com sua obra uma versão implícita de si mesmo.

A autora adverte o carácter restrito das teorias que levam em consideração apenas o ponto de vista do narrador, não considerando o ângulo de visão outorgado a ele pelo autor-implícito. O narrador, considerado como aquele que filtra e organiza o mundo do romance,

²⁶ Booth, Wayne C. *The Rhetoric of Fiction*. Chicago&Londres: The University of Chicago Press, 1970.

...nada mais é que uma *postura visual* regulada por uma ogiva maior: aquela que enxerga no defeito ou na amplitude da visão conferida ao narrador a certeza do sucesso dos valores que quer manipular (...) Assim, a ótica do universo nascerá do confronto entre a luz e sombra, entre o ponto de vista do narrador — que pode percorrer toda a hierarquia das visões, desde a onisciência até o foco mais restrito — e os pontos de cegueira do narrador — os diferentes proveitos que o autor-implícito puder tirar daquilo que é vedado à sua máscara. A esse conjunto de focos chama-se “ótica”, o lugar de origem da emissão geradora do universo romanesco. (DAL FARRA, 1978, p. 23-24).

Pode parecer uma obviedade começar falando sobre o autor-implícito, mas o faço apenas como uma espécie de declaração de princípios: considero que o autor é desleal com seu público leitor quando, frente a algumas críticas, se justifica e se esconde por trás do narrador, se isentando de qualquer responsabilidade sobre o mundo criado e as representações veiculadas através dele.

Aclarado este ponto e, assumindo os riscos futuros aos que, como narradora que espera fazer parte do mercado editorial, me exponho ao defender esta postura, vamos então às especificidades sobre as escolhas das vozes narrativas em *Los Continentes del Adentro*.

Introspectiva

Interessava-me que o leitor pudesse ver os acontecimentos filtrados através dos olhos e das interpretações de Sofia e Aída, que a história como dádiva delas fosse mais uma forma do público entender quem elas são.

Nesse sentido, Alice Rasley, em *The power of the point of view* (2008, p. 76), explica:

Mais do que qualquer outra escolha de ponto de vista, a primeira pessoa explora a imagem que a própria personagem tem de si. Afinal, ela está se definindo na maneira como ela está narrando parte de sua vida. Ela está apresentando uma imagem ao mundo e revelando inadvertidamente algo de seu eu interior enquanto o faz. Quando se trata de auto definição, o que ela nega é tão importante quanto o que ela declara.²⁷

Assim, decidi trabalhar com Sofia como narradora principal, um Eu-protagonista, segundo da tipologia de Friedman, compartilhando espaço com Aída, um outro Eu que também oferece sua voz, desta vez em menor proporção e dentro de uma lógica que mistura o diário íntimo e a epístola.

A escolha do ponto de vista, para Friedman, está relacionada também ao tema e à natureza da ilusão de realidade que se deseja produzir, desta forma as intrusões do autor permitem a ironia e a generalização filosófica, ao passo que a apresentação da história por um eu protagonista permite mostrar um espírito em vias de descoberta. (DA SILVA, 1999, p. 112).

²⁷ Tradução própria do original: “More than any other POV approach, first person explores a character’s self image. After all, he is defining himself in the way he’s narrating part of his life. He is presenting an image to the world and inadvertently revealing something of his inner self as he does it. When it comes to self-definition, what he denies is as important as what he declares.”

Eu queria que o leitor compartilhasse, como de primeira mão, as comparações, as preocupações, os preconceitos e as expectativas das personagens durante suas jornadas de busca, sob a ilusão de não estar passando pelo crivo de outro narrador. Que o leitor as conhecesse ao perceber onde elas fixavam o olhar, onde ela o esquivavam.

Rasley (2008, p. 68), elenca de uma forma bastante resumida e didática algumas das vantagens da primeira pessoa:

A perspectiva da intimidade aumenta a compreensão do leitor de um personagem (o narrador); o foco fechado nele aprofunda a identificação do leitor com o narrador; a voz do narrador pode ser mais colorida ou distintiva do que as de narradores de menos intimidade; a decepção narrativa conduz para mais intriga potencial.²⁸

Sem dúvida, a primeira pessoa é uma via rápida para estimular a empatia e a identificação entre leitor e personagem e considero que foi uma escolha adequada para a história que estou contando, em que o impacto que os acontecimentos têm no universo íntimo é, por momentos, mais importante do que os acontecimentos em si mesmos.

A primeira pessoa também foi uma grande ferramenta com relação aos jogos de poder que consegui criar. Através da distribuição desigual das informações entre as personagens, num momento Sofia está no comando — por exemplo, quando mente sobre sua identidade e se aproveita — e em outro, Sofia é vítima de sua ignorância — *Nadie* e suas verdadeiras negociações. No primeiro caso, o comprometimento com o ponto de vista de Sofia possibilitou o suspense, ao criar no leitor uma tensão da pergunta sobre quando e como ela ia ser descoberta; e, no segundo, permitiu o impacto da surpresa, ao experimentar, junto com ela, a perplexidade do inesperado.

Mas, junto com as vantagens, também aparecem os riscos. Rasley (2008, p. 68) também adverte sobre alguns riscos:

O confinamento na perspectiva de um personagem pode ser restritivo; o foco claustrofóbico pode levar à antipatia em relação ao narrador; uma voz narrativa dominante pode tornar-se irritante; um brando pode ser chato; um *plot* que vá rápido e direto ao ponto desperdiça o potencial da narrativa em primeira pessoa.²⁹

Desde cedo fiquei alerta ao perigo de Sofia virar uma personagem chata que está o tempo inteiro refletindo sobre o que está acontecendo, me preocupavam a vitimização e condescendência e muitos trechos de texto foram parar na lixeira numa tentativa de fugir delas.

²⁸ Tradução própria do original: “Intimacy perspective increases reader understanding of one character (the narrator); tight focus deepens reader identification with the narrator; narrator’s voice can be more colorful or distinctive than those of less intimacy narrators; narrative deception leads to more potential intrigue.”

²⁹ Tradução própria do original: “Confinement to one character’s perspective can be restrictive; claustrophobic focus can lead to antipathy toward narrator; an overbearing narrative voice can become annoying; a bland one can be boring; a straight-on direct plot treatment wastes the potencial of first-person narrative.”

Presa na voz da protagonista, cujo repertório de informações sobre o passado é muito reduzido, e na voz de Aída que, ensimesmada em seu sofrimento, oferece retalhos parciais e, para alguns leitores, pouco confiáveis, outro problema que surgiu foi relacionado ao acesso de Sofía e do leitor às histórias sobre o momento da crise no hospício.

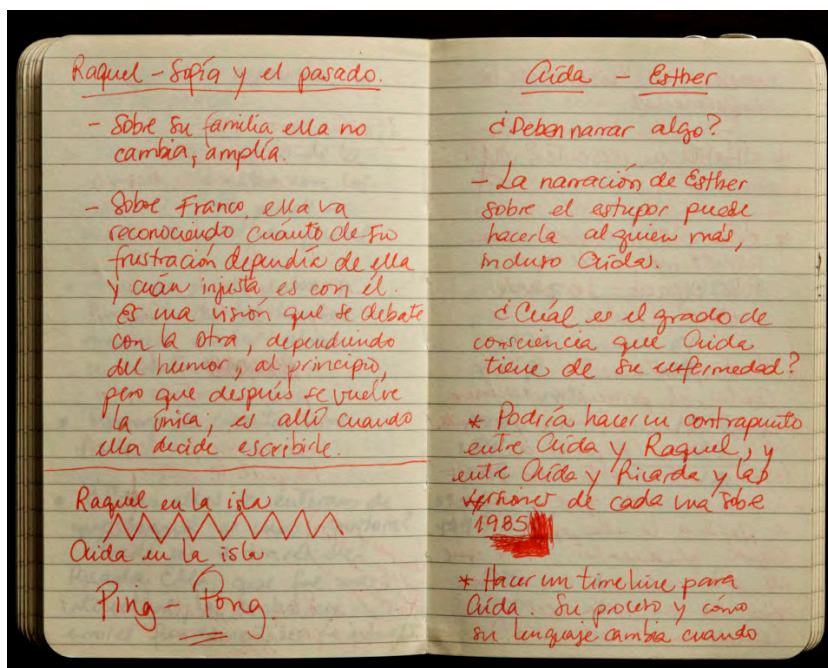


Figura 29. Divagações sobre as vozes narrativas. Fonte: Arquivo pessoal.

A solução que achei e sobre a qual ainda tenho ressalvas, foi através de desabafos de Ricarda, que desde o começo se apresenta como uma pessoa tagarela quando em presença de Sofía, representante *del Afuera*; e de Domingo que, após salvar a protagonista do sacrifício, se sente na obrigação de lhe oferecer respostas.

Retrospectiva

Segundo Dal Farra (1978, p.23), o autor-implícito:

...empresta ao narrador, no caso do romance em primeira pessoa, uma visão menos ou mais restrita, contando com a deficiência ou a amplitude desse ponto de vista para conseguir determinado efeito. Faz, no caso do romance retrospectivo, com que o narrador se circunscreva à esfera da memória, mas tira partido disso, provocando uma falha, na lembrança, que possa permitir o equívoco ou qualquer alteração que possibilite as finalidades da estória.

Assim, a decisão de narrar em tempo passado teve a ver com a intenção de passar a sensação para o leitor de que ele estava frente a um relato conscientemente estruturado por Sofía, desde um momento posterior ao momento narrado.

A opção de contar no tempo presente foi rapidamente descartada. As restrições de contar o “agora”, além de permanecer no foco exclusivo de Sofía, traziam mais limitações do que

vantagens e, depois de escrever poucas páginas, senti que tanto a personagem quanto a tensão dramática se empobreciam. Até hoje, acho a minha intuição estava certa.

EPÍLOGO

Por que eu escrevo? Roland Barthes responde que ele poderia falar de finalidades sociais, morais, filosóficas; mas essas, embora não sejam negligenciáveis, funcionam como álibis para o verdadeiro motivo, que é contentar um desejo. “Só posso dizer que o Desejo de escrever tem um ponto de partida, que posso localizar. (...) Esse ponto de partida é o prazer, o sentimento de alegria, de júbilo, de satisfação, que dá a leitura de certos textos, escritos por outros → *Escrevo porque li*” (2005, p. 11-12).

Se, como diz Borges em *Esse ofício do verso* (2000, p. 105-106), existe um momento ao qual a vida de uma pessoa pode ser reduzida, um momento em que a pessoa sabe quem é, um momento que somos capazes de reconhecer como o fato central da nossa vida, então esse momento para mim foi vinte e sete anos atrás, quando meu pai começou a ler comigo todas as noites. Eu sou péssima para memorizar textos, na verdade, para memorizar qualquer coisa. Mas aqueles poemas que ele me lia, eu sei de cor. *Eu escrevo porque eu li*.

Ricardo Piglia, em *O último leitor* (2006, p. 28), conclui que “talvez o maior ensinamento de Borges seja a certeza de que a ficção não depende apenas de quem a constrói, mas também de quem a lê”. E quem lê, depende das ficções e de seus construtores para ampliar seu mundo. “Ser borgeano (se é que isso existe) é ter a capacidade de ler tudo como ficção e de acreditar no poder da ficção”.

O entender a vida como inevitavelmente contaminada pela ficção — a lida, a ouvida, a escrita — e a fantasia como defesa frente à brutalidade do mundo são duas obsessões antigas que atravessam *Los Continentes del Adentro* do começo ao fim, assim como atravessam meu olhar sobre o mundo.

Diz Montero (2008, p. 21), que “ser romancista é conviver feliz com a louca lá de cima. É não ter medo de visitar todos os mundos possíveis e alguns impossíveis (...) Os romances, como os sonhos, nascem de um território profundo e movediço que está além das palavras”. Nascem do território, desconhecido apesar de habitar-mos nele, do Desejo — maiúsculo porque incomensurável.

Eu, que comecei este percurso como uma ficcionista *work-in-progress*, de quem a literatura escapulia, devo confessar que, terminando-o, ainda me encontro nesse mesmo ponto. Mas não se confunda, leitor. Essa constatação me gera angústia, claro, mas sem essa angústia, e sem o encantamento da briga para contorná-la, o romance — este e os futuros — não só fugiria de mim, brincalhão, como me amorteceria toda vontade.

Se chegar um dia em que a literatura deixe de ser para mim um Desejo em constante ressurreição, e se transformar numa certeza, esse dia não serei mais do que uma borboleta dissecada, alfinetada, cravada na cortiça, para que os outros me vejam e imaginem como devia ser bonito meu voo.

Tomara que o gozo e a dor da escrita continuem se revezando e que eu nunca me esqueça de ser uma escritora em permanente construção.

REFERÊNCIAS

- ARBEX, Daniela. **Holocausto brasileiro**. São Paulo: Geração Editorial, 2013. 233 p.
- Arquidiócesis de Madrid. **Simeón el Loco (Salos), Santo**. Disponível em: <http://es.catholic.net/op/articulos/31746/simen-el-loco-salos-santo.html>. Acesso: 5 de dez. de 2017.
- BAQUERO GOYANES, Mariano. **Estructuras de la novela actual**. Barcelona: Planeta. 1972. 250 p.
- BARTHES, Roland. **A preparação do romance II - A obra como Vontade**. São Paulo: Martins Fontes, 2005. 475 p.
- BORGES, Jorge Luis. **Esse ofício do verso**. São Paulo: Companhia das Letras, 2000. 160 p.
- CAMPBELL, Joseph. **El héroe de las mil caras**. México: Fondo de Cultura Económica, 1972. 241 p.
- CHARCOT, Jean Martin et al. **Nouvelle iconographie de La Salpêtrière**. 14 Année, N. 1, janvier-février, 1901. Paris: Masson et Cie Editeurs. 542 p.
- DA SILVA BITTENCOURT, Gilda. **O ato de narrar e as teorias do ponto de vista**. Revista Cerrados: Vol. 8, N. 9, p. 107-124, 1999. Brasília: Universidade de Brasília.
- DAL FARRA, Maria Lúcia. **O Narrador Ensimesmado**. São Paulo: Editora Ática, 1978. 167 p.
- DE BIASI, Pierre-Marc. **A genética dos textos**. Trad. Marie-Hélène Paret Passos. Porto Alegre: EdIPUCRS, 2010. 174 p.
- DEPARDON, Raymond. **Manicomio, Secluded Madness**. Steidl: Fondation Cartier, 2013. 208 p.
- DÍAZ MARSÁ, Marina. **Afrontando la esquizofrenia — Guía para pacientes y familiares**. Madrid: Enfoque, 2013. 70 p.
- DURAS, Marguerite. **Escrever**. São Paulo: Rocco, 1994. 116 p. Disponível em <<https://revistapolichinelo.blogspot.com.br/2017/04/escrever-marguerite-duras.html>>. Acesso em: 5 de junho de 2017.
- FIELD, Syd. **Manual de roteiro: os fundamentos do texto cinematográfico**. 14. ed. Rio de Janeiro: Objetiva, 2001. 222 p.
- FOUCAULT, Michel. **Historia de la locura en la época clásica I**. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993. 134 p.

GRAMARY, Adrian. **Charcot e a Iconografia Fotográfica de La Salpêtrière**. Volume X Nº3 Maio/Junho 2008, Porto. p. 61-64. Disponível em: <http://www.saude-mental.net/pdf/vol10_rev3_leituras1.pdf>. Acesso em: 03 de dez. de 2017.

GUTIÉRREZ, Pedro Juan. **Diálogo con mi sombra**. La Habana: Unión, 2015. 277 p.

HUDSON, Kim. **The virgin's promise: writing stories of feminine creative, spiritual, and sexual awakening**. Los Angeles: Michael Wiese Productions, 2009. 192 p.

Istituto per le Ricerche e gli Studi sull'Emarginazione Sociale e Culturale. **Archivio Fotografico Fondazione San Servolo**. Disponível em: <http://www.fondazioneanservolo.it/html/archivio_archiviofoto.asp> Acesso em: 03 de dez. de 2017.

KAUFMAN, Carolyn. **The writer's Guide to Psychology**. California: Quill Driver Books, 2010.

KINGTON, Tom. **World's most haunted island up for auction**. The Telegraph, Roma, 15 de abril de 2014. Roma. Disponível em: <<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/italy/10767781/Worlds-most-haunted-island-up-for-auction.html>>. Acesso em: 03/12/2017.

KUNDERA, Milan. **A arte do romance**. São Paulo: Companhia das Letras, 2009. 153 p.

LALUCAT, Lluís et al. **Guía de Práctica Clínica sobre la Esquizofrenia y el Trastorno Psicótico Incipiente**. Barcelona: Agència d'Avaluació de Tecnologia i Recerca Mèdiques de Catalunya. 2009. 137 p.

LIMA BARRETO, Afonso Henriques. **Diário do hospício e O cemitério dos vivos**. São Paulo: Cosac Naify, 2010. 347 p.

LISPECTOR, Clarice. **A hora da estrela**. Rio de Janeiro: Rocco. 1998. p.

LOPES CANÇADO, Maura. **Hospício é Deus. Diário I**. São Paulo: Círculo do Livro, 1965. 189 p.

MÃE, Valter Hugo. **A desumanização**. São Paulo: Cosac Naify, 2014. 157 p.

MAJOLI, Alex. **Leros**. Magnum Photos, 1994. Disponível em: <<https://www.magnumphotos.com/newsroom/leros/>>. Acesso em: 27 de nov. de 2017.

MATEO PALMER, Margarita. **Desde los blancos manicomios**. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2008. 234 p.

MCKEE, Robert. **El guión. Sustancia, estructura, estilo y principios de la escritura de guiones**. Barcelona: Alba Editorial, 2003. 550 p.

MONTERO, Rosa. **A louca da casa**. Rio de Janeiro: Agir, 2008. 195 p.

MORÁN, Rodolfo; ATENCIO, Marisela. **Charybdis hellerii (Crustácea: Decápoda: Portunidae) especie invasora en la Península de Paraguaná, estado Falcón, Venezuela.** MULTICIENCIAS, Vol. 6, Nº 2, 2006, p. 202 – 209. Punto Fijo: Universidad del Zulia. Disponível em: <<http://www.redalyc.org/html/904/90460215/>>. Acesso em: 04 de dez. de 2017.

NAN, Lu. **The forgotten people. The state of chinese psychiatric wards.** Magnum Photos, 1990. Disponível em: <<https://www.magnumphotos.com/newsroom/society/lu-nan-the-forgotten-people-the-state-of-chinese-psychiatric-wards/>>. Acesso em: 27 de nov. de 2017.

O'BRIEN, Barbara. **A vida íntima de uma esquizofrênica.** Operadores e coisas. Rio de Janeiro: Imago Editora, 1972. 165 p.

PALLOTTINI, Renata. **Dramaturgia: A construção da personagem.** São Paulo: Perspectiva, 2015. 226 p.

PAMUK, Orhan. **O romancista ingênuo e o sentimental.** São Paulo: Companhia das Letras, 2011. 146 p.

PERKINS GILMAN, Charlotte. **O papel de parede amarelo.** Rio de Janeiro: José Olympio, 2016. 110 p.

PIGLIA, Ricardo. **O último leitor.** São Paulo: Companhia das Letras, 2006. 186 p.

PIZARNIK, Alejandra. **Diarios.** Buenos Aires: Lumen, 2016. 504 p.

_____. **Árbol de Diana.** 1962. Disponível em: <https://sites.google.com/site/escritoresmalditos/alejandrapizarnik/arbol_de_diana>. Acesso em: 8 de junho de 2017.

RASLEY, Alicia. **The power of point of view.** Cincinnati: Writer's Digest Books, 2008. 265 p.

RESENDE, Ana Cristina; ARGIMON, Irani Iracema de Lima. **Esquizofrenia e criatividade artística.** Estudos e pesquisas em psicologia, v. 11, n. 3, p. 755-775, dez. 2011, Rio de Janeiro. Disponível em <http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1808-42812011000300003&lng=pt&nrm=iso>. Acesso: 03 dez. 2017.

RULFO, Juan. **100 Fotografias de Juan Rulfo.** São Paulo: Cosac Naify, 2010. 138 páginas.

SALLES, Cecília. **Gesto inacabado.** Processo de criação artística. 6. ed. São Paulo: Intermeios, 2013. 185 p.

SEO, Yoon Bong. **Juan Rulfo, escritor y fotógrafo: dos artes en conjunción.** Sincronía. Primavera/Spring 2000. Año 5/Número 14, Marzo-Junio, 2000. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. Disponível em: <<http://sincronia.cucsh.udg.mx/Rulfofoto.htm>>. Acesso em: 03 de dez. de 2017.

SHEPPARD-SIMMS, Emma A. **Islands of the Subject: Absence, trauma and memory in the cemetery island**. Landscapes of Violence. Vol. 4: No. 1, Article 2. 2016. Disponível em: <<http://scholarworks.umass.edu/lov/vol4/iss1/2/>>. Acesso em: 15/06/2017.

TAYLOR, Alan; MABROMATA, Juan. **The Ruins of Villa Epecuen**. The Atlantic, 20 de julho de 2011. Disponível em: <<https://www.theatlantic.com/photo/2011/07/the-ruins-of-villa-epecuen/100110/>>. Acesso em: 03 de dez. de 2017.

VOGLER, Christopher. **A jornada do escritor: estruturas míticas para escritores**. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2006. 301 p.

Walusinski, Olivier. **The Girls of La Salpêtrière**. Frontiers of neurology and neuroscience. 35, p. 65-77, 2014, Basel. Disponível em: <https://www.researchgate.net/publication/266566536_The_Girls_of_La_Salpetriere>. Acesso em: 03 de dez. de 2017.

WILLEMART, Philippe. **Os processos de criação na escritura, na arte e na psicanálise**. São Paulo: Perspectiva, 2009. 244 p.

WOOD, James. **Como funciona a ficção**. São Paulo: Cosac Naify, 2014. 220 p.

FILMES

1% ESQUIZOFRENIA. Direção: Ione Hernández, Produção: Julio Medem. Espanha, 2007. Disponível em: <<https://www.youtube.com/watch?v=Ry0edSVxArw>>. 70 minutos. Acesso em: 03 de dez. de 2017.

A DANGEROUS METHOD. Direção: David Cronenberg, Produção: Tiana Alexandra et al. Alemanha, Canadá, Reino Unido, Estados Unidos, 2011. 100 minutos.

A WOMAN UNDER THE INFLUENCE. Direção: John Cassavetes, Produção: Sam Shaw. Estados Unidos: 1974. 155 minutos.

CAMILLE CLAUDEL 1915. Direção: Bruno Dumont, Produção: Jean Bréhat et al. França, 2013. 95 minutos.

GREY GARDENS. Direção: Albert e David Maysles, Produção: Albert Maysles, David Maysles, Susan Froemke. Estados Unidos, 1976. 95 minutos.

HARMONIAS DE WERCKMEISTER. Direção: Béla Tarr, Produção: Paul Saadoun et al. Hungria, 2000. 145 minutos.

IMAGES. Direção: Robert Altman, Produção: Tommy Thompson. Grã-Bretanha, Estados Unidos, 1972. 101 minutos.

NISE, O CORAÇÃO DA LOUCURA. Direção: Roberto Berliner, Produção: Rodrigo Letier e Lorena Bondarovsky. Brasil, 2016. 146 minutos.

ONE FLEW OVER THE CUCKOO'S NEST. Direção: Milos Forman, Produção: Michael Douglas e Saul Zaentz. Estados Unidos, 1975. 133 minutos.

SHUTTER ISLAND. Direção: Martin Scorsese, Produção: Mike Medavoy et al. Estados Unidos, 2010. 138 minutos.

TARNATION. Direção: Jonathan Caouette, Produção: Gus Van Sant et al. Estados Unidos, 2003. 88 minutos.

3 WOMEN. Direção: Robert Altman, Produção: Scott Bushnell, Robert Eggenweiler e Robert Altman. Estados Unidos, 1977. 124 minutos.